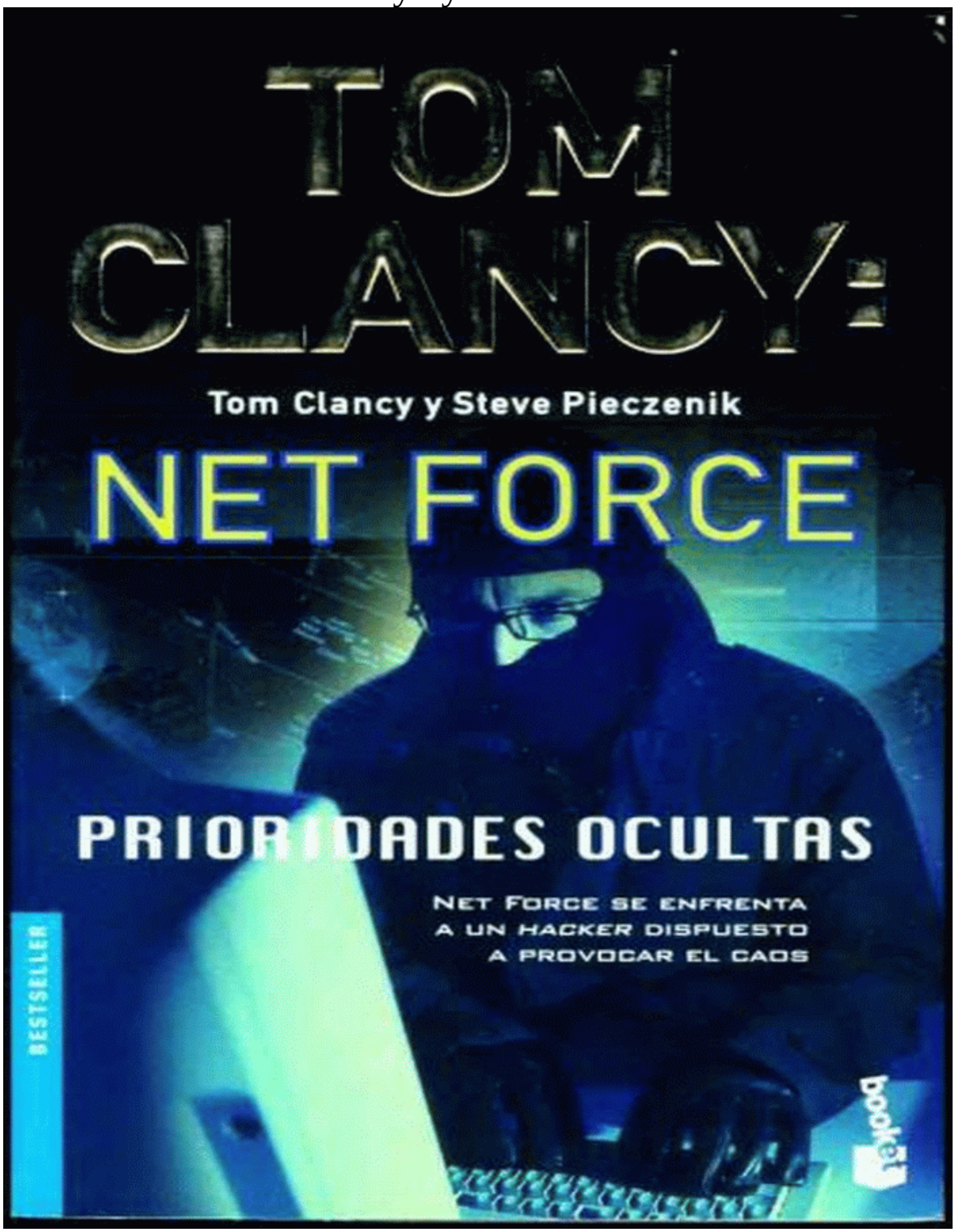
NET FORCE. P R I O R I D A D E S O C U L T A S

Tom Clancy y Steve Pieczenik



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Prólogo

Miércoles, 15 de diciembre de 2010, 2.44 horas
Baton Rouge, Luisiana

Un viento invernal, frío y húmedo, azotaba las ventanas del edificio. No era tan fuerte como para hacer vibrar los paneles de cristal aislante, pero hacía gemir las gárgolas, estilo artdéco.

La vigilante nocturna estaba sola en aquella ala del edificio frente a la mesa de su puesto de control. Con su ordenador portátil añadía unas notas personales al texto de la lección del profesor Jenkins, larga e increíblemente aburrida, acerca de los estratos de formaciones de roca en el sur de Nueva Zelanda.

La lección, que más parecía una ponencia de un congreso, correspondía a la asignatura de Introducción a la Geología, la única que le faltaba para licenciarse. El examen final estaba en puertas y debía aplicarse sin más demora en estudiarla a fondo. Habría preferido estudiar Astronomía que, según decían, era muy fácil, pero el cupo de alumnos estaba ya completo antes de que ella pensara en matricularse. Era una pena, porque las estrellas eran mucho más interesantes que las rocas.

Kathryn Brant suspiró, se recostó en la silla, que crujía a cada movimiento, y se frotó los ojos.

Geología... Bah.

Al inclinarse de nuevo hacia la mesa, la silla volvió a crujir.

Qué barbaridad.

Pese a ser nueva, la silla crujía como si hubiese estado durante años a la intemperie bajo la lluvia de Luisiana. Pero eso era lo que ocurría cuando se compraban saldos. Alguien debía de haberse embolsado una buena comisión, porque allí los sobornos estaban a la orden del día.

Kat había aprobado también dos cursos de Ciencias Políticas en la Universidad de Luisiana, y, gracias a Dios, ya estaba en el último curso. Estudiar Ciencias Políticas era casi una necesidad en aquel Estado, donde la gente aún se enorgullecía de Huey Long, el gobernador convertido en senador, asesinado hacía setenta y cinco años en el salón de sesiones del Capitolio, que estaba al fondo del pasillo.

Huey fue uno de los muchos sinvergüenzas que habían gobernado el Estado con la bendición de sus ciudadanos. Al fin y al cabo, las grandes compañías petrolíferas habían corrido con todos los gastos durante décadas, no se pagaba el IRPF-ni siquiera había impuestos sobre la propiedad - y si uno tenía que elegir a alguien, por qué no votar a un personaje exótico, sobre todo si no te costaba nada?

Su profesor de Ciencias Políticas dijo un día en clase que, cuando era adolescente, él y sus amigos tomaban el autobús hasta el Capitolio y se sentaban en la tribuna pública para seguir los debates. Dijo que era más interesante que ir al cine. A la Facultad de Ciencias Políticas de Luisiana iban estudiantes de todo el país, y hacían bien.

Kat sonrió al oír el viento que ululaba al rozar las puertas de cristal que daban a los jardines del Capitolio. Huey estaba allí, en espíritu y en bronce. Los focos instalados en la base de la cúpula del edificio, que en otros tiempos fue el más alto de todo el sur y que aún era el más alto del Estado, volvían a iluminar la enorme estatua del mártir populista. De vez en cuando, el estado decidía apretarse el cinturón y apagaba los focos para ahorrarse unos dólares, pero siempre volvían a encenderlos. Los turistas aún seguían acudiendo a ver a Huey, palomas incluidas.

El empleo de vigilante en el edificio del Capitolio no era de lo mejorcito, pero le servía para pagarse la universidad y, como tenía turno de noche, le dejaba bastante tiempo para estudiar. Esa era la principal razón...

Sonó el móvil. Volvió a sonreír y se desprendió el pequeño aparato del cinturón. Vio quién llamaba en la pantallita de cristal líquido.

-Hola -dijo.

-Hola, Kat -la saludó su esposo.

-Cómo es que aún estás levantado? -preguntó ella-. Luego te dormirás y llegarás tarde a la clase del profesor Memo, como tú lo llamas.

-Que le den morcilla. Te echo de menos. Aquí solo..., en esta cama tan grande; desnudo bajo las sábanas; consumido por el deseo por mi nueva esposa.

Kat se echó a reír.

-Palabrería. Si llegase ahora mismo a casa, empezarías a protestar diciendo que tienes que dormir.

-Ni hablar, nena. Tú ven a casa y te haré una demostración. Tengo una gran sorpresa para ti.

-No tan grande, cariño. Yo diría que sólo es una sorpresa... normalita.

-¿Cómo lo sabes? Tú ven y verás. He estado levantando pesas.

Kat se echó a reír.

La verdad es que me tienta...

Kathryn Brant no pudo terminar la frase. La onda expansiva la alcanzó tan de lleno que, si los investigadores no hubiesen sabido de quién se trataba, no podrían haberla identificado, ni siquiera con el análisis de las piezas dentales.

Cuando los distintos cuerpos de seguridad hubieron terminado de peinar los escombros (la policía municipal y la del Estado; el cuerpo de bomberos, y el FBI), sólo encontraron en el amasijo en que había quedado reducido el cuerpo de Kat Brant ocho de sus piezas dentales intactas, ninguna de las cuales había sido tocada nunca por el láser del dentista.

El único consuelo era que no había sufrido. Ni se enteró.

UNO

Viernes, 17 de diciembre, 12.55 horas
Quantico, Virginia

Alexander Michaels, comandante en jefe del grupo de élite del FBI Net Force, cayó al suelo y se dio un fuerte golpetazo en el trasero, más fuerte de lo que esperaba. Por suerte, la nalga que recibió casi todo el impacto no era la derecha, porque dos meses atrás se la había atravesado una bala que le entró por el muslo. La herida estaba casi cicatrizada y sólo de vez en cuando le escocía un poco.

La mujer que lo había hecho caer al suelo era su adjunta, la subcomandante Antonella Fiorella, a quien todos sus allegados llamaban Toni. Afortunadamente para Michaels, Toni sólo medía 1,65 m y no pesaba más de cincuenta kilos. Antes de que él recobrase el aliento, Toni se arrodilló a su lado y lo acogotó con la mano izquierda a la vez que lo amenazaba con golpearlo en la cara con el codo derecho.

Pero no iba a ser necesario; Michaels no pensaba golpearla. Apenas podía respirar. Lo único que se sentía capaz de hacer era sonreír.

Toni le ofreció la mano a Michaels y él la aceptó.

-¿Te encuentras bien? -preguntó ella cuando ambos estaban ya en pie.

Michaels logró coger aire suficiente para contestar:

-Sí, estupendamente -repuso, sonriente, aunque no perder la sonrisa en aquellos momentos fue una de las cosas más difíciles que había hecho últimamente.

-Bien, ¿te has fijado en cómo lo he hecho?

-Creo que sí.

Solían practicar en la mullida colchoneta del más pequeño de los dos gimnasios que el FBI tenía en el cuartel general de Net Force. Sin embargo, a menudo no caían en la colchoneta, sino en el suelo.

Toni había practicado aquella arte marcial esotérica desde los doce años y le había explicado por qué era necesario aquel entrenamiento.

-Si las prácticas se hacen siempre encima de una colchoneta, uno se acostumbra a caer sobre blando. Pero, en la realidad, uno cae en la acera o en la calzada, y la cosa cambia. Como la mayor parte de las peleas terminan en el suelo, hay que habituarse a los golpes.

Sí claro.

Michaels lo entendía, pero no estaba muy seguro de llegar a dominar aquella disciplina lo bastante bien como para caer al suelo y rebotar como una pelota. No obstante, tras entrenar un mes de lunes a viernes, por lo menos había llegado a aprenderse el nombre de la disciplina: pukulan pentjack silat, aunque los iniciados la llamaban simplemente silat.

Según le había explicado Toni, el silat era una versión simplificada de una arte marcial más compleja, llegada a Occidente desde la selva indonesia hacía menos de un siglo. Había aprendido a emplear sus habilidades de una mujer de origen holandés-indonesio que vivía enfrente de la casa de sus padres en el Bronx, tras ver a la vecina luchando contra cuatro gamberros que intentaron agredirla en el umbral de su propia casa.

Grave error.

Michaels estaba impresionado por lo que le había visto hacer a Toni. Pero si aquello era una versión abreviada y sencillita, no tenía la menor prisa en familiarizarse con la versión completa.

-Bueno, inténtalo tú -dijo Toni.

-¿Me vas a golpear por la izquierda o por la derecha? -preguntó él.

-Eso no importa. Si controlas el centro como es debido, funcionará por cualquiera de los dos lados.

-En teoría -señaló él.

-Cierto. En teoría -asintió ella, sonriente.

Michaels trató de relajarse y de adoptar una postura neutra. Según Toni, eso era importante. Debía funcionar en cualquier postura en la que uno estuviese al ser agredido. De lo contrario, ¿qué sentido tendría? Ante la agresión de un gamberro no había tiempo de hacer una reverencia y de colocarse después en la posición inicial de combate. Y si era un navajero quien te atacaba en un callejón, no era muy probable que te dejase ir a casa a quitarte los zapatos y a poner-te el gi, mientras él aguardaba limpiándose las uñas con la punta de la navaja.

Si un movimiento no era práctico, los luchadores indonesios prescindían de él. Aquello no era un do, un «camino» espiritual; era la destilada esencia de las peleas callejeras en las que todo vale. No era una arte marcial de movimientos armónicos, sino que había sido concebida para el combate real. En el silat, uno no pretendía simplemente derrotar al enemigo, sino destrozarlo utilizando todos los recursos a su alcance: los puños, los pies, los codos, armas blancas, palos o armas de fuego...

Toni se abalanzó sobre él.

Primero había que bloquear y luego dar un paso alejándose del atacante. Pero, en lugar de ello, después de bloquear la embestida, Michaels dio un paso hacia el pie más adelantado de Toni. Y en teoría, tal como ella le había explicado, daba igual, porque cualquier movimiento que funcionase era válido.

Michaels deslizó el muslo derecho entre las piernas de Toni y lo arrimó a su pubis. Y su concentración para protegerse... se evaporó. Había conseguido detener el golpe, pero ahora se había quedado como pasmado, aturdido. A pesar de los dos pantalones de chándal que llevaba, el calor de Toni se transmitió a su piel y lo excitó.

¡Maldita sea!

-¿Alex?

-Perdón, me he quedado... pasmado.

Michaels retrocedió rápidamente.

Dos meses atrás había estado a punto de morir a manos de un asesino. De no haber sido por Toni, el criminal lo habría destrozado. De modo que a partir de entonces pensó que le convenía aprender más sobre autodefensa. Pero, en aquellos momentos, el íntimo contacto marcial con Toni podía hacer aflorar más problemas de los que solucionase (concretamente, estaba aflorando uno que hubiese preferido que siguiese en estado latente).

-¿Qué ocurre, jefe?

Michaels apartó de su cabeza los pensamientos eróticos. Jay Gridley estaba junto a la puerta de la entrada, mirándolos, sonriente.

-¿Qué ocurre, Jay?

-Me dijiste que querías información sobre lo ocurrido en Luisiana en cuanto llegase. Acabo de abrir el correo enviado por el equipo de Baton Rouge, con imagen y un informe. Lo encontrarás en el correo de tu ordenador.

-Gracias, Jay -dijo Michaels-. He de ver eso en seguida -añadió, mirando a Toni.

-Lo reanudaremos donde lo hemos dejado el próximo lunes -repuso ella-. A no ser que trabajes mañana...

-Qué más quisiera yo. Esperaba poder trabajar en el coche, pero se me ha ido todo el tiempo en cuestiones financieras. Debo comparecer ante la comisión del senador White el martes.

-Pues que te diviertas -dijo Toni.

-¿No crees que ya acabo de divertirme bastante?

Se hicieron la reverencia de rigor, el complicado saludo de comienzo y de final del silat, y Michaels enfiló hacia el vestuario.

Sheldon Gaynel Worsham tenía dieciséis años y estudiaba en el instituto de enseñanza media New Istrouma. Aparentaba doce años, era delgado y tenía el pelo negro, estirado hacia atrás, que relucía como la brillantina. Sólo se le venía un mechón ondulado sobre el ojo izquierdo. Llevaba unos pantalones azules de paracaidista y una camiseta negra con un estampado de un color verde pálido a modo de insignia en la que se leía la palabra «Granpicón», con letras melladas, que a saber lo que significaba.

El chico estaba repantigado en una silla junto a una destartalada mesa de aglomerado, llena de rayas y garabatos. En su interior, alguien había grabado un corazón con iniciales en un lado. Era raro, porque, como es natural, en el aula estaba prohibido tener navajas u otros objetos punzantes.

El hombre que se sentaba al otro lado de la mesa que ocupaba Worsham era fornido y de rostro coloradote. Llevaba puesto un traje barato y parecía tener escrito en la frente que era policía.

-Bueno, cuéntame lo de esa bomba -dijo el agente.

-Vale, vale... Bueno, no se trata de Goma-2 ni de C-4, sino de RQX-71, un explosivo altamente secreto utilizado en las cabezas de los cohetes convencionales. Es una variante de un viejo explosivo llamado PBX-9501. Quiere información sobre anisotrópicos elásticos o polímeros isotrópicos; de niveles de onda expansiva y todo eso, ¿no?

-¿Por qué no dejamos los tecnicismos a un lado, de momento? -sugirió el policía-. ¿De dónde sacaste ese explosivo?

-Lo fabriqué en el laboratorio de química -contestó el muchacho, sonriente-. Birlé una tarjeta magnética de la mesa del conserje, hice un duplicado, conseguí los códigos de la alarma y entré por la noche. Sólo tardé una semana. Tuve algunos problemas y temí saltar por los aires, pero al final funcionó bien.

-Sí, lo conseguiste. Y, de paso, volatilizaste una dependencia del Capitolio recién estrenada, de tres plantas y reforzada con estructura de acero.

El muchacho sonrió de oreja a oreja.

-Todo un bombazo, ¿eh? -se ufanó Worsham, irguiéndose en la silla de plástico.

-Un bombazo que mató a una joven vigilante que trabajaba allí para pagarse los estudios.

-Sí eso lo siento, pero en realidad no fue culpa mía. Esos cabrones no tenían que haber echado a mi padre, ¿me capta?

-Tu padre trabajaba en la construcción del edificio.

-Sí, hasta que las estúpidas cotorras lo echaron. Y quise darles una lección, ¿me capta?

-Me temo que lo has conseguido -repuso el policía, que se rebulló en el asiento haciendo crujir la endeble silla de plástico-. ¿Y cómo diste con la fórmula de ese explosivo secreto?

-¿El RQX-71? -dijo el muchacho, dirigiéndole al policía su mejor sonrisa-. Muy fácil: me la bajé de Internet.

Michaels estaba sentado en una silla de la sala de conferencias. Se recostó en el respaldo y miró a Toni y a Jay Gridley.

Jay pulsó un botón y el holograma del interrogatorio desapareció de la pantalla.

-A eso se le llama remordimiento por haber matado a una joven. ¡Santo Dios! -exclamó Michaels.

-Los adolescentes no son realmente conscientes de lo que significa la muerte -dijo Jay-. Ven demasiada televisión, demasiados vídeos, y pasan demasiadas horas con videojuegos violentos.

-¿Y la fórmula? -preguntó Toni.

-Pues lo que dijo ese cabroncete -repuso Jay-. Se la bajó de Internet. Hemos intentado seguir la pista pero nos encontramos con un remitente anónimo, que quizá la recibiese de otro y..., quién sabe cuántos eslabones puede tener la cadena.

-¿Y quién haría algo así? ¿Y por qué? -preguntó Toni.

-¿Y cómo se hizo el primero de ellos con la fórmula? -preguntó a su vez Michaels.

Jay se encogió de hombros. Tecleó en su portátil y la imagen del edificio destruido apareció en el holograma. Apenas se veía más que un montón de escombros, trozos de cemento y hierros retorcidos, fragmentos de vigas que asomaban y esquirlas de vidrio que brillaban bajo los focos. Las ruinas aún humeaban.

-¡Dios mío! -exclamó Toni.

-Tenemos que averiguar quién ha sido el responsable de que esa fórmula pasase a la red, donde ha podido encontrarla nuestro adolescente psicópata.

-Según el contador de visitas a la página web, hubo novecientas entradas en este archivo antes de que nosotros lo borrásemos -señaló Jay-. Confiemos en que entre quienes han accedido a la fórmula no haya más personas con resentimientos contra alguien.

Michaels meneó la cabeza. Novecientas visitas. Novecientas oportunidades de que alguien fabricase el explosivo. Novecientas posibilidades de que alguien lo consiguiera e hiciese estallar un edificio, como había hecho Worsham; o, lo que era aún peor: que otro adolescente saliese volando por los aires junto a todos sus compañeros de instituto.

¿Qué canalla podía hacer algo así? El joven Worsham estaba chiflado, falto de algunas neuronas en su cerebro, pero quien había introducido la fórmula en la red estaba realmente enfermo. Tenían que identificarlo sin perder un solo minuto más.

Navidad estaba en puertas, y en vacaciones era difícil acelerar cualquier investigación. Además, tenía que ir a Idaho a ver a su hija, Susie. Y también a su ex esposa, Megan. La perspectiva provocaba en Michaels sentimientos encontrados. Susie tenía ocho años y era lo mejor que había en su vida, pero como Boise estaba muy lejos de Washington, no podía verla tan a menudo como le habría gustado. ¿Y Megan? Bueno..., «mejor no tocar el tema». Hacía más de un año que se habían divorciado y, si ella lo llamaba y le pedía que volviese a casa en aquellos momentos... Hasta hacía poco no lo habría dudado: habría ido. Pero la antorcha que él portaba se había apagado un poco al enterarse de que Megan estaba saliendo con otro, que estaba con otro hombre, y... que lo pasaba bien con él.

-¿Alex?

Michaels miró a Toni, abstraído.

-Perdona. Estaba en las nubes. ¿Qué hay?

-Joanna Winthrop llegará a las dos y media.

-¿Esa oficialilla del peso ligero? -exclamó Gridley en tono desdeñoso-. ¿Y qué quiere?

-La teniente Winthrop va a ayudarnos en este asunto -repuso Michaels-. El coronel Howard ha sido muy amable al prestárnosla. Concretamente, trabajará contigo.

-¿Cómo? Yo no la necesito para nada, jefe -protestó Jay-. Puedo echarle el guante a ese cabrón sin la ayuda de esa Barbie con charreteras.

-Jay... -lo atajó Michaels con aspereza.

-Perdona, jefe. Pero no hará más que estorbar.

-Si mal no recuerdo, el expediente académico de esa «oficialilla» es bastante mejor que el tuyo -terció Toni.

-Ya, porque estudió donde estudió.

-En el Instituto Tecnológico de Massachusetts, ¿no?

-Sí, pero el Instituto Tecnológico de Massachusetts ha bajado mucho el nivel. El Instituto Tecnológico de Columbia es ahora muy superior. Y exigen más.

-Mira, Jay, sean cuales sean tus diferencias con la teniente Winthrop, tendrás que dejarlas a un lado -le advirtió Michaels meneando la cabeza-. Toda la ayuda que se nos preste será poca -añadió señalando el holograma.

Gridley asintió con la cabeza a regañadientes.

Estupendo -pensó Michaels-. Sólo me faltaba eso para complicar un poco más las cosas. Una estrella de la informática celosa de su territorio. Maravilloso.

Su secretaria temporal entró en aquel momento en el salón de conferencias.

-Tengo al director Carver al teléfono, comandante -anunció.

Michaels se levantó.

-Pase la llamada a mi despacho -dijo a la vez que, con un elocuente ademán, despedía a Jay y a Toni-. Y vosotros... a trabajar.

Dos

Viernes, 17 de diciembre, 13.45 horas
Washington, D. C.

Thomas Hugues entró en las dependencias senatoriales como si fuese el amo no sólo de las dependencias, sino de todo el edificio y de toda la ciudad.

-Hola, Bertha -saludó a la recepcionista-. ¿Está solo?

-Sí señor Hugues.

Hugues asintió con la cabeza. Conocía a Bertha desde hacía más de doce años. Estaba con Bob desde su primer mandato, pero ella aún seguía llamándolo señor Hugues, y él no la había animado a que lo llamase por su nombre ni a que lo tutease.

Fue hacia la puerta del despacho y llamó con los nudillos a la vez que la empujaba.

Jason Robert White, de cincuenta y seis años, senador por el gran estado de Ohio, estaba sentado frente a su mesa, entreteniéndose con un juego de ordenador. Alzó la vista y frunció el ceño, contrariado por la interrupción, antes de percatarse de quién era la persona que había osado irrumpir en su despacho.

-Hola, Tom.

Situó el índice de la mano derecha en el sensor de su panel manual y las pequeñas imágenes del holograma quedaron congeladas. Eran dos tipos peleándose (uno de ellos, verde y con escamas). ¡Madre mía!

-¿Qué tal fue el almuerzo con Hicks, Bob? -preguntó

Hugues, que fue hacia el sofá tapizado de color gris pálido y miró al hombre para quien trabajaba.

White aparentaba diez años menos de los que tenía. Su bronceado de « sandwichera» destacaba bajo su pelo gris impecablemente peinado. Llevaba un traje hecho a medida estilo Saigón, de color azul marino, camisa de seda de color rosa pastel y corbata de rayas.

Hugues no podía verle los pies pero estaba seguro de que los zapatos también debían de

estar hechos a medida; debían de ser italianos o australianos. La indumentaria del senador valía por lo menos lo que Hugues ganaba en un mes. Era la viva imagen de un senador de éxito, apuesto y atlético. Le gustaba la ostentación en el vestir. Sabía tocar valses vieneses al piano, hablaba bastante bien francés y alemán, podía darle trabajo a alguien mientras jugaba al tenis, y era capaz de hacer el par del campo en el club de golf aunque tuviese un mal día. Era uno de esos hombres que se mueven a sus anchas en los vericuetos del poder internacional.

Por su parte, Hugues era consciente de que aparentaba los cincuenta y dos años que tenía. Le sobraban diez kilos, llevaba una chaqueta de sport de Harris Tweed, decorosa pero no cara, y unos pantalones de lana de la sección de prét á porter de Nordstrom; sus zapatos eran unos Nike de calle. Su indumentaria le había costado sin duda veinte veces menos que la de Bob.

White se recostó en su sillón e hizo girar varias veces la muñeca.

-Bueno, Tom, ya conoces a Hicks. No suelta prenda si tú no le das todo un vestuario. Si queremos conseguir su apoyo, su señoría el senador de Florida pedirá que la base aeronaval siga en Pensacola por los siglos de los siglos.

Hugues asintió con la cabeza. Ya esperaba algo así.

-Bueno, concédeselo. ¿Qué más nos da? Su voto es decisivo. Si conseguimos el suyo, tendremos los de Boudreaux y Mullins. Y, si contamos con ellos, lo tendremos más fácil en la comisión.

White le sonrió a su adjunto.

-Probablemente tampoco nos perjudicaría con el almirante Pierce.

-Exacto -asintió Hugues mirando su reloj, un Rolex de oro que White le regaló en vísperas de su elección para el Senado.

Hugues fue el director de su campaña y nunca podría haberse permitido comprar un reloj como aquél. Para White, cuya familia era dueña de la mitad de Ohio y de parte de Indiana, un Rolex era una baratija, una gota de una cisterna rebosante de dinero. Era la joya más cara que Hugues había tenido nunca, inasequible para alguien con un sueldo como el suyo.

-¿No tenías que jugar al golf con Raleigh a las dos y cuarto? -le recordó a White.

-El viejo ha cancelado la cita. Dice que hace demasiado frío para él. Aunque me huelo que, en realidad, no quiere que vuelva a darle una paliza. La última vez le gané por nueve golpes. Pero, en lugar de jugar, hemos quedado para tomar una copa en Benson a las dos y media.

-Bien. No olvides dejar que sea él quien saque a colación el asunto Stoddard. Y juega a la contra. Que sea él quien pida. Que no se dé cuenta de que a ti te interesa tanto como a él.

-Seré como un iceberg -repuso White a la vez que señalaba a la imagen congelada del holograma de su ordenador-. ¿No has jugado nunca con el DinoWarz?

-Creo que no.

-Es un combate cuerpo a cuerpo muy estimulante. Hay una versión en video que hace que te sientas en medio de la acción. Lo creó un chico de un instituto y lo cargó en la red. Es divertido; pruébalo un día y verás.

Hugues sonrió tratando de disimular el desdén que sentía. White era rico, hijo, nieto y biznieto de hombres ricos. No fue un sonajero de plata lo que le pusieron en la cuna, sino de platino incrustado de brillantes. Aunque White hubiese dilapidado un millón de dólares al año durante toda su vida, no habría acabado con la parte que le correspondía de la fortuna familiar. No era del todo imbécil, pero era un diletante, un charlatán. Su despacho era para él como una versión para adultos del videojuego DinoWarz, y Hugues estaba convencido de que no le importaba mucho más. White creía que ser senador era... divertido.

-Otra cosa -dijo Hugues-. Lo de la bomba de Luisiana.

-Ah, sí. Ha sido terrible.

-Más que terrible. El chico que lo ha hecho obtuvo la fórmula para el explosivo a través de Internet, una fórmula que, supuestamente, era un alto secreto militar.

-¿Bromeas?

White se inclinó hacia adelante y su cara se acercó al traslúcido holograma de los dos combatientes. Hizo un movimiento con los dedos y la imagen desapareció.

-Otro argumento para tu intervención sobre Net Force. Su misión es evitar este tipo de

cosas.

-Cierto.

-Quizá deberías mencionarlo cuando se discuta el presupuesto. Le diré a Sally que prepare un informe sobre la explosión. La joven que murió era una estudiante universitaria. Estaba a punto de licenciarse.

-Qué desgracia -señaló White-. Dile a Sally que destaque ese punto.

-Por supuesto.

Sonó el intercomunicador. Era Bertha.

-Ha llegado su limusina, señor. Para su cita de las dos y media.

Hugues se levantó.

-Estaré en mi despacho -dijo-. Y nos veremos en la reunión del equipo a las cuatro.

-Gracias, Tom.

Cuando el senador se hubo marchado, Hugues fue a su propio despacho del fondo del pasillo y saludó a Cheryl, su secretaria.

-¿Algo urgente?

-Ha llamado Louis Ellis desde Dayton. Estará en Washington el próximo jueves y quiere que el senador lo reciba durante unos minutos.

-Que Bertha lo incluya en la lista de entrevistas: media hora por la mañana.

Ellis era uno de los amigotes del padre de White. Solía ir con él de copas y había aportado medio millón de dólares a la última campaña de reelección de White, de un modo más o menos legal, a través de varias fundaciones. También les había aportado otro medio millón en dinero negro que, en buena parte, había ido a parar a la caja fuerte de Hugues, en la que ya tenía unos buenos fajos de billetes.

Pero Hugues había sido siempre muy cauto, y no vivía por encima de sus posibilidades. Su imagen pública era exactamente la que cabía esperar de un adjunto a un senador, con unos noventa mil dólares al año. Pero por diversos conceptos, Hugues disponía de un considerable crédito en dinero electrónico. Con todo, nunca estaba de más disponer de dinero en efectivo para emergencias.

Si sus planes iban como él esperaba, podría encender habanos con billetes si le apetecía.

-¿Algo más?

-Ha llamado su fisioterapeuta. Dice que irá a su casa a las siete.

Hugues asintió con la cabeza. Brit le daría un buen masaje, ciertamente, pero eso era sólo la mitad del servicio que le prestaba.

Entró en su despacho y cerró la puerta.

El despacho de Hugues era austero, sin más decoración que un picasso colgado de la pared detrás de su mesa. No le gustaba especialmente Picasso, pero un cuadro de tanto valor en la pared de un despacho impresionaba a aquellos a quienes sí les gustaba el pintor español. Según su estado de ánimo, daba diferentes versiones cuando le preguntaban acerca de la pintura. A veces decía que la había comprado en una tienda de saldos por cincuenta dólares, sólo para dejarlos boquiabiertos. En otras ocasiones decía que se lo había regalado una mujer en agradecimiento por sus habilidades como amante. Y, muy de vez en cuando, decía la verdad, que el cuadro se lo había regalado su jefe. Pero eso ya no era tan divertido.

Se sentó frente a la mesa de su despacho en una silla de madera que había pertenecido al profesor de Ciencias Sociales que tuvo en el instituto, Charles Joseph, que le había dicho a Hugues que nunca llegaría a nada. Conservaba la silla para recordarle que a donde iba a llegar en un futuro no muy lejano estaba mucho más lejos y muy por encima de los sueños del viejo Joseph y, en realidad, de los sueños de cualquiera. El senador White y su familia parecerían parias comparados con Hugues. Todo se estaba desarrollando de acuerdo a sus planes.

Sonrió. Ahí estaba el quid de la cuestión, ¿no? Pero ya llevaba mucho camino adelantado. Estaba convencido de ser el más inteligente de los hombres. Lo conseguiría. No le cabía la menor duda.

Sonó el intercomunicador.

-El vicepresidente por la tres -le anunció Cheryl.

-Me pondré -dijo Hugues-. Pero hazlo esperar unos momentos. No nos conviene un

vicepresidente engreído, ¿no crees?

Cheryl le rió la gracia y Hugues se sintió ufano.

De momento todo iba bien.

Viernes, 17 de diciembre, 14.40 horas
Quantico, Virginia

En su despacho, Alex Michaels miró el reloj que parpadeaba en una esquina de un holograma; un paisaje seudobucólico: un rebaño que bloqueaba el tráfico de automóviles en una carretera secundaria de Colorado.

Michaels había trabajado durante un verano en un rancho cuando era estudiante universitario, y como consecuencia de ello odiaba las vacas. El holograma era una de las bromas de Jay Gridley.

Alex sonrió. Aunque Jay era un tipo bastante divertido, Michaels hubiese preferido que eligiese a otro como blanco de sus bromas.

Según el reloj pasaban ya diez minutos de la hora en que la teniente Joanna Winthrop tenía que haber llegado para la reunión, y eso no encajaba con la proverbial puntualidad de la oficial, por lo que creía saber de ella. Tocó el control manual del intercomunicador. Su secretaria era interina; sustituía a Nadine, que estaba de vacaciones. Quizá se hubiese equivocado.

-La teniente Winthrop tenía que haber llegado a las dos y media, ¿verdad, Liza?

-Sí comandante -confirmó la joven, un tanto azorada-. Y ya ha llegado, pero..., está... ocupada.

-¿Ocupada?

Michaels salió a ver qué ocurría.

En el suelo, junto a la mesa de su secretaria y una maraña de cables rojos, blancos y azules, estaba sentada Joanna Winthrop. Con unas tenacillas trenzaba dos cables de diferente color.

Michaels no había olvidado lo atractiva que era la teniente, pero le impresionó verla de nuevo.

Joanna era una de las mujeres más hermosas que Michaels había visto jamás. Era alta, delgada y tenía el pelo rubio oscuro, que llevaba recogido, y unos ojos verdes que hacían palidecer a las esmeraldas. Llevaba un chándal azul y unas botas negras que a la mayoría de las mujeres les habrían sentado como un tiro. Pero en ella, aquella indumentaria resultaba muy sexy.

Miró a Michaels.

-Hola, comandante -lo saludó.

Remetió los cables bajo la mesa, se levantó, cerró sus tenacillas plegables y miró a la secretaria.

-Pruébelo ahora.

Liza introdujo unos dígitos en el teclado del ordenador. -¡Anda! ¡Ya funciona! Muchísimas gracias.

-De nada -dijo la teniente sonriéndole. Tenía unos dientes perfectos, sin más que una pequeña mella en un incisivo que, aparte de darle personalidad, evitaba que la dentadura pareciese postiza.

Sin dejar de sonreír, la teniente dirigió la mirada hacia Michaels, que, incluso a cinco metros de distancia, notó su calor. Era una mujer asombrosa, bonita e inteligente, o sea, una combinación explosiva. Era soltera, tenía veinticinco años y..., lamentablemente, era demasiado joven para él, que era ya cuarentón. Pero eso no impedía que mirarla fuese un auténtico regalo para la vista.

-Disculpe el retraso -dijo Joanna-. Liza tenía un problema con el teclado del ordenador, y ya sabe cómo funciona el servicio de mantenimiento. Tardarían dos horas en llegar hasta aquí, a menos que se les dijese que era una emergencia. Y en caso de emergencia... tardarían tres horas -ironizó Michaels, sonriéndole-. Pase, por favor.

Michaels se hizo a un lado para dejarla pasar. Sólo trataba de ser amable, se dijo él. No lo hacía para contemplar la retaguardia de la teniente, aunque tenía que reconocer que la vista merecía la pena. Le recordaba un viejo chiste de Flip Wilson, acerca de la esposa de un predicador tentada por un nuevo vestido que se estaba probando: «Cómpratelo, encanto, cómpratelo», le dice el diablo. Y la esposa del predicador le contesta: «Atrás, Satán.» El diablo obedece y dice: «Humm. Desde aquí también te sienta estupendamente...»

Michaels desechó sus pensamientos semieróticos. La teniente Winthrop era una subordinada, doce años más joven que él, y no era momento de buscarse complicaciones. Pero hacía ya mucho tiempo que su divorcio se había hecho oficial, aparte de que las cosas no habían ido demasiado bien en casa antes de marcharse. Y no se había acostado con ninguna mujer desde entonces.

El trabajo y las aficiones no bastaban para llenar la vida de un hombre. Dormir solo una noche tras otra no era cómodo ni saludable.

Alzó la vista y vio a Toni de pie en la entrada del despacho, recostada en el marco de la puerta, mirándolo. Michaels se sentía culpable, pese a no haber hecho nada. Le sonrió de medio lado y entró en el despacho. Si fuese a lanzarse al abismo de un romance en el trabajo, su primera opción sería Toni, aunque también iba a ser peliagudo abordarla. Era compañera de trabajo y amiga, y no quería poner en peligro esos dos aspectos de su relación por un romance. Era más difícil conseguir una buena amiga que una amante.

0, por lo menos, eso decían. Hacía tanto tiempo que no tenía ninguna amante que había olvidado qué había que hacer para tener una. Y no era tan fácil como montar en bicicleta.

Miró a Joanna Winthrop, que estaba de pie frente a la silla de la mesa de su despacho, aguardándolo. Era una mujer de una belleza exuberante. Fantaseaba imaginándola con el pelo suelto extendido sobre una almohada, mirándolo, excitada...

Por suerte se había dado una ducha fría. Aunque, probablemente, iba a necesitar otra por la noche.

-Gracias por arreglar el teclado -dijo.

-De nada.

Se sentó en su sillón y con un ademán le indicó a Joanna que se sentase a su vez.

-Tenemos un pequeño problema, teniente, y el coronel Howard ha pensado que quizá usted pueda ayudarnos.

-Por supuesto, señor, lo que el coronel mande. Lo tiene a usted en muy alta estima.

Michaels la miró. ¿En serio? Hacía unos momentos, oírle aquello a Joanna lo habría sorprendido. Aunque después del secuestro del loco ruso, quizá Howard viese con mejores ojos tener a un comandante no militar. Michaels se había jugado el puesto en aquel caso, y Howard había hecho una notable labor gracias a él. Quizá después de aquella misión el respeto mutuo se hubiese acrecentado.

-También tiene muy buena opinión de usted, teniente. El suyo ha sido el primer nombre que ha sugerido cuando yo le he pedido ayuda.

-Si no le importa, señor, no me llame teniente, ni tampoco Joanna. Basta con Jo. 0 Winthrop, silo prefiere. Podemos olvidarnos de los grados salvo de servicio.

-De acuerdo, Jo. Con la condición de que usted me llame Alex. La verdad es que aquí no nos gusta demasiado el protocolo.

-Sí señor. Quiero decir, Alex. ¿De qué se trata? Michaels le sonrió y activó el menú del ordenador.

Tres

Sábado, 18 de diciembre, 7.50 horas

Quantico, Virginia

El coronel John Howard llevaba su viejo anorak Gortex, que ocultaba el revólver de cañón corto S&W alojado en una funda Galco acolchada, junto a la cadera derecha. Si iba armado, aunque no fuese de uniforme, prefería aquel tipo de funda que, sujeta a una banda de plástico entre la cintura y la camisa, le permitía ponérsela y quitársela sin necesidad de desabrocharse

el cinturón. Era cómoda y ocultaba perfectamente el arma.

A diez metros de distancia, un tipo corría hacia él en un callejón oscuro con la evidente intención de asesinarlo.

Howard movió las caderas ligeramente hacia la izquierda y llevó la mano derecha hacia atrás. Asió la culata de madera del revólver, soltó el seguro y esgrimió el arma como si de una navaja se tratase, a la vez que disparaba. A aquella distancia no tenía que molestarse en apuntar. El agresor, un tipo de más de metro ochenta, se detuvo en seco cuando la bala penetró en su cuerpo. Pero Howard realizó un segundo disparo. El asesino se desplomó con dos rodales rojos en el pecho.

La mayoría de las personas no se percatan de lo rápidos que son los profesionales del crimen. Si Howard no llega a disparar, el asesino le habría asestado una puñalada mortal. Howard miró el ordenador contiguo a la cabina. Por encima del ordenador había un pequeño holograma y una franja con datos: «Tiempo transcurrido: 1,34 segundos desde el principio hasta el disparo. Organo alcanzado: el corazón.» El tambor del revólver no podía albergar tantas balas como una pistola táctica H&K, pero para Howard era una especie de talismán, y se sentía más cómodo con él.

Al enfundar de nuevo el revólver reparó en que le dolía el hombro derecho. 0, más exactamente, lo notaba agarrotado, de cansancio, quizá. ¿Después de un solo ejercicio? Últimamente se cansaba con demasiada facilidad.

-No está mal para un viejo -observó el sargento Julio Fernández, que estaba en la cabina contigua en la sala cubierta de prácticas de tiro. Su vieja Beretta 9 mm, que fue arma reglamentaria del ejército, humeaba como una locomotora de los tiempos heroicos.

-Borrar -dijo Howard, sonriente.

El ordenador obedeció a su voz y el holograma del agresor desapareció. Si hubiera sido un agresor real, las balas explosivas le habrían destrozado el corazón sin atravesar su cuerpo, como ocurría con las balas antiguas, con riesgo de matar a una ancianita que pasase por la calle paseando a su perro. Y eso era muy importante para cualquier servicio en plena ciudad. Por supuesto, las balas explosivas no servían para disparar a través de tabiques sólidos o puertas de vehículos, pero las dos balas siguientes del tambor eran convencionales. De modo que la habitual secuencia (primero enfrentamiento directo y luego intento del delincuente de parapetarse) tenía una hábil réplica en la posición de las dos clases de balas en el tambor del revólver. Además, si el delincuente hubiese estado en el interior de un coche, Howard habría hecho pasar las dos primeras balas sin dispararlas o, simplemente, las habría disparado hacia un lugar seguro antes de dispararle al criminal con las convencionales.

-Buenos días, señores -oyó Howard que alguien decía.

Los auriculares que llevaba amplificaban el sonido normal, pero anulaban todo exceso de decibelios que pudiese dañar sus oídos. Se dio la vuelta.

Era su jefe, Alexander Michaels.

-Comandante... ¿Qué le trae por la sala de prácticas de tiro un sábado por la mañana?

Michaels le dio una palmadita a la pistola Taser de descargas paralizantes que llevaba prendida del cinturón, junto a su cadera derecha.

-Hay que mantenerse en forma. Y he pensado aprovechar que los sábados no hay que aguardar turno.

Howard esbozó una sonrisa y meneó la cabeza.

-¿No le gusta la Taser, coronel? -preguntó Michaels.

-La verdad es que no, comandante. En una situación que requiera usar una arma, hay que usar una arma de verdad.

-Si no me equivoco, la Taser tiene un noventa por ciento de probabilidades de neutralizar al atacante de un solo disparo, tanto si penetra en la ropa como si no. Ni los chalecos de kevlar lo evitan. Uno se ahorra tener que recoger cadáveres.

Howard reparó en que Fernández sonreía.

-¿Quería usted comentar algo, sargento?

-Pues... sí, señor. Si el que recibe el disparo lleva encima algo inflamable, el arma no letal

lo convierte en una antorcha humana. Ha ocurrido más de una vez.

-El sargento está en lo cierto -asintió el coronel-. Sin embargo, el peor inconveniente es que en la Taser sólo cabe una carga -añadió.

-Es obligatorio llevar un par de repuesto, y, con práctica, se puede volver a cargar en dos segundos.

-Ya, y en esos dos segundos, cualquiera con una arma convencional te acribilla, él o su compinche, si es que no va solo. ¿No cree, señor?

Michaels sonrió.

-Bueno, ya sabe cómo somos los chupatintas, sargento. Para nosotros, las armas son más que nada una formalidad. No solemos entrar en acción.

-No es eso lo que tengo entendido, señor -dijo Fernández.

Howard siguió sonriendo. Michaels podría opinar lo que quisiera pero él había hecho frente a una asesina que se introdujo en el cuartel general y la había matado de un disparo con su propia arma. Y eso le había supuesto ganar cierto respeto entre muchos, como el propio Howard.

-Además, dispongo de hombres abnegados y muy bien entrenados que dan el callo por mí -indicó Michaels en tono risueño.

-Así cualquiera -musitó casi inaudiblemente Fernández para que el comandante no lo oyese.

-Los dejo que sigan practicando -dijo Michaels-. Pásenlo bien, señores -añadió, enfilando hacia una cabina libre.

El sargento Fernández meneó la cabeza y miró a Howard.

-Paralizantes, espuma adherente, cañones de fotones... ¿Qué otros juguetitos nos reservan los federales? ¿Aspersores de pimienta? ¿Lanzapétalos de rosas? ¡Qué manera de perder el tiempo!

-Vivimos en tiempos políticamente correctos, sargento. Acribillar al prójimo da mala imagen, aunque sea un terrorista con los bolsillos llenos de granadas de mano; queda fatal en los telediarios.

-Pues ya verán esos liberalejos pusilánimes el día que tengan que empuñar una arma. Seguro que se divertirán.

-Eso espero, sargento.

-¿Sabe cuál es la definición de un conservador, señor?

-No me atrevo a preguntárselo.

-Un liberal atracado.

Howard sonrió.

-Bueno, vamos a lo nuestro, sargento. A ver si dispara tan bien como habla.

-¿Qué tal una pequeña apuesta, coronel?

-Detesto esquilmarlo, pero si va tan sobrado que puede permitirse perder..., acepto.

Al final de la hilera de cabinas, Michaels oyó reír al coronel y al sargento. Probablemente se reían de él y de su pistola paralizante. El era un comandante de un cuerpo de policía, no un soldado. Su padre fue militar de carrera y eso bastó para que Michaels prefiriese no seguir sus pasos. Se sabía capaz de matar si era en legítima defensa o para proteger la vida de un ser querido. Y así lo hizo cuando la asesina se introdujo en el cuartel general de Net Force y utilizó a Toni para tenderle una emboscada en el vestuario del gimnasio. Le había disparado a la tristemente célebre Selkie después de que ella le disparó a él y trató de apuñalar a Toni. Aquello fue necesario. Pero no era una experiencia que le apeteciese repetir.

Conectó su ordenador, entró en el programa de prácticas de tiro y eligió una simulación para la Taser. Comprobó que el cartucho de aire comprimido estuviese en la funda en el lado izquierdo de su cinturón. Luego desenfundó y revisó el arma y el cartucho.

-Activar -ordenó a la computadora-. De dos a treinta segundos. Comienzo al azar.

Eso significaba que, en cualquier momento, dentro de ese período de tiempo, por el sitio más inesperado, aparecería una o varias imágenes virtuales que representaban individuos que lo atacaban.

El nuevo modelo de paralizante era inalámbrico. No estaba muy seguro de saber cómo funcionaba. Las agujas gemelas del cartucho eran relativamente pequeñas, pero muy eficaces. Se activaban mediante una sencilla pila de nueve voltios. Eran poco más gruesas que la barrita de grafito de un lápiz. Las dos llevaban cargas de alto voltaje y bajo amperaje (unos cien mil voltios), y cuando ambas impactaban en un blanco se cerraba el circuito. El propelente de gas comprimido -nitrógeno o dióxido de carbono, según los modelos- proyectaba las agujas hasta unos diecisiete metros, con fuerza suficiente para penetrar en la ropa. A la distancia normal de combate, entre siete y ocho metros, la descarga casi siempre derriba al atacante. El arma llevaba incorporado un pequeño láser. Bastaba oprimir la culata para que apareciese un pequeño punto rojo en el visor que mostraba dónde impactaran las agujas. Si fallabas, dos electrodos en la culata permitían que la Taser funcionase como una pistola lanzadora de descargas eléctricas. El arma parecía una maquinilla de afeitar eléctrica alargada. Su aspecto no era muy distinto de las armas cortas que utilizaban en Star Trek.

El funcionamiento era sencillo. No había más que apuntar guiándose por el punto rojo del láser y disparar. Si todo iba bien, al cabo de medio segundo el agresor se retorcía en el suelo entre convulsiones producidas por la descarga eléctrica, que hacían que se olvidase por completo de sus intenciones agresivas. La recuperación, al cabo de unos minutos, era prácticamente total. Pero uno podía hacer muchas cosas ante un asesino postrado en el suelo boca arriba.

Por supuesto, también los delincuentes podían utilizar este tipo de armas. Para contrarrestarlo, era obligatorio que las Taser llevasen identificadores en sus propelentes, miles de minúsculas partículas de plástico que identificaban al comprador. Y no había modo de eliminar esos identificadores una vez disparada el arma paralizante.

Acababa de aparecer un agresor que iba derecho hacia Michaels. Corría hacia él esgrimiendo una barra de hierro.

Michaels desenfundó, apuntó y apretó el gatillo del láser de la culata. El pequeño punto rojo se movió arriba y abajo de la pierna del agresor, pero daba igual: bastaba con acertarle en cualquier parte del cuerpo. Apretó el gatillo y...

Una llamarada amarillenta brotó de la pierna del agresor que, sin embargo, siguió avanzando.

¡Mierda!

Michaels fue a cargar el segundo cartucho, pero ya era demasiado tarde. Cuando lo tuvo cargado, el agresor ya se había abalanzado sobre él. Sonó una fuerte sirena. El agresor se quedó «congelado».

¡Maldita sea! Tenía que haber intentado utilizar la descarga eléctrica.

Bajo la imagen virtual, a la izquierda de Michaels, apareció un cuadro de diálogo con letras de color rojo brillante: «No ha logrado detenerlo. Queda a merced del agresor.» La pequeña imagen del agresor en el holograma mostraba la razón. Las agujas estaban concebidas para separarse, con el objeto de abrir el arco lo bastante para que se cerrase el circuito. A la distancia que él había disparado, la pierna del agresor no había sido un buen blanco. La aguja izquierda impactó de lleno en el muslo del agresor, pero la de la derecha había pasado a veinticinco centímetros, o sea, un claro fallo. Debía de haber movido la mano al apretar el gatillo; no hacía falta desviarla mucho para errar el tiro.

Si llega a ser un agresor real, ahora Michaels tendría el cráneo abierto, a no ser que las clases de silat que le daba Toni le hubiesen servido para esquivar el golpe de la barra de hierro y poder dispararle al agresor la descarga eléctrica. Pero aún no dominaba lo bastante el silat.

Meneó la cabeza, contrariado. Introdujo un cartucho de repuesto, que tenía encima de la mesa auxiliar, y volvió a prenderse la Taser del cinturón.

-Reiniciar -ordenó a la computadora-. De dos a treinta segundos, al azar.

Evitó mirar a Howard y a Fernández, seguro de que estaban riéndose a su costa.

Sábado, 18 de diciembre, 8.15 horas
Washington D. C.

Toni estaba sentada en el sofá que su hermano mayor, Junior, le había regalado hacía tres años para Navidad. Era propietario de una tienda de muebles en una zona de Queens mejor que la suya -lo cual no era decir mucho-, y se había quedado con varias piezas que no vendía ni podía devolver al fabricante, que había quebrado entre el momento en que él hizo el pedido y la llegada del mismo. Era un sofá confortable pero de un color verde mortecino que estaba claro que no había entusiasmado a ninguno de sus clientes. De modo que pensó que podía serle útil a alguien.

Le sonrió al teléfono a través del cual hablaba con su madre, que no acababa de hacerse a la idea de los videoteléfonos. ¿Y si sonaba antes de que se hubiese aseado y tenía que contestar desgreñada y hecha un asco? ¿Y sí estaba en la ducha.

-Mamá, si tanto te preocupa que gaste demasiado en estas llamadas, ¿por qué no te instalas un adaptador y dejas que Aldo lo conecte al ordenador de papá? Por diez dólares al mes podríamos hablar cuanto quisiéramos a través de la red.

-No quiero saber nada de ordenadores -le contestó su madre-. Son demasiado complicados.

-No son más complicados que utilizar el teléfono -replicó Toni-. No tienes más que encenderlos y decirles mi número. Y si te llamo yo, sólo has de tocar un botón cuando suena, y tienes la voz y la imagen.

-Demasiado complicado -insistió su madre.

Toni volvió a sonreír. Estaba claro que su madre no iba a cambiar nunca. Tenía un viejo ordenador en su trastero del sótano del edificio de ladrillo visto donde Toni había crecido, un regalo de cumpleaños que Toni y los chicos le hicieron hacía tiempo. En la mayor parte de los hogares americanos había algún ordenador, pero la madre de Toni era reacia a los artilugios modernos. Aunque no llegaba al extremo de santiguarse cada vez que pasaba frente al aparato, Toni había llegado a creer que su madre lo consideraba cosa del demonio, capaz de arrastrarla hasta el infierno.

Sophia Banks Fiorella tenía sesenta y cinco años y seis hijos, cinco de ellos varones, y todos universitarios. El menor de los varones, Aldo, tenía treinta y un años y era un programador de alto nivel. Trabajaba en la magistratura del estado de Nueva York, y si él no había podido convencer a su madre para que utilizase el ordenador, tras intentarlo después de la cena de los domingos, Toni no haría sino perder el tiempo.

-Bueno... ¿Cuándo vas a venir a casa?

-El jueves a última hora -repuso Toni.

-¿Quieres que papá vaya a recogerte al aeropuerto?

-Sabes perfectamente que papá no debe conducir. Apenas ve. Esperaba que Larry hablase con él en serio y se lo dijese -le recordó Toni, que notó que su deje del Bronx se acentuaba considerablemente al hablar con su madre. Siempre terminaba ceceando.

-Ya conoces a tu padre. Nunca escucha lo que no quiere oír,

-Al final tendremos que comprar una de esas barras para bloquearle la dirección del coche.

-Ya lo intentó tu hermano, Toni. Pero tu padre tardó menos de dos minutos en desmontarla. No es imbécil.

-No he dicho que sea imbécil, pero está medio ciego y, si sigue conduciendo, va a matar a alguien.

-Bueno. Pues ya te irán a recoger Larry o Jimmy.

-No llegaré en avión, mamá. Iré en tren y tomaré un taxi desde la estación de Pennsylvania.

-¿Coger un taxi a esas horas de la noche? Es peligroso para una chica sola.

Toni se echó a reír. Conocía las técnicas de defensa personal mejor que la mayoría de los hombres. Llevaba una Taser, en cuyo manejo era toda una experta, y era agente del FBI desde hacía años. Y su madre... temía que tomase un taxi desde la estación del ferrocarril.

-Puedes estar tranquila, mamá. Tengo llave de casa; iré a la habitación de invitados.

-Es que Mike viene de Baltimore con su esposa y sus hijos, y ocuparán el dormitorio grande y el cuarto de los niños.

-Pues entonces me quedaré en el cuartito pequeño. No te preocupes, mamá, que estaré ahí el veinticuatro por la mañana, ¿de acuerdo?

-De acuerdo. Pero cuelga ya, que esta llamada te va a costar una fortuna. Nos veremos el viernes. ¿A qué hora quieres levantarte? ¿Quieres estar en la cama hasta tarde?

Toni sonrió de nuevo. Le dijese lo que le dijese, su madre llamaría a la puerta a las seis y media en punto y tendría el desayuno preparado.

-A las seis y media -contestó Toni con previsora resignación.

-Bien. Madrugaré. Te quiero, pequeña. Cuídate.

-Estáte tranquila. Yo también te quiero, mamá.

Toni colgó y meneó la cabeza. Una de las alegrías de su católica familia era la reunión familiar en Navidad. Entre sus hermanos, sus esposas y sus hijos serían veintitantos en casa de su madre, sin contar con los tíos, tías y con algún que otro primo que podía presentarse a cenar. Ahora tenían mucho más espacio, porque su padre había comprado los dos apartamentos contiguos y había hecho derribar los tabiques. Pero aun así eran demasiados.

A Toni realmente le apetecía volver a casa. Era una lástima no poder ir con Alex. Su madre habría estado encantada de verla con un marido potencial (porque cualquier hombre a quien Toni mirase más de una vez era para su madre un marido potencial), y no habría parado un momento dispensándole atenciones.

Puede que algún día pudiese ir con él.

Cuatro

Territorio de Arizona
Sábado, 18 de diciembre, 11.45 horas

Jay Gridley navegaba por la red... a caballo.

Hasta hacía poco prefería un Dodge Viper para las simulaciones en realidad virtual, situaciones en superautopistas y altas velocidades. El Viper era un coche tan rápido que parecía un cohete con ruedas. A Jay le gustaba pisar a fondo y notar cómo el viento le daba en la cara.

Pero desde hacía un par de semanas se había apoderado de él el talante de los viejos vaqueros del Oeste y, tras mucho documentarse, se había programado un escenario de época. No tenía por qué ser históricamente fidedigno; podías programar vaqueros y extraterrestres en el mismo escenario. Pero un programador de la talla de Jay tenía el afán de respetar ciertas normas, por lo menos el programa tenía que ser coherente. Y, por encima de todo, tenía que ser atractivo.

En aquella simulación, Jay llevaba tejanos Levi's con botones en la bragueta, auténticas botas vaqueras de piel, camisa de franela de cuadros, pañuelo rojo al cuello, sombrero Stetson de color crema y una Colt 45 con tambor para seis balas al cinto, en una pistolera de piel de la época. Nada de esas prendas de pega que venden en las tiendas de recuerdos para turistas; nada de botones nacarados en las camisas. Iba sentado en una silla hecha a mano y su caballo era un semental pinto llamado Buck. 0, más exactamente, un ex semental, porque el caballo virtual había sido castrado para evitar que tirase por su cuenta al pasar frente a las yeguas. Jay hubiese preferido un caballo blanco o un tordo, pero pensó que quizá fuese excesivamente cinematográfico. La mayor parte de los programas no tenían en cuenta estos detalles, y no le servían para sus exigencias.

Jay enfiló por un sendero estrecho que zigzagueaba al pie de una cordillera virtual del Viejo Oeste. Avanzaba con precaución, atento a la posible aparición de serpientes de cascabel, indios o forajidos que pudieran atacarlo. A unos tres kilómetros de donde él se encontraba había un pueblo llamado Black Rock. Pero como era casi mediodía y el sol abrasaba, tuvo que detenerse a beber. El sendero parecía un pedregal, flanqueado de arbustos espinosos que, con suerte, conseguirían florecer algún día, a no ser que antes ardiesen espontáneamente. Por allí no había más bicho viviente que las lagartijas.

Jay sonrió. Era divertido. Una situación sencilla pero interesante.

Tiró de las riendas junto a un arroyo seco y polvoriento, desmontó y bebió un sorbo de su cantimplora de tapón de madera. Cabían casi cinco litros. Se quitó el sombrero, le echó cosa

de medio litro de agua y se la ofreció a Buck, que la bebió con unos cuantos lengüetazos.

-Ya no estamos lejos, muchacho. Sólo faltan unos minutos.

Oyó acercarse un carromato, aunque no lo veía porque aún no había doblado la curva. Jay echó mano a la Colt. Uno nunca sabía con quién podía toparse. Lo mejor era estar preparado para disparar primero y preguntar después.

No era un carromato, sino una calesa tirada por un solo caballo o, mejor dicho, una yegua gris. Los cascos de la yegua resonaban en la grava y los flejes de hierro de las ruedas de madera producían un ruido estridente. Conducía la calesa una mujer que llevaba un vestido de algodón, largo hasta los pies, que alguna vez debían de haber teñido de color añil pero que a base de lavados y de sol se había quedado en un azul pálido. Como iba sentada, el vestido dejaba ver sus botines de media caña. También llevaba un gorro azul, no tan descolorido como el vestido, anudado bajo el mentón. Junto a ella, en el pescante, había un montón de libros.

Debía de ser la maestra de la escuela.

Jay se relajó y se tocó el ala del sombrero.

-Buenos días, señorita -dijo con logrado acento vaquero.

En seguida reparó en que la mujer era atractiva o, más exactamente, de una belleza arrebatadora. Bajo el gorro asomaban unos mechones rubios y tenía unos preciosos ojos verdes.

Oh, Dios, no era la maestra. Era... la teniente Joanna Winthrop.

¡Maldita sea!

Joanna detuvo la calesa a unos tres metros de Jay y sonrió.

-Bien, bien, Jay Gridley. Encantada de verlo por aquí -dijo Joanna al bajar de la calesa. Su rostro desapareció durante unos segundos.

Jay adivinó lo que hacía. Estaba en su propio programa de la red y se las había compuesto para mezclarlo con el suyo.

Volvió a ver el rostro de Joanna, que miró en derredor y vio lo mismo que veía Jay.

-¿Qué hace usted aquí, Winthrop?

-Quizá esta bala de plata le dé una pista -repuso ella, alzando la mano y mostrándole un cartucho de escopeta-. Anda, cartuchito, díselo.

Pero el cartucho no dijo nada.

-Muy graciosa -replicó Jay, que no estaba de humor para dejarse insultar por gente como la salida teniente Winthrop-. ¿Se puede saber por qué me piratea el programa?

-Nada de piratería. Ha sido una simple visita de cortesía informática -dijo señalando al desierto-. Aunque... un poco complicada.

¿De veras?

En el mundo real, Jay estaba sentado en su despacho del cuartel general, conectado a la red. Salió de su programa del Viejo Oeste para dejar que apareciese el de Winthrop.

Se vio entonces en el andén de una estación de ferrocarril. Winthrop estaba frente a él. Un tren de pasajeros estaba parado en la vía. La teniente llevaba moño, sombrero de ala ancha y un chaquetón oscuro por encima de un vestido de lana gris que le llegaba hasta los tobillos. A juzgar por su indumentaria y el aspecto del tren, Jay dedujo que debían de estar a finales del siglo xix o principios del xx. A su izquierda, en el andén, se leía el nombre de la población: Klamath Falls.

Estaban en invierno, el aire era frío y cortante y había quince centímetros de nieve en el suelo y, junto al andén, montones de la que habían retirado.

Los pasajeros fueron subiendo al tren; las mujeres, con vestido largo, y los hombres, casi todos con traje; y unas y otros con abrigo y sombrero. Entre el pasaje, formado en su mayoría por personas acomodadas, había algunos obreros, con gorra, chaqueta y botas de trabajo. Un tipo alto y pálido con pinta de carretero y mono marrón claro se detuvo a ayudar a una anciana a subir su bolsa al tren. Una niña echó a correr, seguida por un perro, que parecía un setter, o un golden retriever de una variedad más alta y delgada. Olía a humo, a carbonilla y a sudor.

Por aquel entonces, la gente no se bañaba todos los días. Eso era un toque muy logrado.

Tenía que reconocer que había programado una simulación primorosa. No había zonas grises ni fondos esbozados. Incluso había incluido detalles como los nudos de los postes de madera de abeto que sustentaban la techumbre del andén.

Jay se vio ataviado con un terno gris de lana y zapatos de piel negra, de vestir, y un reloj de bolsillo con cadena de oro que cruzaba por encima del chaleco. Vio asomar un papel coloreado de uno de los bolsillos del chaleco y lo retiró, era el billete del tren. Podía leer perfectamente lo escrito en el billete. Otro toque muy logrado.

Bien. De acuerdo, tenía que reconocerlo, era un trabajo de primer orden.

Aunque no tenía por qué reconocérselo a ella.

-¡Todos al tren! -gritó el maquinista.

-¿Y bien? -dijo ella.

-Es un poco laborioso -repuso Jay-. Prefiero el mío -añadió, cerrando el programa.

Al cabo de medio segundo estaba de nuevo en el desierto junto a Buck, mirando a Joanna y a su calesa...

-¿Qué quiere usted? -le preguntó él.

-Lo estaba buscando. Vamos a tener que trabajar juntos, tanto si nos gusta como si no. Ya sé que no le caigo bien, y tampoco usted está en mi lista de los cien mejores. Pero puedo dejar a un lado estas cosas y comportarme como una profesional.

-¿Significa eso que yo no?

-No, Gridley, significa sólo lo que he dicho. No se trata de competir a ver quién es mejor programador, sino de cumplir con una misión. El comandante Michaels quiere que yo colabore, y en eso estoy. No es necesario que hagamos manitas ni que vayamos a pasear por el prado en primavera. Pero tampoco es necesario que nos pongamos la zancadilla. ¿Estamos de acuerdo en eso?

Jay miró a su caballo. Ahora comprendía por qué los vaqueros pasaban tanto tiempo fuera de casa. Las mujeres, sobre todo las mujeres bonitas, tendían a complicar las cosas. Jay sabía que él era mejor programador. Si no se le habían abierto muchas puertas era a causa de su aspecto, y estaba completamente seguro de que en el caso de Joanna era al contrario. Pero se resignaba.

-De acuerdo -dijo-. Procuraremos no estorbarnos.

-Si yo descubro algo antes que usted, se lo comunicaré.

-Lo dudo -musitó Jay, algo crispado.

-¿Cómo?

-Nada. Yo haré lo mismo.

Joanna masculló algo que él no entendió.

-¿Cómo?

-Nada -contestó ella-. Lo dejo con su caballo. Volvió a montar en la calesa y golpeó con las riendas a la yegua.

-¡Arre, bonita! -incitó a la yegua, a la vez que lo saludaba con la mano y se alejaba hacia el pueblo.

Jay la siguió con la mirada. El caballo gimió.

-Sí, muchacho, eso mismo siento yo -dijo Jay-. Vamos, tenemos asuntos pendientes. Vamos, Buck.

Jay puso el pie izquierdo en el estribo, montó y fue al trote hacia el pueblo.

Sábado, 18 de diciembre, 11.45 horas
Chevy Chase, Maryland

Hugues llevaba su virgil en la limusina, pero no quería utilizarlo para llamar a Platt. La señal telefónica era de codificación binaria, y nadie lo entendería si utilizaba el teléfono a través del virgil. Pero no se fiaba. Era un juguetito extraordinario, del tamaño de una maquinilla de afeitar eléctrica, que además de teléfono tenía GPS, reloj, radio, televisión, módem, billetero electrónico, cámara fotográfica, escáner e incluso fax. Por supuesto, de no

haber sido adjunto de White no habría tenido acceso a semejante instrumento. No se lo podría haber permitido y, probablemente, no habría conseguido entrar en la lista para comprar uno, aunque hubiese ahorrado el dinero suficiente para comprarlo.

Había una cabina de teléfono público justo enfrente, y le indicó a su chófer que se detuviese.

Hacía frío. Soplaba un viento húmedo y el cielo proyectaba ese resplandor nacarado que irradian las nubes cuando está a punto de nevar.

Hugues entró en la cabina de paneles de plástico transparente garabateados con graffiti y cerró la puerta. Programó el teléfono para una llamada sin imagen y acopló el distorsionador desechable de voz al micrófono. Luego marcó el número, aguardó a que sonase una vez y colgó.

Platt disponía del equipo necesario para localizar la llamada, además de un distorsionador de voz como el suyo. Nadie podría descodificar su conversación.

Treinta segundos después sonó el teléfono de la cabina. A menos que fuese una coincidencia, sería Platt.

-Diga.

-Hola -lo saludó Platt con un fingido y exagerado deje georgiano.

-Bien. ¿Cuál es la situación?

-Tenemos un pequeño problema. Parece que el presidente Sambo quiere verte en persona antes de cerrar el trato.

-Imposible. Por eso te pedí que me representases.

-Eso es lo que le he dicho yo. Pero insiste... Ya sabes cómo son los morenitos. Siempre te salen con algún problema.

Hugues hizo rechinar los dientes. Platt era un racista y, probablemente, un miembro destacado del Ku Klux Klan de Georgia. Y de los Hijos de Ex-Combatientes Confederados. Enviarlo a Guinea-Bissau, un pequeño y mísero país de la costa del oeste africano del Atlántico norte, embutido entre Guinea y Senegal, era una invitación al desastre.

Platt era tan blanco que resplandecía, y el noventa y nueve por ciento de la población de Guinea-Bissau era de raza negra. Además, hablaban portugués, creole o francés, aparte de una serie de dialectos africanos con nombres como pajadiña, gola, bigola, etc. Que él supiese, Platt no hablaba ninguna lengua extranjera, e incluso tenía bastantes problemas para hacerse entender en la suya propia, salvo cuando hablaba con quienes tenían el mismo almibarado acento georgiano. Pero siempre conseguía salir del paso. Probablemente lo ayudaban sus casi dos metros de estatura y su complexión hercúlea. La mayoría de las personas tendían a ser amables con él aunque no les cayese bien. Y aunque era un hombre vulgar, no era tonto. Le gustaba representar el papel de bonachón, de persona franca y sin doblez. Pese a su rudo aspecto sabía mucho de ordenadores, desde los portátiles a los grandes ordenadores de última generación. Además, manejaba muy bien todo tipo de armas y era tan capaz de solucionar un problema de un disco duro como de una metralleta.

-El caso es que lo que el presidente Sambo me ha dicho es que, si no vas a charlar con él personalmente, no hay trato.

¡Maldita sea! Hugues consultó su calendario electrónico, pulsó el mes de enero y lo miró. Sería complicado. Tendría que hacerse con algún medio de transporte improvisado. Tenía un par de pasaportes y de visados que podía utilizar para entrar en el país. Era un contratiempo, y bastante caro además, pero tendría que ir.

-De acuerdo. Dile al presidente que estaré allí el... 13 de enero, un jueves.

-Tomo nota; el jueves 13 de enero.

-Y ven a Washington. Tengo otros encargos para ti.

-Washington. ¿Sabes que en todo el país no hay más que cuatro mil teléfonos? Me temo que aún siguen utilizando el tam-tam. No sé silo sabrás, pero los nativos están inquietos, y muy envalentonados. Como alguno vuelva a mirarme en plan desafiante...

-No mates a nadie -lo atajó Hugues.

Platt se echó a reír.

-¿Yo? ¡Vamos! -exclamó Platt-. No voy a matar a nadie. Lo único que haré es hacer que se

bajen de la acera cuando me vean acercarme -añadió con una risotada-. Aunque... ni siquiera eso, porque aquí no tienen aceras. Supongo que tendré que esperar a estar en Washington para vérmelas con sus hermanos.

-Bueno, déjate de bobadas y vuelve en seguida. ¿Qué hay de las nuevas filtraciones?

-Tengo preparada la siguiente remesa. Se activará en la red en la madrugada del lunes.

-Bien. Hasta pronto.

Hugues retiró el distorsionador de voz del micrófono y se lo guardó en el bolsillo.

¡Madre mía! Platt era un lunático. Probablemente, un psicópata, un soccópata, o sea, una arma tan potente como peligrosa; necesaria pero perfectamente capaz de dañar la mano que la manejaba. Hugues debería andarse con cuidado, y no tardaría en tener que pensar en cómo deshacerse de Platt para siempre.

Al abrir la puerta de la cabina, una ráfaga de viento cortante le dio en la cara y lo hizo estremecerse de puro frío. Ya olía la nieve que estaba a punto de caer. Lo mejor que podía hacer era volver a la ciudad antes de que las carreteras se convirtiesen en aparcamientos.

-Volvamos a casa -le dijo al chófer al subir a la limusina.

Cinco

Lunes, 20 de diciembre, 8.55 horas
Washington, D. C.

El invisible demonio de los celos había hundido sus garras en la espalda de Tyrone Howard. Le dolía de un modo que no podría haber imaginado hacía dos meses. Sentía náuseas, ganas de gritar, de pegarle a alguien, o de hacer las tres cosas a la vez.

Los estudiantes del Instituto de Enseñanza Media Eisenhower estaban acostumbrados a ver cosas raras en los pasillos, sucios, pintados y llenos de desconchones. Pero ver a un chico de trece años correr enfurecido, presa de un ataque de celos, era algo insólito.

La razón estaba a diez metros del muchacho, sonriéndole al cerebro del equipo de rugby, un tipo alto y fornido llamado Jefferson Benson.

Belladona Wright era un año mayor que Tyrone y, sin duda, la chica más bonita de Columbia, de la costa Este, y puede que de todo el mundo. Y como él le había hecho un favor ayudándola a aprobar su examen de informática, habían pasado bastante tiempo juntos. Prácticamente, ella había dejado a su novio, Herbie LeMott el Quebrantahuesos, que estudiaba en el instituto y era capitán del equipo de lucha libre. Desde entonces, ella y Tyrone solían ir al centro comercial del paseo, habían jugado con programas de realidad virtual, y habían estado en el dormitorio de ella besándose hasta que él creía que iba a explotar. Estaba colado por ella; loco de remate. Y allí la tenía, con microfalda y un topceñido, hablando con otro. Sonriéndole a un tipo que podía hacerle un nudo con brazos y piernas y lanzarlo como una pelota a diez metros de distancia sin despeinarse. La única ventaja que Tyrone le sacaba era su cerebro, y aunque a la larga la mente podía ser más poderosa que el músculo, en un enfrentamiento cara a cara, el tipo musculoso podía hacerle papilla si sólo podía replicar con el cerebro.

-Ah, ah... Esto huele a problemas -oyó que decía una voz por detrás de él.

Tyrone no estaba mirando directamente a Bella, sino de reojo, mientras se empeñaba en abrir la puerta de su taquilla. No necesitaba verlo para saber quién era el que hablaba. Era James Joseph Hatfield, un chico de una familia campesina del oeste de Virginia, que estaba tan mal de la vista que ni siquiera podía llevar lentes de contacto, sino unas gafas con cristales tan gruesos como el culo de una botella. Parecía una enorme lechuza blanca.

-Cierra el pico, Jimmy-Joe.

-Eh, Romeo, que sólo está hablando con él, no tratando de pescarle la anguila que tiene entre los pantalones.

Tyrone se dio la vuelta y fulminó a su amigo con la mirada.

-Bueno, bueno, tranquilo, tío -lo apaciguó Jimmy-Joe-. Pero piénsalo, si quisiera

montárselo con un tiarrón, seguiría con el Quebrantahuesos, ¿no crees? Lo digo porque, a su lado, Benson parece una gamba.

Y, al lado de Benson, Tyrone parecía un microbio.

-Sí, puede que tengas razón.

-Pues tranquilízate. Te preocupas demasiado -le dijo Jimmy-Joe, dándole una palmadita en la espalda.

Mientras Tyrone seguía mirándolos disimuladamente con el rabillo del ojo, el fornido Jefferson Benson se dio la vuelta y fue pasillo adelante balanceando los brazos, como si quisiera apartar a todos los que se acercaban en dirección contraria, que se hacían a un lado sin vacilar.

Bella alzó la vista y vio a Tyrone y a Jimmy-Joe. Les sonrió y los saludó con la mano.

-Hola, Ty -dijo acercándoseles.

La aprensión de Tyrone se esfumó al ver cómo le sonreía. Se sintió como debió de sentirse Atlas cuando Hércules lo liberó del peso del mundo. De pronto, la vida le pareció maravillosa. Se hubiese puesto a cantar y a bailar. Flotaba como una nube.

Bella se arrimó a él. Los estudiantes se detenían a mirarla. Era la reina del instituto. Se cimbreaba como una palmera con la brisa al caminar. A Tyrone le latía el corazón con tanta fuerza que parecía un tamtan. ¡Madre mía!

-Iré al paseo al salir de clase, si no vuelve a nevar -le dijo ella-. ¿Irás tú también?

-Sí, claro -contestó Tyrone-. Yo pensaba hacer lo mismo.

-Pues nos vemos en el Shop.

Bella volvió a dirigirle su radiante sonrisa, le dio una palmadita en el hombro y se alejó. Tyrone la siguió con la mirada, como en trance. Le ardía el hombro que ella le había tocado.

-Te sonríe, te pone la mano en el hombro. Si no lo ves, es que estás más ciego que yo -le dijo Jimmy-Joe-. Todo va sobre ruedas.

Tyrone sonrió. Sí, sí, era cierto. ¿Qué más podía pedir? La chica más bonita del mundo había quedado con él en lugar de con aquel gigante del rugby. Era asombroso, pero era real, maravillosa

-Bueno, ¿qué tal va la revisión?

Tyrone vio que Bella doblaba la esquina de otro pasillo y, al desaparecer de su vista, fantaseó con la imagen de su trasero, grabada en su retina.

-Control de Misión a Tyrone Howard. ¿Me recibes? -bromeó Jimmy-Joe, imitó el sonido de los parásitos de las comunicaciones con interferencias y sonrió.

Tyrone salió de su trance. Jimmy-Joe le preguntaba acerca de la revisión del juego que había programado e introducido en la red, el DinoWarz.

-No he tenido mucho tiempo para trabajar en eso.

-¿Que no has tenido tiempo? Te estás quedando conmigo, ¿no?

-Para nada -repuso Tyrone sin mentir, porque le había dedicado todo su tiempo libre a Bella, en persona o con el pensamiento.

Deseándola...

-¡Lo vas a echar a perder, colega!

-No es más que un juego -dijo Tyrone.

Jimmy-Joe miró a Tyrone como si acabase de convertirse en una enorme cucaracha que tratara de escabullirse.

-¿Sólo un juego? ¿Sólo un juego? ¡Tú tienes un escape de testosterona en el cerebro, tío!

Sonó la campana para entrar en clase y Jimmy-Joe se alejó, meneando la cabeza.

-Luego nos vemos.

Tyrone miró a su amigo. No lo entendía. Los videojuegos eran divertidos, pero ¿cómo podía compararse un videojuego a hacer manitas con Belladona Wright? Besar aquellos cálidos y mágicos labios. Acariciar aquellos cálidos...

No sigas por ahí, Tyrone -se recomendó-. Por lo menos, no aquí ni en estos momentos.

¿Un videojuego? ¿Comparar una imagen virtual en tres dimensiones con Bella? Ni hablar.

Corrió para no entrar el último en clase. Luego iría al paseo, y lo demás... a hacer puñetas.

Lunes, 20 de diciembre, 9.05 horas
Quantico, Virginia

Julio Fernández vio flotar el holograma detrás del instructor. Reproducía una serie de ecuaciones matemáticas entre las que se intercalaban imágenes de lo que parecía ser una entrada de teatro de las antiguas, una galleta mordisqueada y una caja de caudales con un dial circular. Imaginería para memos.

-¿Quién puede decirme qué significa la frase «seguridad a través de la oscuridad»? -preguntó el instructor.

Fernández miró la imagen formada en la parte superior de su consola.

Espero que no me lo pregunte a mí, pensó.

Como en la clase de programación informática eran quince, las probabilidades de que le tocase a uno no eran muy altas, pero en aquel caso el profesor parecía especialmente interesado en que fuese Fernández quien contestase.

El profesor se apellidaba Horowitz y debía de tener unos veinticuatro años. Siempre llevaba trajes arrugados, era bajito, regordete, tenía acné y cara de padecer una orquitis crónica. También tenía aspecto de preferir la orquitis a dar aquella clase, y Fernández lo notaba. Pero al menos Horowitz era un civil y no un militar.

El hecho de que el aula apestase a sudor no contribuía a que fuese agradable dar clase ni recibirla.

Por supuesto, podía haber grabado en su ordenador todas las lecciones y todos los textos y estudiarlos en casa por la noche. Nadie lo obligaba a asistir a clase.

La mayoría de los alumnos eran de la academia del FBI y para ellos aquella clase era de asistencia obligatoria, aunque en la práctica la obligación se quedase en un puro formalismo. Eran licenciados universitarios, casi todos en Derecho, y aquel cursillo era tan fácil que podían aprobarlo incluso dormidos.

Pero no era lo mismo para el sargento Julio Fernández, que sabía tanto de informática como de física cuántica o del comportamiento sexual de las ballenas azules. Como había intentado aprender por su cuenta sin conseguirlo, empezaba a temer que su mente fuese refractaria a aquella disciplina. Por eso pensó que, quizá, escuchar al profesor de viva voz, prestar atención cuando los otros alumnos le hiciesen preguntas o contestasen a las de Horowitz podría ayudarlo. Pero al cabo de tres clases apenas había avanzado nada. Tal vez todo se redujese a que detestaba la informática, pero el caso era que la necesitaba imperiosamente.

Cuando se trataba de usar las manos o las armas, Fernández estaba a la altura del mejor. Sabía cómo montar un campamento en la selva o en un desierto y vivir de lo que diese la tierra, por más pobre que ésta fuese. Pero cuando se trataba de pulsar teclas se perdía, se convertía en un ser obtuso. Y eso era un mal asunto para un miembro de Net Force.

-A ver..., sargento Fernández. «Seguridad a través de la oscuridad.»

Lo veía venir... Fantástico...

-Creo que significa que un determinado sistema de seguridad informatizado es... como una fortaleza, señor. Uno sabe que está ahí, se la puede localizar con facilidad, pero las puertas de la fortaleza están blindadas, tienen trampas delatoras o tantas cerraduras que no es posible abrirlas aunque uno dé con ellas.

-Es un símil encantador. ¿Usted sabe lo que es un símil, sargento?

Varios compañeros de clase se echaron a reír.

El serio rostro de Fernández se sonrojó. Aquel condenado profesor podía ser su hijo, y el muy imbécil se choteaba de él.

-Sí, sé lo que es un símil.

-Pues el caso es que, sin duda por puro milagro, su respuesta es básicamente acertada. La lección de hoy tratará esencialmente de cómo aplicar diversas medidas de seguridad, desde alambradas electrificadas a contraseñas codificadas; desde códigos de acceso privado a cookies de seguridad, tanto nuevos como caducados.

El profesor agitó la mano, el holograma desapareció y fue sustituido por otro en el que se veía a un niño sentado frente a una consola. El niño aparentaba unos cinco años. Probablemente, la clase se centraría en el tema de los niños y los ordenadores.

Fernández hizo rechinar los dientes. Aunque diese una respuesta acertada, aquel sabelotodo lo hacía quedar como un imbécil.

Horowitz debía de ser de esos profesores que disfrutaban humillando a los alumnos. Aunque no era de extrañar, porque con aquella pinta de retaco inflado difícilmente podría disfrutar de otras emociones fuertes.

Quizá había cometido un error al inscribirse en aquel cursillo. Acaso hubiese hecho mejor en ejercitarse con las prácticas de tiro en lugar de dejar que el tal Horowitz se ensañase con él. Tal vez fuese más práctico no volver a asistir a clase y concentrarse en lo que sabía hacer: preparar soldados, dirigir su instrucción.

Durante unos momentos le sedujo la idea.

Pero no. Tenía que aprender informática, costase lo que costase. Así, cuando los sabihondos tenientes empezasen a hablar en chino acerca de una misión, él podría asentir con la cabeza y, por lo menos, tener una repajolera idea de qué iba el asunto.

Estaba pensando en una persona en concreto...

-Bien. ¿Quién puede decirnos qué ocurre cuando un ticket electrónico expira en un acceso codificado? ¿Sargento Fernández? Ya que hoy está metafórico, ¿podría contestar con otro símil?

Fernández lo miró, tentado de levantarse, dar media vuelta y salir del aula. Tampoco era desdeñable la opción de enseñarle a Horowitz cómo hay que respirar después de encajar un gancho en la boca del estómago o en la entrepierna. La idea no podía ser más tentadora...

-Vamos, sargento, ¡la rapidez es esencial! En la programación informática, en la vida, en todo... Quien vacila está perdido y es el último.

-Creo que en eso está usted equivocado, señor. Horowitz lo miró como un sapo pudiera mirar a una mosca impertinente.

-¿Ah, sí? Pues ilústrenos. Sáquenos del error.

-Señor, cuando empecé mi instrucción tuvimos a un viejo sargento primero que nos enseñaba a manejar las armas cortas. Nos contó una historia de cuando él era recluta, acerca de la rivalidad entre dos sargentos instructores de diferentes compañías.

-Y la emprenderían a tiros con los revólveres M-16 de entonces, ¿no?

Fernández miró a Horowitz.

-El M-16 es un rifle automático. ¿Sabe usted lo que es un rifle, señor?

Horowitz frunció el ceño. Era una suerte que Fernández no dependiese de la nota que pudieran ponerle en aquel cursillo, porque nunca lo aprobaría. Pero como sus compañeros de clase sí estaban entrenados para manejar armas de fuego, el sargento Fernández logró captar su atención.

-Pues bien, uno de los sargentos, que se llamaba Butler, se situó en la cabina. Al sonar el timbre, cargó el arma o, por lo menos, eso quiso hacer. Apretó el gatillo, pero no logró disparar: el cargador no soltaba las balas. De modo que sacó el cargador e introdujo otro. Sólo tardó unos segundos. Y entonces sí pudo disparar. Pero como sólo podían utilizar dos cargadores, su puntuación fue insuficiente. Entonces le tocó el turno al otro sargento, que se llamaba Mahoney. Cargó y disparó. Hizo una marca respetable, aunque no para celebrarlo con champán, pero lo bastante para situarse entre los cinco primeros, con un poco de suerte. Fueron disparos limpios, moderadamente rápidos y precisos. Entretanto, Butler comprendió cuál había sido su problema. Inadvertidamente había introducido una bala demás en uno de los cargadores. Los muelles se oprimieron demasiado y no soltó las balas. Butler pidió poder volver a disparar por fallo en el equipo. Era un día sin mucho que hacer, y el oficial instructor lo autorizó a volver a disparar cuando todos hubieron terminado. Y en esta ocasión Butler estuvo fantástico. Los dejó a todos atrás. Disparó más rápido que nadie, y acertó a todas las siluetas, a derecha, izquierda y por el centro, como si fuese una máquina. Butler hizo el ejercicio en treinta segundos menos que Mahoney. Y los compañeros que se habían reído de él tuvieron que morderse la lengua. Estaba claro que Butler tenía buena puntería. De modo

que Butler sonrió, saludó a Mahoney en tono burlón y se alejó pavoneándose. Mahoney estaba ya guardando su arma y su equipo en la bolsa cuando otro tirador, que conocía la rivalidad entre los dos sargentos, se le acercó y le dijo: «Lástima. Ya sé cuánto interés tenías en ganarle.» Pero Mahoney sonrió y repuso: «El ha ganado la prueba, pero si llegamos a estar en bandos opuestos en el campo de batalla, Butler ya habría pasado a mejor vida y yo seguiría aquí. No hay segunda oportunidad en el frente, por poca puntería que tenga el enemigo. Ni tampoco hay medalla de plata.»

Fernández se interrumpió y miró al instructor.

-Es mejor uno lento que funcione que uno rápido con gatillazo.

La clase entera se echó a reír, y entonces fue Horowitz quien se sonrojó.

-Venga a hablar conmigo después de clase, Fernández.

-Será un placer.

Cuando los otros alumnos se hubieron marchado, Fernández permaneció de pie a dos metros de la silla que ocupaba Horowitz tras su mesa.

-Su actitud merece un correctivo, sargento -dijo el instructor-. Ya sé que usted no necesita para nada la nota en este cursillo. Le dará lo mismo aprobar que suspender. Pero si necesitase la nota, puede estar seguro de que repetiría.

Fernández se acercó a la mesa, apoyó las manos en el borde y se inclinó hacia el joven. Horowitz se echó hacia atrás todo lo que le permitió la silla y lo miró, visiblemente asustado.

-Mira, niñato, tienes menos tacto y menos talento que un hipopótamo. Dedicas tanto tiempo a demostrar lo listo que eres que las dotes pedagógicas que puedas tener, cosa que dudo, no van más allá de tus narices. Ya sé que para ti esto es como hablarles a niños de tres años, pero se supone que eres profesor. Es tu trabajo y lo estás haciendo fatal.

-¡Un momento...!

-Cállate la boca -le soltó Fernández, aunque sin alzar la voz ni alterarse.

Horowitz no rechistó.

-Tienes suerte de que tengo buen carácter y suelo ser pacífico, por eso no estás ahora mismo de rodillas mirando los restos de tu desayuno esparcidos por el suelo. No volverás a verme por aquí, mequetrefe. No volveré, por suerte para ambos.

O sea, que su determinación de aprender aquella mierda se fue al garete. Por supuesto, había otros medios para aprender; tenía que haberlos.

Volvió a mirar a Horowitz, dio media vuelta y se dispuso a alejarse.

-¿Cómo se llama su superior? -le gritó Horowitz con voz de vicetiple-. ¡Voy a dar parte de usted por amenazas! Fernández se dio la vuelta sin dejar de sonreír.

-Mi coronel se llama John Howard. Dale recuerdos de mi parte con el parte -se burló el sargento con un deliberado ripio-. Y que conste que no te he amenazado, niñato.

Si llego a amenazarte, ahora necesitarías unos pantalones nuevos. Que te sea leve.

Al salir del aula, Fernández meneó la cabeza. Te has lucido, Julio. Amedrentar a un profesor, por memo que sea, no va a ayudarte a aprender nada.

Si, de acuerdo, de acuerdo. Pero ¿ y lo a gusto que se queda uno?

El sargento Fernández estaba casi seguro de oír a su otro yo reír a carcajadas.

Seis

Lunes, 20 de diciembre, 10.05 horas
Washington, D. C.

Platt caminaba a paso vivo por la acera contigua al centro comercial, con una camiseta y pantalones vaqueros, sin chaqueta, fingiendo ignorar el cortante frío, la sucia aguanieve que caía y la que habían amontonado junto al bordillo. Lo cierto era que no hacía tanto frío, porque sólo estaban a 0 °C, pero lo notaba. Menos mal que no soplaba el viento y que llevaba

botas de kevlar con puntera de acero. Así no se le enfriaban los pies.

Con casi dos metros y 110 kilos de peso, no podía ni pellizcarse después de la media docena de botellas de cerveza que se había trajinado. Iba cinco veces por semana al gimnasio, cuando estaba donde había alguno cerca, aparte de que tenía un pequeño gimnasio bastante bueno en casa, para cuando no le apetecía salir. Cuando estaba de viaje utilizaba un aparato portátil y plegable para hacer abdominales y pectorales. Le había costado un ojo de la cara, pero había merecido la pena. Apenas pesaba y cabía dentro de una maleta mediana. Así podía mantener el tono muscular de cintura para arriba durante un par de semanas sin necesidad de hacer otros ejercicios. No ayudaba mucho a la parte inferior del cuerpo, pero eso se podía compensar subiendo es-caleras.

No le gustaba Washington, ni la ciudad ni la gente que trabajaba y vivía allí, ni los viejos edificios de mármol. No había nada que le gustase.

67

Platt sonrió. Recordaba la primera vez que estuvo en Los Angeles, hacía unos doce años, cuando era un chaval inexperto que acababa de salir de una granja de las afueras de Marietta. Iba por Hollywood Boulevard como un turista mochilero, mirando boquiabierto las estrellas doradas de la acera, cuando rebasó a una anciana que estaba frente al teatro Chino, completamente desnuda, sonriéndole y saludando a todo el mundo. No le pareció bien que la pobre abuelita estuviese allí enseñando el culo en una calle como aquélla.

Platt sacó el móvil del bolsillo y llamó a la policía. Les dijo que había una anciana desnuda en la calle.

-¿A qué anciana desnuda se refiere? -le preguntó el policía en tono de fastidio.

¿A qué anciana desnuda? ¡Como si hubiese más de una! Pero, por lo visto, así era.

¡Madre mía!

Según el agente que atendió su llamada, cuatro o cinco veces por semana se encontraban con exhibicionistas.

¡Joder! A la gente de Hollywood se le iba la olla.

Miró el reloj. Eran poco más de las diez. Volvió a son-reír. Su listita debía de acabar de entrar en la red. Sería como echar toneladas de excrementos en un gigantesco ventilador del ciberespacio. Si la bomba de Luisiana no llamaba su atención, aquel bombazo haría que despertasen con unos ojos como platos.

Vio acercarse a dos afroamericanos. ¿Por qué se hacían llamar así? Probablemente, aquellos tipos de trajes de lana y abrigos de pelo de camello no habían estado nunca a menos de ocho mil kilómetros de Africa. Debían de haber nacido en Mississippi o en Georgia y habrían llegado a la gran ciudad para ligar con blancas y conseguir droga barata.

Para Platt, quien nacía en América era americano. Pun-to. Uno nunca oía hablar de germanoamericanos, francoamericanos o angloamericanos. Todo eso eran bobadas, unamanera más de darles alas. Al margen de cómo se hiciesen llamar, seguían siendo negros; eso no podían ocultarlo.

Los dos tipos trajeados lo miraron, pero no le servían. Eran demasiado canijos, demasiado civilizados. Probable-mente, abogados o miembros de algún partido político que no debían de haber peleado a puñetazos desde que estaban en el colegio.

Platt sonrió. Imaginaba lo que debían de comentar al verlo.

«Mira a ese gilipollas blanco, paseando en camiseta con un frío que pela.»

«Sí, es un gilipollas blanco, pero de dos metros. ¿Por qué no cambiamos de acera?»

Al cabo de cosa de una manzana vio a otro que sí le ser-vía. Era un tipo como un toro. Llevaba pantalones y botas vaqueros, chupa y gafas oscuras. Un buen ejemplar.

Era casi tan alto y fuerte como Platt e iba solo. A Platt no le importaba vérselas con dos, pero no era imbécil. No era sensato enfrentarse a una pandilla a menos que llevases pistola, porque sin duda ellos irían armados, aunque portar armas de fuego fuese ilegal en la ciudad. Todo lo que Platt tenía para enfrentarse a él era una navajita de cachas de aluminio, de unos ocho centímetros de hoja. Podía abrirla con tanta rapidez como una navaja automática y rajar a cual-quiera con suma facilidad, pero no era lo más adecuado para enfrentarse a tres o cuatro gamberros armados con pistolas. A él no le gustaba llevar pistola en la ciudad a menos que la

necesitase por algo en concreto, y tampoco le gustaba pelear a navaja con nadie salvo que fuese el otro quien la sacase primero, o en el caso de vérselas con un karateca o similares. La mayor parte de esas artes marciales no servían para nada, por lo menos en una pelea callejera. Pero, de vez en cuando, uno se topaba con alguien que sabía utilizarlas de un modo sencillo, con habilidad y rapidez, para que fuesen eficaces. Tenía que reconocer que algunos eran real-

mente diestros; corría el riesgo de que le diesen una paliza. En ese caso podía empuñar la navaja sin dejarla ver (porque quienes eran diestros en artes marciales también sabían cómo hacer frente a una navaja), simular no llevarla y aguar-dar una oportunidad para sacarla con ventaja. Platt tenía algunos malos recuerdos por errores de cálculo. Pero aquel tipo de la chupa no parecía precisamente Bruce Lee y, además, Platt sólo quería darle un repaso a alguien, no matarlo.

-¿Qué miras tú, niñato?

El hombretón negro se detuvo.

-¿A quién llamas tú niñato, «zumbao»?

-No veo por aquí a nadie más que a ti, niñato.

El de la chupa se quitó las gafas y se las guardó parsimoniosamente en el bolsillo interior de la chupa. Sonrió.

Platt le devolvió la sonrisa. Ja... Ahora sí que iba a ser di-vertido...

Lunes, 20 de diciembre, 10.20 horas Quantico, Virginia

Alex Michaels estaba sentado frente a la consola de su ordenador, atento a los mensajes que iban llegando a su bandeja de entrada. Los recibía cada media hora sobre asuntos corrientes, y en cualquier momento cuando se trataba de algo urgente. Siempre había alguna nueva crisis a la que Net For-ce tuviese que enfrentarse para que el país no se fuese a hacer puñetas.

Abrió los mensajes y los leyó.

«Alguien ha robado material electrónico por valor de varios millones de dólares de una planta de Aloha, Oregón.»

Aloha... El fundador de la ciudad debía de haberlo pasado muy bien en Hawai. Los chips robados en la planta eran lo bastante pequeños para caber en el bolsillo de una camisa sin que se notase. Hacía falta mucha suerte para locali-

70zarlos antes de que llegasen a Seúl y fuesen reproducidos e instalados.

Más madera.

Stanley el Ful había abierto una nueva tienda de programas de realidad virtual y volvía a vender porno. Pero no los tenía en la tienda, en la que sólo había el habitual surtido de vídeos y videojuegos, que utilizaba para engatusar a los clientes para que comprasen los programas de porno duro. Cobraba en dinero electrónico, les prometía enviarles un buen surtido de material pornográfico, luego cerraba la tienda y abría otra en un barrio distinto.

Le habían echado el guante en un par de ocasiones, am-bas en Nueva York. Pero Stanley entraba por una puerta y salía por otra; alquilaba un cuartucho y, sin más que un en-chufe y un teléfono, conectaba su ordenador, vendía el falso producto a un buen número de incautos en pocas horas, y se esfumaba antes de que apareciese la policía.

Aunque él no salla nunca de Nueva York, sus víctimas eran de todos los estados y, por tanto, era competencia de Net Force ponerlo fuera de circulación. Pero el asunto se complicaba por el hecho de que la mayoría de los estafados no querían que la policía lo supiese, y se resignaban a perder lo pagado y a morderse la lengua. Explicarle a la esposa que uno había perdido varios cientos de dólares tratando de conseguir Carla se tira a Detroit en realidad virtual era algo que la mayoría de los hombres preferían evitar. Porque la esposa

podía recelar acerca de todo el tiempo que el marido pasaba encerrado en el despacho o el taller de su casa con dos vueltas de llave.

Stanley era el clásico estafador que se valía de la inmoralidad de los demás para sacarles el dinero, porque era muy improbable que quien creía haber hecho algo ilícito fuese corriendo a decirle a la policía que lo habían estafado.

Por supuesto, siempre había alguien a quien le preocupaba más su dinero que su reputación, y lo denunciaba.

71

El mayor problema radicaba en que había miles de pequeños estafadores como Stanley y todas las denuncias llegaban a Net Force.

Michaels meneó la cabeza y pasó al siguiente mensaje.

Se trataba de un informe sobre una transferencia fraudulenta en un pequeño banco de Dakota del Sur.

Un emprendedor ciberladrón había traspasado doscientos mil dólares a su cuenta durante una serie de rápidas transferencias electrónicas. La brigada electrónica de los federales lo había detectado, aunque un poco tarde. El dinero fue recuperado rápidamente, pero no habían atrapado al ladrón, que había huido. No se explicaban cómo se las había compuesto para eludir la vigilancia electrónica federal, aun-que sólo hubiese sido durante un rato. La explicación estaba en que se trataba de alguien de dentro (el ladrón trabajaba como contable en el propio banco).

Casi siempre que ocurría algo así se trataba de un empleado de la propia entidad, ya que hacerlo desde fuera era muy difícil debido al férreo control que los cinco bancos que constituían la Reserva Federal ejercían sobre todo movimiento de dinero en la actualidad.

¿Qué más había?

De pronto sonó el intercomunicador y se oyó la voz de Liza.

-Señor, tengo a Don Segal de la CIA por la línea caliente. Dice que se trata de una emergencia.

Michaels sonrió ante el tono alarmado de su secretaria. La mayor parte de las emergencias resultaban no ser tan alarmantes.

-Pásemelo -dijo Michaels-. Hola, Don.

Segal era el subsecretario de inteligencia exterior, un buen tipo cuya esposa acababa de dar a luz a su tercer hijo, un varón.

-Tenemos un grave problema, Alex.

-Mañana por la mañana he de comparecer ante la co-misión de White -señaló Michaels, curándose en salud-. ¿De qué se trata?

-Es grave de verdad, Alex. Alguien acaba de introducir en la red una lista de todos nuestros agentes secretos en las zonas conflictivas euroasiáticas.

-¡Dios mío!

-Sí, todos los espías norteamericanos que operan en Europa occidental, Rusia, China, Japón, Corea... todos han sido puestos al descubierto. Exteriores está que se sube por las paredes. Muchos de esos agentes operan en países supuestamente amigos, aliados. Esto nos va a costar tener que hacer muchos favores y entonar muchos mea culpa. Pero también tenemos agentes en países donde primero les pegarán un tiro y luego los interrogarán. Aunque hemos dado una alerta general, muchos serán detenidos antes de recibirla.

-¡Maldita sea! -exclamó Michaels.

-Sí. Y... piénsalo: si ese tipo ha conseguido los nombres y tapaderas de nuestros agentes en Europa y Asia, ¿quién nos dice que no puede hacer lo mismo con los de Oriente Medio, Africa o Latinoamérica?

Michaels se había quedado sin habla.

-Tenemos que localizar a ese tipo, Alex.

-Sí, claro... tenemos que localizarlo. Así de fácil.

Siete
Lunes, 20 de diciembre, 10.25 horas Quantico, Virginia

Joanna Winthrop se lavó las manos, arrancó una toalla de papel del dispensador automático y se miró al espejo del lavabo de señoras.

Meneó la cabeza ante su doble. Durante toda su vida, los hombres -jóvenes y viejos, y más de una mujer- no habían hecho más que repetir lo bonita que era. Pero ella se-guía sin verse tan bonita. Había aprendido a fingir no reparar en las miradas que le dirigían los demás, pero aún seguían parándola por la calle muchos desconocidos sólo para decirle lo atractiva que era. Resultaba halagador e interesante, pero a la vez también era un incordio.

Y un misterio para Winthrop. Tenía una hermana, Diane, que era realmente bonita y siempre decía que a su lado se sentía como el patito feo. Su madre, pese a sus cincuenta años, estaba impresionante; las arrugas que se le formaban en la comisura de los labios al sonreír y su pelo gris no hacían sino acentuar sus perfectas facciones y la tersura de su cutis. Desde luego, Joanna no era fea, pero entre las Winthrop estaba en el tercer lugar por lo que a atractivo físico se refería. 0, por lo menos, así se lo pare-cía a ella.

Aunque, claro, eso no era lo que opinaban la mayoría de las personas que las conocían. Este hecho había supuesto una relativa ventaja durante toda su vida. Cuando era adolescente le encantaba que la invitasen a todas las fiestas, es-tar siempre en el primer lugar de las agendas de todos los chicos, ser popular y pretendida. Lo tenía asumido como algo normal, hasta que un día se miró y cayó en la cuenta de que, para la mayoría de las personas, no era más que un objeto decorativo. Todo lo que tenía que hacer era sonreír, es-tar siempre guapa, ser un adorno. Con eso se conformaban los demás, pero no ella. Porque si tan bonita era..., bueno, ¿y qué? No era algo que ella se hubiese ganado; había nacido así. ¿Quién podía vanagloriarse de lo que le venía dado por nacimiento?

Los chicos se quedaban sin habla ante su presencia, pero hacían cola para conseguir la oportunidad de soltarse la len-gua y, al final, caía en la cuenta de que para ellos no era real-mente una persona, sino un trofeo; alguien a quien convencer, cazar y exhibir.

«Fijaos, tíos, en la que cuelga de mi brazo. ¿A que os gustaría estar en mi lugar?»

Joanna era inteligente y sacaba buenas notas en el instituto. Iba muy bien encarrilada para seguir una carrera universitaria, pero eso no parecía importarle a nadie. Por lo vis-to, ser bonita era para todo el mundo más importante que ser inteligente. Para todo el mundo, menos para Joanna Winthrop.

La belleza se ajaba con los años, aunque eran muchas las personas que no reparaban en ello o fingían no darse cuenta.

Tiró la toalla a la papelera y volvió a mirarse al espejo. El primer chico con el que se había acostado, a los diecisiete años, era el presidente del Club Científico, no cualquiera de la docena de memos que iban tras ella. Era un chico inteligente, bien educado y atractivo, con un aire de poeta, un jo-ven sensible, solícito, que la respetaba por su talento. 0, al menos, eso era lo que ella había creído.

Pero al día siguiente, el considerado joven había fanfarroneado ante sus amigos, alardeando de haberse acosta-

do con ella. A eso se reducía su sensibilidad, su estima y su respeto. Le destrozó el corazón.

La mayoría de las chicas que conocía tenían celos de su atractivo, sobre todo las que eran bonitas. Su única verdadera amiga en el instituto había sido Maudie Van Buren, que siempre fue sincera con ella. Le sobraban veinticinco kilos y era una adicta al footing. Pero, en

realidad, a Mau-die no le importaba su aspecto ni el de Joanna -ni el de ninguna otra-, y no comprendía por qué Joanna se preocupaba tanto por ser tan popular entre los chicos. A ella le habría encantado estar en las agendas de los chicos, fuese para lo que fuese, decía siempre.

Al terminar el bachillerato habían ido a estudiar a universidades diferentes; Winthrop, al Instituto Tecnológico de Massachusetts, y Van Buren, a la Universidad de California, en Los Angeles. Pero siguieron en contacto, y todos los años pasaban una semana juntas en el chalet de montaña que el tío de Maudie tenía en las afueras de Boulder, Colorado.

Durante las vacaciones, entre segundo y tercer curso, pasaron horas charlando del que por entonces era su tema preferido.

Maudie se había puesto a régimen, había empezado a hacer gimnasia y, en seis meses, había perdido los kilos que le sobraban. Se había estilizado y estaba hecha una preciosidad.

Con botellas de cerveza de por medio (destilada en casa y que el tío de Maudie les había dejado en el frigorífico an-tes de marcharse), las dos jóvenes hablaban durante horas.

-Creo que al final he conseguido ser bonita -dijo Maudie.

Winthrop le sonrió tras beber un trago del turbio brebaje.
-Me refiero a que, cuando estaba hecha una foca, quie-nes querían mi compañía la querían por mi personalidad y no tenía que abrirme paso a codazos entre mis admiradores.

Ahora me llaman a menudo muchos chicos que me ignora-ban por completo cuando estaba tan gorda. Es como si de pronto me hubiese hecho rica y todos quisieran ser mis amigos. -Bebió un trago de cerveza y prosiguió-: Pero, para mí, la talla de un chico que sólo se interesa por una por su atractivo físico no pasa de la altura del bordillo de la acera. Resulta bastante difícil confiar en alguien así. Lo de «cariño, te quiero por tu inteligencia» resulta bastante sospechoso cuando te lo dicen a la vez que te meten mano bajo los sostenes.

Joanna sonrió y bebió otro trago.

-Si yo te contara...

Maudie la miró como si la viese por primera vez.

-Tú has tenido que soportarlo durante toda tu vida. ¿Cómo te las has arreglado para superarlo?

-¿Superarlo? Tropiezo en la misma piedra un día sí y otro también. Pero una acaba por acostumbrarse.

-Me parece que volveré a atiborrarme -dijo Mau-die-. ¿Para qué estresarse? Quizá sea mejor estar gorda y poder confiar en mis amigos que estar como una sílfide y desconfiar de todo el mundo.

-No, creo que lo mejor es encontrar a alguien que pase de tu cara bonita y de tus tetas. 0 más exactamente, que no le importen demasiado. No es que estorbe que crean que eres atractiva. Eso está bien, siempre y cuando crean de ver-dad que no es eso lo mejor de una.

-¿Y tienes a alguien así? -preguntó Maudie.

-Pues... te tengo a ti.

-Me refiero a algún chico.

-Todavía no. Pero no desespero. Debe de andar por ahí, y cualquier día me toparé con él.

-Humm..., a lo mejor lo encuentro yo antes.

Se echaron a reír y siguieron bebiendo el malteado brebaje del tío de Maudie.

Y también se echó a reír Joanna al recordarlo ahora.

7677

i.

De pronto sonó el virgil de Winthrop, que se lo des-prendió del cinturón. En la pantallita de cristal líquido se veía el nombre de la persona que la llamaba. Era el comandante Michaels.

-Diga, señor.

-Tenemos un grave problema, Joanna. Le agradecería que viniese a mi despacho.

-En seguida voy -dijo la teniente, que desconectó, se colgó el virgil del cinturón, volvió a mirarse al espejo y se dispuso a salir del lavabo.

Lunes, 20 de diciembre, 10.45 horas

Michaels miró a los tres jefes de su equipo informático, el mejor grupo que había tenido nunca bajo sus órdenes. Los tres lo miraron impacientes en cuanto hubo terminado de exponerles la situación.

-Bien, esto es lo que hay. La CIA está muy preocupa-da, y con razón. Quieren que intervengamos. Cuarenta años de trabajo se les han ido al garete. Y aún puede ser peor. Tendríamos que hacer una valoración de los riesgos y una simulación del panorama, Jay. ¿Qué puedes decir-me?

-Me gustaría poder darte buenas noticias, jefe, pero hasta el momento, nada de nada. No creo que estemos ante un niño prodigio de la piratería informática. Lo que he averiguado hasta ahora es tan simple como lo del ruso que acabamos de descubrir. Ese tío, quienquiera que sea, entra y sale de la red con mucha rapidez. Aún no he podido dar con él.

-eCómo crees que ha conseguido esos datos, Toni?

-Me parece que podemos considerar tres posibilidades -repuso ella-: que haya logrado entrar en archivos secretos y los haya robado; que alguien que los conoce se

78

los haya facilitado; o que sea alguien que conoce esos archivos.

-O sea que, prácticamente, podría tratarse de cual-quiera -señaló Joanna-. Puede ser alguien de dentro o de fuera.

-eCómo vamos a encontrarlo? -preguntó Michaels.

Todos se hicieron los remolones para contestar y Michaels sabía por qué. Si el responsable no había dejado una pista clara, y si no volvía a actuar, encontrarlo iba a ser un milagro.

-Bueno..., dejemos eso de momento. ¿Cómo podemos evitar que vuelva a actuar?

Michaels ya sabía la respuesta, pero quería que los tres miembros del equipo aguzasen el ingenio.

-Ya hemos dado la alerta a todos los organismos federales para que refuercen las medidas de seguridad -contestó Jay-; que cambien las contraseñas, que reprogramen las tareas periódicas y las conviertan en irregulares.

-Eso funcionará si se trata de alguien de fuera -repuso Toni-, pero no si se trata de un funcionario autorizado a entrar en los archivos.

-O de alguien a quien el hipotético funcionario le facilite los datos... -intervino Joanna.

Michaels asintió con la cabeza. No había sido culpa suya, pero tenía que atrapar a aquel individuo antes de que provocase más muertes.

-Veréis, ese tipo, quienquiera que sea, ha causado por lo menos una muerte, y puede que más, y lo más probable es que causase otras. Ha puesto en peligro la seguridad nacional, nos ha enemistado con muchos de nuestros aliados y, por si fuera poco, también ha puesto en entredicho a Net Force. No faltarán quienes querrán utilizar esto contra nosotros. Quiero que me presentéis lo antes posible planes de emergencia, simulaciones acerca de cómo atrapar a ese individuo. Utilizad todo el tiempo que creáis necesario, gastad lo que tengáis que gastar, pedid favores, lo que sea. Se trata de una situación crítica, de máxima prioridad. Tenemos otros asuntos que atender, por supuesto, pero éste es el más importante.

Los tres asintieron.

-Pues... ya sabéis: a trabajar.

Cuando los tres se hubieron marchado, Michaels se levantó con la mirada abstraída. No era un simple aguacero, sino una tormenta con aparato eléctrico. Y su misión consistía en evitar las consecuencias.

Lunes, 20 de diciembre, 12.05 horas

Toni estiró las piernas y adoptó la postura sempok, sentada. Quienes dominaban el silat podían defenderse de un agresor en posición sedente, levantarse de un salto, soltar una patada o un puñetazo, o desplazarse rápidamente hacia un lado para esquivarlo. No era una postura muy airosa, pero resultaba eficaz, y de eso era de lo que se trataba. En el silat, el objetivo era

conseguir neutralizar al agresor, no adoptar una postura estética para la ajena contemplación.

Alzó la vista y vio a Alex entrar en el gimnasio con su bolsa. Arqueó las cejas, sorprendida. No esperaba verlo allí aquel día, teniendo en cuenta el follón que se había armado con el asunto de los espías.

-No esperaba verte hoy -dijo Toni.

-Ni yo tampoco -repuso él-. No puedo hacer gran cosa a la hora del almuerzo. Aquellos con quienes me interesa hablar estarán almorzando, y detesto interrumpir a alguien que se toma unos minutos para reponer fuerzas. Además, el ejercicio ayuda a aclarar las ideas. Voy a cambiarme y vuelvo.

Alex enfiló hacia el vestuario y Toni siguió con sus ejercicios. Pobre Alex. Se había tomado aquello tan a pecho como si hubiese sido culpa suya. Ella procuraba evitarle preocupaciones, pero no podía detener la montaña de papel que aterrizaba en su mesa a diario.

Le habría encantado poder hacerle la vida mucho más relajada fuera del trabajo. Necesitaba que alguien cuidase de él, que le diese un masaje en la espalda, que le preparase una copa antes de cenar, y... ¿quizá alguien que lo matase a polvos?

Toni sonrió. Pues sí, eso también. Aunque era difícil que eso llegase a suceder. Él seguía siéndole fiel a su ex esposa o, por lo menos, que ella supiese. Era una actitud tan admirable como frustrante. No le había pasado inadvertido cómo miraba a Joanna Winthrop. La teniente era muy atractiva y tenía una caída de ojos que hacía que a Toni se le hiciese un nudo en el estómago.

¿Cómo competir con una mujer que tenía una de las caras más bonitas que había visto, un cuerpo que no desmerecía de su cara y que era una auténtica lumbrera? La naturaleza se había pasado un pelín: tan inteligente... y tan bonita. Demasiado.

Toni suspiró. No podía reprocharle a Michaels que intentara ligarse a la hermosa teniente. Tenía claro que Alex no sentía por ella lo mismo que ella sentía por él. Ella lo amaba, aunque no llevaba su amour hasta el extremo de olvidarse de que existían otros hombres. Sin embargo, su aventura de una noche con Rusty había sido un error, que trató de remediar lo mejor que pudo de inmediato para evitar que Rusty concibiese esperanzas. Pero como Rusty había muerto, nadie lo sabía ni lo sabría nunca.

Estaba enamorada de su jefe pero se había acostado con otro. No parecía muy coherente, eso la hacía sentirse mal. Le dio un codazo a un agresor imaginario. Era una pena no poder controlar su vida amorosa tan fácilmente como a un ataque físico. La vida le sería mucho más fácil: pelearse con un compañero potencial, vencerlo y hacerlo suyo para siempre.

Lástima que no fuese tan sencillo.

Lunes, 20 de diciembre, 14.05 horas
Bladensburg, Maryland

Hugues iba en el coche solo, hacia una de sus casas seguras para entrevistarse con Platt.

Siempre había asuntos que no se podían tratar por teléfono, al igual que en Guinea-Bissau, y era necesario disponer de un lugar donde poder tratarlos en secreto.

En realidad no era una casa, sino un apartamento en la tercera planta de un edificio, un estudio de un solo dormitorio, en uno de los bosques de cemento del otro lado del límite del distrito de Columbia, en Maryland.

El complejo era parte de la ciudad dormitorio que había terminado por rodear la capital de la nación, tras crecer al principio lentamente y entrar luego en una especie de metástasis urbanística que proliferaba y se extendía en todas direcciones. Aquellos barrios eran el equivalente a las antiguas barriadas de chabolas de techumbre alquitranada.

El edificio del bloque se llamaba River View Province. Tenía tres plantas y unos mil habitáculos. Lo habían inaugurado hacía seis meses. Era un lugar perfecto para reuniones clandestinas. El edificio era tan grande que nadie conocía a sus vecinos ni reparaba en sus entradas y salidas. Se hallaba entre Colmar Manor y Bladensburg, justo frente a la SR 450.

Desde la ventana de la cocina del apartamento de la tercera planta que Platt había alquilado se veía la bifurcación norte del río Anacostia.

El coche que conducía Hugues era alquilado, un Dodge gris de los más pequeños y corrientes, similar a centenares de miles que circulaban por las carreteras. Además, era muy improbable que en aquella zona encontrase a algún conocido ni que lo reconociese nadie, salvo un político drogadicto que, en cualquier caso, no vería nunca a Hugues y a Platt juntos.

Rodeó por la enorme explanada destinada a servir como aparcamiento y se perdió un par de veces en el laberinto de hileras de coches y de espacios señalizados, hasta que encontró la plaza correspondiente a su apartamento. Cerró el contacto y miró en derredor. No había nadie más que un tipo paseando a dos pastores alemanes con largas correas. Los perros olisqueaban el aire, mirando a un lado y a otro, muy alerta. ¿Cómo podía vivir una persona con dos perros tan enormes en un apartamento tan pequeño como los del bloque? El pobre hombre debía de pasar medio día paseando a los dos animales, pues, de lo contrario, le destrozarían los muebles y la moqueta.

A Hugues le gustaban los perros y, aunque entonces no tenía tiempo para cuidar animales, tal vez comprase una camada cuando tuviese una verdadera casa.

Cogió el ascensor hasta la tercera planta y luego enfiló por el pasillo hasta el apartamento, abrió la puerta con una tarjeta magnética y entró.

Platt ya estaba allí, de pie frente a la cocina, con una bolsa de plástico llena de cubitos de hielo que se oprimía en un lado de la cabeza. Tenía rasguños en la cara, un pómulo tumefacto y los nudillos de ambas manos descarnados y con costras de sangre.

-¿Qué demonios te ha pasado?

Platt sonrió y se retiró la bolsa de hielo de la cabeza.

-He tenido un pequeño cambio de impresiones con uno de nuestros privilegiados hermanos negros. Me ha atizado un buen gancho en este lado de la cabeza. Hay que procurar zanjar estas cosas a la primera de cambio, de lo contrario corres el riesgo de salir con un ojo a la funerala.

Soy demasiado guapo para que me pongan la cara como a un boxeador.

-Sabes perfectamente que debes procurar pasar inadvertido -le reprochó Hugues-. Tenías que haberlo rehuido.

-Dudo que pueda reconocerme. Le he saltado un par de dientes y probablemente le he roto dos costillas. No creo que llegue a ir al hospital, y seguramente estará bien en un par de semanas. Un buen dentista le repondrá los dientes. Me he marchado antes de que llegase la policía, aunque dudo que haya acudido. Sólo ha sido un combate a un par de asaltos. Era bastante bueno y nos lo hemos pasado en grande.

Pelearse de esa manera sólo para divertirse... No cabía duda de que Platt estaba chiflado.

-¿Tienes algo para mí? -preguntó el camorrista. Hugues sacó un sobre del maletín y se lo lanzó. Platt lo cazó al vuelo con una mano.

-Hay veinte mil dólares en billetes de cien usados.

-Con esto podré abastecerme de chuletas durante un par de semanas -dijo Platt.

-Pero no me falles. Asegúrate de que ese funcionario de la NSA te proporcione las listas.

-Descuida. Estoy impaciente por tener esos códigos, que la vida está muy cara.

Hugues meneó la cabeza.

-Los de la CIA deben de correr por todo Langley como gallinas con la cabeza cortada. Me parece que el actual director va a durar menos que un caramelo a la puerta de un colegio -dijo Platt echándose a reír.

-Sí, lo de la lista la ha armado buena -concedió Hugues-, pero debemos seguir presionando.

-Por supuesto. Los códigos de las bolsas de valores japonesas estarán en la red por la mañana. Y la información de los envíos de cocaína por avión del cártel Hijos del Sol estará en manos de sus competidores, los Hermanos Morte, mañana por la tarde. Caerán tres metros de nieve en Columbia antes de que se rehagan. La DEA se va a encontrar con unos pollitos boquiabiertos preguntándose qué demonios ha pasado.

-¿Y los bancos?

-Espero un envío el miércoles. Nada importante, sólo un par de miles de cuentacorrentistas

de la costa Este con sus tarjetas electrónicas a disposición del público. Será interesante ver cuánto pescan.

-Bien. ¿Algo más?

-No. Tengo una cita con una masajista esta tarde. Me aliviará de las tensiones de... todo el cuerpo.

Hugues volvió a menear la cabeza. Hacía más de seis semanas que le había encargado a una agencia de detectives privados, muy cara pero muy discreta, que vigilase a Platt; no se fiaba de él en absoluto. Más que por temor a que lo traicionase, para estar informado de sus movimientos y evitar que diese un mal paso que los perjudicase a ambos. De modo que los detectives de la agencia lo informarían en seguida de su pelea callejera, como también de la masajista que había contratado Platt para «relajarse».

Sin duda sería una mujer de color, de raza negra concretamente, porque siempre las elegía así.

Platt había utilizado los servicios de masajistas femeninas catorce veces en las últimas seis semanas; se había acostado con media docena de prostitutas en Guinea-Bissau, además de con una que «trabajaba» en el aeropuerto de El Cairo, durante una escala para enlazar con otro vuelo. Y todas eran de color, más de veinte en total. Según los detectives de la agencia, no las trataba mal, y sólo parecían interesarle las relaciones heterosexuales convencionales. No era de los que gustaba de la «disciplina inglesa», de que lo flagelasen o lo atasen, ni tampoco de disfrazarse.

El racismo de Platt no era tan radical como para incluir a las mujeres de origen africano. Era asombroso ver convivir en Platt dos personalidades tan opuestas. Podía pegarse con un hombre de raza etiópica por la mañana y fornicar con una mujer del mismo origen por la tarde. La hipocresía era algo... maravilloso. Sin ella, el mundo no podría funcionar.

-De acuerdo -asintió Hugues-. Te llamaré cuando tenga algo más para ti.

-Hasta entonces, pues.

Ocho

Martes, 21 de diciembre, 8.25 horas
Washington, D. C.

En el salón de sesiones del Senado hacía demasiado calor. Alex Michaels sudaba. Estaba sentado en el banquillo reservado a las víctimas de la inquisición que, eufemísticamente, llamaban «testigos», para prestar declaración, frente a la comisión senatorial, cuyo estrado estaba lo bastante alto para que nadie dudase de quién tenía allí la sartén por el mango. Era lo lógico en una sociedad que equipara la estatura con la superioridad.

Junto a Michaels se sentaba Glenn Black, uno de los linces jurídicos del FBI, y detrás otros testigos y observadores interesados en el asunto, frente a los ocho senadores que formaban la Subcomisión de Control Financiero que presidía Robert White.

El presupuesto de Net Force era el único asunto que se debía tratar aquel día y, tras una introducción de pretendida cortesía, la acusación, dirigida por White, estaba en su momento más vitriólico.

Iban a pasarlas canutas.

Michaels detestaba aquel aspecto de su trabajo, tener que comparecer ante comisiones entre cuyos miembros podía haber tantos idiotas como inteligentes, que casi nunca sabían de qué iba el asunto que se estaba tratando. Por más talento que atesorasen, los senadores estaban a merced de sus colaboradores, que eran quienes les proporcionaban la información. Y aunque en muchos casos se trataba de personas valiosas y con preparación, se veían muy limitadas en sus investigaciones.

Muchos organismos gubernamentales se mostraban reacios a proporcionar información que pudiera afectar negativamente a su presupuesto para el siguiente año fiscal. Los datos que los senadores solían recibir de sus colaboradores no eran muy distintos de los que cualquiera

pudiese seguir a través de los informativos de la televisión. Era como lanzar un guijarro a un estanque para hacer ondear la superficie sin revelar las profundidades, que quedaban ocultas y que, a efectos prácticos, resultaban inaccesibles.

Sin embargo, ignorar la verdad no detenía nunca a hombres como el senador White. Y aunque no era el último de la fila, por así decirlo, tampoco era de los primeros de la clase.

-Comandante Michaels, ¿qué es exactamente lo que trata usted de decirle a esta comisión? ¿No le parece preocupante a Net Force que alguien haga pública información para fabricar bombas que matan a jóvenes inocentes?

-Yo no he dicho eso, señoría -replicó Michaels, que empezaba a cabrearse tanto que su tono fue más crispado de lo conveniente.

Black se inclinó hacia él y tapó el micrófono con la mano.

-Tómatelo con calma, Alex -le susurró-, que sólo son las ocho y media y vamos a estar aquí todo el día. No hace sino chupar cámara de la C-SPAN para los espectadores que siguen la sesión.

-Es un imbécil -masculló Michaels entre dientes.

-¿Cree que eso dice muy poco de un organismo público y de quien lo dirige?

Michaels sonrió. Glenn tenía razón. Iba a ser una sesión muy larga; no le convenía sulfurarse. Michaels solía estar bastante tranquilo en tales circunstancias, y hacía bien. Lo mejor era dejar que fuesen ellos quienes se desahogasen con sus críticas. En el momento de votar, los aspavientos previos contaban poco. Michaels lo sabía, pero aun así...

-Tengo la impresión de que viene usted a decirme que Net Force tiene peces más importantes que pescar. Y he de decirle, señor, que me temo que a su aceite le falta temperatura para freírlos.

Y yo me temo que el senador necesita otro secretario para que le redacte las intervenciones, pensó Michaels; alguien que dulcificase su imagen de multimillonario engreído y le aportase un talante más popular. Pero el pobre que cargase con el trabajito iba a sudar... tinta, naturalmente.

Michaels sabía que su jefe, Walt Carver, el director del FBI, estaba entre el público, detrás de él. Hasta entonces, Carver había conseguido frenar a White, utilizando los contactos y las amistades que hizo cuando fue miembro del Senado. Pero White se estaba volviendo cada vez más agresivo. Michaels tendría que saber estar a la altura de las circunstancias mientras lo interrogasen, y no crearse problemas innecesarios ni creárselos al FBI.

-Reconozco que de aceites y de otros productos tan untuosos como el petróleo no sé tanto como el honorable senador del estado de Ohio -repuso Michaels.

Más que una réplica deliberada fue algo que se le escapó. Provocó algunas risas, porque era una pequeña puya alusiva a la fortuna de White que, en parte, procedía del negocio del transporte de petróleo que empezó su abuelo.

White frunció el ceño y Michaels evitó sonreír. Quizá no fuese prudente buscarle las cosquillas al león, sobre todo si era el león quien te tenía enjaulado. Pero ¿y lo a gusto que se quedaba uno?

-Parece que Net Force tiene serios problemas de organización -señaló White a la vez que hojeaba un informe-. Estamos hablando de problemas que afectan a la seguridad nacional, acerca de los cuales no hablaré en público. Pero son problemas muy graves que Net Force no acierta a abordar convenientemente. -Hizo una pausa mirando a Michaels y luego añadió-: ¿Qué sentido tiene asignar un presupuesto a un organismo que no cumple con su cometido, comandante Michaels?

-Senador, estoy seguro de que de organismos que no cumplen con su cometido sabe usted mucho más que yo.

Más risas. Pero Michaels reparó en que Glenn volvió a advertirlo (con la mirada esta vez). Venía a decirle: «Tranquilo, hombre, tranquilo. No es inteligente fajarse con quien controla el micrófono. Y menos inteligente aún es hacerlo quedar mal en televisión.»

Michaels suspiró. Tenía que medir las palabras. Y, aun así, las iba a pasar moradas.

Martes, 21 de diciembre, 10.00 horas
Dry Gulch, Arizona

La ciudad del Oeste Dry Gulch estaba a una jornada a caballo de Black Rock.

Como Jay Gridley no podía pasar tanto tiempo en aquel escenario, optó por saltarse casi todo el trayecto y situarse ya muy cerca de la población.

Como en Black Rock no encontró rastro de los forajidos, optó por seguir adelante.

Era casi mediodía y caía un sol de justicia que levantaba un polvo gris rojizo de los senderos y de los pedregales a cada paso que daba su fiel semental Buck.

Poco antes de llegar a los últimos edificios, más allá de la herrería y del establo, Gridley sacó del bolsillo de sus Levi's su insignia de inspector de policía federal y se la prendió en la camisa. Durante el camino no la había llevado para evitar que el reflejo del sol en la chapa lo delatase. Pero, una vez en la ciudad, quería contar con la intimidatoria autoridad que daba la insignia.

Al igual que Black Rock, Dry Gulch tenía el aspecto de un típico pueblo vaquero del Oeste, de mediados de los años setenta del siglo xix. La calle principal (la única) era bastante ancha, situada entre hileras de fachadas de establecimientos: la cantina Tullis, los Almacenes Dry Gulch, la Modistería y Sastrería Mabel, el despacho de abogados Honigstock y Honigstock, la funeraria King, el Banco Dry Gulch, el salón La Belle, la oficina del sheriff y los calabozos de la ciudad.

Jay se tocó el ala del sombrero y le hizo una ligera reverencia a una anciana con vestido largo que cruzaba la calle. -Buenos días, señora -la saludó.

La anciana le dirigió una mirada recelosa, avivó el paso y subió a la acera de tablas, que quedaba a unos treinta centímetros por encima del nivel de la calle. Cosa lógica. Probablemente, la calle se inundaba las pocas veces que llovía, y la acera evitaba tener que ponerse los pies perdidos de barro.

Dos mozalbetes jugaban al aro con cinchos de barril, haciéndolos rodar por la polvorienta calle con palos cortos, y riendo. Se oía cantar una codorniz a lo lejos, pero no con su silbido habitual, sino con el canto característico de la época de apareamiento.

Jay tiró de las riendas e hizo detenerse a Buck frente a la oficina del sheriff. La puerta estaba abierta.

Un hombre ya mayor, de patillas grises, estaba sentado en una silla de madera, grabando un palo grueso con una navaja. Tenía pinta de minero. Llevaba una zamarra de piel por encima de una camisa de cuadros rojos y negros, pantalones de lona pardusca descolorida y botas negras.

La silla de montar de Jay crujió cuando apoyó todo el peso en el estribo izquierdo para bajar del caballo. Asió las riendas de su montura y las ató a un poste.

El sheriff le lanzó un escupitajo marronoso a un lagarto que zigzagueaba por la tablazón de la acera, sin duda en busca de sombra. Pero su proyectil pasó a más de medio metro del lagarto.

-¡Maldita sea! -exclamó el sheriff, contrariado por su fallo.

Tenía la voz ronca como el bramido de un toro.

Jay lo miró y fue hacia la puerta. Sus pesadas botas resonaban sobre las tablas.

-Si busca usted al banquero, no se moleste, porque no está -le dijo el sheriff.

-¿Dónde puedo encontrarlo?

-En el otro barrio -contestó el viejo, riendo. Le dio un acceso de tos y escupió más saliva mezclada con restos de tabaco de mascar. Pero el lagarto ya estaba fuera de su alcance-. ¡Maldita sea! -exclamó de nuevo al volver a fallar.

-¿Tiene a alguno de sus ayudantes por aquí?

-Sí, en los bajos del otro barrio -contestó, volviendo a reír y a toser.

Debe de llevar sentado ahí quién sabe cuánto, aguardando a que llegue un forastero para contárselo.

Cuando hubo recobrado el aliento, el viejo lo miró.

-Los hermanos Thompson llegaron aquí hace tres días para desvalijar el banco. Supongo

que siendo usted policía sabe quiénes son. Mataron a dos cajeros, al director y a mi ayudante. El director liquidó a uno de ellos y la señora Tullis se cargó a otro cuando se alejaba a caballo, con la escopeta que tiene siempre detrás de la barra de la cantina. Aunque han quedado tres de los Thompson con vida, no han logrado llevarse nada del banco y dudo que vuelvan por aquí en mucho tiempo.

-¿Cómo se llama usted, sheriff?

-La gente del pueblo me llama Gabby.

-Pues bien, Gabby, voy en busca de unos forajidos del este.

-No han venido yanquis por aquí últimamente -repuso Gabby-. Puede que, en todo caso, sólo se hayan detenido en el puesto de la diligencia sin apearse. La oficina de la Wells Fargo está en la otra punta del pueblo -añadió, señalando con el palo que había estado grabando-, pasado el almacén.

-Bueno, Gabby, pues gracias.

Jay volvió junto a Buck, montó y fue al trote hasta la oficina de la Wells Fargo.

No se le ocultaba que el viejo Gabby podía ser un señuelo, no ser realmente el sheriff, que acaso estuviese dormitando en su despacho con los pies encima de la mesa o en una litera de la celda; o quizá tomando una copa en la cantina o en La Belle. Cabía la posibilidad de que el verdadero sheriff hubiese ordenado a Gabby que se sentase junto a la puerta de la oficina para ahuyentar a todo forastero que quisiera hablar con la autoridad local.

Jay preguntaría en la oficina de la empresa de la diligencia y en la del telegrafista (había visto postes del tendido en el pueblo). Si no obtenía allí ninguna información, desandaría el camino y volvería a hablar con Gabby para asegurarse de que le había dicho la verdad.

Gridley sonrió. ¿A quién se le hubiese ocurrido poner como tapadera a un viejo mentiroso que mascaba tabaco y que tenía pinta de guasón?

Casi había llegado ya a la oficina de la diligencia de la Wells Fargo cuando un tipo cetrino y fornido de pelo negro, con un mostacho poblado y dos revólveres al cinto, le salió al paso.

-Quieto ahí, pardillo.

El tipo que acababa de darle el alto tenía una pinta amenazadora. Llevaba un traje negro por encima de su camisa de color crudo, corbata y sombrero hongo en lugar del típico sombrero vaquero.

Jay lo miró. Los revólveres que llevaba no eran Colt como el suyo, sino que parecían Smith & Wesson Schofield del 44, con cañón de 150 mm. Era un revólver potente y preciso, muy bueno, pero lento de desenfundar. Para enfrentamientos a corta distancia, la longitud del cañón era muy importante. Los más cortos eran mejores.

Gridley desmontó y condujo a su caballo a otro poste para atarlo, junto al almacén. Allí había otros cuatro caballos atados. En la segunda planta había tres ventanas y tres o cuatro jóvenes asomadas que los miraban. Jay se tocó el ala del sombrero mirándolas a su vez.

-Buenas tardes, señoritas -las saludó.

Las jóvenes, bastante bonitas las tres, se echaron a reír. -Anda, sube, general -le gritó una.

Jay le sonrió y en seguida volvió a mirar al tipo del sombrero hongo. Se alejó del caballo para que Buck no quedase directamente detrás de él.

-¿Qué es lo que quiere, amigo? -preguntó Jay.

-No me gustan los policías. Creo que haría mejor en dar media vuelta y volver por donde ha venido -dijo el matón, que se abrió la chaqueta para dejar bien visibles sus revólveres-. Sería lo mejor para su salud.

-¿Cómo se llama usted? -preguntó Jay.

-Me llamo Bartholomew Dupree, pero todos me llaman Bart el Negro.

No me extraña, pensó Jay.

Jay llevó la mano hasta la culata de la Colt.

-Perdone, Bart, pero tengo cosas que hacer en la oficina de la diligencia. ¿Por qué no se aparta y me deja pasar?

-No puedo hacerlo, amigo -repuso, moviendo los dedos de ambas manos como para desentumecerlos.

Estaba claro que era un matón, y de los duros. De modo que eso significaba que Jay iba

bien encaminado. Los forajidos a quienes perseguía debían de haber pasado por allí y no iba a desistir porque tratasen de cerrarle el paso. Jay Gridley no había llegado a donde había llegado por casualidad. Era el mejor.

-Anda, oblígame -lo desafió Jay.

Bart echó mano a sus revólveres. Era rápido, pero Jay lo era más. Su 45 disparó una fracción de segundo antes que los 44. Bart se desplomó y las armas se le cayeron de las manos.

Jay volvió a poner el seguro a la Colt y se acercó hasta donde Bart yacía de costado en el suelo. La bala le había entrado por el entrecejo.

Así aprenderás a no meterte con Jay el Solitario, pardillo.

Creyó oír música procedente del salón; sonaba más a organillo que a piano. Sonrió. Había visto demasiadas películas de Clint Eastwood cuando era pequeño.

Un hombre moreno, con traje gris de empleado de banco y gafas de montura metálica, salió de la arcada contigua a la casa de mala nota y se acercó hasta donde Jay estaba mirando al cadáver.

-Tenga, por si necesita usted de mis servicios -le dijo a Jay, tendiéndole una tarjeta profesional-. Peter Honigstock, abogado -añadió.

Jay se dio la vuelta para que el abogado viese bien su insignia.

-No, los suyos no, los de la funeraria.

-Ah -exclamó Honigstock.

Jay dio entonces media vuelta, saludó a las putitas y enfiló hacia la oficina de la diligencia. Después volvería a hacerle una visita al sheriff para leerle la cartilla a aquel farsante de Gabby.

Nueve

Martes, 21 de diciembre, 15.25 horas
Washington, D. C.

En el estudio de su casa, John Howard se recostó en el respaldo del sillón, dejó a un lado los mapas de la Pacific Northwest y miró el reloj. Reparó en que tendría que salir para ir al aeropuerto a recoger a la madre de Nadine dentro de unos cinco minutos. Pensar en el tráfico que iba a encontrarse en hora punta hizo que se sintiese más cansado de lo que ya estaba.

No entendía por qué se agotaba con tanta facilidad últimamente. Apenas podía levantar las pesas un par de veces y se fatigaba mucho en cuanto corría tres kilómetros como solía hacer. Tenía que seguir casi a paso de paseo. Además, no dormía bien. Se despertaba de madrugada, después de haberse pasado la noche dando vueltas, y se levantaba hecho polvo. No podía ser exceso de ejercicio, porque sólo hacía lo justo para mantenerse en forma, y el trabajo no lo abrumaba, de manera que no lo entendía.

Quizá estuviera haciéndose viejo.

Pero no, ya que sólo tenía cincuenta y dos años. Conocía a algunos diez años mayores que él con los que no podía competir. La explicación no podía ser tan simple.

¿No? Unas personas envejecen más rápidamente que otras, ¿verdad, Johnny? ¿Recuerdas la reunión de ex compañeros de facultad para celebrar los veinte años de licenciatura? Algunos tenían tantas canas y tantas arrugas como tu padre. Si te hubieras cruzado con ellos en la calle, no los habrías reconocido. Puede que ahora... tu reloj se esté acelerando...

Howard meneó la cabeza. No era una perspectiva muy halagüeña. Pero el caso era que no tenía canas. Estaba mejor que cuando era un veinteañero enclenque, porque ahora tenía mejor porte y más musculatura. Probablemente sólo necesitaba tomar más vitaminas.

Se levantó diciéndose que no era nada bueno quedarse sentado cavilando acerca del envejecimiento. Entre otras cosas porque, si se entretenía, corría el riesgo de que su suegra se pusiese hecha una furia si llegaba tarde a recogerla. Era una verdadera bruja con lengua de víbora. De modo que debía salir ya, por la cuenta que le traía.

Nadine estaba en la cocina preparando la cena y Howard fue hacia allí para decirle que iba a llamar a Tyrone, que tenían que marcharse ya.

El muchacho estaba en su dormitorio, pero en lugar de estar pegado al ordenador como de costumbre, estaba echado en la cama con las manos entrelazadas detrás de la cabeza, mirando al techo.

-¿Estás bien, hijo?

-Ya nos tenemos que ir a recoger a la abuela.

-Yo no voy -dijo Tyrone, ladeando ligeramente la cabeza hacia su padre.

-¿Cómo has dicho?

-Ya la veré cuando llegue.

Howard miró a su hijo como si de pronto le hubiesen crecido cuernos y cola. ¿No ir a recoger a su abuela? ¿Aquél era el mismo chico que se pasaba el trayecto hasta el aeropuerto dando saltos en el asiento trasero y canturreando «viene la abuelita, viene la abuelita»?; ¿el chico que casi la hacía caer al suelo de tanta efusión?

-Le extrañará que no vayas.

-Estará una semana entera aquí.

Debía de ser por aquella chica, claro. Las chicas convertían a los chicos en animalitos encelados que rugían en un mar de hormonas. Y Tyrone ya tenía trece años. Se había vuelto taciturno, hosco, y tan poco comunicativo como una pared.

-Puedes programar el desvío de llamadas... -le dijo su padre.

Tyrone se incorporó de pronto y se levantó.

-Voy al centro comercial -repuso de mal talante. El tono enfureció a su padre.

-¡Un momento, jovencito! Tú no me dices lo que vas a hacer, ¿entendido? Me preguntas lo que puedes hacer. ¿Está claro?

Tyrone se puso firme e hizo el saludo militar en actitud burlona.

-Sí, coronel Howard. A la orden, coronel Howard.

Su padre se enfureció aún más. Tuvo que dominarse para no abofetearlo. Estaba cansado, no se encontraba muy bien e iba a tener que pasar hora y media en el coche entre la ida y la vuelta al aeropuerto para ir a recoger a una mujer que siempre le había tenido manía y que no se privaba de decir que no era lo bastante bueno para su hija.

No estaba dispuesto a tolerar desplantes de un hijo que creía que su padre era un fósil que había ido al colegio a lomos de un dinosaurio.

Howard permaneció en silencio unos momentos. Se tranquilizó un poco al recordar que también había sido adolescente y estúpido. Pero si él hubiera llegado a insolentarse con su padre como acababa de insolentarse Tyrone...

Howard tenía un carácter fuerte. En cierta ocasión, con seis o siete años, su hermanito Ritchie se le acercó por detrás mientras jugaban a indios y vaqueros y lo golpeó en la cabeza con su revólver de juguete para dejarlo sin sentido, como hacían en la televisión. No lo dejó sin sentido, pero lo cabreó bastante. Empezó a gritar como un búfalo enfurecido, se dio la vuelta y persiguió a Ritchie por toda la calle hasta su casa, dispuesto a descalabrarlo en cuanto lo atrapase.

Su padre, que estaba en el jardín podando la azalea, oyó gritar a Ritchie y se interpuso entre los dos.

-Qué pasa aquí? -les espetó.

Y Howard, hecho una fiera, le replicó del modo más impertinente:

-¡Apártate de mi camino! -Y luego golpeó a su padre con la pistola de juguete en las piernas para obligarlo a apartarse.

Lo siguiente que recordaba era estar tendido en el suelo, contemplando la cálida tarde veraniega, preguntándose cómo había aterrizado allí. Su padre le había soltado tal soplamocos que le había quitado las ganas de volver a rechistar.

Howard no le había pegado jamás a Tyrone, pero comprendía perfectamente cómo se había sentido su padre. Y, en silencio, le pidió perdón: Perdona, papi.

Y Tyrone, que hasta hacía muy poco había sido un hijo modelo, bajó la vista.

-Perdona, papi -se excusó como si acabara de leerle el pensamiento a su padre.

La angustia del adolescente.

Vuelve la vista atrás, John. Recuerda cómo te sentías cuando nadie te comprendía, cuando nadie podía saber cómo te sentías.

-De acuerdo, olvídalo. Ya iré solo a recoger a la abuela. Tú ve al centro comercial. La abuelita lo entenderá.

Notó que su actitud hacía efecto en el muchacho, que le daba que pensar; que la lealtad hacia su abuela entraba en conflicto con su pasión por aquella chica.

Y en esta ocasión venció la lealtad.

-No, iré contigo al aeropuerto. Si no voy, la abuela te echará la culpa a ti -dijo Tyrone, sonriente.

Su padre le devolvió la sonrisa. Aquél era su Tyrone. Por lo menos, durante unos momentos.

Impulsada por la intuición de madre y esposa, Nadine se acercó a la puerta.

-Eh, vosotros dos, ¿os pasa algo?

Howard se volvió a mirar a su esposa que, después de quince años de matrimonio, le seguía pareciendo la mujer más bonita que había visto.

-No, no nos pasa nada -contestó Howard.

Y, por lo menos de momento, así era. Pero Tyrone sólo tenía trece años. Les aguardaban otros seis para afrontar los problemas de la adolescencia de su hijo.

Ay, Señor, Señor...

Martes, 21 de diciembre, 8.15 horas
Washington, D. C.

Platt estaba desnudo en la cama, boca abajo, en un hotelito de la calle C, cerca de la Biblioteca del Congreso.

Una mujer, desnuda también, estaba sentada a horcajadas en su rabadilla, apoyada en las manos, dándole un masaje en los músculos del cuello y de los hombros, en el trapecio y el deltoides. Sus muslos y su entrepierna empezaban a entrar en calor con el contacto de la piel de Platt.

Le dio un buen masaje, pese a que no era habitual en las prostitutas que se anunciaban como masajistas. La mayoría se limitaban a unos desmañados pases con las yemas de los dedos y a rascar un poco la espalda. Pero aquella chica parecía habérselo tomado en serio, de modo que le daría una buena propina. Era una joven alta, delgadita y con poco pecho, pero con un trasero impresionante. Y sus manos eran mucho más fuertes de lo que uno podría suponer al verla.

-Estás duro como una roca, encanto -dijo ella, apretando con los pulgares bajo los omóplatos. Dolía, pero era un dolor beneficioso.

-No has visto más que la mitad, nena -aseguró él-. Ya verás cuando me dé la vuelta.

La chica se echó a reír.

-Ya he notado que estás muy bien dotado para ser blanco -repuso ella sin referirse a su musculatura-. ¿En qué trabajas, Platt?

-Soy representante -contestó él- de una empresa de exportación e importación. Viajo mucho. He de viajar por todo el mundo para cumplir con mi trabajo.

-¿En serio? Siempre he deseado ir al extranjero; nunca he salido de aquí. Me gustaría mucho conocer Japón.

El tacto de sus manos en el cuello era muy agradable, le relajaba la tensión de los músculos.

-¿Sí? ¿Y no preferirías ir a Africa? -preguntó él-; ¿a conocer la tierra de tus antepasados?

-¿Para qué? Ya hay bastantes negros aquí.

Platt se echó a reír. Aquella chica le caía bien.

-Puede que la próxima vez que vaya a Japón te traiga un recuerdo.

-Me encantaría un bonito quimono rojo de seda.

Platt se puso boca arriba. Ella se levantó un poco y luego volvió a sentarse entre sus piernas. Platt le sonrió.

-¿Un quimono rojo de seda? No hay ningún problema.

-¡Madre mía! ¿Qué es lo que veo? -exclamó la joven que, al sonreírle, dejó ver su blanca dentadura, que contrastaba con su brillante piel achocolatada-. ¿Qué tenemos aquí? -añadió, enarbolando el descubrimiento.

Platt le rodeó las nalgas y la aupó ligeramente.

-Anda, bonita, pórtate como sabes -dijo Platt mirándose la entrepierna.

Martes, 21 de diciembre, 8.15 horas
Washington, D. C.

En su despacho, Hugues terminó una sinopsis de lo que quería que White dijese en su entrevista con el vicepresidente al día siguiente, antes de que White se marchase de vacaciones a Ohio.

Llamaron a la puerta con los nudillos. Y, hablando del rey de Roma...

-¿Bob?

-He pensado que aún te encontraría aquí -dijo White, que se acercó y dejó un paquetito encima de la mesa-. Regalo de Navidad. No creerías que lo había olvidado, ¿verdad?

Hugues sonrió.

-¿Cómo iba a pensar algo así, Bob? Yo mismo he incluido el recordatorio en tu agenda electrónica.

Ambos se echaron a reír.

Hugues metió la mano en un cajón, sacó una cajita con envoltorio navideño y se la tendió a White.

Era difícil elegir un regalo para un multimillonario que podía comprar todo lo que se le antojase, pero Hugues siempre se las componía para encontrar algo original. Y sabía que a White le gustaban las sorpresas.

-¿Puedo abrirlo? -preguntó con el tono impaciente de un niño.

-Claro.

El senador rasgó el envoltorio rojo y verde y levantó la tapa de la caja. Sacó lo que parecía una esfera de plástico montada en un soporte de madera. Dentro de la esfera había un globo terráqueo plateado e iridiscente del tamaño de una canica, un cartucho esférico para introducirlo en una consola SonySega, un adminículo que White poseía desde que salieron los primeros. Miró a Hugues y enarcó las cejas.

-Es la versión completa de DinoWarz II -dijo Hugues-. No saldrá a la venta hasta dentro de unos meses.

-¿De veras? Ah, pues muchas gracias, Tom. ¿Cómo lo has conseguido?

-Ah... Tengo contactos en ciertos sitios.

White hizo girar la bola entre los dedos y Hugues notó que ya estaba impaciente por llegar a casa y ponerse a jugar.

El senador miró el receptáculo.

-¿Y eso? -preguntó-. Tiene un aspecto extraño.

-Es un escroto de toro revestido de plástico -contestó Hugues.

-¿Cómo? Bromeas, ¿no?

-En absoluto. Va estupendamente para algunos bombones que yo me sé.

White se echó a reír y meneó la cabeza.

-Bueno, por la mañana iré a casa con el reactor particular. ¿Quieres que te lleve a algún sitio?

-No. Voy a quedarme para poner al día el trabajo pendiente, ahora que no andarás por aquí estorbando. Rieron de nuevo.

-Bueno... creo que ahora me toca a mí abrir mi regalo -dijo Hugues.

Lo abrió. Dentro había una figurita de marfil de unos quince centímetros de largo.

Representaba a una mujer echada de costado, apoyada sobre un codo. Hugues sabía lo que era. Era una muñeca china de médico.

En otros tiempos, en China, las mujeres de buena familia nunca dejaban que, salvo su esposo, ningún hombre las viese desnudas, y a veces ni siquiera su esposo. Si tenían que ir al médico llevaban la muñeca con ellas, y cuando el médico les preguntaba dónde les dolía se lo mostraban en la figurita. El médico hacía su diagnóstico basándose en esa indicación y en los síntomas que la paciente le comentase, sin reconocerla desnuda ni tocarla.

Conociendo a White, Hugues pensó que probablemente la estatuilla valía una fortuna, entre otras cosas porque era una obra primorosa.

-Es una preciosidad, Bob. Muchísimas gracias.

-Bueno, no es un escroto de toro, pero es lo mejor que se me ha ocurrido. Perteneció a la esposa o a una concubina de un emperador, no recuerdo cuál. Bertha tiene toda la documentación. Te la dará cuando volvamos de vacaciones.

-Te lo agradezco mucho. Trabajar contigo ha sido tan provechoso para mí... No sabría decirte hasta qué punto.

Y, desde luego, Hugues no mentía.

-Nunca habría conseguido el escaño de no ser por ti, Tom. Feliz Navidad.

-Feliz Navidad -correspondió Hugues.

Y con un poco de suerte, el año nuevo será el mejor de mi vida..., aunque acaso para ti sea el peor, en cuanto la montaña de mierda caiga sobre el ventilador.

Miércoles, 22 de diciembre, 8.25 horas
Quantico, Virginia

Alex Michaels intentaría que la reunión fuese lo más corta posible para que todos pudiesen volver a sus despachos en seguida.

Como sólo faltaban tres días para Navidad, no se trabajaba mucho, porque casi todos dedicaban más tiempo a los preparativos para las vacaciones.

La oficina seguiría abierta, por supuesto, porque siempre dejaban un retén de guardia. Pero quienes no tuviesen nada urgente que hacer podían salir antes si querían.

Miró en derredor del salón de conferencias. Allí estaban Toni, Jay, Howard y Joanna Winthrop. Todos eran altos cargos, salvo Joanna. Pero como la teniente estaba en misión especial, bajo las órdenes directas de Howard, todos podrían ir a casa por Navidad.

-Bien, con esto tenemos una idea general de lo más importante. Todos sabéis que el asunto de las listas descargadas de la red es muy grave, de modo que no olvidéis llevaros vuestros portátiles y, si a alguno se le ocurre alguna brillante idea, que nos la comunique a los demás en seguida.

Como los conocía bien, estaba seguro de que, estuviesen donde estuviesen, no dejarían de darle vueltas al caso.

Toni pasaría una semana en el Bronx en casa de sus padres y estaría de vuelta el miércoles siguiente. Los padres de Jay habían ido a visitar a unos parientes a Tailandia, y él se había quedado solo y lo más probable era que pasase casi todo el tiempo en el cuartel general. Howard tenía en casa a unos parientes que habían ido a verlos, y tampoco saldría de la ciudad. Joanna iría con una vieja amiga a un chalet de montaña de Colorado, y regresaría el lunes. Michaels iría a Boise a ver a Susie y, naturalmente, también vería a Megan.

Sería una situación dominada por sentimientos encontrados.

-¿Alguien tiene alguna novedad?

-He encontrado datos estadísticos interesantes en el Informe Murray de Morbilidad y Mortalidad. Según este informe, la esperanza de vida para los hombres que viven en Washington es la más baja de todas las áreas metropolitanas del país. En realidad, también es inferior a la de las zonas rurales, salvo un par de condados de Dakota del Sur. Y esa esperanza de vida se cifra en sesenta y tres años. Mientras que, si uno vive en el condado de Cache, en Utah, la esperanza de vida es quince años superior, o sea, que se puede llegar fácilmente a los

setenta y ocho años, ocho o diez años más en el caso de las mujeres.

-Me temo que en Washington las mujeres viven mucho más -indicó Howard.

-No sé yo... -dijo Toni-. ¿Has estado alguna vez en Utah?

-Sí -contestó Jay-. Y volveré a ver si se me pega algo de longevidad.

Michaels sonrió.

-Fascinante. Y, por casualidad, Jay, ¿no podrías decirnos algo que tenga que ver con nuestro trabajo?

-No -repuso Jay-. Le he seguido el rastro al tipo de las listas de la red, pero he terminado por perderlo o, más exactamente, por llegar a un callejón sin salida.

-Arre, arre -dijo Joanna quedamente.

-¿Cómo ha dicho? -preguntó Alex.

-Nada, nada; es que acabo de contarme un chiste que no sabía -repuso la teniente.

-Bueno, pues dejémonos de chistes -indicó Michaels-. Si alguno de vosotros da con el remitente de esa broma tan pesada antes de que nos vayamos de vacaciones, estoy seguro de que Papá Noel le dejará un buen regalo, por lo menos en forma de una mención presidencial.

-¡Caray! -exclamó Gridley-. Si así fuese, le enseñaría la mención a mi loro para que me la repitiese todos los días.

-No sabía que tuvieses un loro -dijo Toni.

-Y no lo tengo pero, para tal ocasión, me compraría uno.

-Alguien ha de representar a Net Force en la Convención de Cuerpos de Seguridad de Kona, que tendrá lugar en Big Island en febrero -dijo Michaels.

-¡Yo, yo! -se adelantó a ofrecerse Jay-. Envíame a mí. Quien identifique al tipo que buscamos podrá ir a broncearse al sol de Kona.

Joanna se echó a reír.

-¿Dónde está la gracia? -preguntó Jay.

-Nada. Es que ya me imagino en esa playa de arena negra de la que hablan maravillas -contestó la teniente.

-Pues no meta aún el biquini en el equipaje -recomendó Jay.

-¿No? Pues yo que usted tampoco me precipitaría a comprar Coppertone en cantidades industriales.

-¿Sería mucho pedir que dejaseis de chincharos y volvieseis a lo que interesa? -los reprendió Michaels.

Cuando la reunión tocaba a su fin, llegó el sargento Julio Fernández, que saludó con la cabeza a Michaels y se acercó al coronel Howard, que estaba hablando con Winthrop.

-Coronel... Teniente... -los saludó Fernández.

-Hola, sargento -correspondió Howard.

Michaels captó un vivo destello en la expresión del rostro de Fernández al mirar a Joanna. Podía entender perfectamente que al sargento le atrajese Winthrop.

Al volver a su despacho, Toni se acercó a Alex.

-¿Tienes un minuto?

-Por supuesto.

Toni sacó un paquetito envuelto con papel de regalo y una cinta.

-Feliz Navidad -dijo ella.

-Gracias. ¿Puedo abrirlo ya?

-No. Has de esperar hasta que Susie abra sus regalos.

-Ah, quieres intrigarme, ¿eh? Pues, de acuerdo, esperaré. Yo también tengo algo para ti -dijo Michaels, que abrió un cajón de su mesa y sacó una caja plana, envuelta con una doble hoja de la sección de tiras cómicas del dominical del periódico de Arlington.

Ella sonrió al ver el envoltorio y sopesó la caja.

-¿Un libro?

-Abrelo.

Toni desprendió los trocitos de cinta adhesiva de los bordes, los desenvolvió y desplegó la doble hoja en color.

-¿Vas a guardar el envoltorio, Toni?

-Es una costumbre -dijo-. ¡Oh! -exclamó al ver el libro.

Era la primera edición, de 1972, del libro de Donn F.Draeger Armas y artes marciales de Indonesia.

-¿Dónde lo has encontrado? Es todo un clásico -señaló Toni hojeando el libro con el mismo cuidado que al desenvolverlo, mirando las ilustraciones en blanco y negro-. Nunca había visto el libro, sólo la versión en CD-ROM.

Alex se encogió de hombros.

-Lo vi al pasar por una librería y pensé que te gustaría. «Al pasar...»

Lo había encargado a un librero especializado que tardó seis semanas en encontrarlo. Le había costado el salario de una semana, pero como no era un hombre que gastase mucho dinero, se lo pudo permitir. Aparte de lo necesario para subsistir y pasar la pensión a su ex esposa, no tenía más gastos que los derivados de su afición a la restauración de coches antiguos. Por entonces estaba restaurando un Plymouth Prowler. No era nada barato restaurarlo, pero cuando hubiese terminado y vendiese el coche recuperaría lo invertido y ganaría un piquito. El libro se había llevado un buen pellizco de su cuenta corriente, pero Toni se lo merecía. No podría trabajar sin ella. Y, además, había merecido la pena verle la cara al desenvolver el libro.

Alex le sonrió.

Toni se disponía a cerrar el libro cuando reparó en la portadilla.

-¡Oh, si está firmado por el autor!

-Mejor aún, ¿no?

El hecho de que el libro estuviese firmado lo encarecía varios cientos de dólares.

Toni lo abrazó impulsivamente.

Se sintió en la gloria arrimada a él. Se habría quedado así todo el día...

Toni se apartó y le sonrió.

-Gracias. Mi regalo no es nada comparado con esto. No deberías haberlo hecho.

Alex se encogió de hombros.

-¿Y si mañana al sacar la basura me cayese un meteorito que me dejase en el sitio?; ¿para qué me serviría el dinero entonces? Además, Toni, te estoy muy agradecido por la labor que haces aquí.

Se hizo un silencio ligeramente incómodo que Alex rompió en seguida.

-De modo que vas a casa a ver a tus padres, ¿no?

-Sí. Nos vamos a reunir un montón de gente; mis hermanos, mis cuñadas, sobrinos y sobrinas, tíos y tías. Todo un ejército de parientes -contestó ella-. Espero que tu visita a Susie vaya bien.

-Eso espero yo también.

-Bueno, será mejor que vuelva al trabajo. Gracias de nuevo por el libro, Alex.

-De nada.

Jueves, 23 de diciembre, 6.45 horas

Joanna Winthrop aprovechó que el comandante Michaels le había dicho que podía salir antes del trabajo para reservar plaza en un reactor militar que salía muy temprano de Quantico y hacía escala en Denver rumbo a Alaska.

Al comentárselo al coronel Howard, el sargento Fernández se ofreció a llevarla al aeropuerto.

-Puedo ir en taxi -repuso ella.

-No es necesario, teniente, voy en esa dirección. He de hacer varias gestiones por la zona. Pasaré a recogerla, ¿de acuerdo?

-De acuerdo -accedió ella.

Joanna iba en el asiento del acompañante del coche particular de Fernández, un Volvo

color pizarra que tenía diecisiete años.

-Suponía que tendría usted todo un bólido -dijo ella, sonriente.

-No necesito correr. Esto me lleva igual a todas partes y apenas ha visto un taller en toda su vida.

-Le agradezco que me lleve.

-No me cuesta nada.

Guardaron silencio durante unos minutos, pero ella notaba que el sargento no dejaba de mirarla con el rabillo del ojo. En fin... Era un hombre, y conocía esas miradas.

-¿Le importaría que le hiciese una pregunta personal, teniente?

¡Ay, Dios! ¡Ya estamos...! -pensó Joanna-. Éste quiere ligárseme.

Tenía mucha práctica en esquivar los requerimientos de los hombres cuando quería. Y aunque Fernández tenía un cierto encanto latino, no sería una buena idea tener una relación con él. Como en Net Force los grados no eran propiamente militares y no existía una prohibición específica de confraternizar, podía mostrarse amable y dejar que le preguntase.

-No, dígame.

-¿Le ha sido siempre fácil trabajar con ordenadores? Bueno... No era eso lo que esperaba que le preguntase, se dijo Joanna.

-¿Cómo dice?

-La he estado observando y me he fijado en que sabe usted mucho de informática. Pero es que, además, da la impresión de que le resulta muy fácil. Y me pregunto si de verdad es tan sencillo como parece al verla trabajar.

Joanna reflexionó durante unos segundos. No quería dar la impresión de ser pedante. Pero no tenía por qué mentirle.

-La verdad es que sí. Me resulta fácil. Siempre se me ha dado bien.

Fernández meneó la cabeza.

-Pues yo... Podría desmontar una ametralladora y volver a montarla a oscuras y bajo la lluvia. Pero en cuanto a ordenadores... soy un ciberanalfabeto.

Joanna se echó a reír. Los hombres no solían admitir sus carencias y era reconfortante que por lo menos alguno las reconociese.

-He intentado aprender, pero me bloqueo; es como si la información rebotase en mi cabeza en lugar de quedárseme grabada. Hace poco asistí a un cursillo..., pero tuve un conflicto personal con el instructor. Creo que, simplemente, notó que soy una nulidad y que nunca aprendería.

-«Cualquier tema puede explicarse con sencillez si quien lo explica sabe de verdad de qué habla.»

-¿Cómo dice?

-Es una cita de George Turner, un escritor a quien yo admiraba mucho cuando iba a la universidad. ¿Sabe cuál es la teoría básica del funcionamiento de un ordenador?

-Pues..., la verdad es que no.

-Bien. Supongamos que está usted de guardia, vigilando una puerta. La abre cuando alguien le da la contraseña adecuada y no la abre si no le da la contraseña. ¿Me sigue?

-Si...

-Pues ya sabe cómo funcionan los ordenadores. Una puerta puede estar cerrada o abierta. Un interruptor puede estar cerrado o abierto. La respuesta es que sí o que no cuando alguien llega al lugar que usted vigila. Todo funciona a gran velocidad, pero es lo básico, y todo lo demás está relacionado con ese principio.

-¿En serio?

-En serio.

-¿Y por qué no me lo han planteado nunca antes así, me pregunto yo?

-Porque probablemente se habrá topado usted con malos profesores. Un buen profesor utiliza términos que el estudiante pueda relacionar, y debe dedicar bastante tiempo a averiguar cuáles son esos términos. Cuando yo estudiaba en la facultad, seguí un cursillo de Psicología. Y contaron una historia acerca de unos tests de cociente intelectual para niños. Ya sabe: muestran la imagen de una taza, de un platito, de una mesa, de un coche, y preguntan con qué

se relaciona la taza.

-¿Y?

-Pues que los niños de las clases media y alta con un buen cerebro eligen el platito, porque las tazas y los platitos van juntos, ¿no?

-Claro.

-Pero en los barrios pobres de la ciudad, las tazas pueden ir con las mesas, porque no tienen platitos, y los hijos de familias sin hogar pueden asociar la taza con el coche, porque la familia vive en un coche.

-A eso se le llama condicionamiento económico, ¿verdad?

Joanna asintió con la cabeza. Estaba claro que, dijese él lo que dijese, el sargento Fernández no era tonto.

-Exactamente. Y lo mismo ocurre respecto a otros condicionamientos y factores culturales, como la raza o la religión. De modo que entonces todo el mundo cree que esos niños son tontos y les proporcionan un nivel de enseñanza distinto, cuando el verdadero problema se halla en la mente de los educadores, que no tienen en cuenta la experiencia de los estudiantes, sino sólo la suya propia.

-Entiendo.

-A su mente no le ocurre nada; a la de usted, me refiero. Todo lo que necesita es un profesor que sepa explicarle las cosas en términos que usted pueda asociar. Es usted militar, ¿no? Pues no tiene más que buscar un militar que sepa informática, y aprender de él.

-0 de ella -dijo Fernández.

-0 de ella -repitió Joanna, mirándolo-. ¿Me está pidiendo que le enseñe?

-Le estaría eternamente agradecido si lo hiciese -contestó él con deliberada seriedad.

La teniente Winthrop sonrió.

-No será un truco para estar cerca de mí porque cree usted que soy bonita, ¿verdad, Fernández?

-No, señora. Usted tiene unos conocimientos de los que yo carezco, y me gustaría mucho aprender. La informática es necesaria para mi trabajo, pero se me da muy mal. Y eso me preocupa. No necesito llegar a ser un Einstein. Pero, por lo menos, necesito entender lo imprescindible para hacer bien mi trabajo. Y... sí, desde luego que es bonita, pero lo que de verdad me importa en este caso es que es usted inteligente.

Joanna Winthrop parpadeó y empezó a ver a Fernández de otra manera. ¡Vaya...! Si decía la verdad, la admiraba por su cerebro.

-Quizá encontremos un hueco en nuestras respectivas obligaciones. Vaya a verme después de las vacaciones.

-Sí señora.

-Y... déjese ya de señora. Llámeme Joanna.

-Bien, pero ya sabe lo que se dice en estos casos: con la condición de que usted me llame... Julio.

-De acuerdo, Julio.

Joanna volvió a sonreír.

Ya verás tú cuando se lo cuente a Maudie.

Jueves, 23 de diciembre, 16.10 horas
Sobrevolando el sur de Ohio

-Le apetece beber algo, señor?

Alex Michaels estaba leyendo una revista que había sacado de la bolsa del respaldo del asiento delantero. Leía un artículo sobre la construcción del edificio más alto del mundo, las torres gemelas de Sri Lanka. Cuando estuviesen terminadas tendrían setenta pisos más que el que sería el segundo edificio más alto del mundo, que estaba en... Sri Lanka.

-¿Tienen Coca-Cola? -preguntó.

-Sí, señor.

El asistente de vuelo le tendió un vaso con hielo y una de las nuevas botellas de plástico

biodegradable de Coca-Cola. El nuevo material duraba diez años, siempre y cuando la botella no se abriese. Pero en cuanto se abría, el contacto con el aire la degradaba rápidamente. En nueve meses quedaría reducida a polvo, un residuo no tóxico que se disolvería totalmente en cuanto lloviese. Así pues, si alguien tiraba la botella en pleno campo, al cabo de un año ésta desaparecería.

El asistente de vuelo fue hacia la siguiente hilera de asientos. Michaels se sirvió el refresco, se recostó en el respaldo y miró cómo espumeaba y proyectaba hacia arriba un efervescente sirimiri. Iba en la clase «Business» de un Boeing 777 y su asiento estaba junto a la puerta del ala del lado de estribor. Le gustaba ese sitio y siempre lo pedía. Tenía la impresión de que era más espacioso, aunque tal vez sólo se lo pareciese. En realidad, lo más importante era que si había problemas durante el vuelo, quería estar en condiciones de poder hacer algo.

Por supuesto, habría preferido viajar en primera clase. Lo había hecho un par de veces, por conveniencias del servicio, y era más cómodo. Pero si tenía que pagarlo de su bolsillo, no creía que la diferencia de precio compensase. La sección de cola del avión llegaba al mismo tiempo que el morro, y, si todo transcurría con normalidad, pagar varios cientos de dólares más para que te sirviesen las comidas con servilleta de hilo y te obsequiasen con champán le parecía excesivo.

Tenía tiempo de sobra de ver una película antes de que llegasen a Denver, donde tendría que enlazar con otro vuelo para ir hasta Boise.

Las líneas aéreas habían mejorado mucho por lo que se refería al transporte del equipaje, y ya no se extraviaban tantas maletas. Pero él no quería correr riesgos. Llevaba una bolsa que cabía en el compartimento de equipaje junto al regalo de Navidad que llevaba para Susie, un sintetizador de voz e imagen. Por lo visto, Susie había descubierto el technometo funk, que hacía furor entre los chicos y chicas de su edad. Los gustos de Michaels se centraban en el jazz fusión, el rock clásico, las grandes orquestas de los años cuarenta del siglo xx e incluso el pop clásico de los melenudos. Pero ya hacía muchos años que no seguía las nuevas tendencias. Uno de los síntomas que le indicaban que se estaba haciendo viejo era la cara de tonto que se le ponía cuando leía o escuchaba las listas de los grandes éxitos, al reparar en que no conocía los títulos de ninguna de las canciones ni los nombres de los cantantes que las interpretaban. ¿Quién podía tomarse en serio una canción titulada El bigote de mamá, interpretada por HeeBeeJeeBeeDeeBee-Doo?

Con el sintetizador, Susie podría programarse junto a cualquier grupo y luego verse y oírse interpretando con ellos la canción en el escenario. Parecía un juguete muy sofisticado para una niña de su edad, pero eso era lo que ella quería. Le había costado Dios y ayuda conseguirlo; por lo visto, los niños y niñas del país habían acabado con las existencias. Por suerte, Toni lo había encontrado. De modo que, para su hija, se convertiría en un héroe.

Toni siempre se las componía para hacerlo quedar bien con los demás.

Alex miró la pantalla que se había formado en el respaldo del asiento de delante, una pantalla que podía graduarse de tal manera que, si la persona que estaba sentada en el asiento lo reclinaba, podía ajustarse para que volviese a quedar en posición vertical. Pero la verdad era que no le apetecía ver una película ni un vídeo, ni tampoco seguir el vuelo del avión a través de una animación del reactor sobrevolando un mapa. Estaba más a gusto limitándose a leer una revista y a mirar por la ventanilla de vez en cuando. Por suerte, el tiempo estaba despejado y el paisaje de Ohio, en gran parte cubierto de nieve, resplandecía con el crepúsculo.

Sería casi medianoche (hora de la costa Este) cuando aterrizase en Boise, siempre y cuando no llegasen con retraso y pudiera enlazar con el otro vuelo, y que éste llegase con puntualidad. Serían las diez de la noche en Idaho.

Había alquilado un coche que lo estaría aguardando en el aeropuerto y había reservado habitación en el Holiday Inn, que no estaba lejos de la casa en la que vivían su ex esposa y Susie, en la que antes vivían los tres. Tenían habitación de invitados en la vieja y destartalada casa de dos plantas. En realidad, podían habilitar otro dormitorio si contaban con el cuarto de la costura, pero Megan no se lo había ofrecido ni él se lo había pedido.

El armisticio entre Alex y su ex esposa era inestable. Ella era como un tirador de primera, siempre presta a tirar con bala y con demasiada puntería. Y eso resultaba muy incómodo para él. Era mejor disponer de un territorio propio donde poder hacer acopio de fuerzas para la batalla. El Holiday Inn no estaba nada mal, con servicio de habitaciones y doble cerradura en las puertas.

Se preguntaba si habría muchas personas que tuviesen que pasar unas vacaciones como las que le esperaban a él, en una especie de guerra de guerrillas que había que librar, una guerra sucia y expeditiva en la que se golpeaba lo más certeramente posible y luego se emprendía la retirada. ¿Por qué se reunían las familias rotas si con ello no hacían sino hurgar en la herida? Conocía a muchas personas en su situación que optaban por renunciar a las vacaciones familiares y poner tierra de por medio.

Pero en su caso no era tan sencillo, ya que tenía que contar con Susie, y no privarla del derecho a saber que tenía un padre y una madre que la querían, que deseaban que fuese feliz, aunque ellos no lo fuesen.

Por supuesto no fue ése el futuro que imaginó cuando empezó a cortejar a Megan, cuando eran jóvenes, estaban enamorados y querían comerse el mundo, tan imbuidos de sí mismos que no consideraban siquiera la posibilidad de fracasar en algo, y mucho menos en su matrimonio.

¡Ah, la arrogancia de la juventud!, que cree saberlo todo y que comete la necedad de darle lecciones al primero que se le ponga por delante.

Pero de eso hacía mucho, muchísimo tiempo. Era como si hubiese ocurrido en otra galaxia.

Intentaría dormir un poco. Apoyar la almohada en el cristal de la ventanilla, recostar la cabeza y no pensar en nada.

Porque por la cabeza le rondaba una idea... demasiado atractiva.

Jueves, 23 de diciembre, 17.15 horas
Washington, D. C.

El coche era pequeño, negro y parecía un Fiat antiguo. El conductor oyó la sirena por detrás de él y se detuvo frente a una hilera de pequeñas tiendas que estaban cerradas: una zapatería con un anuncio de Nike en el escaparate y otra de material electrónico. Los rótulos estaban escritos en alemán, o acaso en croata.

Se abrió la puerta del Fiat y bajó un hombre menudo con un abrigo largo y oscuro. Llevaba las manos levantadas hasta la altura de los hombros como indicando que no iba armado. Lucía un sol espléndido, pero la calle estaba desierta.

Una pareja de agentes de la policía se acercaron al Fiat con las pistolas desenfundadas. Los uniformes que llevaban tenían el característico aspecto de los uniformes de los cuerpos de policía de Europa central; gorra de extraña forma, chaquetilla oscura, camisa azul, corbata y pantalones azules con una franja vertical amarilla en la parte exterior de las perneras.

Uno de los agentes se acercó al hombre del abrigo y el otro fue a inspeccionar el coche.

El que se había acercado al del abrigo hizo un gesto con la pistola y dijo algo. El del abrigo se dio la vuelta, apoyó las manos en el vehículo y el agente lo cacheó. No iba armado.

Su compañero hablaba a través de una pequeña radio pero sin dejar de apuntar hacia el asiento del conductor. Escuchó durante unos momentos lo que le decían desde la comisaría, miró a su compañero y le dijo algo.

El del abrigo, que seguía con las manos apoyadas en la carrocería, hizo de pronto un rápido movimiento, golpeó al agente con el codo en la cara, lo derribó y echó a correr. El compañero del agente caído rodeó el coche, apuntó y disparó hasta seis veces. Los casquillos vacíos cayeron encima del techo del coche entre una nube de humo blanco y anaranja

do. Rebotaron y quedaron en la acera, reluciendo al sol como monedas de oro.

El huido se desplomó de bruces en la calzada. Movía los brazos y las piernas entre estertores, como si tratara de nadar en el asfalto.

El agente caído, que había recibido un fuerte golpe en la nariz, se rehizo. Fue hasta donde yacía su agresor, le apuntó a la nuca y le disparó.

El del abrigo tuvo un nuevo estertor y luego quedó inerte.

Thomas Hugues suspiró, aliviado, y congeló la imagen. Los dos agentes estaban de pie junto al hombre muerto, ya que no había duda de que estaba muerto, porque la bala le había entrado por la nuca tras dispararle el agente a quemarropa.

¡Madre mía! Aquello no había sido en defensa propia, sino una ejecución en toda regla. Y frente a la lente de la cámara de vigilancia montada en el salpicadero del coche patrulla.

Hugues se recostó en el respaldo y miró el holograma. Lo embargó una sensación de pesadumbre, pero en seguida la desechó de sí. Aquel hombre menudo del abrigo largo era un espía. Y los espías saben el riesgo que corren. Tenía que saber lo que podría ocurrirle si lo descubrían. Aunque, como es natural, ignoraba que su nombre aparecía en una lista secreta a la que, en principio, nadie podía tener acceso, y que la lista sería difundida a través de la red y cualquiera podría identificarlo fácilmente.

Hugues había obtenido la grabación de uno de sus espías (concretamente, de uno que trabajaba para Platt), y era brutal verla; ver cómo asesinaban a un hombre de aquella manera te revolvía el estómago, daba náuseas.

Pero no se podía hacer una tortilla sin romper los huevos. ¿Qué significaban unos cuantos espías, que podían ser fácilmente sustituidos, en comparación con los objetivos a largo plazo que tenía Hugues? La verdad era que no significaban mucho. En aquel caso, el fin justificaba los medios. Morían personas a diario... Unos cuantos muertos más no cambiarían el mundo.

El Anexo Quayle del edificio del Senado, recientemente inaugurado, donde White tenía su despacho, estaba vacío. La víspera de Nochebuena trabajaban muy pocas personas a aquellas horas.

Hugues dedujo que los otros edificios del Senado -el Russel, el Dirkson y el Hart- también estarían prácticamente desiertos. No quedarían allí más que el personal de limpieza y de seguridad, y acaso algunos jóvenes empleados que se hubiesen quedado para hacer méritos mientras todos los demás se iban de vacaciones.

Pero, en la práctica, se hacía muy poco trabajo oficial desde primeros de diciembre hasta Año Nuevo, aunque sí se hacía mucho trabajo subterráneo.

White había tenido su despacho en el edificio Hart, cuando aún tenían en el patio aquella horrible escultura moderna de hierro sin pulir titulada Montañas y Nubes. El personal que trabajaba en las plantas superiores había pasado mucho tiempo lanzando aviones de papel hacia la escultura, como un simbólico gesto de desagrado hacia aquella supuesta obra de arte.

Hugues volvió a suspirar. Se apostaba fuerte y había que jugar las cartas correctamente si no querían perder la partida. Era una pena lo de aquel agente asesinado, como también que otros fuesen encarcelados y acaso también asesinados. Pero era inevitable. Había que vencer muchas inercias para conseguir que se moviese algo tan importante como lo que pretendía. Aquel espía había sido el primero, pero no sería el último en morir para que el plan de Hugues pudiese seguir adelante. Era una pena, pero era inevitable. En este mundo, uno sólo podía ser cazador o cazado; las ovejas eran pasto de los lobos, así de sencillo. Era la principal ley de la selva: los fuertes sobreviven a expensas de los débiles.

Y Thomas Hugues era un superviviente.

Archivó la grabación para que luego la viese White y se dispuso a apagar el ordenador. Ya había trabajado bastante por aquel día. Era hora de ir a casa, pedir que le trajesen algo para cenar, beber un vaso de vino y darse un baño bien caliente. Quizá incluso alzase su copa a modo de brindis simbólico por los pobres espías que tendrían que ser sacrificados en aras de su plan. ¿Por qué no? Eso no le costaba nada.

Sonó su móvil. Llamaban desde un número secreto, desviado a través de una cadena de dieciséis repetidores para que no pudiese ser localizado. Aunque el distorsionador de voz se conectaba automáticamente cuando lo llamaban desde aquel número, lo comprobó para asegurarse. Quienquiera que lo llamase oiría contestar a una anciana de noventa años.

-Diga.

Nadie contestó.

-¿Quién es? -apremió Hugues.

-Tengo información acerca de determinados... envíos.

Hugues sabía quién era. Era un ejecutivo de nivel medio de la Agencia Nacional de Seguridad, un funcionario que tenía acceso a informaciones secretas, además de un ludópata endeudado hasta el cuello. También su voz resultaba alterada por el distorsionador.

Hugues esperaba que lo llamase de un momento a otro, pero el ludópata no sabía con quién estaba hablando. -Siga.

-Consiste en ciertos minerales... volátiles.

-Continúe.

-Quiero cincuenta mil.

Hugues tuvo la impresión de verlo sudar.

-¿De qué cantidad de esa sustancia... volátil se trata?

-Diez kilos, en cuatro paquetes; enviados el mismo día.

Hugues se quedó de una pieza. Reflexionó unos momentos. ¿Diez kilos de plutonio enriquecido transportados al mismo tiempo? Pero no cabía duda de que no iban a hacer el envío a través de la misma agencia dentro de Estados Unidos, aunque fuese en paquetes distintos. A los altos cargos de la Agencia Nacional de Control Nuclear y de la Agencia Nacional de Seguridad les daría un ataque si alguien cometía semejante estupidez y lo descubrían, pero tendrían que asegurarse.

-¿Un envío interior?

-Por supuesto que no: sólo dos. Los otros dos llegarán desde el extranjero. Los paquetes son de cuatro, tres, dos y un kilo.

-¿Cuándo llegarán?

-Dentro de dos días. ¿Lo quiere o no?

-¿Cincuenta mil ha dicho usted?

-Si, en efectivo; en billetes medianos, de cien como máximo.

-De acuerdo. Enviaré a alguien para que se lo entregue en mano en el lugar convenido; esta noche a las nueve. Y traiga la información.

Hugues cortó la comunicación. No tenía previsto acelerar tanto las cosas, pero cuando surgía una oportunidad como aquélla, había que aprovecharla.

Pulsó unos dígitos en su móvil y Platt contestó en seguida.

-¿Sí?

-Vente para acá.

-¿Cuándo?

-Ahora mismo.

Le daría el dinero a Platt y lo enviaría a por la información. Cualquiera que tuviese acceso a explosivos, un buen taller mecánico y algunos instrumentos electrónicos podía hacer una bomba atómica. Pero si no disponía del elemento adecuado para la fisión nuclear, todo se reduciría a la producción de un prototipo, prácticamente exento de peligrosidad o, más exactamente, no representaría mayor peligro que el de una bomba convencional. Había muchísimos grupos que pagarían millones por conseguir diez kilos de plutonio enriquecido. No se necesitaba tanto para fabricar una pequeña bomba nuclear, y la explosión no sólo provocaría el pánico, sino una verdadera carnicería.

Ahora sí que iba a darle trabajo a Net Force.

Doce

Viernes, 24 de diciembre, 11.00 horas

El Bronx, Nueva York

Toni subió los familiares escalones de un edificio de ladrillo pardusco, unos escalones que había barrido a diario cuando estudiaba con Guru DeBeers. Ahora debía de barrerlos otra persona, porque estaban muy limpios, sin nieve, hielo ni polvo. La puerta de cristal esmerilado estaba cerrada con llave, pero Toni aún conservaba su vieja llave. Abrió la puerta y entró. En el vestíbulo hacía casi tanto frío como en la calle.

El apartamento de Guru era el tercero a la izquierda. Al ir a llamar con los nudillos oyó que una mujer mayor de voz ronca se dirigía a ella.

-Puedes entrar; no está cerrado con llave.

Toni sonrió. No había llegado a llamar, pero Guru ya sabía que era ella. Estaba segura de que aquella mujer tenía facultades paranormales.

El apartamento estaba igual que el año anterior e igual que cuando ella era pequeña. El viejo sofá tapizado de verde, con un tapete de ganchillo en el respaldo, y la mesita auxiliar calzada con una novela de Stephen King estaban donde siempre.

Guru estaba en la cocina moliendo café con el molinillo que se trajo de Yakarta hacía sesenta años. A medida que hacía girar lentamente la manivela, el aroma del café, que le enviaba un pariente lejano desde las montañas de Java, le llegaba con toda su intensidad.

Las dos mujeres se miraron. Toni llevó las manos juntas frente a la cara y luego las bajó hasta la altura del corazón, haciendo una reverencia namaste.

Guru correspondió al saludo y se abrazaron.

Con ochenta y tantos años, Guru seguía teniendo una sólida complexión, aunque ahora no fuese tan fuerte ni tan rápida como antes. Su pelo, completamente blanco, olía a jengibre, debido al champú que usaba desde hacía muchísimos años.

Bien venida a casa, Tunangannya -dijo Guru.

Toni sonrió. La había llamado «la mejor de las chicas», como casi desde que se conocieron.

-En seguida estará listo -indicó la anciana.

Guru echó el café recién molido en un cucurucho de papel de color marrón y lo acopló al receptáculo de acero inoxidable encima del recipiente. Luego vertió agua de una pava que había tenido calentándose en su pequeña cocina de cuatro fogones. El aroma era delicioso.

Guru aguardó hasta que casi toda el agua se hubo filtrado y luego añadió un poco más. Repitió la operación hasta vaciar el hervidor. Después alcanzó dos jarras corrientes de cerámica de la alacena y sirvió el café. No le preguntó si quería tomarlo con leche y azúcar. Guru ofrecía café a todo el que la visitaba, pero siempre solo. Adulterar el café era, para su manera de pensar, casi un pecado.

Las creencias religiosas de Guru eran una amalgama bastante complicada de hinduismo, islamismo y cristianismo.

En silencio, las dos mujeres fueron al salón. Guru se sentó en una silla y Toni en el sofá. Y, todavía sin decir palabra, bebieron sendos sorbos de café caliente.

Guru hacía el mejor café que Toni había tomado nunca. Tanto es así, que le estropeaba el placer de tomarlo en cualquier otro sitio. Si la cadena Starbucks contratase a Guru, triplicaría sus beneficios.

-¿Qué tal por Washington? ¿Ha visto ya tu joven la luz?

-Todavía no, abuela.

Guru bebió un sorbo de café y asintió con la cabeza. -Pero la verá. Todos los hombres son lentos, unos más que otros.

-Ojalá estuviese yo tan segura.

-No lo dudes, niña. Pero si no sabe valorarte adecuadamente es que no te merece.

Cuando casi habían apurado el café de las tazas, Guru miró a Toni con expresión solemne.

-Creo que ha llegado el momento de contarte una historia; una historia acerca de mi pueblo.

Toni asintió con la cabeza en silencio. Guru le había enseñado mucho utilizando este método, por medio de cuentos y leyendas javanesas.

-Mi bisabuelo llegó en 1835 de Holanda en un velero. Llegó para trabajar en una finca en la que cultivaban índigo, café y caña de azúcar. Por entonces, el país no se llamaba Indonesia. Los hombres blancos llamaban a las islas Indias Orientales Holandesas y también Islas de las Especias. Mi pueblo llamaba a nuestra isla Java.

Guru alzó su jarra vacía. Toni se levantó con ambas jarras, se acercó a la cocina y volvió a llenarlas. La anciana siguió hablando.

-Mi bisabuelo fue a trabajar a la finca, a las afueras de Yakarta, que no estaba tan poblada

como ahora. Estaba casado y su esposa y sus dos hijos se habían quedado en Holanda. Pero como solían hacer los hombres blancos por entonces cuando estaban en el extranjero, tomó por esposa a una nativa, mi bisabuela.

Toni le acercó la jarra a Guru, volvió a sentarse en el sofá y bebió un sorbo.

-De esa unión nació mi abuelo, que fue el mayor de seis hermanos y dos hermanas. Y cuando mi abuelo cumplió once veranos, mi bisabuelo volvió a Holanda para reunirse con su esposa y sus hijos, convertido en un hombre rico.

Dejó a su familia javanesa con el futuro asegurado, algo que no acostumbraban a hacer los hombres blancos, pero interrumpió todo contacto.

»La familia de mi bisabuela la acogió a ella y a sus hijos, y siguieron adelante.

Toni hizo un ligero ademán para indicarle que continuase. Guru le había contado muchas historias, pero nunca nada tan personal acerca de su familia.

-El hermano de mi bisabuela, Ba Pa el Sabio, se hizo cargo de enseñar a mi abuelo a hacerse un hombre. Su nombre holandés era Willem. Mi abuelo creció fuerte y hábil e ingresó en el ejército. -Bebió un sorbo de café y luego prosiguió-: Ve a mi dormitorio y mira en la mesita de noche. Hay una cosa encima de una almohadilla de seda. Tráemela.

Toni casi se atragantó con el café. En todos aquellos años de preparación con Guru, nunca había pasado de la puerta de su dormitorio. Y había alimentado todo tipo de fantasías acerca de lo que pudiese haber allí; quizá trofeos de los reductores de cabezas colgando del techo o paredes cubiertas de obras de arte indonesio.

Pero no había nada de todo eso. Era un dormitorio corriente, como el de cualquier mujer mayor. Había una cama, una cómoda labrada casi a los pies de la cama, de teca o de caoba, y un armario ropero alto y oscuro con un espejo de cuerpo entero que ya había perdido parte del revestimiento de mercurio. En una pared había una pintura de una chica desnuda que estaba de pie en el remanso de un río frente a unas cataratas. La estancia olía a incienso y a pachulí o a almizcle.

Pero en la mesita de noche había una almohadilla de color rojo, y encima de la almohadilla, un kris dentro de una funda de madera y metal.

Toni sabía lo que era. Había leído un poco acerca de Indonesia, llevada por la curiosidad acerca del país de origen del arte marcial que practicaba y, aunque nunca se había ejercitado con un kris, se había familiarizado con el manejo de muchas armas blancas.

Alcanzó el kris, que debía de tener unos cuarenta centímetros de hoja (todos tenían entre treinta y cuarenta y cinco centímetros); la hoja era ondulada y de doble filo. Estaba hecha con capas de acero forjado a mano, y, al igual que las espadas de Damasco y las katanas de los samurais, tenía grabados en relieve.

Volvió en seguida a la sala de estar, impaciente por oír el resto de la historia que Guru le estaba contando.

Guru tomó el kris y le devolvió la jarra a Toni, que la llenó de nuevo.

-El hermano de mi bisabuela, Ba Pa, no tuvo hijos varones, sino sólo hijas y, cuando a mi abuelo le llegó el momento de hacerse hombre, le dieron el kris, éste, concretamente. Ha seguido en la familia desde entonces.

La anciana desenfundó el kris y lo sostuvo en la mano. La hoja ondulada semejaba una cinta de acero, con seis o siete curvas por ambos lados y una empuñadura corta, parecida a la culata de una pistola. Era de color negro mate y en una de las caras tenía una pequeña protuberancia, como si fuese un brote de una rama; la otra cara tenía pequeñas muescas a modo de dientes de sierra.

-En los tiempos en que los espíritus aún eran poderosos en Java, el kris tenía mucha hantu (mucha magia). Tiene trece curvas y un grabado que llaman «lluvia dorada». Esto, ¿lo ves?

Guru señaló unos pequeños orificios que semejaban las marcas que hacen las gotas de lluvia al caer.

-Este kris propiciaba la buena suerte y la riqueza a quien lo poseyese. Algunos creían que un buen kris podía matar lentamente a un enemigo con sólo apuñalar su sombra o las huellas de sus pisadas. Si un enemigo se acercaba, un buen kris se movía solo en la funda para alertar

a su dueño del peligro. Incluso un tigre huía al ver la hoja de un kris.

Según el abuelo del hermano de mi bisabuela, este kris en cierta ocasión salió volando de la funda como un garuda y le cortó la mano a un ladrón que intentaba entrar a robar en una casa aprovechando la luna nueva.

Guru sonrió.

-Por supuesto, algunas de estas viejas historias han podido ser adornadas y exageradas.

La anciana volvió a guardar el kris en la funda y lo dejó en su regazo. Había dejado la jarra encima del tapete de ganchillo de la mesita auxiliar y el café se le había enfriado.

-Mi abuelo le dio este kris a mi padre y mi padre se lo dio a su vez a mi único hermano. -Dejó vagar la mirada unos momentos como tratando de explorar en la lejanía de su memoria y luego prosiguió-: Mi hermano murió en la guerra contra los japoneses antes de que pudiese formar una familia. Muchos de nuestros jóvenes murieron también. Y como después de aquella guerra a mi padre no le quedaron hijos ni sobrinos varones, el kris pasó a mis manos.

Guardaron silencio unos momentos hasta que la anciana reanudó su relato.

-Yo le di a mi esposo tres hijos y una hija. Dos de mis hijos viven y tengo seis nietos, un biznieto y dos biznietas. Mis hijos son ya muy mayores. Una de mis nietas es maestra, y la otra, médica. Forman una buena familia. Se han abierto camino, repartidos por todo el país, y todos son buenos norteamericanos. Y me parece bien. Pero ningún miembro de la familia ha estudiado las artes marciales. Aunque no, eso no es exacto, porque tengo un nieto en Arizona que practica el taekwondo y uno de mis hijos practica el tal chi para mantener en forma sus articulaciones. Sin embargo, ninguno de ellos se ha iniciado en el silat. Tú eres mi alumna, la portadora de mi linaje, de modo que ahora este kris te pertenece.

La anciana le tendió la daga a Toni.

Toni sabía que aquello era muy importante para Guru y no vaciló un momento en aceptar el kris. Se arrodilló junto a la anciana y tomó la daga entre sus manos.

-Gracias, Guru. Me siento muy honrada.

La anciana sonrió y dejó ver sus dientes, amarillentos a causa del tabaco.

-Y debes sentirte honrada, niña. Dice mucho de mis enseñanzas que lo hayas expresado así -dijo Guru-. Nunca pude soñar con una alumna mejor. Debes tener siempre el kris en una almohadilla roja de seda junto a tu cama mientras duermes. Aunque... si tienes un novio norteamericano, acaso el kris lo ponga algo nervioso -añadió, riendo.

Toni miró la suave madera de la funda. ¿Por qué le daba Guru entonces aquella arma? Se estremeció al imaginar la razón.

-Guru... ¿no estarás...? ¿Estás bien de salud? La anciana se echó a reír.

-No, no temas, que aún no me apetece dejar este mundo. Pero tú necesitas más la hantu que yo. He tenido una vida plena, y en cambio, tú todavía no te has casado. Una mujer de tu edad ha de pensar en estas cosas. No hay que olvidar que es una arma mágica, ¿kah?

-¿Más café, Guru? -preguntó Toni, sonriente.

-Sólo media jarra. Y háblame más de ese joven que aún ha de reconocer tu espíritu. Quizá juntas encontremos el modo de despertarlo.

Trece

Sábado, 25 de diciembre, 6.30 horas
Alexandria, Virginia

Julio Fernández fue a misa a primera hora a la iglesia de St. Gerard de Alexandria. Se sentó al fondo del pequeño templo, escuchó al padre Alvarez sermonear con voz monocorde, sólo interrumpida de vez en cuando por la palabra Señor, que tendía a captar la atención de la adormecida congregación.

Fernández estaba acostumbrado a madrugar, pero por lo general porque tenía que hacer cosas que exigían moverse, como hacer footing o gimnasia para mantenerse en forma y activar la circulación sanguínea.

Estaba sentado en un banco de madera del caluroso templo, escuchando al viejo sacerdote que podría haber pronunciado su sermón dormido, y que acaso fuese eso lo que estaba haciendo. No era un buen sistema para captar y mantener la atención de sus feligreses, eso seguro.

Pero de no haber asistido a misa, tendría que haberle mentido a su madre. Y no quería mentirle.

Estaba de servicio y no podía pasar las Navidades con la familia. Aunque eso no era exactamente cierto, porque podía haber pedido un permiso, que le hubiesen concedido en honor a su antigüedad en el cuerpo. Pero pensó que otros compañeros que estaban casados y con hijos necesitaban aquellos días de vacaciones más que él. De modo que se ofreció a seguir de servicio, aunque no tenía por qué decírselo así a su madre, que estaría pendiente de su llamada. Se reunirían varios tíos y tías y, por lo menos, tres de los seis hermanos de Julio y dos hermanas con sus hijos, probablemente lamentándose de que la información meteorológica anunciase fuertes lluvias provocadas por El Niño con peligro de inundaciones en California.

La madre de Julio no iba a estar precisamente sola en casa, pero eso no significaba que no quisiera saber también de los hijos que no podrían estar presentes.

Lo primero que le preguntaría a Julio era si había asistido a misa aquella mañana. Su madre sospechaba que su hijo era más agnóstico que un buen católico, y no se equivocaba. Pero, por lo menos, Julio podría darle la satisfacción de decirle que había asistido a misa; hablarle del padre Alvarez, que fue el párroco de la iglesia a la que iba su madre cuarenta años atrás. Que estaba muy envejecido, le diría. Aunque, en realidad, más que envejecido estaba viejo, senil, porque tenía más años que Matusalén.

Su madre se echaría a reír, le diría que era «terrible», pero el caso era que estaría muy contenta de que, por lo menos en Navidad, fuese a misa.

No era mucho sacrificio que un hijo hiciese eso por su madre una vez al año, ¿verdad?

De modo que ganaría unos cuantos puntos ante ella, siempre y cuando no acabase durmiéndose con el sermón, se pasase luego todo el día en la cama y terminase por olvidarse de llamar a casa.

Sábado, 25 de diciembre, 7.00 horas
Boise, Idaho

Alexander Michaels llamó al timbre de la casa que había sido suya. Era una casa grande de dos plantas, de madera, construida a principios del siglo xx en lo alto de una pequeña cuesta. Tenía un porche espacioso al que se accedía a través de diez escalones.

Cuando la construyeron, la casa estaba en lo que entonces eran las afueras. Pero Boise se había tragado aquella zona hacía mucho tiempo, aunque las casas seguían prácticamente como cien años atrás. Salvo una nueva capa de pintura azul pálido casi idéntico al original, un par de escalones nuevos y algunas baldosas del porche sustituidas, la casa estaba tal como él la recordaba.

El columpio que instaló cuando la compraron colgaba de unas cadenas oxidadas en el lado sur del porche, frente a un rododendro que, en cuanto el tiempo fuese más cálido, se adornaría con flores sonrosadas. Había pasado horas maravillosas en aquel columpio de madera, escuchando el murmullo del viento que rozaba los abetos que daban sombra al jardín.

Oyó las pisadas de su hija, que corría hacia la puerta.

-¡Ha llegado papá! ¡Ha llegado papá!

Susie abrió la puerta y saltó a sus brazos.

Como Alex tenía una mano ocupada con el regalo, tuvo que sujetarla sólo con la otra.

Susie llevaba un pijama de franela roja y unas zapatillas color crema.

-¡Papi!

-¿Cómo estás, diablillo?

-¡Bien! Entra. Todos hemos estado esperándote para abrir los regalos.

Michaels entró en la casa, repitiéndose mentalmente lo que Susie acababa de decir: «Todos hemos estado esperándote.» ¿Se refería a ella, a Megan y al perro Scout?

Susie se dejó deslizar hasta el suelo y echó a correr por el pasillo hacia el salón. Y, como es natural, el pequeño Scout, un perrillo que se creía un lobo, asomó desde la cocina avivando el paso para ir a saludar a Michaels. En cuanto llegó a su lado, empezó a menear la cola con tal vigor que Alex temió que lo derribase.

Michaels se puso en cuclillas, dejó los regalos en el suelo y luego Scout saltó a sus brazos.

Después de que Scout le hubo dado unos buenos lametones en la cara, apareció Megan.

Alta y de piernas largas, con el pelo largo y castaño recogido en una cola de caballo, seguía siendo una de las mujeres más bonitas que Alex había conocido. Llevaba una camiseta negra y unos pantalones vaqueros; iba descalza y parecía nerviosa.

-Hola, Megan.

-Entra, que Susie está muy impaciente.

Alex dejó a Scout en el suelo, recogió los regalos y siguió a su ex esposa hasta el salón.

Habían puesto un abeto grande, de dos metros y medio, algo que no era complicado en una casa de techos tan altos. El árbol resplandecía con las luces, la falsa nieve y toda la parafernalia de adornos navideños. La chimenea estaba encendida.

Susie se había arrodillado bajo el árbol, sonriente, entre un montón de paquetes.

Y, de pie junto al mullido sofá de color azul, había un extraño, un hombre alto y fornido con una poblada barba. Llevaba pantalones vaqueros, camisa azul de batalla y botas vaqueras. Aparentaba unos treinta años, o sea, más de diez años más joven que Alex y, por lo menos, cinco más joven que Megan.

Megan se acercó al barbudo. Pasó una mano por debajo de su brazo, le sonrió y luego se volvió hacia Michaels.

-Byron, te presento a Alex Michaels, el padre de Susie. Este es mi amigo Byron Baumgardner, Alex, un profesor del colegio de Susie.

El barbudo sonrió, dejando ver una buena dentadura blanca, y le tendió la mano a Michaels.

-Encantado de conocerlo, Alex. Me han hablado mucho de usted.

A Alex se le hizo un nudo en el estómago. 0 sea, que aquél era Byron...

-Encantado -correspondió al estrecharle la mano.

Alex miró a Megan. Ahora entendía por qué le había dado la impresión de estar nerviosa. Le había reservado una bonita sorpresa para Navidad: presentarle a su novio, a su sustituto.

-¿Puedo abrir mis regalos ya? -preguntó Susie.

-Claro, cariño -dijo Megan.

Michaels le sonrió a Susie al acercarse Byron a Megan. El barbudo rodeó a Megan con el brazo.

Michaels sintió náuseas. Deseó que se lo tragase la tierra. Habría preferido estar en cualquier otro lugar del planeta, en cualquier parte, menos allí.

Sábado, 25 de diciembre, 11.00 horas
Besheda, Maryland

Boca arriba en el banco, Platt asió la barra de las pesas e inspiró profundamente dos veces. Contando la barra, lo que tendría que levantar eran casi doscientos kilos. Asintió con la cabeza hacia dos de sus compañeros de gimnasio que se habían situado uno a cada extremo de la barra.

-Listo -dijo Platt.

Las dos ratas de gimnasio, dos gigantones forjados a base de gimnasia y esteroides y bastante más corpulentos que él, acercaron las manos a los extremos de la barra, sin tocarla, pero preparados por si acaso Platt flaqueaba.

Platt se concentró para el esfuerzo. Volvió a inspirar profundamente y empezó a levantar las pesas.

El primer levantamiento le resultó fácil.

-Uno -dijeron las ratas de gimnasio como si Platt no supiera contar.

El segundo levantamiento le fue un poco más difícil, pero lo consiguió.

-¡Dos!

El tercer levantamiento lo hizo sudar; tuvo que arquear la espalda.

-¡Tres!

Platt conocía sus límites y no quiso forzar la máquina.

-Hasta aquí -anunció.

Los dos musculosos sujetaron la barra por ambos extremos y lo ayudaron a salir de debajo. Platt resopló a causa del esfuerzo y se sentó.

El tipo de la izquierda, que llevaba la cabeza rapada y una cinta de color púrpura en la frente, lo miró.

-Déjame probar a mí.

Platt asintió con la cabeza, intercambió su sitio con Baldy y miró en derredor de la sala del gimnasio, un gimnasio muy completo y moderno en el que tenían los aparatos más avanzados. Pese a ser Navidad, había por lo menos veinte socios entrenándose.

La mayoría de ellos eran ratas de gimnasio, tipos que se tomaban muy en serio la musculación o el levantamiento de pesas. No se perdían un día de ejercicio aunque fuese Navidad. Su obsesión por la forma física era tal que creían que interrumpir el ejercicio un solo día les impediría conseguir la forma óptima.

En el vestuario, desnudos tras salir de la ducha, algunos exhibían unos pectorales que parecían pechos de mujer y un escroto y un pene pequeñitos. Pero eran fuertes, como Baldy le demostró entonces a Platt. Hizo diez levantamientos de casi doscientos kilos y luego se sentó, sonriente.

-Bueno... ya he entrado en calor. ¿Quieres probar tú ahora, Lou?

La otra rata de gimnasio intercambió posiciones con Baldy y éste y Platt lo observaron mientras hacía sus levantamientos. Sólo consiguió hacer ocho, y Baldy lo llamó debilucho.

-¿Quieres que hagamos otra serie? -le preguntó Baldy a Platt.

-No, gracias. He de hacer abdominales. Pero puedo volver y ayudarte con la barra.

-Estupendo. Hasta luego, entonces.

Tanto Baldy como Lou eran más fuertes que Platt. Aunque también era cierto que él sólo tomaba vitaminas y algunos complementos dietéticos inocuos. De modo que no corría el riesgo de hacerse polvo el hígado ni de contraer un cáncer cerebral.

Cargarse a un tipo que no lo dejase adelantar en la carretera o pegarse con alguien por pura diversión era una cosa, pero perder el control de sí mismo era otra. Y aquellos tipos eran tan fuertes que, a veces, ellos mismos se desgarraban un músculo o se rompían un tendón.

En cierta ocasión vio a un tipo que, después de hacer sesenta y cinco levantamientos, se había desgarrado un pectoral, de tal manera que el músculo se enrolló en su pecho como una de aquellas persianas antiguas. Tuvieron que hacerle una operación muy complicada y luego tuvo que seguir un largo período de recuperación.

Una estupidez.

Era una temeridad forzar el organismo, salvo que uno tuviese una naturaleza excepcional.

Platt ya tenía la sudadera empapada, pero pensó que aún podía hacer un par de series de abdominales para completar su sesión de ejercicio.

Media hora en la sauna, un baño caliente, una ducha... y listo.

Se preguntaba si un restaurante de Wisconsin que le gustaba mucho estaría abierto aquel día. Un par de platos de estofado de pollo y arroz con salsa caliente y dulce le sentarían de maravilla.

Platt salió del gimnasio y fue a ver si el restaurante estaba abierto.

Sábado, 25 de diciembre, 12.00 horas

Sugar Loaf Mountain, Boulder, Colorado

El vivo fuego de la chimenea hizo que el frío del chalet fuese a refugiarse en los rincones de la estancia. Olía a cedro y a leña quemada.

Era un aroma maravilloso.

-Feliz Navidad -dijo Joanna Winthrop, que alzó su copa de champán y brindó con Maudie.

-Feliz Navidad -correspondió su amiga.

Bebieron un buen trago y sonrieron.

-Es estupendo -observó Winthrop.

-Ha de serlo, porque cuesta ochenta dólares la botella.

-¡Madre mía! ¿Te has gastado ochenta dólares en una botella de champán?

-Yo, no. Ha sido un regalo de un admirador, creo que con la intención de lamerlo sobre mi cuerpo desnudo.

-¿Y por qué lo has aceptado?

-Porque fuimos al cine e hizo una observación impertinente acerca de una de las actrices, que tenía unos kilos de más.

-0 sea, que... te has «quedado» con él.

-Le enviaré un e-mail de agradecimiento. ¿Qué más quiere?

-Estoy segura de que te lo agradecerá.

Se echaron a reír.

-Bueno, cuéntame más acerca de ese sargento. ¿Se cuece algo serio entre vosotros?

-Es demasiado pronto para poder decirlo. Hasta el momento no hemos hecho más que hablar de ordenadores, pese a que él no tiene ni idea de informática. Pero parece un hombre encantador, y me admira por mi inteligencia.

-Ya.

-En fin..., o es sincero o se da muy buena maña para ir dando rodeos hasta bajarme las bragas.

-No te fíes. Un hombre es capaz de cruzar un desierto en julio a gatas y con cristales en el suelo con tal de tirarse a la mujer que le apetece.

-Cierto. Pero con éste tengo buenas vibraciones. ¿A cuántos hombres has conocido que reconozcan su ignorancia acerca de cualquier cosa?

-¿A cuántos? Pues... no sé, déjame pensar. Así, en conjunto, podría decirte que aproximadamente... ninguno.

-Pues entonces te gano por uno a cero.

-¿Tienes una foto suya o su teléfono?

-Ni hablar. Ya te agenciarás tú uno en California.

-Sería lo lógico, ¿no? Me ronda por la cabeza poner un anuncio en la sección de contactos del semanario: «Mujer gorda, fea e inteligente busca hombre que la valore por su inteligencia.» Sería interesante comprobar cuántos contestan.

-Estoy segura de que resultaría -dijo Joanna alzando su copa y volviendo a brindar con Maudie.

Bebieron y rieron de nuevo. Era una manera bastante aceptable de celebrar las Navidades.

Catorce

Sábado, 25 de diciembre, 14.15 horas
Ambush Flats, Arizona

Jay Gridley estal empezando a hartarse del escenario del Oeste y pensó en sustituirlo, aunque detestaba dejar la aventura a medias.

De momento seguía en Ambush Flats, dirigiéndose hacia la oficina del telegrafista. Una guirnalda navideña colgaba del dintel.

-Buenos días, agente, y felices Navidades -lo saludó el telegrafista, que llevaba una gorra con visera, camisa de color crudo y corbata oscura-. Es una pena que tenga que viajar usted en un día tan señalado.

-Y que a usted le toque trabajar -repuso Jay-. ¿Ha llegado algún mensaje a nombre del agente Gridley?

-No, señor, creo que no.

El telegrafista hizo un amago de comprobar las hojas de papel amarillo que tenía junto a la palanca.

-No, no veo ninguno.

-¿Y tampoco ha recibido ninguno que un agente deba conocer?

-Tampoco. Soy un ciudadano respetuoso con la ley. Nunca ocultaría nada ilícito.

No es que Jay no lo creyese, pero había aprendido que la verdad era un producto tan valioso como raro en la red. Y Jay necesitaba saber si el telegrafista le decía la verdad o le mentía.

Tenía varios recursos para averiguarlo. Podía desenfundar su revólver y ordenarle que se tumbase en el suelo boca abajo. Podía señalar a la ventana y, cuando el telegrafista mirase hacia ella, propinarle un culatazo en la nuca que lo dejase sin sentido. 0 podía recurrir a una evasiva, que era su método preferido.

-Bueno, pues muchas gracias, amigo. Adiós.

Jay salió de la oficina del telegrafista y fue hasta la parte trasera del edificio. Había un barril de madera que hacía las veces de cubo de la basura junto a la puerta. Sacó un fósforo del bolsillo de la camisa, lo encendió rascándolo en un cincho del barril y lo echó entre la basura. El papel que había en el barril se inflamó en seguida y, al cabo de unos segundos, brotó una viva llamarada.

Jay miró en derredor y vio que había maleza jumo al edificio. Arrancó una mata y la echó a las llamas. Una humareda blanca y densa se elevó cuando el fuego prendió en las hojas secas.

Gridley rehizo entonces el camino hasta la parte delantera del edificio, se ocultó en la sombra de una cornisa y se recostó en un poste del porche.

No tuvo que aguardar mucho.

-¡Fuego! -gritó alguien.

En seguida empezó a repicar una campana y varias personas echaron a correr hacia la parte trasera del edificio.

El telegrafista salió de estampida de la oficina y se dirigió hacia la humareda.

Entonces Jay volvió a entrar en la oficina y hojeó los mensajes, sin encontrar nada que le interesase.

Quizá en el cajón de la mesa, pensó. Estaba cerrado con llave, pero lo abrió fácilmente forzando la cerradura con su navaja, con el fin de echarles un vistazo a los documentos que el telegrafista guardaba allí.

Sonrió.

Entrar en una bandeja de mensajes codificados utilizando la fuerza bruta de los chips no era tan colorista como irrumpir en la oficina del telegrafista en su papel de agente de la policía federal, ni tampoco tan divertido.

Había muchos telegramas irrelevantes en el cajón; algunos, relativos a transferencias de dinero, cartas de amor ilícito, pornografía...; lo que habitualmente la gente trataba de ocultar.

Lo que hacía no era del todo legal, pero no pensaba utilizarlo ante los tribunales; sólo buscaba información. Si se daba prisa, saldría de la oficina antes de que regresara el telegrafista y nadie sabría nunca que había incurrido en el delito de violación de correspondencia.

¡Eh! ¿Qué es eso?

Jay leyó alarmado el e-mail que acababa de colarse en el holograma. Daba detalles sobre cuatro envíos de plutonio a un grupo autodenominado Hijos de Patrick Henry.

Jay había oído hablar de ellos. Formaban una organización paramilitar que actuaba al borde de la traición. Sus miembros hacían que Atila pareciese un comunista testimonial que se limitase a enarbolar la bandera roja.

Y el envío iba a hacerse aquel mismo día.

Espantoso.

Jay guardó el mensaje y echó a correr.

Sábado, 25 de diciembre, 12.25 horas
Boise, Idaho

Con el nuevo juguete musical de Susie a todo volumen era difícil entablar una conversación. Aunque lo cierto era que Michaels no tenía muchas ganas de hablar.

Megan estaba dejando perfectamente claro, por el modo de arrimarse a Byron y de hacer manitas con él, lo que quería que su ex esposo supiese. En un primer momento, el acceso de celos que sintió Alex fue tan intenso que lo aturdió. Pero ahora simplemente estaba cabreado.

Su ex esposa tenía un lado cruel que nunca le había pasado inadvertido. La había amado pese a ello, pero ser víctima de su crueldad era otro cantar. De no querer ofenderlo, podía haberle dicho a su barbudo que se quedase en su casa, y así permitirle a Michaels estar con su hija distendidamente. Pero estaba claro que quería mostrarle al padre de Susie cuál era el sitio que ocupaba actualmente, o sea, el sitio de un mero espectador.

Habían quedado en que se quedaría a almorzar, pero si no fuera porque no quería disgustar a Susie, se habría marchado al hotel.

Mientras Megan iba a la cocina a ver cómo estaba el pavo, y Byron a la leñera a por más troncos para la chimenea, Michaels recordó el regalo que Toni le había hecho. Lo llevaba en un bolsillo del abrigo. Fue hasta el perchero, sacó el regalo y lo abrió.

Al verlo se echó a reír.

-¿De qué te ríes, papi? -le preguntó Susie, alzando mucho la voz para que la oyese, porque la música seguía a todo volumen.

-Nada, cariño, es que me he acordado de algo que me ha hecho gracia.

Toni le había regalado unos cascos electrónicos. Según las instrucciones, permitían oír los sonidos normales, pero moderaban todo nivel de decibelios perjudicial para los oídos.

Desde luego, su adjunta era una mujer divertida. Sonó su virgil.

Alex arqueó las cejas porque había programado que todas las llamadas fuesen a parar al buzón de voz. Había dado instrucciones para que sólo le pasasen llamadas directas si se trataba de algo de máxima prioridad. Y, si se trataba de una máxima prioridad, iban a fastidiarle las vacaciones.

En la pantallita de cristal líquido vio que era Jay Gridley quien lo llamaba.

-¿Qué ocurre, Jay?

-Tenemos un problema muy grave, jefe. Alguien acaba de hacer cuatro envíos de plutonio. Ya nos hemos encontrado antes con tres tentativas. En la de Francia hubo muchos muertos, y en las dos de Arizona tampoco llegamos a tiempo. El coronel Howard va de camino con un grupo de élite. También hemos alertado a la Guardia Nacional, a la policía estatal y a la policía local de que anda por ahí una bomba de plutonio.

-¡Qué horror! -exclamó Michaels-. Pero ¿por qué hemos de ocuparnos nosotros? ¿No se ocupa la CIA de lo exterior y el FBI de lo interior?

-Pues, muy sencillo: porque el mensaje ha partido de un centro de Net Force, jefe. 0, más exactamente, de nuestro cuartel general.

-¡Oh, no!

-Así es. No sé si considerarás más conveniente ir a Arizona o regresar aquí.

Michaels alzó la vista y vio que Megan lo miraba desde el pasillo frunciendo el ceño.

-Te llamaré luego para decírtelo.

-¿Qué ocurre? -preguntó Megan.

-Una emergencia -contestó él-. No voy a poder quedarme a almorzar. Lo siento.

-¡Menuda sorpresa! -ironizó ella con un deje de amargura-. Has de ir a salvar a este condenado mundo otra vez tú solito, ¿no?

-Escucha, Megan...

-¿No pueden prescindir de ti ni por un solo día? ¡Es Navidad!

Byron volvió inoportunamente al salón con unos troncos bajo el brazo para alimentar la chimenea.

-¿Qué pasa?

-Que Alex no podrá quedarse a almorzar -dijo ella casi gritando.

Susie salió de pronto de su trance musical.

-¿Ya te marchas, papi? ¡Si acabas de llegar!

-El trabajo de papá es más importante que quedarse con nosotros, cariño -dijo Megan-. Ya sabes que es un hombre muy importante.

Michaels fulminó a Megan con la mirada. Luego miró a su hija.

-Lo siento, cariño. Pero es una emergencia.

-No importa, papá. Lo entiendo.

Pero era evidente que la pequeña no lo entendía. Y Megan no iba a facilitarle las cosas.

-En cuanto pueda volveré a visitaros -anunció Michaels.

-Ya..., cuando se haya helado el infierno -replicó Megan.

Michaels hizo rechinar los dientes.

-Vamos al pasillo -le dijo a su ex esposa.

-¿Qué?

-Que quiero hablar un momento contigo en el pasillo, por favor.

Megan lo miró con cara de muy pocos amigos. Michaels abrazó a su hija y le dio un beso de despedida.

-Ve practicando con este aparatito y, cuando vuelva, me podrás cantar todas las canciones que hayas aprendido.

-Prometido, papi. Te quiero.

-Yo también te quiero, chiquita. Cuida de mamá.

En el pasillo, Megan aguardaba con los brazos cruzados, muy tensa y furiosa. Byron estaba justo detrás de ella.

-Haces un largo viaje hasta aquí, dejas tu regalo y te marchas. Estupendo, Alex. Eres un padre maravilloso.

Su sarcasmo estaba tan cargado de acritud que a Alex le amargó la boca. Y le dolió, que era exactamente lo que quería Megan, que sabía cómo herirlo a través de las grietas de su armadura con dardos envenenados, igual que durante su último año de matrimonio y durante los trámites de separación. Siempre que se enojaba se convertía en una persona muy injusta.

-Hago lo que puedo -replicó Alex, exasperado.

-Pues lo que puedes es una porquería. Si quisieras a tu hija, lo harías mejor.

-Eso ya me lo has dicho miles de veces. Debe de ser estupendo ser tan perfecta como tú. ¿Cómo soportas vivir entre los imperfectos mortales?

-Eh, tranquilo... -se atrevió a terciar Byron-. No hay por qué ponerse tan desagradable.

Michaels miró al fornido barbudo como si mirase a un sapo gigantesco.

-¿Cómo ha dicho usted? 0 sea, que si ella me acusa de ser un mal padre y de no querer a mi hija, no puedo replicar, ¿verdad? ¿Por qué no va a por más leña, Byron? Esta es una conversación privada.

-Todo lo que tengas que decirme, puedes decírmelo delante de Byron -le soltó Megan.

-¿De veras?

Michaels estaba realmente furioso. Si perdía los estribos, diría algo que luego podría lamentar, de modo que hizo acopio de todo su aplomo.

-Vamos, Megan... Está claro que no me queréis aquí. Os ha faltado poco para desnudaros, y me temo que sin más objeto que mortificarme. Bueno..., pues ya me ha quedado claro.

-No se trata de lo que yo sienta, Alex, sino de cómo se siente tu hija.

-Mira... ¡No voy a tolerar que vuelvas a atacarme con eso! Quiero a mi hija y ella lo sabe perfectamente. Y si tú la quisieras de verdad, no intentarías ponerla en mi contra a la menor oportunidad. Pero no me extraña, porque, cuando quieres, puedes ser una verdadera arpía.

Megan se sorprendió. Era la primera vez que la atacaba de un modo tan directo.

Byron se creyó con derecho a intervenir.

-Hasta aquí hemos llegado -le dijo el barbudo-. ¡Salga inmediatamente de esta casa! -añadió, agarrando del brazo a Michaels con ambas manos.

No debería haberlo hecho.

Michaels reaccionó sin pensar. Alzó el codo y atenazó la cabeza de Byron entre los bíceps y el antebrazo, apretando tal como Toni le había enseñado. Se oyó un crujido de huesos y Byron se desplomó como si le hubiesen amputado las piernas de un tajo.

Megan se arrodilló junto a su débil novio.

-¡Byron! ¡Byron! ¿Estás bien?

Susie había vuelto a poner la música a todo volumen y no oyó nada de lo que acababa de ocurrir.

Byron parpadeó y trató de incorporarse.

-¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué estoy en el suelo?

No iba a morir. Michaels sólo lo había aturdido.

-¡Vamos a casarnos! -le soltó Megan a Alex-. ¡Y Byron quiere adoptar a Susie! -añadió en tono viperino.

Michaels se quedó helado. Había amado a aquella mujer de forma desmedida y ella se ensañaba con él. ¿Cómo podía haber estado tan ciego?

-Felicidades -dijo Alex cuando hubo recobrado el aliento-. Os enviaré una tostadora. Pero..., de adoptar a Susie... nada. Tendría que pasar por encima de mi cadáver. Gastaré hasta el último dólar que tenga, y hasta el último dólar que consiga prestado, en detectives privados y abogados. Y, si este Byroncito pasa una sola noche bajo este techo antes de que os caséis, tendrás que afrontar una batalla jurídica por la custodia de Susie que no puedes ni imaginar. Si quieres juego sucio, tendrás juego sucio.

Y, sin más, dio media vuelta y se marchó.

El aire era frío y las nubes que cubrían el cielo amenazaban nieve.

Perfecto. Mejor, imposible.

Querías una excusa para marcharte, ¿no? Pues... ten cuidado con lo que quieras la próxima vez, Alex. Porque a lo mejor también lo consigues.

¡Maldita sea! No podía creer que hubiese hecho lo que acababa de hacer, haber perdido el control de esa manera. ¡Maldita sea!

Comparado con lo que acababa de sentir, que unos terroristas hubiesen robado material nuclear, se le antojaba una nadería.

Sábado, 25 de diciembre, 16.45 horas
Tonopah, Arizona

Michaels volaba por segunda vez en helicóptero aquel día. Se dirigía a la autopista 10, a unos sesenta kilómetros al oeste de Phoenix. Allí lo aguardaba un pequeño reactor militar desde que el primer helicóptero lo dejó en el aeropuerto de Boise.

Pese al transbordo, el viaje había sido rápido.

El cielo de Arizona estaba despejado y lucía el sol. A través de la ventanilla veía los montes Bighorn.

Por su parte, John Howard había volado en un 747 de Net Force con su grupo de intervención rápida, y estaba instalando un puesto de mando en una área de descanso para camioneros, situada en las afueras de Tonopah, Arizona.

El helicóptero aterrizó cerca de otros dos aparatos similares, del modelo Big Huey. La actividad era febril, entre un mar de coches con luces destellantes, camiones y soldados.

En realidad habría sido más lógico que Michaels hubiese regresado al cuartel general. Porque el sitio de quien estaba al frente de un cuerpo como Net Force era el despacho (le pagaban por su capacidad para dirigir, no para combatir), pero la idea de estar sentado frente a la consola de su ordenador, con el móvil a mano aguardando noticias, no le seducía lo más mínimo.

Después de lo ocurrido en Boise, necesitaba actividad para desahogarse.

El helicóptero levantó una nube de polvo y arena al posarse.

Alex vio a John Howard con su uniforme de campaña, sujetándose la visera de la gorra para que no se la llevase el viento.

Michaels bajó del aparato y se acercó a él.

-Hola, comandante.

-¿Qué tal, coronel?

-Bien. Sígame, por favor.

Howard lo condujo hacia el puesto de mando. Además de una docena de camiones de transporte comercial, había varios vehículos de Net Force transportados hasta allí por el 747 que utilizaba el grupo de intervención rápida.

Habían montado un par de tiendas detrás del edificio de la terminal de camiones. Gruesos cables eléctricos unían las tiendas a seis generadores alimentados con gasolina, situados junto a la mayor de las tiendas.

Soplaba un viento gélido, pero dentro de la unidad móvil táctica -una tienda con bastidores de fibra de vidrio del tamaño de un pequeño chalet- no hacía frío.

Una docena de técnicos trabajaban con diversos aparatos electrónicos (ordenadores e instrumentos de comunicación). Varios miembros del grupo de intervención rápida revisaban su armamento o montaban el equipo de campaña.

Julio Fernández alzó la vista y, al ver a Michaels, lo saludó.

Howard se detuvo frente a la pantalla de un monitor. Alcanzó un mando a distancia y pulsó un botón. En seguida apareció en la pantalla un globo terrestre que giraba lentamente.

-Esto es lo que sabemos acerca de lo ocurrido -dijo Howard-. Alguien ha difundido los datos de cuatro envíos de plutonio que han salido hoy con destino a un grupo paramilitar autodenominado Hijos de Patrick Henry. Estos son los lugares de destino.

Aparecieron cuatro puntos rojos en la esfera terrestre: Francia, Alemania, Florida y Arizona.

-Gridley nos ha informado desde el cuartel general justo cuando empezaban los ataques de los terroristas a los convoyes de transporte nuclear, los cuatro simultáneamente. Avisamos a los convoyes de inmediato. Los convoyes de Florida y de Alemania siguieron rutas alternativas y no encontraron problemas. El ataque en Francia ya había empezado, al igual que uno de los de aquí. Los franceses han matado a ocho terroristas, han herido gravemente a cuatro, y el resto ha huido. El conductor del camión francés y cuatro soldados han resultado muertos y otros tres heridos. Varios civiles se han visto atrapados entre dos fuegos. Hemos llamado al cuerpo de transporte del ejército estatal, pero ya era demasiado tarde. Cuando un contingente de la Guardia Nacional ha llegado al lugar, ya había terminado todo. El ejército ha perdido a dos conductores y a diez soldados, dos de ellos mujeres. Parece que los soldados heridos fueron ejecutados, porque todos presentan heridas de bala de rifle o de pistola en la cabeza. Los terroristas se han llevado a sus muertos y heridos, pero los rastros de sangre que se han encontrado en la carretera indican que los soldados del ejército han matado a varios terroristas, que han dejado tras de sí minas antitanque para frenar la persecución. La policía estatal ha perdido dos coches patrulla y tres agentes. También han saltado por los aires cinco turismos y han muerto seis civiles, y tres de los que están en el hospital morirán también. La policía estatal y la local han movilizado a todos sus efectivos, terrestres y aéreos, para buscar a los terroristas.

-¡Dios mío! -exclamó Michaels.

-El envío ha partido desde Fort Davy Crockett, Texas, hasta Long Beach, California, donde debía ser recogido por un barco hasta un lugar que el ejército no ha querido revelarnos. Tres kilos de plutonio enriquecido.

-¿Y bien?

-Sabemos quiénes han sido, y dónde están -repuso el coronel Howard.

-¿Ha informado a las autoridades locales?

-No, comandante. Las hemos desorientado, enviándolas en otra dirección. Así tendrán con qué entretenerse. En caso de que, pese a todo, se acercasen demasiado a la zona, los alertaríamos.

Howard pulsó varios botones del mando a distancia y la imagen de la pantalla cambió a una vista aérea de un grupo de edificios rodeados por una valla. Hizo varios zoom hasta que se vieron detalles tan pequeños como coches e incluso a varias personas.

-Esta es la base estable más cercana de los Hijos de Patrick Henry, justo al norte de la reserva india Gila Bend, no muy lejos de aquí -explicó el coronel-. Los terroristas poseen fincas en todo el país y tienen muchas ramificaciones por todo el mundo. Hemos barrido la zona con un satélite espía Albatros Kl. Hemos pedido que el ejército sitúe otro en la misma órbita, y ya están en ello.

-¿Qué tal es la cobertura? -quiso saber Michaels.

-Imperfecta. Para mantenerse en órbita geoestacionaria, todo satélite ha de volar a una altitud mínima de treinta y seis mil kilómetros, y a esa altitud la resolución óptica de un encuadre de dos metros cuadrados es muy deficiente, sobre todo en un desierto tan tórrido. Los satélites espía que pueden ver personas correr por la tierra han de volar mucho más bajo, lo que significa que sobrevuelan la vertical de toda intersección de coordenadas a gran velocidad. No pueden detenerse para vigilar un punto concreto. De modo que los veremos, pero muy brevemente. El resto habrá de hacerse por medio de proyecciones informáticas.

-¿Y es ahí donde cree usted que recogen el plutonio? Vieron parpadear un recuadro pespunteado y la silueta de una estructura en su interior.

-El contenedor de transporte de material radiactivo lleva acoplado un localizador con una frecuencia que sintoniza con las unidades de vigilancia de la Agencia de Control Nuclear y de la Agencia Nacional de Seguridad. Nadie podría enviar este material a través de la Agencia Federal de Transporte. -Señaló un punto de la pantalla y luego añadió-: El GPS indica que el contenedor con el material radiactivo se halla en la esquina suroeste de ese edificio. Dudo que lo saquen del contenedor para jugar con él.

-¿Dónde está el contingente militar?

-A cincuenta kilómetros al sur de la base de los terroristas, en el viejo campo de prácticas de tiro que las Fuerzas Aéreas utilizaban en Luke. Hasta el momento no se han movido, pero el Servicio de Inteligencia Militar se las está teniendo con el FBI para ver a quién le corresponde intervenir. De modo que, antes de hacer algún movimiento, todos están aguardando a que Washington lo digiera y se pronuncie.

Michaels descartó que los acontecimientos fuesen a seguir esa secuencia. ¿Cómo iban a decidir desde Washington acerca de algo que requería una valoración in situ y urgente? No tardaría en ver quién tomaba la iniciativa.

-¿Cuáles son sus opciones? ¿Cómo cree usted que habría que actuar, coronel? -preguntó el comandante Michaels.

Howard esbozó una sonrisa. Su blanquísima dentadura contrastaba con su piel achocolatada.

-Por la vía rápida y sin miramientos. Podemos pedirles a las Fuerzas Aéreas que suelten un regalito que deje a esos Hijos de Patrick Henry lisos como papel de fumar antes de que se den cuenta de lo que se les ha venido encima. Y el ejército también dispone de uno de esos juguetes que les encantaría probar. Muerto el perro, se acabó la rabia. Por supuesto, eso podría esparcir polvo de plutonio por los alrededores, lo cual afectaría a la población. Los medios de comunicación se iban a relamer en cuanto lo descubriesen, porque lo iban a averiguar en cuanto las cabras empezasen a dar leche fluorescente. Pero, a menos que los terroristas tengan otro buen pedazo de plutonio, no podrán fabricar una bomba de fisión nuclear. Y, aunque tuviesen suficiente para una masa crítica, no es muy probable que puedan abrir el contenedor y soltar la bomba como se suelta la pila de una linterna. Sea lo que sea lo que decidan hacer, no dispondrán de mucho tiempo.

-¿No ve ninguna posibilidad de negociación?

-No. Se trata de individuos que han incurrido en los más graves delitos estatales y federales: traición, asesinato múltiple, matanza de una docena de civiles... Si se rinden, están perdidos. Lo saben perfectamente. Su manifiesto lo deja bien claro: «Dadnos la libertad o la muerte.» No van a desistir ni a rendirse, y no podemos quedarnos tonteando por ahí y darles tiempo para pensar qué podrían hacer con el metal pesado que han conseguido.

-Entiendo -dijo Michaels.

-Cabe la posibilidad de que hayan acoplado explosivos convencionales al contenedor de plutonio, de manera que si alguien trata de recuperarlo el resultado sea el mismo que ha

producido el ataque de las Fuerzas Aéreas. El psicólogo asignado a nuestro contingente no cree esto muy probable. Están bastante chiflados, pero tienen en su poder algo muy valioso, y no se darán la menor prisa en desprenderse de ello. 0, al menos, eso es lo que dice el psicólogo. Nuestra primera inspección del terreno indica que no han montado bien la operación. No se ha visto actividad hasta ayer. No parece que los terroristas actúen de acuerdo con un plan a largo plazo y bien urdido. La valoración coincide con lo que ha averiguado Gridley de que la transmisión de los datos secretos se efectuó hace sólo día y medio. Han montado la operación sobre la marcha, y han tenido suerte de lograr hacerse con uno de los cuatro envíos.

-Y no cree usted que sea posible que hayan colocado una bomba trampa en el contenedor de plutonio, ¿no es así? -preguntó Michaels.

-No, no lo creo. Como le digo, lo han improvisado todo. No han tenido tiempo para planificar con detalle. Creo que un asalto a oscuras al estilo de la infantería sería lo más eficaz. Habrán defendido la base con toda la parafernalia electrónica, pero nosotros podemos contrarrestarla con el EFO.

-¿El EFO? -preguntó el comandante.

-Es un nuevo artilugio: el Emisor Fotosensible de Ondas. Provoca todo tipo de alteraciones nerviosas en quienes ven los haces sin la adecuada protección. Y de noche, los haces son tan deslumbrantes que neutralizan a quienes los ven. Además, destruyen todo tipo de transmisores inalámbricos. Y, aun en el caso de que los terroristas tengan sensores de cable, no sabrán por dónde atacamos hasta que sea demasiado tarde. Claro está que utilizar el EFO sólo es posible porque mis hombres llevan trajes especiales, contra los que nada pueden hacer los AK-47, los M-16 ni las pistolas.

-¿Y si tuviesen armamento más pesado? Cohetes o lanzagranadas, por ejemplo.

-Tenemos media docena de parapentistas que utilizan localizadores electrónicos y son capaces de aterrizar en un plato sopero desde dos mil metros de altura. Puedo situarlos al otro lado de la valla del recinto de la base de los terroristas antes de que ataquemos desde fuera con uno de los mejores grupos de élite. Esos payasos ni se enterarán.

-¿Cuándo estarían ustedes listos para entrar en acción si el alto mando les da luz verde? -preguntó Michaels.

-Podríamos atacar ahora mismo. Aunque la hora óptima sería a las dos y media de la madrugada. La mayoría de los terroristas estarán durmiendo. He estudiado una docena de simulaciones del escenario y el resultado teórico es de un ochenta y siete por ciento de probabilidades de éxito. Sin embargo, una ponderación más realista sitúa esas probabilidades entre el setenta y cinco y el noventa y cuatro por ciento.

-Quiere ser usted quien intervenga, ¿verdad, coronel? -dijo Michaels.

Howard le dirigió una franca sonrisa.

-Ya lo creo que sí -repuso.

-Pues... llamaré al director, a ver cómo está la situación.

El coronel Howard observó a Michaels, que fue hasta un rincón más tranquilo de la tienda para llamar al director del FBI con su virgil.

Howard miró en derredor, convencido de que los hombres y mujeres que tenía bajo su mando podrían llevar a cabo la operación con éxito. Todos eran voluntarios. Nadie los había obligado a estar allí, y seguirían al coronel hasta el mismísimo infierno sin vacilar.

Que si quería ser él quien interviniese, le había preguntado Michaels. ¡Madre mía! Era lo que más deseaba en aquellos momentos. Podría haber estado en su casa, sentado en el sofá, haciendo la digestión del banquete navideño y soportando las impertinencias de su suegra. Arrasar un nido de terroristas que habían robado material radiactivo para fabricar una bomba atómica le parecía una misión sencilla en comparación con tener que vérselas con su suegra.

-Señor, el segundo satélite va a transmitirnos datos inmediatamente; ya está casi en la vertical de la base -anunció Fernández.

-Estupendo, sargento. Active el proyector de hologramas para verlo en tres dimensiones.

-A la orden, coronel -dijo Fernández-. Proyección en tres dimensiones, Jeter -añadió, mirando al técnico.

Howard fue hasta una consola plegable de aluminio hacia la que habían enfocado el proyector de hologramas. Al cabo de unos segundos apareció la imagen, que empezó a verse en blanco y negro. Luego, el ordenador la coloreó para darle mayor realismo.

-Sitúela a treinta metros de altura y a otros tantos de la valla -le ordenó Howard a Jeter.

-Sí, señor.

La imagen cambió de posición. El ordenador proporcionó los detalles basados en imágenes de su memoria, aunque, probablemente, era una representación bastante exacta del lugar. Una casa de dos plantas situada en el centro del recinto de un rancho, rodeado de una alambrada de más de tres metros de altura. También se veía una dependencia de madera con aspecto de establo, además de un cobertizo y de un almacén situado detrás de la casa. Cuatro camiones, dos turismos y un avión monomotor estaban aparcados frente a la casa. Dos centinelas montaban guardia frente a la verja. El satélite y el ordenador coincidían en que ambos llevaban el pelo corto, gorra de béisbol, rifles en bandolera y pistola al cinto. Un tercer centinela patrullaba con un perro de gran tamaño por la parte trasera de la valla. Otra silueta, de una mujer que llevaba un vestido con falda larga, estaba frente a lo que parecían gallinas, echándoles de comer. La resolución de la imagen no era tan buena como para ver picotear a las gallinas, pero sí para captar que la mujer tenía el pelo negro y era de piel blanca. Asombroso.

-¿Tiene idea de cuántos son, Julio?

-Muy imprecisa, señor -contestó Fernández-. En ningún momento hemos visto a más de seis juntos, cuatro hombres y dos mujeres, y, gracias a Dios, ningún niño. Aunque, a juzgar por el número de vehículos, podría haber ahí entre quince y veinte personas. El localizador de infrarrojos no funciona muy bien a través de un tejado, porque el calor que absorbe durante las horas de insolación perturba la detección. Pero, sean los que sean, creo que ignoran que sabemos dónde están.

-¿Tiene una cita, sargento? -le preguntó el coronel al ver que miraba el reloj.

-Tenía que llamar a mi madre después de salir... de misa. Pero no he podido -repuso el sargento con cara de circunstancias.

-Pues utilice una de las líneas fijas y llámela, Julio. No quiero que su madre se enfade conmigo por hacerlo trabajar el día de Navidad.

-Gracias, señor -dijo Fernández, sonriente.

Howard lo siguió con la mirada mientras iba hacia el teléfono. Era su mejor soldado y, probablemente, también su mejor amigo.

Michaels regresó prendiéndose el virgil del cinturón junto a su pistola Taser.

El coronel arqueó las cejas.

-Nos han dado luz verde, coronel.

Howard sonrió de oreja a oreja.

Michaels meneó la cabeza y suspiró.

-Puede que por pura intuición he recordado antes un viejo dicho: «Ten cuidado con lo que deseas, porque a lo mejor lo consigues.» Ha conseguido usted lo que quería, coronel. Feliz Navidad. Confío en que la misión no le estalle entre las manos.

Dieciséis

Sábado, 25 de diciembre, 21.00 horas
Bladensburg, Maryland

Hugues acababa de entrar en su apartamento secreto. En seguida vio que Platt no estaba y, al cabo de unos momentos, sonó su virgil. Según la pantallita de cristal líquido, era el senador White.

Aunque estaba seguro de que era imposible que el senador supiese dónde estaba y lo que hacía allí, se le hizo un nudo en el estómago.

-Hola, Bob, feliz Navidad.

-¿Sabes algo del robo de material radiactivo del que acabo de enterarme, Tom?

-Nada que nos afecte directamente. Por lo que he oído, se ha tratado de una de esas filtraciones deliberadas a la red.

-¡Dios mío! -exclamó el senador.

-Si, es muy mal asunto. Según mis fuentes, la filtración ha partido del cuartel general de Net Force, una auténtica puñalada por la espalda al FBI.

-De ser así, me servirán en bandeja la cabeza de Michaels. Y la de Walt Carver para postre.

-Hasta después de vacaciones no se moverá nada. Los terroristas han caído; sólo han logrado parcialmente su propósito en uno de los cuatro intentos, y tengo entendido que el ejército y otros organismos federales están en condiciones de acabar abortando también este último. No han causado daños excesivamente graves. De modo que disfruta de las vacaciones. Ya nos ocuparemos de todo esto a tu vuelta. Entretanto, seguiré de cerca los acontecimientos. No te preocupes.

-Bueno..., si es así, de acuerdo.

Platt entró en aquel momento y le hizo un complicado saludo seudoriental.

Hugues le indicó con un ademán que no se acercase al teléfono.

-Saluda de mi parte a June, a las chicas y a los pequeños -le dijo Hugues a White.

-Lo haré. Y feliz Navidad, Tom.

Cuando Hugues hubo desconectado el móvil, Platt se echó a reír.

-Nuestro jueguecito le ha puesto los pelos de punta a tu jefe, ¿eh?

-No te preocupes por él. Lo tengo cubierto.

Platt fue hasta el frigorífico y sacó una botella de plástico de zumo de manzana. La abrió y bebió la mitad en tres largos tragos.

-A mí, todo esto me parece una pérdida de tiempo. Informar... a esos Hijos de quien sea sobre los envíos y luego delatarlos a los federales...

-Cierto. Yo estaba dispuesto a proporcionarles a esos memos el material necesario para fabricar una bomba atómica operativa. Si lo consiguiesen, ¿cuál crees que sería la ciudad elegida para lanzarla?

-Creo que no hay que estrujarse mucho los sesos -dijo Platt-. ¿Qué otra ciudad puede ser sino esa atestada de imbéciles que se creen mejores que el resto del mundo? -Bebió otro largo trago de zumo de manzana y exclamó-: ¡Ah, qué bueno está esto!

Hugues meneó la cabeza. Platt estaba realmente chiflado. Tarde o temprano dispararía hacia donde no debía o saltaría por los aires, él y todo lo que tuviese a su alrededor.

-Deberías tener un poco más de sentido de la historia -dijo Hugues-. Washington es la capital de la nación; no quiero destruirla.

-Todo se reduce a una cuestión de dinero, ¿no?

-No, también se trata de poder. Pero eso no significa en absoluto que tenga que convertirme en un maníaco homicida para conseguirlo.

-¿Y qué me dices de los tipos que vigilaban el plutonio? ¿No crees que han muerto por tu culpa? Han sido tus memos quienes se los han cargado.

-Yo no he apretado ningún gatillo ni le he dicho a nadie que lo hiciera. Si yo te doy una navaja y la utilizas para degollar a una persona en lugar de para cortar una rebanada de pan, la culpa es tuya y no mía.

-Salvo que supieses de antemano que yo no iba a utilizarla para cortar pan. Y eso no era exactamente una navaja, ¿no crees? Era más bien una hacha de verdugo.

-Yo no les pedí a los Hijos de Patrick Henry que hiciesen nada, ni ellos me han dicho qué iban a hacer.

-Ya. La información que les proporcionamos fue sólo material de estudio.

-No, tenía por objeto que las cosas se encarrilasen en la dirección que yo quería.

Hugues no creía que Platt pudiese entenderlo, pero, por un momento, sintió la necesidad de intentarlo.

-¿Tienes idea de cómo hacen los japoneses tradicionalmente las espadas de los samurais?

-Creo que siguen un método similar al que utilizan en Damasco. Tengo una daga hecha allí. Los japoneses unen varias láminas de acero, las remachan y luego templan el filo, que así

resulta más duro que el que tendría una sola hoja más gruesa, por mejor que lo templasen.

-Exactamente -asintió Hugues un tanto sorprendido de que Platt conociese el método con tal precisión-. Pero ¿sabes cómo empieza su trabajo un maestro espadero?, ¿cómo enciende el fuego de la forja?

-Pues no, ¿con un encendedor Zippo? -ironizó Platt sonriéndole.

Hugues no le vio la gracia.

-El espadero golpea con el martillo una barra de hierro en la forja hasta ponerla al rojo. Luego coloca la barra de hierro al rojo en un lecho de virutas de ciprés, muy finas, impregnadas de fósforo.

-¿En serio? Pues debe de tardar bastante en conseguir poner una barra de hierro al rojo sólo a base de machacarla con el martillo.

-En efecto. Hacer las mejores espadas que se hayan hecho jamás en el mundo entero no es como pedir un whopper con patatas fritas en la hamburguesería del barrio. Requiere habilidad, precisión y paciencia. Y eso es lo que necesitamos nosotros también. Nuestro objetivo no es hacerlo saltar todo por los aires. No lo olvides.

-Entendido.

-Bien. Creo que ya ha llegado el momento de que los grupos subversivos responsables de todos estos problemas surgidos en la red reivindiquen sus actos de manera inequívoca. Mostrémosles el manifiesto.

-Formidable. Ya empezaba a impacientarme.

-Pero no lo adornes, Platt, por favor. Lánzalo a la red tal como lo escribí.

-No temas. Ya me dará bastante trabajo colgarlo en la red. ¡Menudos fuegos artificiales!

Chiflado y con los cables cruzados. Si Hugues no lo desactivaba pronto, Platt iba a dar al traste con toda la operación. Dentro de un par de semanas, de un mes a lo sumo, estarían en el momento crítico, y Platt tendría un fatal accidente. 0 puede que, simplemente, desapareciese.

Sábado, 25 de diciembre, 21.35 horas
Sobrevolando el sur de Nueva Jersey

Toni iba sentada en el lado izquierdo de un pequeño reactor de una compañía de vuelos regionales. A través de la oscuridad miraba a lo lejos, hacia el mar. No podía ver el agua, pero sí dónde terminaban las luces de tierra. El contorno era tan nítido como si lo hubiesen cortado con una daga.

Sonrió para sus adentros al pensarlo. Había tenido problemas para subir a bordo con el kris. No pusieron objeciones a que llevase su pistola Taser -la mayor parte de las líneas aéreas permitían que los agentes federales llevasen sus Taser, e incluso pistolas convencionales en sus aviones-, pero, por lo visto, consideraban que una daga de hoja ondulada era otro cantar.

Toni no estaba dispuesta a facturar su kris. Al margen de su valor monetario, era un objeto insustituible para ella y, según la ley de Murphy («Si algo puede salir mal, saldrá mal»), si en la ruleta de la cinta transportadora de equipajes debía perderse algo, se perdería su kris.

Los empleados de la compañía no querían permitirle llevar consigo el kris, por más ilógico que fuese, puesto que autorizaban a llevar armas tan peligrosas como una Taser o una pistola convencional.

Toni se abstuvo de decirles que podía matar a cualquiera con las manos, casi tan fácilmente como con la daga, porque, probablemente, no habría servido de mucho.

Al final, después de que hubo amenazado con llamar al FBI y hubo obligado a que el aparato permaneciese en tierra por razones de seguridad, los empleados accedieron. Podría llevar consigo la daga si aceptaba que la tripulación se hiciese cargo de aquella temible arma blanca hasta que aterrizasen.

Bueno... eso era otra cosa. Y aceptó. El kris volaría con ella. Era muy improbable que pudiesen perderla una vez cerradas las puertas del avión.

El copiloto le prometió cuidar de la caja de cartón en la que iba la daga.

La llamada de Jay Gridley le sorprendió. Pero no fue un grave inconveniente tener que

abandonar antes de lo acostumbrado la anual reunión familiar. Había podido ver a sus padres y a Guru DeBeers, había intercambiado regalos con los familiares y había dado cuenta de un buen banquete navideño al estilo italiano.

Sus padres habían ido a la misa del gallo con tantos parientes como pudieron convencer para que los acompañasen. Lo más agradable de la fiesta ya estaba prácticamente terminado y en aquellos momentos ya debían de haber empezado los habituales roces, provocados por la excesiva proximidad. Quería a sus padres, pero en cuanto llevaba dos días encerrada en el apartamento con ellos, las cosas podían ponerse un poco conflictivas. Los había dejado cuando sus hermanos trataban de convencer a su padre de que debía renunciar a conducir. Pero estaba segura de que aquélla era una batalla que tenían perdida de antemano.

También le sorprendió que Alex hubiese acortado tanto su estancia en casa para tomar un vuelo desde Boise a Arizona. Alex no era un agente de campo y estaba preocupada por él. John Howard no le permitiría hacer nada peligroso o, por lo menos, en eso confiaba. Pero, pese a ello, se estremecía al pensar que Alex pudiera estar sobre el terreno en una refriega. Su sitio estaba en el cuartel general; el grupo de intervención rápida no lo necesitaba sobre el terreno para nada.

Al llamarlo, Alex le había dicho que tampoco ella tenía que ir al cuartel general. Pero Toni lo atajó de plano. Si la misión era tan importante como para que él estuviese allí, también lo era para que ella volviese al trabajo.

Se recostó en el asiento y miró por la ventanilla. El reactor iba casi vacío. No viajaba mucha gente el día de Navidad.

Sábado, 25 de diciembre, 23.15 horas
Montes Sugar Loaf, Boulder, Colorado

Joanna y Maudie, sentadas en el interior de la pequeña piscina del porche de madera de secoya de la parte trasera del chalet, miraban caer la nieve y fundirse en el agua calentada con gas propano.

La piscina estaba en el interior de un espacio cuadrangular formado, en tres de sus lados, por una valla de tablas de cedro y tupida rejilla de mimbre de dos metros y medio de altura, a salvo de las miradas de los vecinos. El cuarto lado lo formaba la fachada del propio chalet. Pero no había techo.

La piscina era lo bastante espaciosa para seis personas, e incluso para ocho, si se llevaban realmente bien. La nieve caía sobre el agua humeante y sobre los cuerpos desnudos de Joanna y Maudie. Los copos, gruesos y densos, se acumulaban sobre los casi veinticinco centímetros de nieve que cubrían el porche, una nieve inmaculada, salvo por donde habían pisado ellas al salir y entrar de la piscina.

Winthrop bebió un trago de la segunda botella de champán que compraron. Habían tirado la casa por la ventana, quizá para que no desentonase con la botella de ochenta dólares que le había regalado a Maudie su admirador.

Maudie alzó su copa. Varios copos se capuzaron en el champán.

-Lo malo de estas cosas es que una se acostumbra en seguida -dijo Maudie-. Después de beber un buen espumoso, el barato sabe a detergente.

Joanna levantó también su copa a modo de brindis.

-Mira, mira -dijo, alargando el pie en la piscina ovalada de fibra de vidrio hacia el termómetro flotante. Logró acercárselo y lo miró-. Cuarenta grados -añadió-. Y ¿a cuántos debemos de estar afuera?, ¿a menos cuatro o cinco grados?

-Por ahí por ahí.

Joanna meneó la cabeza y la nieve fundente cayó de su pelo al agua.

-Compadezco a los pobres mortales -dijo Maudie-. ¿Qué más podemos pedir? Dos amigas, Moét & Chandon, agua caliente y nieve.

-Amén, hermanita. Aunque quizá no estorbarían dos jóvenes sementales.

-No creo que les funcionase muy bien aquí -repuso Maudie, acercándose la mano izquierda

a los muslos-. ¿Cómo crees que se quedarían dos rosas con dos capullos hervidos?

Rompieron a reír a carcajadas y, al cabo de unos momentos, oyeron sonar un móvil.

-Es el mío -dijo Joanna-. ¡Maldita sea!

-No contestes. Te arriesgas a que quieran que vuelvas al trabajo. Graba un mensaje diciendo que estás sin cobertura, que en las montañas..., ya se sabe.

Joanna titubeó unos momentos.

-Contestaré. Podrían ser mis padres.

Maudie se encogió de hombros y señaló la puerta con expresión risueña.

-Ve, mujer, y no peques más -le indicó a Joanna, evocando la frase bíblica.

Joanna salió del agua. Se estremeció al pisar la nieve para ir hasta donde colgaban dos toallas de playa de un toallero contiguo a la puerta, justo debajo de la cornisa, a salvo de la nevada.

-¡Caray, nena! Si me fuesen las mujeres, tú serías mi preferida -exclamó Maudie-. Menudo culito tienes. Y te lo dice alguien que sabe por experiencia lo que cuesta tener uno así.

Joanna le sonrió.

-La belleza está de la piel hacia adentro -dijo mientras se envolvía en la toalla.

-Ya ya... Pero un buen culito garantiza el placer para siempre.

Dentro del chalet, el fuego crepitaba en la chimenea.

Joanna cruzó por el parquet y por una alfombra oriental y alcanzó el móvil.

Vio en la pantallita quién la llamaba: Jay Gridley, el Jinete Solitario.

-¿Sí? -dijo sin poder evitar sonreír.

-Deduzco que no ha visto usted los informativos, ¿me equivoco, teniente?

-No, no se equivoca. Últimamente me dedico a beber champán y a disfrutar de los baños calientes.

-Lo suponía, de lo contrario habría llamado usted. He de informarle de algunos acontecimientos.

Joanna lo escuchó mientras él la ponía al corriente de los ataques de los terroristas a los transportes de material nuclear.

-¡Santo Dios! -exclamó cuando Jay hubo terminado-. Tomaré el primer vuelo que pueda para regresar al cuartel general lo antes posible.

-No es necesario. Creo que podremos componérnoslas sin usted durante un par de días más. Páselo bien en la bañera.

-Pero... ¿qué dice, Gridley? Me parece que va con segundas o que me oculta algo; ¿de qué se trata?

-De la filtración que le he dicho, que al parecer partió del interior de Net Force...

-¿Y bien?

-Pues que partió de su ordenador.

-¿Cómo?

-Sí, no cabe la menor duda. No estaba usted aquí cuando se produjo la filtración, por supuesto, y todos sabemos que no ha tenido nada que ver. Pero me alegro de que no haya salido de mi ordenador. Adiós. La llamaré luego.

Jay Gridley cortó la comunicación.

La teniente Winthrop se quedó mirando su móvil como si fuese una rata que, de pronto, hubiese aparecido entre sus manos/

¡Dios santo! ¡Qué putada!

Diecisiete

Domingo, 26 de diciembre, 1.50 horas
Gila Bend, Arizona

Howard miró en derredor. Los miembros de su grupo de intervención rápida se hallaban en tres vehículos de transporte, estacionados en una estrecha franja de desierto bajo un cielo

ligeramente nublado. Como tenían las luces apagadas, estaban prácticamente a oscuras.

Los vehículos eran Toyota y Land Cruiser, pero tan modificados que, de los modelos originales, apenas quedaban más que el motor, la carrocería y los neumáticos. Todos llevaban un revestimiento antirradar de fibra de carbono de color negro mate. No era caro instalar un radar de corto alcance; para la casa de un rancho bastaba un buen generador. Puesto que el grupo de intervención rápida disponía de aquellos vehículos, Howard decidió utilizarlos, por si acaso los terroristas tenían radar en el rancho.

La cuestión no radicaba en resultar completamente invisibles, sino más bien en que fuese difícil verlos e identificarlos hasta que ya los tuviesen encima. Ni siquiera los más avanzados sistemas de «invisibilidad», refractarios al radar, eran eficaces al ciento por ciento cuando de un vehículo terrestre se trataba. Pero el operador del radar captaba una extraña señal que podía confundir con una manada de ciervos. Quizá no hubiese sido necesario utilizar aquellos vehículos «invisibles». Hasta el momento no habían captado ninguna señal de radar procedente del rancho, de modo que era probable que los terroristas no hubiesen tenido tiempo de hacerse con uno o de instalarlo. Pero, en principio, uno debía contar con todas las posibilidades.

En cada uno de los vehículos iban seis soldados totalmente equipados y armados. El equipo era, básicamente, el del ejército regular, aunque menos pesado, ya que las operaciones del grupo de intervención rápida eran, por definición, breves. No era preciso llevar nada de lo necesario para largas campañas.

Las prendas del uniforme eran impenetrables a las municiones que pudieran utilizar los terroristas, de un tejido poco más grueso que las mallas de los bailarines, pero tan resistente como el kevlar, del que estaban hechos las botas y el casco, reforzados con lámina de titanio.

Los ordenadores portátiles que llevaban en las mochilas estaban blindados, a prueba de golpes, y el ordenador central del mando tenía la suficiente potencia para descodificar transmisiones de onda larga o corta, cargar y descargar datos vía satélite y proyectar imágenes a partir de los datos que proporcionaban los sensores de movimiento.

Salvo los sensores de infrarrojos, el grupo de intervención rápida no tendría conectado ningún instrumento que emitiese radiaciones hasta haber tomado el rancho. Y, como las radiaciones de infrarrojos se emitían codificadas, aunque los terroristas dispusieran de un escáner de gran alcance, no detectarían más que parásitos. Además, cuando el grupo de intervención rápida estuviese lo bastante cerca para que los terroristas pudiesen captar las señales de los infrarrojos, sería demasiado tarde, aunque pudiesen descodificarlas.

Los soldados llevaban subfusiles ametralladores H&H de nueve milímetros, y pistolas de la misma marca. Habían considerado la utilización del lanzagranadas 0ICW de 20 mm, porque llevaba un visor de láser de gran precisión que permitía lanzar un proyectil a una trinchera en la que uno ni siquiera veía al enemigo. Pero a Howard no le parecía una arma del todo fiable. Con tantas cámaras y tantos ordenadores, emitían muchas vibraciones y zumbidos, y el ordenador de aquella arma era especialmente ruidoso. Además, en caso de tormenta, no sólo era frecuente quedarse sin radio, sino que había que desconectar los ordenadores o, simplemente, éstos se quedaban «colgados» y había que recurrir al reset, que no siempre respondía con la rapidez necesaria, sobre todo si estaban en plena refriega.

Howard llevaba una arma de lo más atípica, una metralleta Thompson 1928 del calibre 45 que había pertenecido a su abuelo. La vieja arma tenía capacidad para cincuenta balas. Casi nunca la llevaba, porque pesaba siete kilos, pero le parecía idónea para aquella operación. Por lo general utilizaba un rifle de asalto del calibre 30 o un 7.62. Pero, al igual que el revólver S&W que llevaba en la pistolera junto a la cadera derecha, era una arma muy fiable.

Pese a lo anticuado del armamento del coronel (que aún utilizaba una máquina de escribir Chicago), aquellos temibles payasos de la organización terrorista carecían del sofisticado armamento de que disponía el ejército y Net Force.

Howard iría en un todoterreno blindado Humvee, que también llevaba revestimiento antirradar.

El coronel miró hacia el vehículo que iba a llevarlo a la batalla y vio que Fernández, que iba al volante, le sonreía. El sargento estaba irreconocible, ya que llevaba la cara pintada de

negro y los auriculares y el casco puestos.

Tarde o temprano, en la guerra siempre terminaban de la misma manera: con la irrupción de la infantería. Las Fuerzas Aéreas podían lanzar toneladas de bombas o de misiles inteligentes; la armada podía lanzar un misil desde ochenta kilómetros de la costa. Pero, al final, era la infantería la que tenía que irrumpir para tomar la posición y mantenerla.

-Podría decirle que me encantaría ir con usted, coronel -señaló el comandante Michaels-, pero mentiría. Soy un soldado pésimo. No haría más que estorbar.

-Bueno..., para eso les pagan los civiles a los militares, ¿no? -repuso Howard, sonriente-. Además, me temo que la subcomandante Fiorella me arrancaría los ojos si le permitiese a usted participar en el asalto.

Michaels sonrió.

-El avión de transporte llegará a la zona de lanzamiento dentro de treinta y tres minutos. Lleva hélices silenciosas pero, aun así, en una zona tan desolada como ésta, se oirá. Sin embargo, no reducirá la velocidad y, aunque lo oigan, los terroristas estarán atentos a un cambio en el ruido del motor, que no se producirá. De acuerdo con el plan de ataque, nuestros hombres proyectarán haces deslumbrantes para distraer a los terroristas, mientras nuestros parapentistas descienden al interior del recinto. Simultáneamente, uno de mis hombres cortará la línea de fluido eléctrico que alimenta al rancho. Tienen un pequeño generador, de gas o de gasoil, junto a un cobertizo de almacenaje, pero no se conectará automáticamente. Uno de ellos tendrá que ir a ponerlo en marcha y se encontrará con uno de mis hombres para darle la bienvenida. Varios satélites espía nos proporcionan imágenes del recinto continuamente, de modo que sabemos con bastante exactitud dónde se encuentra cada terrorista. Y seguiremos teniendo cobertura de satélite durante el tiempo que estimamos que dure el ataque, y puede que un poco más, por si acaso las cosas no fuesen como esperamos. Tienen tres hombres apostados en misión de vigilancia; dos en la parte delantera y uno en la trasera. Si todo sale de acuerdo con lo planeado, cuando los dos vehículos lleguen a la valla, los habremos neutralizado. La entrada principal está en la parte delantera, pero hay dos verjas más pequeñas en la parte trasera, en los lados norte y sur. El grupo Alfa irrumpirá en el edificio principal con granadas de gas deslumbrante, mientras que el grupo Beta cubre la parte trasera de la casa, el establo y el cobertizo de almacenaje. El grupo Delta patrullará por la parte exterior de lo que quede de la valla para evitar que se nos escabulla alguien. Con un poco de suerte, los tendremos rodeados antes de que tengan tiempo de ponerse los pantalones. Sin embargo, no hay que olvidar la vieja máxima militar que dice que ningún plan sobrevive al primer contacto con el enemigo.

-Cierto -asintió Michaels.

El coronel Howard volvió a mirar el reloj.

-Bien, ya es la hora.

-Buena suerte, coronel. Atíceles fuerte.

-Gracias, comandante. Los machacaremos.

Howard se dirigió hacia el Humvee. Las tomas del satélite les habían proporcionado la distancia que mediaba entre su posición y el recinto. Avanzarían con visores de infrarrojos, sin luces. Pero el terreno era prácticamente llano y sin más vegetación que algunos matorrales. Habían trazado un croquis de la ruta que seguirían. De modo que podrían calcular la velocidad y la distancia con gran precisión.

-Arranque, sargento -ordenó el coronel-. Y desconecte las luces de frenado. No quiero que esos chiflados vean puntitos rojos si se detiene usted para no atropellar a una lagartija.

-Ya las he desconectado, señor. No es mi primera excursión.

Fernández se ajustó el visor del casco. Luego dio el contacto y arrancó. Howard alcanzó el casco informatizado que había dejado en el suelo y se lo puso. Se ajustó las gafas de visión nocturna, se ciñó el cinturón de seguridad y se lo abrochó.

Al paso del convoy, el paisaje se iluminaba con un espectral resplandor verde pálido rodeado por una oscuridad que el contraste con la luz de las estrellas hacía más intenso. En cuanto el ordenador central coloreó las imágenes que se veían a través de los visores de infrarrojos, para darles mayor realismo, Fernández tuvo la impresión de conducir en un

neblinoso atardecer.

-¿No creerá usted que esta horrible funda de plástico del vehículo va a hacernos invisibles al radar? -dijo el sargento.

-Dudo que los tipos del rancho hayan tenido tiempo de instalar un puesto de mando en toda regla -repuso Howard-. Sólo han dispuesto de poco más de veinticuatro horas. Me sorprendería que pudieran haber hecho llegar una unidad móvil con radar o doppler.

-¡Mire, coronel! ¡Bugs Bunny! -exclamó Fernández.

Un conejo rollizo se cruzó en el camino, luego dio media vuelta rápidamente y se detuvo mientras el Humvee seguía adelante. Se quedó allí mientras pasaban los otros vehículos militares, sin quitarles ojo.

Howard se volvió a mirar al conejo.

Me gustaría saber qué piensa un conejo al ver cuatro esperpénticos vehículos militares pasar frente a su madriguera a las dos de la madrugada.

-Vaya..., esto no lo ve uno todos los días -dijo Fernández.

-¿Cómo?

-Que eso es probablemente lo que el conejo está pensando.

Howard sonrió. Llevaban sirviendo juntos tanto tiempo que debían de haber llegado a una cierta comunicación telepática.

Estaba exultante y, sin embargo, sentía un cansancio anómalo. De buena gana se habría echado a dormir. Pero tenía la sensación de que, aunque durmiese durante una semana seguida, no se levantaría más fresco.

¿A qué se debía aquella especie de continuo sopor? Era preocupante. Sin embargo, tendría que posponer la preocupación, pues de momento tenía una misión que cumplir, una misión muy delicada.

Alex Michaels volvió al pequeño Subaru que habían puesto a su disposición. El grupo de intervención rápida se había perdido de vista en la oscuridad, enfilando hacia el lugar de la cita con los terroristas, que se hallaban a quince kilómetros de allí.

Debería haberse quedado en la tienda del puesto de mando, instalado en el camión de la terminal de la Texaco en Tonopah. Pero, aunque no fuese un combatiente para luchar en primera línea, por lo menos había querido estar con los militares hasta allí. Cuando llegase de nuevo a la tienda, el ataque de Howard estaría en pleno apogeo, o puede que incluso ya hubiese terminado... Si todo iba bien.

Miró hacia el coche y luego hacia el camino que estaba a poco más de kilómetro y medio y que lo llevaría hasta la autopista, que se encontraba a tres kilómetros del cruce. El asalto al rancho era una operación arriesgada. Si las cosas se ponían feas, lo más probable era que saliesen lo bastante mal para que tuviese que buscar otro empleo.

Se echó a reír burlándose de sí mismo. Tenía la sensación de que cada vez que se daba media vuelta su empleo corría peligro. Pero eso era normal en alguien que ocupaba aquel cargo.

Steve Day, el primer jefe que tuvo Net Force, nunca se lo había mencionado. Quizá, si no hubiera sido asesinado por aquellos genios rusos de la informática, habría terminado por comentárselo.

La noche era muy oscura. No tenía más luz que la de sus faros. Iba traqueteando por un trecho que se le antojó mucho más largo del kilómetro y medio que tenía. El pequeño coche saltaba como un endemoniado.

Pero... finalmente llegó a la carretera.

Por un momento dudó. Luego recordó que había seguido al Humvee de Howard hasta la carretera girando hacia la derecha. Por tanto, tendría que girar ahora hacia la izquierda para volver hacia la autopista. No se había fijado en el cuentakilómetros, pero calculaba que debía de haber recorrido poco más de tres kilómetros.

Alex detuvo unos momentos el vehículo y luego tomó una decisión. Estaba convencido de que no era peligroso para él ni para el grupo de intervención rápida del coronel Howard. La base de los terroristas estaba a varios kilómetros de allí (unos ocho, calculaba él). De modo

que podría seguir por aquel tramo de carretera a lo largo de unos tres kilómetros, y si tras recorrerlos no encontraba la autopista, daría media vuelta.

Siempre había detestado preguntar para orientarse cuando iba a alguna parte, igual que su padre. El solo hecho de mirar un mapa era considerado poco varonil en su familia. Según su padre, los Michaels no se perdían.

Giró a la izquierda y aceleró un poco ahora que se encontraba en una verdadera carretera, aunque no fuese muy buena.

Un insecto de tamaño considerable se estrelló contra el cristal del parabrisas frente a su cara y dejó una mancha verdosa. El fluido del organismo de aquel insecto se unió a los de multitud de moscas y mosquitos. Accionó el limpiaparabrisas, quitó el líquido verdoso, añadió agua a la mezcla y consiguió limpiar un rodal lo bastante grande para ver sin dificultad.

La carretera descendía a través de un barranco y luego volvía a empinarse, pero convertida ahora en un roquedal que hacía traquetear el vehículo de tal manera que casi se daba con la cabeza en el techo.

No recordaba haber pasado por aquel tramo a la ida. Ni el trayecto ni el entorno le resultaban familiares. Debido a la intensa oscuridad, sólo podía ver lo que abarcaban los haces de sus faros, pero estaba seguro de que ya tenía que haber llegado a la autopista.

¿Se habría equivocado en el cruce?

Miró el cuentakilómetros. La autopista no podía estar a más de cinco o seis kilómetros del principio del camino. Y ya los había recorrido. Llevaba conduciendo casi media hora. Eran las dos y veinte de la madrugada.

Dentro de cinco minutos, Howard lanzaría su ataque contra los terroristas.

Quizá lo más prudente fuese consultar el GPS.

Aunque..., no, todavía no. Aguardaría a recorrer otro kilómetro y medio. Y, si para entonces no veía la autopista, daría media vuelta.

Michaels meneó la cabeza. Estaba empezando a preocuparse.

Corría el riesgo de convertirse en el hazmerreír del cuartel general de Net Force.

«¿Sabéis que el comandante Alex Michaels se perdió una vez en el desierto?»

Bah... No creo que te pierdas, Alex. Animo, muchacho.

A la revuelta de una curva vio un montículo y también que el camino desaparecía. El coche empezó a colear y a dar bandazos. De modo que optó por poner la primera. A la izquierda había una fronda de arbustos y algunos pinos desmedrados, de no más de tres metros de altura. Pero, al fijarse mejor, se percató de que a partir de allí empezaba una zona boscosa.

De pronto vio que un hombre salía de la espesura. Llevaba pantalones y chaqueta achocolatados de camuflaje y esgrimía una pequeña arma de asalto, apuntando al coche de Michaels. Le hizo elocuentes ademanes para que se detuviese.

¿Sería un AK-47 lo que llevaba?

Por un momento, sólo por un momento, Michaels pensó que debía de ser uno de los hombres de Howard, pero en seguida se percató de que no era un soldado. Su indumentaria, su arma y el lugar en el que se encontraba no encajaban.

A Michaels se le hizo un nudo en el estómago al comprender que probablemente era uno de los terroristas. ¡Madre mía! ¿Qué había hecho?, se dijo.

Pero pensó algo aún más preocupante.

¿Qué iba a hacer ahora?

Dieciocho

Domingo, 26 de diciembre, 2.24 horas
Gila Bend, Arizona

Howard miró el reloj. Era un regalo que le había hecho su esposa cuando cumplió treinta y cinco años, un Bulova con brújula, de esfera negra y luz regulable; un reloj analógico de

cuarzo cuya pila se recargaba con el simple movimiento de la muñeca. No era ni mucho menos uno de los relojes más caros, pero su esposa había tenido que ahorrar durante un año para comprárselo. Era de una gran precisión y en aquellos momentos el minutero se acercaba a las 2.25 horas.

Faltaban treinta segundos.

La hora del asalto ya había llegado.

-¿Preparado para el baile, sargento?

-Incluso para un rock frenético, coronel.

Los cuatro vehículos redujeron un poco la velocidad para llegar al punto de destino a la hora exacta.

El recinto del rancho estaba justo enfrente. A través de las gafas de visión nocturna se veía el resplandor amarillento de las luces instaladas en el tejado del establo; unas luces que debían apagarse justo en aquel momento.

Y, efectivamente, al instante el recinto quedó a oscuras.

-Ajústese bien las gafas, coronel, que el espectáculo va a empezar.

-No es mi primera excursión, sargento.

Ambos sonrieron al recordar que, hacía un rato, el sargento le había dicho al coronel esas mismas palabras.

El tiempo empezó a pasar más despacio para Michaels mientras el pistolero avanzaba hacia su coche. Fue como si tuviese días, semanas, meses para decidir qué hacer. El problema parecía radicar en que apenas tenía espacio para rebullirse. El movimiento para levantar su mano izquierda del volante pareció durar una eternidad.

En lo que no pudieron ser más de dos segundos, Alex sopesó las dos únicas opciones que creía tener. Podía pisar a fondo el acelerador y agacharse lo más que pudiera para que, cuando el pistolero le disparase, no pudiera darle, o podía desenfundar su Taser y confiar en alcanzar al pistolero antes de que éste lo acribillase.

¿Por cuál decidirse?

El pistolero llegó a cosa de medio metro de la puerta y con un movimiento del cañón de su rifle de asalto le indicó a Michaels que bajase el cristal de la ventanilla.

Elige, Alex, elige.

El Emisor Fotosensible de Ondas proyectó una furiosa tormenta eléctrica.

-¡Vía libre! -gritó Fernández-. Parece que nuestros hombres la han abatido, y también a los vigilantes. Seguramente nos han extendido una mullida alfombra para que entremos.

-No cante victoria antes de tiempo -le advirtió el coronel.

El Humvee cruzó la verja.

-Alfa ha aterrizado -dijo una voz a través de la radio codificada de Howard-. Estamos en la puerta.

-Beta ha tomado posiciones en la puerta trasera.

-Delta procede a patrullar por el exterior.

Fernández detuvo el Humvee junto al cobertizo, no lejos del establo. Howard esgrimió la Thompson.

-No se habrá dejado las llaves del coche dentro, ¿verdad?

-No.

-Menos mal. Me saca de quicio que se las olvide.

La verdad era que Howard tenía que haberse quedado fuera de la valla para dirigir las operaciones desde allí. No tenía nada concreto que hacer en el interior, salvo apoyar al grupo Alfa, quienes, probablemente, no iban a necesitar su ayuda para nada.

-No se muevan de donde están y permanezcan alerta -ordenó el coronel.

Howard oyó disparos procedentes del interior de la casa.

-¡Dos terroristas abatidos! -anunció el jefe del grupo Alfa.

-De momento, todo va bien... -dijo Howard, que se interrumpió al notar el impacto de las balas antes de oírlas. Lo habían alcanzado con tres disparos en el costado izquierdo, pero el

revestimiento antibalas resistió.

¡Maldita sea!

Howard se dio la vuelta y vio a un hombre y a una mujer en la puerta del establo. De vez en cuando, una bala trazadora dejaba una estela roja en la oscuridad. Las balas trazadoras eran un mal invento porque señalaban la posición de ambos bandos.

Otra bala alcanzó a Howard en el torso, que sintió lo mismo que si lo hubiesen golpeado con un martillo. ¡Mierda...!

Michaels respiró hondo. Luego pulsó el botón para bajar el cristal de la ventanilla con la mano izquierda mientras, con cuidado, desenfundaba la Taser con la mano derecha.

El terrorista se arrimó a la ventanilla.

-Perdone, oficial -dijo Michaels-. ¿Qué ocurre? Michaels ya tenía la mano izquierda en la manecilla de la puerta. Volvió a respirar hondo y luego miró a lo lejos, donde vio una serie de tenues flashes. Debía de ser el ataque al recinto.

-¿Qué puñeta es eso? -preguntó Michaels sin dejar de mirar a lo lejos.

El pistolero debió de captar un destello de luz con el rabillo del ojo y desvió la mirada hacia Michaels para verlo mejor.

Michaels cargó con todo el peso de su cuerpo contra la puerta hacia el sorprendido pistolero. Su embestida no bastó para derribarlo, pero hizo que perdiera el equilibrio.

-¡Maldito cabrón! -gritó el pistolero que, sin soltar el arma, trató de recuperar el equilibrio, pero resbaló.

Michaels oprimió la culata de la Taser para activar el láser, vio el punto rojo en el centro del pecho del pistolero y disparó. La trayectoria pareció durar una eternidad.

El pistolero tuvo un súbito acceso de estertores al clavársele las agujas de alto voltaje. El rifle de asalto apuntó al cielo e hizo cinco o seis disparos a las estrellas. El pistolero basculó hacia la izquierda y después cayó al suelo. Siguió retorciéndose en el suelo entre violentas convulsiones sin soltar el arma, pero ya sin disparar.

Michaels echó cuerpo a tierra, rodó por el suelo y se situó junto al terrorista caído. Le arrebató el AK-47, retrocedió dos pasos y lo apuntó.

Si aquel cabrón intentaba algo, lo mandaría al otro barrio.

Pero, en aquellos momentos, el semielectrocutado pistolero no estaba en condiciones de pensar en el contraataque.

Michaels respiró tan aliviado como contrariado por el percance.

¡Maldita sea!

El coronel Howard miró al hombre y a la mujer que les habían disparado a él y a Fernández. ¿Por qué los infrarrojos no habían captado la señal de calor que tenían que desprender sus cuerpos?, se preguntó, un tanto perplejo.

A su lado, Julio se dio la vuelta y apuntó a los terroristas con su H&K.

Howard hizo otro tanto con su pesada y vieja metralleta.

-¡Mierda! -exclamó Julio-. Me han alcanzado -añadió con voz serena, como si estuviese hablando de lo que iba a desayunar.

Uno de los terroristas debía de disponer de proyectiles capaces de perforar los trajes antibalas.

Howard se desplazó hacia la izquierda y le disparó una ráfaga de cinco tiros al terrorista. Y, sin aguardar a ver el efecto que producían los cinco impactos, le disparó también a la mujer.

Los terroristas se desplomaron.

Howard giró en redondo para ver si los acechaba alguien más. No vio a nadie.

-Julio?

-Estoy bien, John -contestó el sargento-. Me han dado justo por encima de la rodilla. Creo que el disparo no ha afectado al hueso, pero no estoy seguro.

-Ya tenemos el objetivo -dijo el jefe del grupo Alfa a través de la radio-. Ocho terroristas

abatidos. No hemos sufrido bajas.

Howard respiró, aliviado. Gracias a Dios, pensó.

-Recibido, Alfa. Y felicidades. Han alcanzado a Julio en una pierna, Doc. Estamos en el rincón oeste del gallinero, envíen un equipo médico.

Treinta segundos después, el vehículo del grupo Delta, sin nadie más en el interior que el médico, cruzó la valla y se detuvo a tres metros. El médico bajó del vehículo y corrió hasta donde yacía Julio. Se arrodilló a su lado e hizo presión con ambas manos junto al orificio del proyectil.

El doctor encendió la luz de su casco y, con unas tijeras, cortó la pernera del herido y examinó el orificio de entrada y el de salida.

-Parece que ha sido una bala del calibre veinte de alta velocidad -señaló el médico-. No ha afectado al hueso. Es una herida limpia.

Sonrió, miró a Fernández y añadió:

-Sólo tendré que cortarle... unas fibras. Es un poco doloroso, pero...

-Haga lo que crea conveniente -dijo Fernández. Howard puso cara de alivio.

-A todos los grupos -llamó a través de la radio-. Informen.

-Esto ha sido un paseo... militar -dijo el jefe del grupo Alfa-. Nos hemos cargado a seis dentro de la casa; dos están heridos, y otros dos, inmovilizados. Objetivo cumplido. Niveles de radiación normales. Envíe al médico en cuanto pueda.

-No nos hemos topado con nadie en nuestra posición -señaló el jefe del grupo Delta.

-Hemos neutralizado a tres; dos están heridos leves -anunció el jefe del grupo de parapentistas-. Ni se han inmutado.

-En cuanto a nosotros, habría dado lo mismo que nos hubiéramos quedado en casa viéndolo por televisión -dijo el jefe del grupo Beta-. Ni siquiera tendremos que limpiar nuestras armas -añadió, casi contrariado.

El parapentista que se había acercado a los dos terroristas muertos en el establo salió con una pesada caja, negra por un lado y plateada por el otro.

-He encontrado esto en el establo, coronel -anunció. Howard miró el sensor y asintió con la cabeza. Esa era la razón de que los infrarrojos no hubiesen captado ninguna señal de calor en los terroristas ocultos en el establo: estaba blindada con material refractario. Había pensado en el radar, pero no en el material refractario. Había sido un error por su parte, pero por fortuna no había tenido consecuencias letales.

El coronel sonrió. Tenía el material nuclear y Julio se recuperaría sin problemas de su herida. Pero las cosas habrían podido resultar mucho peor.

Tenía que llamar a Michaels.

-¿Comandante?

-¿Todo bien, coronel?

-Sí, comandante. El objetivo ha sido alcanzado, y los terroristas, neutralizados. No hemos tenido más problemas que una herida leve del sargento Fernández en la pierna.

Sentado en el suelo con la pierna vendada, y después de que le hubieron administrado un analgésico, Fernández miró al coronel frunciendo el ceño.

-Seguro que no lo expresaría usted así si fuese su pierna.

Howard sonrió.

-Formidable, coronel. Lo felicito. Y haga extensiva mi felicitación a sus hombres -dijo Michaels.

-Gracias, comandante. Nos veremos en el puesto de mando en cuanto hayamos limpiado todo esto.

-Voy hacia allá, coronel -indicó Michaels.

-¿Es que no está usted en el puesto de mando, comandante? -preguntó el coronel frunciendo el ceño.

-Bueno..., he hecho una pequeña excursión campestre -contestó Michaels-. Y he apresado a un despistado con el que seguramente le gustará a usted tener una pequeña charla.

-¿Cómo ha dicho?

-No tiene por qué preocuparse, coronel. Se lo explicaré cuando nos veamos. Nos ha sacado usted de un grave apuro y se lo agradezco. Me ocuparé personalmente de que todo el país se lo agradezca también.

-Bueno... ya hablaremos.

Cuando hubo desconectado, Howard consideró su relación con el comandante Alexander Michaels. No era un mal tipo para ser un civil. No era un mal tipo en absoluto.

-¿No podríamos abreviar y volver a casa, coronel? -sugirió Fernández-. Tengo clase de tango a primera hora y no quisiera perdérmela.

Howard se echó a reír.

¡Menudo tipo!

Diecinueve

Lunes, 27 de diciembre, 13.30 horas
Washington, D. C.

Tyrone Howard estaba radiante, como una estrella supernova a punto de estallar de pura felicidad, sentado en la cama de Bella, rodeándola con sus brazos, besándola.

Llevaban dos meses de lo que él ya consideraba «relaciones». Lo cierto era que Bella le había enseñado a besar, y Tyrone empezaba a cogerle el tranquillo. Notaba su espalda caliente pese a que no se había quitado la blusa; no llevaba sujetador.

Bella interrumpió el beso y suspiró.

-Tienes que marcharte ya, Tyrone. He de ir a casa de mi tía dentro de diez minutos. Tengo que cambiarme. -Hummm -dijo él, besándola de nuevo.

El beso se prolongó casi un minuto y Bella se echó entonces un poco hacia atrás.

-De verdad, Tyrone, he de marcharme.

Pero Tyrone volvió a besarla. No le parecía que ella se mostrase muy resuelta a dejar las cosas así, a juzgar por cómo entrelazaba las manos detrás de la nuca y lo atraía hacia sí.

-Nos vemos mañana en el centro comercial, ¿de acuerdo? -dijo finalmente ella, apartándose.

-De acuerdo, pero ahora...

Trató de abrazarla, pero esta vez Bella le puso la mano en el pecho.

-Vamos, Tyrone...

-Está bien... -se resignó él, resoplando-. Pero es que se hace difícil dejarlo así.

-Ya lo sé -asintió ella, sonriente-. Ven, te lo haré más llevadero.

Bella tomó una mano de Tyrone entre las suyas, le besó la palma y la arrimó a su pecho izquierdo, acariciándoselo.

Tyrone se quedó boquiabierto y sin aliento. Estaba enfebrecido. Tenía los ojos tan desorbitados que parecía un sapo.

Fue el momento más excitante de su vida.

Entonces Bella retiró la mano de su cálido pecho, lo miró risueña y se levantó.

-Anda, vete ya -le ordenó, acompañando sus palabras con elocuentes ademanes.

Tyrone se levantó a su vez. Flotaba. Se habría tirado desde un rascacielos si ella se lo hubiese pedido.

Estaba a punto de explotar. Tendría que desahogarse solo; aquella sensación era insoportable.

Lunes, 27 de diciembre, 14.00 horas
Quantico, Virginia

Julio Fernández estaba en lo que pasaba por ser la enfermería del cuartel general. No era gran cosa, sólo un pequeño pabellón con unas pocas camas, y él era el único paciente. Estaba

echado en la cama, haciendo zapping con el mando a distancia y mirando la pantalla del televisor, buscando algo que le interesase. No tenía ninguna necesidad de seguir allí. El médico ya le había curado la herida de bala que tenía en la pierna, se la había suturado, le había puesto la inyección antitetánica y le había recomendado que no hiciese esfuerzo físico durante unos días.

Pero en Net Force tenían por norma que quienes sufriesen determinadas heridas fuesen sometidos a un tratamiento obligatorio y, en el caso de heridas de bala, esto significaba, come mínimo, un período de observación de veinticuatro horas. No sólo lo hacían por la propia seguridad del herido, sino para que estuviese en plena forma en caso de tener que entrar en acción.

No era cuestión de demandar a nadie, se decía el sargento Fernández. Aunque quizá no hubiese sido ningún disparate. Porque, por entonces, había muchas personas que se dedicaban a demandar a cualquiera por cualquier cosa (en Washington había más abogados que cucarachas).

De modo que lo metieron en aquella cama, lo conectaron al gotero con una buena dosis de antibióticos y le dieron el mando a distancia. También le dieron una de esas batas cortas, abiertas por detrás, con las que los hospitales ridiculizan a sus pacientes.

Miró el reloj digital de la parte inferior derecha de la pantalla.

Como había ingresado a las doce y lo habían reconocido y curado en seguida, tendría que quedarse allí hasta el mediodía siguiente, a merced del aburrimiento y de la comida de la cafetería.

Alzó la vista y vio que entraban una enfermera y el coronel, que le sonrió de oreja a oreja.

-Muy divertido, señor. Ya veremos si sonríe tanto cuando le toque a usted.

-No ha sido orden mía, Fernández. Es el reglamento. Yo me limito a aplicarlo.

El coronel se sentó a los pies de la cama y dirigió la mirada hacia la pantalla del televisor.

-¿Dan algo interesante?

-Bah..., una reposición de «El fugitivo». Deben de haberse enterado de que cojeo. Y deportes chungos. Acabo de ver al campeón norteamericano de sumo del peso medio, que no debe de pesar más de noventa kilos, derrotar a un peso pesado de más de doscientos kilos. El gigantón se ha abalanzado sobre el pequeñín, que le ha puesto la zancadilla y lo ha mandado fuera del cuadrilátero, justo encima de un cámara al que ha dejado fuera de combate.

-Hay precedentes -dijo Howard-; David y Goliat, sin ir más lejos.

-David hizo trampa. Utilizó una honda.

-Es que Goliat tenía una espada.

-Sí, pero sólo un estúpido utiliza una arma blanca contra un lanzamisiles, aunque lance piedras.

-¿Qué tal va la pierna?

-Bien. Si quisiera, podría llevarlo a hombros en una carrera de obstáculos ahora mismo.

-Pues no sería mala idea. Preferiría eso a volver a casa.

-¿Aún no se ha marchado su suegra?

-Se queda hasta el próximo domingo.

-Pues le viene al pelo, señor.

-He pasado por la oficina de camino hacia aquí. Parece que uno de los instructores civiles se ha quejado de usted. ¿Sabía que es usted un «descarado, un bruto y posiblemente un psicópata»? ¿Un hombre «inepto para servir en Net Force y una potencial amenaza para la seguridad pública»?

-Sí, señor, creo que eso me define bastante bien.

-¿Se puede saber qué le hizo usted a ese tal Horowitz, sargento?

-Fui a verlo a su despacho y le dije que fanfarronease menos y enseñase más.

-¡Madre de Dios! ¿Cómo espera ascender con semejante comportamiento? Es usted un salvaje.

-Sí, señor, un salvaje incorregible.

-Bien. Informaré al señor Horowitz de que he seguido su consejo y le he aplicado un correctivo apropiado -dijo Howard, que alcanzó el mando a distancia y apagó el televisor-.

Una hora sin televisión, sargento.

-Gracias, señor. No quiero volver a ver a ese peso pesado ni en pintura.

Al llegar al cuartel general, la teniente Joanna Winthrop se enteró de que la fiesta había terminado. Los terroristas habían sido neutralizados y el plutonio robado había sido recuperado. Lo único que podía hacer ella entonces era tratar de averiguar quién había utilizado su ordenador para proporcionarles a los Hijos del Sol, a los Hijos de Patrick Henry o a quien fuese información acerca de los envíos de plutonio.

Pero también se había enterado de que Julio Fernández estaba herido e ingresado en la enfermería. De modo que, en lugar de ir directamente a su despacho, compró un pequeño florero y fue a visitarlo.

Julio era el único paciente que se encontraba en aquellos momentos en la enfermería.

Buena parte del personal de Net Force había optado por tomarse unas vacaciones, como, por lo visto, el propio personal médico, pues el pabellón estaba prácticamente vacío.

-Sargento Fernández.

-Teniente Winthrop.

-Me he enterado de que lo han herido.

-Bah, no ha sido más que un rasguño. He de pasar la noche aquí para cumplir con el período de observación reglamentario, pero podría ir a bailar ahora mismo si me dejasen.

Joanna dejó el florero en la mesita de noche.

-0 sea, que está aquí tan fresco, holgazaneando, ¿eh? ¿No se aburre sin libros ni tele?

-El coronel acaba de marcharse; no se ha cruzado con él por casualidad. Me ha castigado sin televisión.

-¿Por haberse dejado herir? -bromeó ella, arqueando las cejas.

Julio soltó una carcajada.

-No, ni siquiera Howard es tan tonto -contestó Julio, que le explicó entonces lo ocurrido en la clase de informática.

Joanna lo escuchó, risueña, y, cuando Julio hubo terminado, se echó a reír.

-Qué duro es el coronel, ¿eh?

-Sí, porque la verdad es que me interesaba ver cómo se las componía el peso medio contra el peso pesado durante el resto del combate.

Ambos se echaron a reír.

-Bueno, y ¿qué tal le va? -preguntó Julio-. Me he enterado de lo de su ordenador.

-Ah, no se preocupe. Ya lo averiguaré.

-¿Sospecha de alguien?

-Si tuviera que pensar en el principal sospechoso, me inclinaría por Jay Gridley. No le caigo bien. Cree que me han dado este empleo por mi cara bonita.

-¿En serio?

-Lo de que cree que me he valido de mis encantos femeninos va totalmente en serio; lo de que haya podido ser él quien ha manipulado mi ordenador, no. No somos amiguetes, pero respeto su capacidad. Aunque si usted le comenta que se lo he dicho, lo negaré.

-¿Qué negará?

-Jay sería capaz de ocultarme información, pero no creo que sea tan malintencionado ni tan estúpido para tratar de achacarme un delito federal. Después de esta misión, volveré a mi unidad, de modo que no represento ninguna amenaza para su puesto. Además, no creo que le quepa duda de que acabaré averiguando quién ha sido; es sólo cuestión de tiempo.

Durante unos segundos, ambos permanecieron en silencio.

-Bueno..., cuénteme. ¿Qué tal ha ido? -preguntó entonces Joanna-. Me refiero a la misión.

-Un paseo -contestó él-. Esos tipos no estaban a nuestra altura. Los hemos derrotado en toda regla. Contrarrestamos su táctica, sus movimientos y su armamento.

El único error que cometimos fue el mío. Si hubiera sido más precavido, ahora no tendría que pasar la noche aquí, con la pierna en alto.

-Me hubiese gustado estar allí.

-No será por falta de actividad. Tengo entendido que ha participado usted en muchas

misiones sobre el terreno.

-Pero hace bastante que no. El coronel cree que soy más útil delante de un ordenador. La última vez que intervine directamente en una misión fue desde el puesto de mando, a cincuenta kilómetros de donde se desarrollaba la acción.

-Creo que el coronel tiene razón -señaló Fernández-. Tipos como yo los hay a docenas, pero los genios de la informática son más difíciles de sustituir.

Joanna le sonrió.

-Bueno..., he de volver al trabajo. ¿Puedo hacer algo por usted?

Joanna notó que Julio vacilaba y temió que le contestase con algún comentario subido de tono.

-No, señora. Pero gracias por el ofrecimiento. Intentaré dormir un poco. Ya nos veremos cuando salga de aquí -indicó Julio, sonriéndole amistosamente.

Joanna sintió el impulso de inclinarse hacia él y besarlo. Aquel hombre cada vez le caía mejor.

-Hasta luego, Julio. Hablaremos de ordenadores cuando hayamos enderezado eso -se despidió ella, señalando la pierna escayolada del sargento.

-Me encantaría. Gracias por venir a verme.

Jay Gridley había renunciado a la simulación del escenario del Oeste porque le parecía demasiado lenta. Ciertamente, la velocidad en un escenario virtual no se traducía en TR (tiempo real), pero si uno iba a caballo al trote cuando en realidad tenía ganas de ir lanzado a toda velocidad con una Harley Davidson, la diferencia era demasiado notable.

De modo que Jay optó por volver a uno de sus héroes predilectos, inspirado en una de las primeras películas del clásico James Bond, Thunderball.

Sobrevolaba el paisaje, surcando el aire con la célebre «campana» sujeta a la espalda.

Por supuesto, en la realidad, el artilugio no era en absoluto una campana, sino una mochila grande y pesada, y tenía muy poca autonomía. Jay había llevado a cabo un estudio bastante a fondo al diseñar su escenario. La mochila volante consistía esencialmente en dos depósitos de combustible, un timón, un acelerador y dos pequeñas toberas. Funcionaba a base de peróxido de hidrógeno, inyectado por aspersión, que producía un vapor muy caliente que salía por las toberas, proporcionando un considerable impulso al navegante. Era ruidoso, peligroso y sólo te mantenía en el aire durante veinte segundos, treinta a lo sumo. Eso era todo. Podías orientarlo en la dirección que deseases, pero si volabas a más de treinta metros de altura y te quedabas sin gas, nadie te libraba de estrellarte contra el suelo.

Una versión posterior, el Cinturón Tyler, era un poco más eficiente y proporcionaba mayor autonomía, pero, en definitiva, volar durante más de cuarenta o cincuenta segundos seguía siendo muy problemático. También habían construido un prototipo, una especie de pequeño motor de reacción que, teóricamente, permitía que el navegante pudiese permanecer en el aire una media hora, pero el ejército estadounidense se había reservado la exclusiva de su utilización.

De modo que aquella mochila volante, más propia de la ciencia ficción, había sido prácticamente desdeñada y relegada a los museos de la ciencia, a los anuncios de televisión y a las películas.

La versión de la mochila volante ideada por Jay para su escenario virtual consistía en un motor de reacción en miniatura, alimentado por un combustible secreto, pero teóricamente posible. Le proporcionaba una hora de autonomía y disponía de una reserva automática de seguridad que le permitía aterrizar cuando el combustible estaba a punto de agotarse.

Como es natural, en su versión virtual, podía haberle dado al artilugio toda la potencia y la autonomía que hubiese deseado, pero entonces no habría sido divertido. Era mucho más interesante imponerse unos límites realistas. Cualquier estúpido podía crear fantasías, pero hacer que éstas fueran verosímiles sólo estaba al alcance de quienes tuviesen cierto talento.

Aunque su invento no era tan rápido como un reactor, era una «gozada» volar con aquel artilugio, sentir el viento en la cara, poder saltar al otro lado de altos edificios con aquel

equivalente tecnológico de las botas de siete leguas.

Tal como Jay lo veía, los juegos de realidad virtual tenían que ser divertidos. De lo contrario, no merecían la pena.

Justo en aquel momento, Jay sobrevolaba la nueva autopista de dieciséis carriles del sur de China, a las afueras de Xiang-gang, en dirección norte hacia Jiulong, buscando unos vehículos de la Wong Electronics. Era fácil localizarlos desde el aire porque tenían el techo de un brillante color anaranjado y estaban numerados. En la red, prescindiendo de escenarios de realidad virtual, los «vehículos» eran paquetes de información binaria, reunidos y adosados a nodos desde los cuales se vertían en la red. Pero la red era demasiado aburrida.

La Wong Electronics fabricaba piezas menores de hard-ware, pero estaba especializada en software, sobre todo en descodificadores, programas de correo electrónico y de sistemas de seguridad.

Quienquiera que hubiese entrado en el ordenador de Winthrop había dejado falsas pistas que Jay reconoció, porque eran muy características de los programas de seguridad de la Wong. De modo que si podía localizar un vehículo de la Wong e introducirse en su base de datos, quizá pudiese averiguar quién había introducido las falsas pistas. Venía a ser como utilizar una cibernética fuerza bruta, pero podía resultar. Quizá el hacker hubiese cometido algún error que le permitiera localizarlo.

¡Ajá! Acababa de ver uno de los vehículos de techo anaranjado. Estaba a menos de dos kilómetros. Jay volaba a unos setenta metros de altura. Aterrizaría en el techo de uno de los vehículos. Luego, forzar la cerradura sería un juego de niños para un informático como él.

Tiró del timón de profundidad y empezó a perder altura. Tenía especial interés en saber quién había manipulado el ordenador de Winthrop antes de que ella lo averiguase. Le sentaría como un tiro y tendría que agachar la cabeza.

«Ah, ¿lo de su ordenador? -exclamaría él cuando Joanna le preguntase-. Ya he dado con el tipo. ¿No se lo había dicho? Ha sido un juego de niños. Me sorprende que no lo haya detectado usted antes, teniente. No he hecho más que cumplir con mi obligación...»

Jay fue hasta la parte trasera del vehículo, se quitó la mochila y sacó su ganzúa electrónica. Tardó cuarenta y cinco segundos en abrir la puerta. Entró y la cerró con sigilo.

Ah, Jay Gridley... ¡Eres un fenómeno!

Desde más de trescientos metros por encima de Jay Gridley, Platt observaba desde un helicóptero. Mantenía el aparato equilibrado y volaba muy lentamente. Se encontró pilotando aquel aparato al introducirse en el escenario de Gridley.

¡Vaya! -exclamó Platt para sí-. No está nada mal la mochila-cohete que se ha agenciado ese canijo. Hay que reconocer que sabe de estas cosas.

Desde luego, Platt no le iba a la zaga, aparte de que tenía acceso a todos aquellos secretos a los que pudiese acceder un senador. Lo que sabía White lo sabía Hugues; y lo que sabía Hugues llegaba a manos de Platt.

Era una ventaja conocer los códigos de los documentos secretos. Platt podía piratear documentos de quienes fabricaron los ordenadores de Net Force, técnicos que habían concebido el hardware y la programación originaria, y que sabían dónde estaban ocultas todas las puertas traseras del sistema.

Si te hacías construir un castillo, el arquitecto sabría dónde estaban todos los pasadizos secretos, porque él había sido quien había hecho que se pusieran allí.

Platt vio que el agente de Net Force se dirigía hacia el techo anaranjado del vehículo de la Wong Electronics en la autopista, se descolgaba la mochila volante, abría la puerta del vehículo y entraba.

Esto iba a ser mucho más divertido que atizarle un puñetazo en la cabeza a un tipo. Aquel memo asiático no tenía ni idea de con quién se la jugaba. Ni idea. Iba a recibir de lo lindo, y Platt disfrutaría con ello.

Platt descendió un poco. Cuando estuvo en la vertical del vehículo, a unos veinte metros del techo, bajó la ventanilla del aparato y se asomó. Luego sacó un peso de 12 kilos sujetándolo con ambas manos y lo soltó.

El peso de acero cayó sobre el techo del vehículo. El conductor se desvió hasta el carril

contiguo, pisó el freno y se detuvo. Nadie resultó herido, pero Jay debía de haberse llevado un buen susto.

Platt se elevó, aceleró y se alejó. Cuando Jay se hubiese rehecho del susto, Platt estaría ya muy lejos.

¿A qué nos estamos divirtiendo?

Veinte

Viernes, 31 de diciembre, 16.00 horas
Quantico, Virginia

Fue Jay Gridley quien trajo las malas noticias.

Alexander Michaels estaba bastante satisfecho porque no se hubiesen producido más filtraciones de documentos clasificados, y difundidos en la red durante los días hábiles de la semana. Estaba a punto de marcharse a casa y beberse tranquilamente un par de cervezas en Nochevieja. Esperaba haberse quedado dormido cuando diesen las doce, empezase el año 2011 y la serie de penas y alegrías que éste fuese a acarrear. Pero mientras se preparaba para salir de su despacho, dispuesto a vérselas con el tráfico, llegó Jay con dos hojas de papel que acababa de imprimir.

-Creo que deberías echarle un vistazo a esto, jefe.

-¿No puede esperar hasta el lunes?

-No lo creo.

-A juzgar por tu tono..., debe de ser algo grave. Jay le tendió las hojas. Michaels las miró y empezó a leerlas en voz alta.

-«Descreídas bestias de América. Sabed, bestias, que vuestros días están contados. Sabed, opresores de los desamparados, que el número de la bestia es el 666, y que el número se acerca rápidamente. Nosotros, los representantes del pueblo; nosotros, los Frihedsakse, esparciremos vuestros despojos por la Tierra, vuestros despojos, maestros de la tiranía.» -Alzó la vista y, mirando a Jay, añadió-: ¿Qué significa Frihedsakse?

-Nuestro traductor universal dice que en danés significa «Eje de Libertad».

-¿En danés? Es la primera vez que oigo hablar de terroristas daneses. Dinamarca es un país pacífico y civilizado donde puedes dejar que tu abuela salga a pasear sola por la noche sin temor a que la atraquen.

-Sí. Atracarla puede que no la atraquen, pero puede resbalar y quedarse congelada, convertida en un témpano -dijo Jay.

Michaels meneó la cabeza y siguió leyendo.

-«Porque vuestra perversidad es manifiesta e infinita, y nosotros les revelaremos a todos vuestra maldad. Todos os conocerán por vuestra maldad y las armas de vuestros pecados serán utilizadas contra vosotros, porque el poder del conocimiento es la luz que todos los demonios temen y el poder del conocimiento le es dado al pueblo.» -Hizo una pausa mirando de nuevo a Jay, y luego le preguntó-: ¿Por qué no has metido esto con el montón de reivindicaciones que han hecho todos esos chiflados que se atribuían las filtraciones?

-Siga leyendo, jefe.

-«No podéis ocultaros de la luz de la justicia, ni podréis escapar al castigo del pueblo, ninguna fortaleza bastará para protegeros, porque el pueblo os odia.»

-Me suena a una interpretación bastante macarrónica de Maquiavelo -dijo Jay.

-«Y contra vosotros el pueblo lanzará todo lo que sea necesario para derrotaros. El fin está cercano. Preparaos para vuestra condenación.»

Lo firmaba «El Eje de la Libertad».

Michaels volvió a mirar a Jay.

-Lee la otra página -lo apremió Jay.

La siguiente página contenía una lista de números.

-Está claro que se trata de una relación de la fecha y la hora en que se ha producido cada

una de las filtraciones que hemos detectado. Según esto, sólo hay un par que se nos han escapado. Hemos vuelto a activar el programa de análisis Super Cray Colander. Hemos localizado un envío de la lista maestra de los nombres y números de los clientes del último mes de American Express. La otra filtración que se nos había escapado revela los códigos de toda la señalización luminosa de la red de ferrocarriles, controlada por ordenadores, entre Washington y Baltimore. Un hacker inteligente podría utilizarla para convertir en chatarra media docena de trenes antes de que nadie se percatara de lo que estaba pasando. Ya hemos llamado a la American Express y a la compañía de ferrocarriles Amtrak para alertarlos.

-¡Dios mío!

-Es improbable que alguien conociese estos detalles, excepto quienes los archivaron en primer lugar, jefe.

Michaels miró la lista de números. Los últimos eran: 31/12/2010-23.59.59 horas.

-O sea, esta noche, ¿no? El 31 de diciembre, un segundo antes de las doce.

-En efecto, señor. Si todo encaja, esos canallas van a filtrar algo importante antes del nuevo año. A eso se le llama querer aguar la fiesta.

-¡Qué horror!

-Sí, jefe.

-¿No hay modo de saber cuál ha sido la fuente?

-Por supuesto que sí. Ya la hemos localizado. Ha sido enviada hoy mismo desde una cabina telefónica de la estación central de los ferrocarriles Grand Central de Nueva York, a las 15.15 horas. Hora punta... Nochevieja... No lo firma nadie. No incluye ninguna identificación. No ha quedado rastro de ADN en la caja del módem ni tampoco huellas dactilares. La cabina es una de un grupo de seis que está al lado de una cafetería. Los teléfonos quedan fuera del radio de acción de las cámaras de vigilancia. Los contadores muestran que se realizaron treinta y siete llamadas desde esas seis cabinas entre las 17.00 y las 17.20 horas. No será nada fácil averiguar quién las hizo.

-Pues me temo que vas a tener que decirle al personal de relevo que nada de fiesta esta noche.

-Ya lo he hecho -repuso Jay-. Estamos rastreando todas las redes importantes que podemos con todos los programas de indagación de que disponemos. Hemos dado la alerta para que se analice con lupa todo comunicado a través de la red y todo correo entre las 23.55 y las 0.05 horas. Va a ser un latazo leer miles de veces «¡Feliz Año Nuevo!», pero si alguien difunde algo importante en la red, lo detectaremos en seguida.

-Buen trabajo, Jay -dijo Michaels-. Me parece que no voy a moverme de mi despacho.

-Pues... ¡Feliz Año Nuevo, jefe!

-Sí eso... Feliz Año Nuevo.

Veintiuno

Sábado, 1 de enero de 2011, 12.03 horas
Marietta, Georgia

Platt estaba sentado en la cocina, en la casa que había heredado de su madre. Tenía el ordenador portátil encima de la mesa contigua al frigorífico. Bebió otro trago de su cubata y se echó a reír.

Los de Net Force habían tardado cuatro minutos en localizar su envío. Había calculado que podían tardar menos, teniendo en cuenta que sabían cuándo iba a producirse, aunque también era cierto que tenían que rastrear mucho ciberespacio. Introduciría una nota en un chat de World OnLine, en la sala «Gays tejanos». Le encantaba introducirles virus a través del correo electrónico. A menos que tuviesen los antivirus más recientes y perfeccionados, el troyano destruiría por completo el disco duro al cabo de dos días.

Les estaba bien empleado, por maricones.

Le dio otro trago al cubata y se echó a reír de nuevo al recordar al canijo Jay Gridley

saltando sobre aquel vehículo virtual, tratando de averiguar por qué se había detenido en mitad de la autopista. Pero cuando lo averiguó ya era demasiado tarde.

¡Ah, amigo!

Platt conectó el módem inalámbrico. Envió una señal a su retransmisor y luego a un miniordenador que había ocultado en una habitación alquilada en San Diego, California. Lo había programado exclusivamente para el correo electrónico y había vinculado el programa al chat de World OnLine para que se activase a las 2359.59, hora de la costa Este. Al enviar el mensaje, la señal volvía al programa, borraba el disco duro y la memoria RAM, además de la memoria del módem (un borrado imposible de contrarrestar), y luego se desconectaba. Probablemente, dentro de un par de horas varios agentes del FBI echarían la puerta de la habitación abajo. Pero eso ya no importaría. Los mantendría entretenidos. Encontrar el ordenador en San Diego no iba a servirles de nada. No descubrirían nada que los dirigiese hacia él, que estaría entonces a cinco mil kilómetros de allí, en Georgia, desternillándose de risa.

Hizo sonar los cubitos del vaso y lo alzó a modo de brindis.

¡Feliz Año Nuevo, imbéciles de Net Force!

Vació el vaso de dos tragos, lo dejó encima de la mesa y luego desconectó el ordenador. La lista que se difundiría por la red no era gran cosa, sólo una lista de pacientes tratados de enfermedades venéreas a lo largo de los últimos seis meses, de acuerdo con los informes de la MedNet de Atlanta.

La ley obligaba a que determinados informes les fuesen facilitados a las autoridades del Estado que, a su vez, los transmitían al Centro de Control de Enfermedades. La lista incluía los nombres de unas cuantas personas importantes del mundo de la política, el cine, las altas finanzas e incluso un par de príncipes de raza negra. No tenía un gran valor táctico, pero a los incluidos en ella les iba a resultar muy embarazoso explicarle a la esposa cómo demonios habían pillado la gonorrea. El verdadero objetivo, sin embargo, era poner nerviosos a los de Net Force, demostrándoles que el pequeño manifiesto de Hugues iba en serio.

Desde la habitación oía el estruendo de los fuegos artificiales y de los disparos al aire que atronaban en la noche de Georgia.

¿A que nos estamos divirtiendo?

Sábado, 1 de enero de 2011, 1.00 horas
Washington, D. C.

Hugues estaba sentado en la cama, leyendo una reciente biografía del noruego Vidkun Quisling, un militar de carrera cuyo nombre terminó por ser sinónimo de «traidor» y que, a finales de los años treinta, fundó en su país un partido nacionalsocialista, el Nasjonal Samling.

El partido no consiguió gran cosa, ni tuvo nunca auténtico poder. Sin embargo, cuando estalló la guerra y los ale-manes invadieron Noruega, Quisling formó su propio gobierno, que los alemanes derribaron rápidamente. Pero como Quisling era un nacionalsocialista de pies a cabeza, que incluso había llegado a entrevistarse con Hitler, los nazis lo consideraban uno de los suyos.

Quisling se convirtió en un colaborador, que terminaría acusado de enviar a centenares de judíos a los campos de exterminio, además de haber intentado convertir los colegios y las iglesias en organizaciones pro alemanas.

Una de las primeras cosas que los noruegos hicieron, tras la liberación, fue detener a los colaboracionistas, que fueron sometidos a juicios sumarísimos y posteriormente ejecutados.

Y Quisling era el primer nombre de la lista.

El biógrafo estaba convencido de que la política de Quisling le costó a Alemania perder la guerra. De no haber puesto tanto empeño en «nazificar» el país, no se habría organizado un movimiento de resistencia tan amplio. Los noruegos eran de origen vikingo, un pueblo nada cobarde, como simbolizaba la famosa leyenda del rey y el símbolo judío. Al decírsele al rey que los judíos debían llevar bien visible la cruz de David, para identificarse en público, el rey Haakon VII tomó la cruz, se la colgó del cuello y ordenó que todos sus súbditos la llevasen

también. Probablemente no era más que eso, una leyenda. Pero.., si non é vero é ben trovato.

Por otra parte, los noruegos eran también lo bastante inteligentes para captar de dónde soplaba el viento. Si el peligro no se hubiese agravado tanto en el interior del país, quizá hubiesen adoptado una actitud pasiva y hubiesen aguardado a que pasase la tormenta. Pero la política de Quisling los enfureció.

La resistencia noruega no fue más que una china en el zapato de los nazis, pero llevó a cabo muchos sabotajes industriales. Y el golpe más importante lo realizaron en una planta productora de agua pesada, en la que la sustitución del hidrógeno por el deuterio permitía utilizarla para moderar la velocidad de los neutrones en los reactores nucleares. El biógrafo sostenía que, si los alemanes hubiesen logrado acelerar sus investigaciones, es muy probable que hubiesen logrado fabricar la bomba atómica antes que los norteamericanos, y que eso hubiese decantado la guerra en su favor. Habrían bastado unas cuantas cabezas nucleares en las V2, lanzadas desde naves frente a la costa de Estados Unidos contra las ciudades norteamericanas, para poner fin a la guerra.

Un cráter de casi dos kilómetros en el centro de Nueva York o de Washington habría obligado a los norteamericanos a pensarlo dos veces antes de proseguir la guerra.

Pero los alemanes no llegaron a tiempo. Finalmente fue Estados Unidos quien desarrolló la bomba de fisión y la lanzó contra Japón, sin necesidad de hacerlo contra los alemanes.

Hugues pensaba que la teoría de que Quisling les costó a los alemanes perder la guerra estaba cogida por los pelos. Pero resultaba aleccionadora, respecto a que, como rezaba un viejo proverbio, podía perderse una guerra por falta de un clavo. Un hombre situado en el lugar oportuno y en el momento adecuado podía alterar el curso de la historia.

¿Qué habría sucedido si un viajero del tiempo hubiese degollado a Hitler cuando era éste un adolescente? ¿O si un devoto cristiano hubiese salvado a Jesús de la cruz? ¿O si un paleontólogo hubiese matado por error al antepasado homínido a partir del que evolucionaría la humanidad?

Una mariposa que revolotea hoy en Kansas contribuye a que mañana se produzca un tornado en Florida. Según la teoría, todo está interrelacionado con todo.

Hugues sonrió. Dobló el borde superior de la página y cerró el libro. Apagó la luz, descansó la cabeza en su almohada anatómica y se quedó mirando la oscuridad.

Probablemente, Quisling no fue consciente de su participación en la historia. Sin duda, no querría ser recordado como un traidor. Pero los ineptos no controlaban su propio destino y, menos aún, cómo serían recordados años después. Al fin y al cabo, la historia la escribían siempre los vencedores.

La historia...

A Hugues siempre le había encantado la historia del médico francés Joseph-Ignace Guillotin. Fue elegido miembro de la Asamblea Nacional unos años antes de la Revolución y, como médico y persona de buen corazón, su mayor ambición política era conseguir que las ejecuciones de la pena capital fuesen menos dolorosas. Había presenciado espantosas decapitaciones, y había visto al verdugo llegar sudoroso o borracho, viéndose obligado a darle varios tajos al cuello de la víctima para desprender la cabeza con el hacha. Algo así resultaba una verdadera barbarie para un pueblo civilizado como el francés. Los escoceses, los ingleses, e incluso los polacos, poseían instrumentos mecánicos que utilizaban en sus ejecuciones, aunque casi exclusivamente para los nobles, para ahorrarles el horror de un verdugo inepto.

De modo que el doctor Guillotin ayudó a que se aprobase una ley que exigía que las ejecuciones se llevasen a cabo mediante una máquina que no fallase, más humana para los condenados, ya fueran ricos o pobres.

Sin duda, el doctor Guillotin no quería ser recordado como el responsable de que existiese una máquina cortacabezas que, al principio, llamaron La Louisette. No cabe duda de que él no quería que aquella máquina de matar acabase llamándose guillotina.

¡Menudo legado para sus descendientes!; un apellido cuya mención provocaría aspavientos de horror. Toda una ironía, dadas las buenas intenciones del médico francés.

Pero hombres como Quisling y Guillotin fueron cortos de miras. No estaban dotados de la inteligencia de Hugues. Dentro de unos días iría a Guinea-Bissau para entrevistarse con el jefe

del gobierno del pequeño país, para sellar un acuerdo que la historia calificaría como uno de los planes más audaces y astutos de todos los tiempos. Si la historia la escribían los vencedores, él escribiría la suya.

No le cabía la menor duda.

Sábado, 1 de enero de 2011, 7.00 horas
Washington, D. C.

En su cocina, mientras aguardaba a que la cafetera termina-se de hacer el café, Toni sostenía el kris con ambas manos. Tradicionalmente, quienes practicaban el silat no habrían querido utilizar un kris «usado». Si uno no sabía a quién había pertenecido, o para qué lo habían utilizado, podía heredar mala hantu; podía ir a parar al mundo de los muertos a través de una daga maligna, empapada de sangre y de mal karma. Pero como aquella daga pertenecía a la familia de Guru, Toni estaba segura de que no podía atraerle ningún mal.

Quizá aquel kris tuviese bastantes poderes mágicos para ayudarla con Alex. Había dormido con la daga al lado, en la mesita de noche, en su vaina de madera, de modo que no apuntase a su cabeza. No iba a desdeñar los poderes mágicos que aquella arma pudiese tener para atraer a Alex, pese a que en aquellos momentos estaba enfadada con él, porque se había enterado de la aventurilla que había tenido en el desierto durante el ataque a los terroristas. Naturalmente, él no se lo había contado, pero no tardó mucho en percatarse de que Toni lo sabía. Sin embargo, Alex era el comandante de Net Force, ¡no un soldado raso! ¿Por qué había arriesgado su vida de esa manera?

Toni sonrió al oír el borbor del café y el siseo que producía al verterse en el recipiente. Dejó el kris en la repisa, encima de un paño de cocina, y alcanzó una jarra del armario.

Hummm, la vida tenía momentos deliciosos, se dijo al inhalar el aroma del café.

Sábado, 1 de enero de 2011, 7.00 horas
Oro, California

Joanna Winthrop aguardaba bajo un radiante sol de primavera a que llegase el tren. Llevaba un vestido amarillo, largo y estampado, un gorrito y un maletín de viaje de piel y de forma ovalada.

Corría el año 1916 y estaba en la estación de Oro, en el norte de California. Los abetos y los alisos de las inmediaciones ya habían brotado anunciando el regreso de Perséfone del reino de las sombras.

A Joanna le había impresionado aquella leyenda cuando era jovencita; que Hades, soberano del reino de las sombras, hubiese raptado a la hermosa Perséfone y que su madre, Deméter, diosa del trigo, destrozada por el dolor, le hubiese dado la espalda a la humanidad, provocando un cruel invierno sin cosechas.

Joanna siempre había sentido simpatía por aquellas mujeres que se habían visto en graves aprietos a causa de su belleza. Según la mitología griega, tras un año de aquella fría miseria, Zeus decidió intervenir, enviando a Hermes a que le pidiese a Hades que le concediera la libertad a Perséfone. A Hades no le gustó nada esa petición porque, a su manera, tan brutal, amaba a la mujer que había raptado para convertirla en su esposa. Pero como tenía que guardarse de la ira de Zeus, accedió a su petición y Perséfone fue liberada.

Deméter se sintió embargada de tal alegría que las flores brotaron, creció la hierba y nació la primavera. Pero, ah, como su hija había comido un grano de granada durante su estancia en los infiernos, tuvo que regresar al reino de las sombras y permanecer allí durante la mitad del año. Y, a cada ciclo, el dolor de Deméter por la ausencia de su hija era tan grande que causaba que el otoño y el invierno se abatiesen sobre la tierra.

Era una deliciosa e imaginativa historia para explicar las estaciones, aunque cabría pensar

que Deméter debía de estar deseando cortar el cordón umbilical al cabo de unos cuantos miles de años. Está visto que para los dioses el tiempo es otra cosa.

Era una pena que Zeus no pudiese ayudarla a descubrir al hacker que había trasteado su ordenador; le hubiese venido muy bien su ayuda. El hacker en cuestión dejó un rastro, pero era un rastro muy tenue y lleno de trampas explosivas.

0 sea, que Joanna empezaba a cabrearse. Cuando localizase a aquel tipo y lo entregase a los federales, pensaba dar-e una buena patada en los testículos antes de que se lo llevasen. Que alguien utilizase tu ordenador para cometer un sabotaje era, como mínimo, muy embarazoso.

Una cosa era que ser bonita fuese a veces un inconveniente; y otra muy distinta que te tomasen por inepta en tu profesión.

Oyó dos veces el silbato del tren que se acercaba. En el andén aguardaban sólo unos cuantos pasajeros que no le habían prestado la menor atención.

A Joanna le gustaba aquella época. Le permitía llevar una indumentaria que disimulaba sus formas y buena parte de sus facciones.

Por aquel entonces la gente era muy amable con los demás y el ritmo de vida, poco antes de que Estados Unidos entrase en la primera guerra mundial, era mucho más apacible.

La locomotora, que tiraba de dieciséis coches de pasajeros, proyectó al aire nubes de vapor y, haciendo rechinar las ruedas en los raíles, se detuvo en el andén.

Bueno..., por más trampas que aquel canalla hubiese dejado en el camino, lo iba a localizar.

Veintidós

Lunes, 3 de enero, 8.02 horas
Quantico, Virginia

Alex Michaels se recostó en el respaldo de la silla y deseó estar en cualquier otro sitio, en lugar de estar allí sentado, escuchando a uno de los adjuntos del senador White perorar a través del teléfono.

-Entiende usted nuestro problema, ¿verdad, comandante?

¡Ya lo creo que lo entendía! Incluso profirió un ininteligible sonido a modo de asentimiento.

El Congreso seguía de vacaciones, pero los miembros de las secretarías de los senadores tenían mucho trabajo que hacer cuando no estaban los jefes (probablemente más que cuando estaban allí estorbando). Lo cierto era que Washington lo dirigían los secretarios. Sin ellos, la mayoría de los congresistas y senadores no se enterarían prácticamente de nada de lo que sucedía.

Michaels no acababa de entender por qué eran elegidas algunas de las personalidades más influyentes del país. Algunos eran tan torpes que ni siquiera podían ir solos al lavabo, ya que necesitaban que alguien les bajase la cremallera.

-¿Puedo confirmar que asistirá usted a la reunión de la comisión?

Michaels reflexionó durante unos momentos. ¿Y sí se negaba? Sería divertido. Tendrían que volver a requerir oficialmente su comparecencia. ¿Accederían los jefes de la seguridad de Net Force a impedir que un agente federal metiese las narices en determinados documentos si él se lo pedía? Probablemente, sí. Pero Michaels tendría que salir del edificio tarde o temprano. Y el senador se cebaría en él si se negaba a comparecer voluntariamente. ¿Acaso tenía el comandante de Net Force algo que ocultar? Ningún hombre honesto teme que le hagan unas cuantas preguntas, ¿verdad que no?

-Estaré encantado de hablar con la comisión del senador.

-Gracias, señor. Quedamos entonces a las ocho de la mañana del lunes. Le enviaré un e-mail de confirmación.

-No irá a alargarse la cosa durante semanas, ¿verdad, Ron?

-No, señor. El senador ha de partir en misión especial a Etiopía el día 12, de modo que el

martes tenemos que haber terminado.

Es decir que, en el peor de los casos, debería asistir a las sesiones de la comisión durante un par de días, siempre y cuando no hubiese sorpresas. Aunque era poco probable que él fuese a ser el único chivo expiatorio. Las comisiones que presidía White siempre tenían en el punto de mira a varias víctimas en las que cebarse. Qué imbécil.

Después de colgar, Michaels se inclinó hacia adelante en la silla. Estaba cansado. Le habría encantado tomarse el día libre, dar un largo paseo en bicicleta y disfrutar de la fría mañana mientras sudaba con el ejercicio. Aunque, puestos a imaginar, ¿por qué no ir a pasar una semana a Tahití? Tumbarse en la playa a tomar el sol y beber combinados de ron con frutas tropicales. Oír el murmullo de las olas. Ah, ¡qué bien sonaba!

Alex sonrió para sus adentros. Tenía sobre la mesa tanto trabajo atrasado que no podría haberlo puesto al día aunque trabajase veinticuatro horas diarias durante un mes. Y, cuanto más trabajo se amontonaba, más postergaba quitárselo de encima. ¿Le ocurría a todo el mundo lo mismo?

Bueno, ya sabías que era un trabajo peligroso cuando lo aceptaste, ¿no?

Cierto.

Lunes, 3 de enero, 11.15 horas
Quantico, Virginia

John Howard estaba sentado en el sofá del doctor Kyle, en la clínica de la base, observando al médico que examinaba su análisis y el informe complementario.

Kyle meneó la cabeza.

-No sé qué decirle, John. Las radiografías, el electro-cardiograma, el encefalograma, los sonogramas y todos los datos de los análisis son normales. Tiene usted la presión arterial propia de un hombre con la mitad de su edad; tiene unos reflejos extraordinarios; y no hay el menor asomo de tumor en ninguna parte de su cuerpo. No tiene sida, ni hepatitis, ni cáncer de próstata, ni herpes. Su nivel de colesterol es bajo; el nivel enzimático de su hígado es normal; el de hormonas también, y en su fórmula leucocitaria sólo aparecen unos pocos segmentados que pueden indicar la presencia de algún virus. Aunque también podría ser un error del laboratorio, porque la desviación es muy pequeña. Es usted la persona más sana que he reconocido en un mes.

-¿Por qué estoy tan cansado, entonces?

Kyle era un médico militar de carrera que había llegado a coronel. Era ya sesentón y Howard era paciente suyo desde hacía muchos años. Kyle le sonrió.

-Bueno..., verá: ninguno de nosotros rejuvenece. Un hombre de su edad debe percatarse de que no podrá hacer la instrucción con los reclutas indefinidamente.

-¿Un hombre de mi edad? ¡Por Dios! ¡Yo no soy un hombre de mi edad!

Kyle se echó a reír.

-Vamos... A partir de los cuarenta hay que hacerse a la idea de tener que aflojar un poco el ritmo. Desde luego, uno puede mantener a raya a la parca con ejercicio y una dieta adecuada, burlarla con bastante éxito. Pero lo de pasar toda la noche bebiendo, cantando y haciendo el amor, y trabajar a pleno rendimiento al día siguiente, queda atrás. Lo que un joven considera un ejercicio suave es un ejercicio excesivo para un coronel que podría ser el abuelo del joven en cuestión.

-0 sea, que me está diciendo que debo aflojar, ¿verdad?

-No digo que deba aflojar, sino que aflojará con toda seguridad, porque se lo pedirá el cuerpo. Está usted en mejor forma que la mayoría de los veinteañeros que reconozco aquí. De eso no cabe duda. Pero lo cierto es que un veinteañero que esté en plena forma tendrá mejores piernas, recuperación más rápida y más energía que un cuarentón en plena forma. No digo que se confine usted a la mecedora y que aguarde de brazos cruzados a la senilidad, pero debe reconocer la realidad. Si va usted al gimnasio cuatro veces por semana, redúzcalo a dos. Si corre catorce kilómetros diarios redúzcalos a siete. Dedique más tiempo al calentamiento, estire los músculos antes y después de hacer un ejercicio que lo haga sudar, dése más tiempo

de recuperación. No tiene usted las reservas que antes tenía. Es así de sencillo. Uno puede mantener un avión viejo en bastantes buenas condiciones, pero el metal acaba desgastándose, por más veces que se rectifiquen los motores y se repare el sistema hidráulico.

Howard se lo quedó mirando. No era precisamente que el médico le estuviese dictando una sentencia de muerte...

Pues... sí. Eso era exactamente lo que estaba haciendo. Le estaba recordando que la tumba seguía existiendo, sólo que ahora estaba más cerca.

Justo lo que necesitaba oír, se dijo Howard resoplando resignadamente.

-De acuerdo. Gracias, doctor.

-No se lo tome tan a pecho, hombre. Puede que aún le queden un par de buenos años. ¿Quiere que le extienda una receta para que coma ciruelas y tome Gerovital?

El cielo de enero era frío y claro. Howard volvió a pie hasta la oficina, pensando en lo que Kyle acababa de decirle. En fin..., reduciría un poco sus sesiones de ejercicio, por si servía de algo. Y si el médico tenía razón, eso bastaría para que se encontrase mejor.

Aunque también se sentiría peor al saber que no se trataba de algún pequeño trastorno que pudiera remediarse fácilmente. Estaba visto que nadie había encontrado un remedio contra el envejecimiento. Pero era la primera vez que comprendía que aquello también rezaba para él. Siempre había tenido la sensación de que podía llegar tranquilamente hasta los noventa y, salvo por algunas arrugas, su aspecto era casi el mismo que cuando tenía treinta años. Y no se sentía mayor de esa edad.

Quizá no fuese tan mala idea lo de morir en el campo de batalla, cuando el cerebro aún seguía ágil y los ojos no estaban nublados por el tiempo. Por lo menos era una muerte rápida. Quizá fuese mejor ser ceniza ardiendo que frío polvo envejecido.

Lunes, 3 de enero, 11.15 horas
Washington, D. C.

Para él se había terminado todo. 0, al menos, eso pensaba Tyrone.

Estaba en la tienda CardioSports, entre un tensiómetro automático y una vitrina llena de cronómetros, mirando hacia el centro comercial a través del escaparate delantero.

Desde donde él estaba, detrás del perchero de los anoraks de esquí, sería difícil verlo desde las mesas del restaurante, situado justo al otro lado del pasillo central del centro comercial. Pero él podía ver fácilmente a Bella, que estaba sentada a una de las mesas con otro chico.

Bella Wright estaba sentada frente a Jefferson Benson, en un velador, haciendo manitas con él y sonriéndole. ¡Oh, Dios mío!

Se le hizo un nudo en el estómago. Sintió ganas de vomitar, como si le hubiesen dado un puñetazo en el plexo solar con tal fuerza que le hubiese cortado la respiración; un escalofrío entremezclado con una furia asesina; sentía ganas de gritar, de correr hasta donde estaba Bella, de romperle la cara a Jefferson a puñetazos y patearlo hasta no dejarle un hueso sano. De buena gana lo hubiese hecho y después le hubiese escupido.

Pero lo que Tyrone no quería hacer era mirar a Bella a los ojos en aquellos momentos.

Como tenían clase por la tarde, Tyrone le había preguntado a Bella si iría al centro comercial; si podían verse allí, almorzar algo y luego ir a clase.

«No -le había contestado ella-. Hoy, no.» Que tenía que hacer unos recados, le había dicho; que ya se verían luego en el instituto. De acuerdo, eso habría sido normal.

Pero... allí estaba, con Benson, haciendo manitas y sonriéndole.

Tyrone simulaba examinar el tensiómetro, incapaz de desviar la mirada. Era como ver que una persona estaba cometiendo una estupidez, algo tan estúpido que te resultaba embarazoso verlo. Pero querías apartar la mirada y no podías.

Habría preferido no estar allí, ignorar que Bella lo había engañado. Habría querido no ver cómo hacía manitas con Benson. Pero estaba paralizado, incapaz de mover la cabeza. Tenía que mirar, pese a que hacerlo le daba la sensación de tener algo vivo en el estómago, algo con

dientes y garras que lo corroía por dentro.

No se habría enterado si no hubiera ido a la tienda de deportes a comprar un regalo para su padre. No se le había pasado por la cabeza que Bella pudiera estar en el centro comercial. Porque le había dicho que no iría, ¿no? Bella le había mentido.

De pronto, Bella y Benson se levantaron. Rodearon la mesa y Benson se inclinó hacia ella.

Tyrone tuvo que ahogar un grito. Se habría dado de bofetadas, porque acababa de ocurrir lo peor que podía imaginar. Benson la había besado.

No... eso no era lo peor. Lo peor era que ella le había devuelto el beso. Tyrone vio que sus bocas se unían, y que no era sólo un beso en los labios, sino un beso «de tornillo». Además, Benson había deslizado una mano hasta sus nalgas y la había atraído hacia sí.

Bella no lo rechazó, sino que incluso se arrimó más a él. Aquello pareció durar una eternidad. Millones de años. Luego se separaron y cada uno se fue por su lado. Tyrone se quedó estupefacto, petrificado, incapaz siquiera de parpadear. Fue como cuando saltó con paracaídas en Florida, aquella vertiginosa caída libre, con el estómago en la boca.

¿Qué podía hacer? ¿Ir a verla y encararse con ella? ¿Decirle que la había visto al pasar por allí por casualidad? ¿Oír lo que ella tuviese que decir? ¿Volvería a mentirle?

¿Quería saberlo?

¡Dios santo! Quería morirse allí mismo, en el acto. Explotar y convertirse en una bola de fuego y humo, desaparecer y no tener que saber aquello, no tener que pensar en ello ni tener que afrontarlo.

Bella lo había traicionado. No tenía vuelta de hoja. Podría haber encontrado alguna justificación para estar en el centro comercial, incluso haberse encontrado con Benson por casualidad y haber almorzado con él, pero no podría justificarle de ninguna manera la última parte, que la hubiese besado y que se hubiese dejado tocar las nalgas.

En aquellos momentos odiaba tanto a Jefferson Benson que, de buena gana, lo habría matado si se le hubiese ocurrido algún medio de hacerlo sin que lo atrapasen. Pero Benson no era el verdadero problema. El problema era Bella. Lo que más le dolía era que Bella hubiese dejado que la besara, que hubiese deseado que la besara, y que le hubiese gustado. 0 sea, que quería a otro y no a él. Eso era lo que más lo sublevaba.

¿Qué iba a hacer? ¿Cómo iba a poder vivir? En aquellos momentos no acertaba a ver cómo. Le parecía imposible.

Veintitrés

Lunes, 3 de enero, 12.10 horas
Quantico, Virginia

Hacía frío. Julio Fernández estaba frente a la salida de la pista para las carreras de obstáculos, junto a las barras de ejercicios. Los que se ejercitaban por la mañana ya se habían marchado y quienes lo hacían por la tarde no llegarían hasta después del almuerzo. Algunos agentes federales iban de vez en cuando a mediodía, junto a soldados veteranos que querían mantenerse en forma. Pero, en aquellos momentos, él era el único que estaba junto a las barras.

Había calentado durante cinco minutos, haciendo girar los hombros y el cuello. De lo contrario podía sufrir fácilmente un tirón muscular, y no le seducía la idea de tener que llevar un collarín durante una semana, sobre todo teniendo en cuenta la reciente herida en la pierna.

Normalmente podía saltar y asirse de la barra más alta, pero hasta que los músculos de la pierna dejasen de dolerle completamente no quería forzar. Podía asirse a la barra central sin dificultad. Lo hizo y luego se cogió a la barra superior. Empezó a auparse a pulso hasta tocar con la barbilla en la barra superior.

Uno...

Como no sintió ninguna molestia continuó.

Dos... tres... cuatro...

Tenía que apretar los dientes, pero quería llegar por lo menos a diez.

Cinco... Seis... Siete...

La verdad es que estaba en mejor forma de lo que esperaba.

Llegó hasta diez casi exhausto, pero se dijo que aún podía auparse un par de veces más.

Once...

Doce...

Entonces se dejó caer al suelo.

-No creía que fuese a hacer la última -oyó que decía una voz de mujer.

Se giró y al ver a Joanna Winthrop le sonrió.

-Yo tampoco -dijo Julio-. Pero si llego a saber que me estaba mirando, habría llegado a catorce. No habría querido que creyese que soy un flojo.

Joanna llevaba zapatillas de deporte y un chándal azul con capucha con el logotipo de Net Force estampado.

-Yo no paso de seis... cuando estoy en mi mejor forma.

-Bueno... ¿qué le trae por aquí?

-Es que paso demasiado tiempo en el despacho. De vez en cuando necesito salir y hacer un poco de ejercicio.

-Claro.

-¿Qué tal está la pierna?

-¿Quiere una respuesta... viril o la verdad?

-Las dos, por favor -contestó Joanna, risueña.

-Ah, pues empecemos por la primera: estupendamente. Las balas lo tienen difícil para frenar a un verdadero hombre. Apenas me han hecho cosquillas. Ahora mismo iba a dar un par de vueltas por toda la pista, y a lo mejor voy luego a jugar un partido de rugby.

-Ya. ¿Y cuál es la segunda respuesta?

-Pues que esta maldita pierna me duele como una condenada y que, si tuviese la mala ocurrencia de querer dar una sola vuelta a la pista, caería desplomado como un paquete.

Joanna se echó a reír. A Julio le gustaba hacerla reír, le relajaba. Sus facciones perdían aquella rigidez que le daba aspecto de persona fría y poco accesible.

-¡Qué van a decir de usted sus viriles compañeros! No se le ocurrirá reconocer una cosa así delante de ellos, ¿verdad?

-Ni hablar. Me tomarían por un marica. No irá usted a decírselo, ¿verdad?

Soy una tumba.

-Bueno... ¿va usted a correr?

-A eso he venido.

-¿Qué tal si la sigo cojeando y observo cómo lo hace?

-Podré soportarlo.

Joanna empezó a hacer ejercicios de calentamiento y él se arrimó a las barras y se recostó, observándola.

Lunes, 3 de enero, 12.15 horas
Quantico, Virginia

Alex se estaba retrasando un poco. Toni ya se había cambiado y estaba calentando. Practicaba las posturas sempok y depok, dejándose caer en posición sedente y levantándose sin apoyar las manos en el suelo, como impulsada por un resorte.

-Perdona por el retraso -dijo Alex, que acababa de asomar por la puerta-. Me han entretenido con unas llamadas. Voy a cambiarme -añadió, dirigiéndose al vestuario.

-No te preocupes.

Alex volvió al cabo de un minuto, con camiseta y pantalones negros de algodón y una cinta blanca ceñida a la frente. También llevaba zapatillas de lucha. No estaba permitido llevar otro tipo de calzado para no dañar el tatami.

Toni le hizo una reverencia y le dijo que harían ejercicios de djuru. Alex sólo estaba

familiarizado con el primer nivel, pero era obvio que había practicado fuera del gimnasio. Dentro de un par de meses ya estaría en condiciones de pasar al segundo nivel. Progresaba rápidamente. Ella tuvo que esperar cuatro meses a que Guru la iniciase en el segundo nivel de djuru.

Al cabo de quince minutos, Toni dio por terminada la sesión de djuru. Ya había sudado bastante. Tenía la camiseta empapada. Fue hasta donde tenía la chaqueta, que había dejado doblada en el suelo, junto a la pared. Se inclinó y sacó el kris, que estaba en el doblez de la chaqueta.

-Mira -le dijo, mostrándole el arma.

Alex arqueó las cejas.

-¿Es indonesia?

-Sí. Se llama kris, aunque algunos lo pronuncian kres y con una ese muy larga: kress -le explicó ella. Me lo regaló Guru cuando estuve en casa por Navidad. Perteneció a su bisabuelo. Ha pertenecido a su familia durante más de doscientos años -añadió, tendiéndoselo.

Alex desenvainó la daga y miró la hoja.

-¡Caray! ¿Cómo consiguen este color y esta textura?

-Esta es una daga kris luk que tiene una dapor (forma) ondulada. El número de ondulaciones es siempre impar. También hay kris rectos. Fabrican la hoja uniendo y remachando varias clases de láminas de hierro o acero y luego las forjan para hacer una sola pieza. Después la graban y utilizan zumo de limón o de lima y arsénico para oscurecer la hoja y resaltar los grabados. Al grabado lo llaman pamor. Les atribuyen un importante significado a la dapor y al pamor de la hoja, matizado según quien haya fabricado el kris y cómo.

-¿Y te han permitido traértelo los de seguridad?

-Les dije que era un abrecartas. Toca el filo.

-No está muy afilado -dijo él tras comprobarlo con el dedo.

-Porque, básicamente, es una arma arrojadiza. No utilizan el kris como un cuchillo de carnicero, sólo contra un enemigo o contra un animal salvaje. Además, es esencialmente una arma ceremonial, aunque puede ser una arma letal en manos de alguien que sepa manejarla. Los indonesios la utilizaron durante mucho tiempo para las ejecuciones.

-Interesante. Debe de ser muy valiosa, ¿verdad?

-Su valor material es muy elevado; varios miles de dólares. Pero el verdadero valor radica en la propia daga. Muchos indonesios consideran los kris como templos en miniatura. A los fabricantes de kris los llaman Empu, y según cómo se fabrique el kris y cuáles sean los deseos del cliente, se incluyen ciertos poderes mágicos en la daga. Muchos kris tradicionales se forjan para atraer la buena suerte en la guerra, en el amor o en los negocios.

-¿Y de qué clase es éste?

Toni se encogió de hombros.

-No estoy segura. Por lo visto, los poderes mágicos de la daga cambian un poco según quien la posea.

Pero Toni confiaba en que le trajese suerte en el amor.

-No irás a golpearme con eso, ¿verdad? -bromeó Alex.

-Huy, no, que los de seguridad me harían picadillo -repuso ella, sonriente-. No. Podremos practicar con una daga de madera, pero quería mostrarte el original. Alex metió la daga en la vaina y se la devolvió.

-Pues gracias por enseñármela.

Toni se alejó unos pasos y volvió a dejar la daga en el doblez de la chaqueta.

-Bueno -dijo al volver junto a Alex-, practiquemos un poco más el djuru. Lánzame un puñetazo justo aquí -añadió, tocándose la punta de la nariz.

Alex se preparó y le lanzó un flojo directo a la nariz, que ella paró sin la menor dificultad.

-¡Eso no ha sido un puñetazo! Además, debes sujetarte el brazo derecho con la mano izquierda al darlo. Así es como se hace en el djuru.

-¿Por qué?

-Porque el silat se basa en principios estructurales y no en la fuerza bruta. Se basa en el apoyo, el ángulo y el equilibrio, pero es necesario dominar la técnica para conseguirlo. Tú

eres más alto y fuerte que yo y, si me lanzaras un puñetazo muy fuerte, yo no podría bloquearlo con la sola fuerza de mis músculos. Pero si hago un bloqueo adecuado, con las caderas en la posición correcta y los pies bien afirmados en el suelo, tengo lo que podemos llamar una ventaja mecánica. Recuerda que esta técnica fue concebida para hacer frente a un enemigo más fuerte, o a varios enemigos, incluso armados, y acaso tan hábiles como tú. Sin embargo, el dominio de la técnica no es tan importante como la oportunidad en la ejecución.

-¿Oportunidad?

-Sí. Verás: pregúntame qué es lo más importante en una comedia.

-¿En una comedia? Bueno: ¿qué es lo más importante en una comedia?

-¡La oportunidad! -exclamó ella, risueña.

-Cierto -admitió Alex.

-Pues ya lo sabes. Practica, practica..., y lo conseguirás. La práctica es la madre de la perfección. Inténtalo de nuevo. Dame un buen puñetazo.

Alex volvió a prepararse, se sujetó el brazo derecho con la mano izquierda y le lanzó un directo más fuerte que el anterior.

Toni lo bloqueó.

-Bien -le dijo-. ¡Otra vez!

Aquello funcionaba. Quizá aquel kris le diese suerte... en el amor. ¿A que sería estupendo?

Veinticuatro

Martes, 11 de enero, 9.50 horas
Bombay, India

Al entrar Jay Gridley en el estanco sonaron las campanillas de la puerta, que volvieron a sonar al cerrarla.

El estanco no estaba lejos del palacio del gobernador, en una de las malsanas calles que daban a la bahía de Back.

Corrían los años noventa del siglo xix y el imperio británico seguía en su apogeo. Bombay era, por supuesto, una ciudad hindú, pero la bandera británica ondeaba por toda la ciudad igual que por todo el país.

Por aquel entonces, la India era «la joya de la Corona».

El local era oscuro y la atmósfera estaba muy cargada. El dependiente era un hombre de piel oscura, un nativo que llevaba camisa blanca y traje de verano. El aroma dulzón del tabaco de su pipa se sumaba a la densa superposición de aromas de los distintos tabacos.

Había un ejemplar del London Times de hacía un mes junto a un tarro grande de cristal, lleno de cigarros baratos, una cajita de cerillas y una bandeja de metal con palitos de cedro.

Jay llevaba un traje blanco de hilo y un sombrero flexible de color marrón claro.

-¿Tiene usted otros periódicos? -le preguntó Jay al dependiente, señalando el Times.

-Sí, señor, están al fondo, junto al humidificador -contestó el dependiente con el característico sonsonete de los hindúes, a la vez que exhalaba una bocanada de humo.

Jay se tocó el ala del sombrero y fue hacia donde estaban las estanterías, detrás del mostrador, junto a la puerta de cristal que conducía a la sala del humidificador, donde se guardaban los mejores cigarros y el mejor tabaco de pipa.

Le echó un vistazo a los periódicos. Tenían The Strand, el New York Times y un periódico de Hong Kong, pero no el que él buscaba, aunque... sí, allí estaba The Delhi Ledger, una pequeña publicación que, básicamente, compraban los ingleses que añoraban su país y a su rey. ¿O a su reina? Si estaban en la época victoriana, debía de ser una reina. En fin... debería estudiar mejor la historia inglesa, se dijo Jay.

Hojeó las páginas del periodicucho, que le manchaba los dedos de tinta. Y allí la encontró: la referencia que había intentado bajarse, un artículo que trataba de los daneses que iban a visitar la India. Pero lo que de verdad le interesaba era el nombre que figuraba en el texto del artículo. La Frihedsakse.

En otros tiempos, a Jay le habría extrañado encontrar información acerca de Dinamarca en una página web de información hindú, pero ya no. La información era como el polvo que, agitado por el viento, se filtraba por todas partes y aparecía en el lugar más insospechado. El lugar lógico para buscar datos sobre una organización terrorista danesa era Dinamarca o, por lo menos, un país escandinavo y, desde luego, había peinado las redes de esos países con los mejores programas de búsqueda de que disponía Net Force, pero en vano.

De modo que había ampliado su campo de búsqueda y allí, en Bombay, acababa de dar con la primera pista. Y sintió un gran alivio, porque el tiempo pasaba muy de prisa (llevaba una semana sin ningún dato esperanzador y, aunque durante esos días no se habían producido incidentes, nadie garantizaba que no fuesen a producirse de un momento a otro). Se llevó el periódico a la parte delantera, se lo pagó al dependiente y salió a la calle.

Estaba nublado. ¿En qué época del año se encontraban? ¿En la estación de los monzones? Años atrás, aquel detalle no se le hubiese escapado al programar el escenario, por mucha prisa que tuviese. Aunque «la buena presencia» seguía siendo importante, hacer bien el trabajo lo era aún más.

Martes, 11 de enero, 10.15 horas
Blacktown, Nueva Gales del Sur, Australia

Jay se había cambiado de ropa. En lugar de vestir el traje tropical de hilo que llevaba en Bombai, se puso unos shorts y una camisa de manga corta de Abercrombie & Fitch, zapatos recios y sombrero australiano.

Su siguiente escala era una pequeña biblioteca de Black-town, al noroeste de Sydney.

Estaban en pleno verano y en la biblioteca no había aire acondicionado, pese a que había elegido el tiempo actual para su escenario (todo un salto en comparación con la época de hacía un par de minutos).

-¿Qué desea, señor? -le preguntó la bibliotecaria con un marcado deje australiano que a Jay le encantaba. Lo utilizaba con mucha frecuencia para personajes secundarios de sus escenarios.

-Estoy buscando este periódico -repuso Jay, dejando un recorte encima de la mesa de la bibliotecaria, que se puso las gafas y lo miró.

-Ah, sí. Está en la sección de revistas, al fondo a la izquierda.

-Gracias, señora.

-Es usted norteamericano, ¿verdad?

-Sí, señora.

-Pues..., me alegro de conocerlo.

Jay le sonrió, se tocó el ala del sombrero y fue hacia la sección de revistas. Sería un poco más laborioso y lento que una consulta en la web real, pero así era más divertido.

Martes, 11 de enero, 10.30 horas
Rangún, Birmania

Jay encontró un artículo en el que se mencionaba a la organización Frihedsakse en relación con una importante empresa naviera. No era gran cosa, sólo un rumor sin confirmar acerca del hundimiento de un petrolero. Bueno... Podría ser como la bola de nieve que termina provocando un alud. Guardó la información y prosiguió su búsqueda.

Martes, 11 de enero, 10.40 horas
Johannesburgo, Sudáfrica

En una comisaría de policía de Boksburg cacheaban a un hombre, arrestado por robar un

coche. Pero el detenido no llevaba en su cartera más que una tarjeta profesional en cuyo reverso estaba escrita la palabra Frihedsakse junto al número de identificación de un antiguo servidor de Internet. Probablemente, aquel servidor ya no existía, pero no importaba. Bastaba con que hubiese existido para poder localizar sus archivos.

Una rápida comprobación de la fecha de la información mostraba que había estado en el ordenador de la policía hacía cinco meses. Un paquete de píxels de la imagen de la tarjeta incluía un sello con la fecha y la hora, como prueba de que pertenecía al banco de datos de la jefatura de policía de Johannesburgo.

Jay guardó la tarjeta y sonrió. Aquellos terroristas no sabían con quién se la estaban jugando. Nada menos que con Jay Gridley, el hombre que había acabado con aquel loco programador ruso. Ya podían rezar.

Martes, 11 de enero, 10.50 horas
Kobe, Japón

En un rancho de ganado vacuno de Kobe habían entrado a robar, nada más y nada menos, que una caja de cerveza que debían administrarle a las vacas. La policía no tenía más que una pista: garabateado en la pared, junto a diez cajas de cerveza, habían escrito la palabra «Frihedsakse».

Jay tomó nota.

Y así iba avanzando su investigación, poquito a poco. Porque así solía ser el trabajo de quienes rastreaban la red, semejante a cernir la arena del río con un cedazo para ir separando las pepitas de oro. Si se hacía bien, se podía llegar a acumular una serie de minúsculas piezas que, independientemente, resultaban irrelevantes pero que juntas podían servir para solucionar un rompecabezas.

Jay creía tener ya todas las piezas y sólo le quedaba aplicarse al montaje.

¿Y luego?

¿Acaso Frihedsakse no significa «Eje de Libertad»? Pues, partirlos por el eje.

Martes, 11 de enero, 11.15 horas
Miami Beach, Florida

Platt caminaba por una de las calles turísticas cercanas al canal, disfrutando de la agradable temperatura. Los viandantes que veía a derecha e izquierda llevaban indumentarias tan coloristas como la propia Miami Beach, donde era posible encontrar a cualquier hora personas de todas las nacionalidades, razas y etnias. Por más que nevase en el norte del país, en Washington o en Nueva York, allí tenían, casi invariablemente, una temperatura que oscilaba entre la propia de la primavera y la propia del verano.

La vida resultaba agradable en una tierra en la que se podía ir en camiseta y pantalón corto en pleno invierno.

Platt no iba a ningún sitio concreto. Sólo había salido a dar un paseo para aprovechar el sol, antes de tener que volver a su habitación para conectarse a la red.

Se fijó en una negrita que llevaba un top y unos shorts y sonrió al ver pasar su culito respingón. Estaba muy buena.

Un tipo alto, con un chándal de franela y patines, pasó por su lado riendo, perseguido por un grupo de niños que también llevaban patines.

Platt rebasó a dos esperpentos que llevaban sendos tops verde claro y rosa, con unos bermudas demasiado holgados y que, más que curtidas por el sol, parecían requemadas. Sus implantes de silicona eran lo único que no les colgaba. Ninguna de las dos cumpliría ya los setenta y tenían la cara tan estirada por la cirugía estética que, sin duda, sus artificiales pechos debían de saltar arriba y abajo cada vez que sonreían.

A Platt no le gustaban los pechos de silicona, por grandes que fuesen. En fin..., de todas maneras no tenía mucho tiempo para buscar algo mejor, porque debía volver a trabajar.

No se hacía muchas ilusiones acerca de sus dotes de informático. Era mejor que muchos pero no tan bueno como los grandes expertos. En la realidad virtual, algunos de los informáticos de Net Force estrecharían el círculo en torno a él. Pero, de momento, los agentes de Net Force iban desencaminados, y eso era una buena ayuda.

Al poco de salir de casa se había encontrado con un viejo compinche llamado James Treemore Vaughn, a quien llamaban Jimmy Tee. Rondaba ya los setenta, tenía el pelo blanco y aspecto de abuelo bonachón, de persona a quien cualquiera le habría confiado la esposa, los hijos o el dinero. Pero Jimmy Tee era un estafador que se dedicaba a pequeños timos y estafas cuando Platt lo conoció, aunque en su juventud había intervenido en grandes fraudes. Había ganado mucho dinero pero también lo había gastado, y ahora no tenía donde caerse muerto. Sin embargo, conocía mejor a las personas que un ejército de psiquiatras, prostitutas y camareros. Podía atraer a un tipo, timarlo y conseguir que se marchase como si acabase de hacerle un gran favor.

Una vez, en Kansas City fueron a un bar llamado Big Bill Barlow's y pidieron dos vasos de whisky de malta, por el que Jimmy Tee tenía debilidad. Y durante aquel encuentro, el viejo Jimmy Tee le dio una buena lección.

-El secreto está en que el «primo» te haga la mayor parte del trabajo. Un buen timador se queda con la pasta, pero un gran timador consigue lo mismo y además el primo no se entera de que se la ha quedado.

Platt estaba fascinado.

-¿Ah, sí? -exclamó haciéndole señas al barman para que volviese a llenarle el vaso a Jimmy Tee.

-Por supuesto. Mira: hay por ahí muchos tipos más listos, más rápidos y más sinvergüenzas que uno. Todo consiste en aprovechar su codicia, hacerles creer que eres tonto y que te van a timar con facilidad y... darles tú el cambiazo.

Platt sonrió al recordarlo. El viejo Jimmy Tee había muerto hacía cinco o seis años, pero no había olvidado sus lecciones.

Los agentes de Net Force buscaban terroristas, porque era el terrorismo lo que más temían. De modo que... perfecto, él y Hugues les servirían a los terroristas en bandeja. El truco estaba en ocultar pequeñas claves, dispersas, y camuflarlas lo bastante bien para que a los agentes les costase trabajo dar con los escondrijos. Si uno buscaba algo que sabía dónde estaba pero no acababa de localizarlo, el resultado era aplicarse más en la búsqueda.

Toda aquella patraña danesa fue idea de Hugues, y evidenciaba una gran astucia. Platt había empezado a sembrar pistas acerca de la Frihedsakse hacía cinco o seis meses. De modo que Net Force podría exprimir los datos cuanto quisiera, y seguirían pareciéndoles reales o, por lo menos, reales en cuanto a que estaban en la memoria de un ordenador meses antes de que apareciese el manifiesto.

Quedaban por encajar algunas piezas pero, en cuanto lo consiguiesen, manipularían las fechas para que pareciese que tales piezas llevaban allí meses o años. Cuando Net Force las localizase, habrían comprobado los primeros datos y habrían llegado a la conclusión de que eran esencialmente auténticos. Y esto los convencería de que también los datos posteriores lo eran cuando los encontrasen. No se molestarían en comprobar estos últimos o, en caso de hacerlo, lo harían muy por encima, puesto que lo que tales datos les decían era justamente lo que deseaban creer.

Porque si algo tiene aspecto de conejo, huele como un conejo y salta como un conejo, será un conejo, ¿no?

Si le diésemos a una persona una bolsa de monedas, metiese la mano y sacase ocho o diez al azar, y todas resultasen ser de oro puro de veinticuatro quilates, creería que todas las demás monedas eran auténticas; pensaría que era imposible haber sacado al azar las auténticas y que las demás fuesen falsas.

La persona en cuestión se olvidaría por completo de todos los juegos de manos que hubiese visto en su vida, se olvidaría de que existen ilusionistas que abren una baraja de cartas en abanico y te dejan que elijas una -cualquier carta-, y el prestidigitador sabe cuál es antes de que el incauto la toque.

Cuando el ojo no sabe dónde mirar, la mano no necesita ser más rápida que el ojo.

Según Jimmy Tee, el truco estaba en no hacer demasia-dos floreos sino en, simplemente, conseguir que el incauto mirase en otra dirección y distraerlo. Y cuanto más listo sea el incauto, más fácilmente se le engaña, si uno lo hace bien. Net Force se había cebado en la pista del grupo terrorista danés. Platt lo sabía porque parte de los carísimos y prácticamente indetectables programas de que disponía le indicaban que la caza iniciada por los federales para localizar a los terroristas había empezado a dar con las pistas falsas que él les había dejado. Se trataba de pistas lo bastante bien ocultas para que fuese difícil encontrarlas y lo bastante misteriosas para obligarlos a plantearse numerosas hipótesis.

Los agentes de Net Force no le habrían dado la menor credibilidad a algo demasiado fácil de localizar, por aquel viejo proverbio que asegura que «lo que no cuesta no vale». Pero si para localizar lo que fuese tenían que cruzar marjales infestados de mosquitos, lo que encontrasen en una grieta del tercer ciprés muerto a la izquierda sería real como la vida misma, ¿no?, puesto que tanto trabajo les había costado.

Pues no. Pero ahí estaba el truco.

En cuanto la jauría oliese a la presa, cuando creyese estar en el buen camino, les dejaría ver el conejo, y en cuanto viesen que el animalito echaba a correr, lo perseguirían. Pero no lo atraparían. Porque no era real, sino sólo un fantasma, un espectro, un espíritu.

Y, la verdad, sería divertidísimo ver cómo lo perseguían. Por supuesto, tenía que asegurarse de que la jauría todavía quisiera cazar al conejo. De modo que aquella tarde les daría un nuevo motivo; un motivo realmente justificado esta vez.

Veinticinco

Miércoles, 12 de enero, 18.15 horas
Washington, D. C.

Tyrone Howard habría preferido morir.

Estaba tumbado boca arriba en la cama, mirando al techo, incapaz de moverse a causa del peso que Bella había echado sobre sus hombros. Había recordado cientos de veces la conversación que había mantenido con ella. La conclusión siempre había sido la misma. Simplemente, lo dejaba, y punto.

Al verla en el instituto, Bella se había comportado con normalidad. El había pensado no decirle nada pero, al final, lo había soltado, como si le hubiesen dado un puñetazo en la boca del estómago y las palabras que lo corroían hubiesen salido disparadas.

-¿Qué? ¿Has visto a alguien interesante en el centro comercial últimamente?

Tenía que reconocer que Bella no era tonta. No simuló no entender a qué se refería. Y allí mismo, en el pasillo, frente al aula de último curso, se lo dijo sin rodeos:

-Puede que sí. ¿Acaso es asunto tuyo?

¡Otro puñetazo en la boca del estómago!

-¿Que no es asunto mío? ¡Por Dios, Bella! Creía que tú y yo... En fin...

-¿Qué creías? ¿Que estamos casados? Mira, tío, me gustas. Eres listo. Pero tengo otros amigos. ¿Me captas? Y los veo cuando y donde quiero, ¿te molesta?

Tyrone se quedó demasiado estupefacto para pensar la respuesta. Quizá si hubiese reflexionado, si hubiese tenido tiempo de analizar bien lo que ella le había dicho, le habría contestado otra cosa. Pero le dijo lo primero que le pasó por la cabeza:

-Sí. Eso no me ha gustado nada.

Bella lo fulminó con la mirada como si Tyrone la hubiese abofeteado.

-¿Ah, no? Vaya... Pues mira: o lo tomas o lo dejas. Yo soy quien impone las reglas del juego. Si quieres jugar, tendrás que aceptarlas.

-Me temo que no -replicó él con acritud.

Bella se enfureció. Por un momento, Tyrone creyó que iba a escupirle.

-Pues, entonces, te diré lo que vamos a hacer: dejarlo. Y olvídate del número de mi móvil. ¿Entendido? No tengo tiempo para hacer manitas contigo y enseñarte de qué va todo, niñato.

Y, sin más, dio media vuelta y se alejó.

Tyrone se quedó atónito. No podía ver ni oír a los compañeros que pasaban por su lado. No veía ni sentía nada, salvo una opresión en el estómago, y un extraño vértigo, como si acabara de caer desde lo alto de un rascacielos y viese el asfalto acercarse vertiginosamente.

Allí, en su cama, reprodujo la escena mentalmente, buscando una pequeña grieta, una palabra que pudiera tener doble sentido y que se le hubiese escapado, una palabra mágica que, una vez comprendida, le hiciese dar la vuelta a toda la conversación en su cabeza y hacer que significase algo completamente distinto. Pero no encontraba esa pala-bra mágica, simplemente porque no estaba.

-¿Estás bien, hijo?

Tyrone ladeó la cabeza y vio a su padre en la puerta.

-Tu madre está preocupada por ti. Si tienes algún problema, quizá podamos ayudarte.

Deseaba contestarle algo con el solo objeto de que su padre lo dejase tranquilo, algo así como «No, no me pasa nada. Estoy bien. No os preocupéis». Pero estaba tan afectado que no se sentía con ánimo para nada, ni siquiera para mentir.

-Es que Bella y yo hemos roto -contestó.

Su padre entró en el dormitorio y se recostó en la pared junto al ordenador de Tyrone.

-Deduzco que no has sido tú quien ha roto.

-No, no he sido yo.

-Quieres que hablemos?

-No, de verdad.

Pero, tal como le había ocurrido con Bella, las palabras brotaron de sus labios casi por cuenta propia. Y Tyrone se lo contó todo a su padre: que la había visto con otro chico en el centro comercial, que había besado a aquel imbécil, y que luego había hablado con ella en el instituto y que todo se había terminado.

Se lo contó con una profunda amargura.

Su padre lo escuchó condolido y apenado. Si pudiera haberse interpuesto entre su hijo y el mundo para que nada lo hiriese, lo habría hecho. Pero era consciente de que eso no servía de nada. Había lecciones que uno tenía que aprender por su cuenta, sin la ayuda de nadie, y no había más remedio que aprender a sufrir. Para ser un hombre «bien templado», como decían antes, tenía que ser capaz de soportar los golpes y el fuego en la forja del mundo. Sin embargo, eso no impedía que le doliese ver sufrir a su hijo. No había nada que le doliese tanto como verlo sufrir.

Tyrone se había levantado de la cama y se había marchado escaleras abajo. Era evidente que lo estaba pasando muy mal, y su padre no sabía qué hacer. Estaba convencido de que, por lo menos en aquellos momentos, no había nada que pudiese contribuir a que su herida cicatrizase. Ningún corazón destrozado aceptaba más medicina que el tiempo. Explicarle que el primer desengaño amoroso de la adolescencia sería algo que, algún día, consideraría como una pe queña cicatriz en la vastedad de su experiencia no le hubiese servido a Tyrone de ningún consuelo.

Si le hubiese dicho que lo superaría, no le habría dicho más que la verdad, pero eso no le habría servido de consuelo.

Al bajar lo vio sentado en un sillón del salón y él fue a sentarse, a su vez, en el sofá.

-Cuando yo tenía dieciséis años, Tyrone, estaba muy enamorado -le dijo- de una chica del instituto que se llamaba Lizbeth Toland. Eramos compañeros de curso y estábamos tan unidos que íbamos a todas partes juntos. Incluso le regalé el anillo que nos daban al terminar lo que entonces llamaban «bachillerato elemental». Por entonces, a ser novios lo llamaban «salir con alguien», y ya hacíamos planes. Decíamos que nos casaríamos y que tendríamos hijos. Y lo decíamos muy en serio.

Tyrone lo miró fijamente.

-Se te hace difícil imaginarme con una mujer que no sea tu madre, ¿verdad?

-Sí -reconoció Tyrone.

Pero el muchacho debió de pensar que quizá aquella simple afirmación no era demasiado adecuada y se apresuró a corregirse:

-Bueno, no... En realidad lo que quiero decir es que nunca me he parado a pensarlo.

-Claro. Yo estuve convencido durante mucho tiempo de que la cigüeña me había llevado a casa de mis padres -le explicó su padre, sonriente-. La idea de que mis padres hiciesen el amor era algo que escapaba a mi comprensión.

Tyrone meneó la cabeza y su padre creyó leerle el pensamiento. ¿El abuelo y la abuela haciendo el amor? Le parecía inconcebible.

-El verano del año en que acabé el bachillerato elemental fui a campamentos -siguió explicándole John a su hijo-. Lizbeth y yo nos escribíamos a diario, y hablábamos por teléfono siempre que podíamos. Me decía que me echaba de menos, que estaba muy impaciente esperando que volviese. Y yo me sentía igual. Pero un día recibí una llamada de mi mejor amigo, Rusty Stephens. Había estado en un bar por la noche con dos amigos, y había visto a Lizbeth allí, con un chico a quien no conocía, muy animados.

-¡Qué horror! -exclamó Tyrone.

John asintió con la cabeza, consciente de que su hijo entendía perfectamente cómo se había sentido.

-Sí, eso mismo me dije yo. La llamé y le pedí explicaciones. Y me dio una perfectamente razonable. Reconoció haber estado en el bar, pero me aseguró que el chico que estaba con ella era su primo, que había ido a visitar a sus padres, y que su madre le había sugerido que saliese con él a dar una vuelta. De modo que era un primo, no un chico que la cortejase y con quien ella hubiese aceptado salir. -John meneó la cabeza y luego añadió-: La creí. ¿Por qué no iba a creerla? Nos queríamos y confiábamos el uno en el otro. Además, quise creerla, en lugar de pensar que me había traicionado. Y me sentí feliz.

-¿Qué ocurrió entonces?

-Pues que semanas después, Rusty volvió a llamarme. Había vuelto a ver a Lizbeth de copas y bailando con otro chico y en otro bar. Me dijo que los había seguido al salir, y que habían ido hasta un paraje muy frecuentado por los novios y se habían quedado dentro del coche con las ventanillas subidas, pese al calor que hacía.

-Jo! -exclamó Tyrone.

-Sí, pero yo no exclamé sólo... ¡jo!, sino algo bastante más fuerte. Me sentó como un tiro. La llamé y volví a pedirle explicaciones. Y entonces lo negó y me dijo que quien me lo hubiese contado era un mentiroso. De modo que me vi entre la espada y la pared: o mi novia me engañaba o mi mejor amigo era un mentiroso.

-¿Y qué hiciste? -le preguntó Tyrone.

-Pues comprobarlo. Llamé a un par de chicos con los que Rusty me dijo haber visto a Lizbeth y me lo confirmaron, o por lo menos en parte.

-0 sea... que ya quedó todo claro -dijo Tyrone.

-No del todo. La cosa fue aún peor.

Su hijo arqueó las cejas con expresión inquisitiva.

-¿Peor?

-Llamé a Rusty y le dije que fuese a ver a Lizbeth y le pidiese que le devolviera mi anillo. Porque puesto que me engañaba, habíamos terminado.

-¿Y Rusty lo hizo?

-En cierto modo. Rusty fue a verla y le dijo lo que yo le pedí que le dijera. Pero ella se negó a entregarle el anillo, estuvieron hablando durante mucho rato y ella me puso verde.

Tyrone lo miraba atónito.

-Me llamó «estúpido gilipollas».

-Jo!

-De modo que le di las gracias a Rusty y le dije que me las iba a ver con ella. Esperé a un fin de semana de agosto, durante el que no tendríamos mucho que hacer, y fui a casa en el tren. Llegué el viernes a última hora de la noche y fui a casa de Lizbeth en taxi. Una vez allí vi el destartalado Chevrolet de Rusty aparcado enfrente. Debe de haber venido a hablar con ella, pensé. 0 puede que para insistir en que le devolviese el anillo. Bajé del taxi y, al llegar

frente a la puerta de la casa, oí un ruido procedente del Chevrolet. Volví hacia atrás y miré al interior del coche. Y los vi abrazados, medio desnudos, en el asiento delantero.

-Joder! -exclamó Tyrone.

-Exacto, hijo. Eso es lo que hacían.

En cualquier otro momento habría reprendido a Tyrone, recordándole que no debía decir tacos. Pero, dadas las circunstancias, la exclamación de su hijo le pareció muy apropiada.

-Me sentí morir. No sabía si sacar a Rusty del coche a la fuerza y darle una paliza, o dar media vuelta y alejarme antes de que me viesen.

-¿Y qué hiciste?

-Me quedé allí un rato, que me pareció una eternidad, viendo cómo se besaban y se acariciaban. No podía dar crédito a lo que veía. Me parecía una pesadilla. Y de pronto sentí frío, verdadero frío, como si me estuviese congelando, pese a que estábamos en agosto, a casi treinta grados y con mucha humedad. Entonces di unos golpecitos en el cristal de la ventanilla del lado del conductor. Se sobresaltaron. Y, cuando ladearon la cabeza y me vieron, me limité a sonreír y a saludarlos con la mano. Luego me marché. Y, como había despedido al taxi, tuve que volver a casa a pie. Rusty me alcanzó cuando apenas había caminado doscientos metros. «¡Espera, John! ¡Puedo explicártelo!», me dijo. «No, me temo que no», le solté con frialdad. Por un lado, me entraron ganas de romperle la cara pero, por otro, sentí un extraño alivio, como si me hubiese librado de dos amenazas ocultas (y, sin duda, así era). Aunque, en aquellos momentos, no lo vi exactamente así, sino entremezclado con la sensación de que era una pesadilla. «Dejo de considerarte mi amigo, Rusty -le dije-. No pienso volver a dirigirte la palabra.»

-¡Qué horror, papá!

-Sí, fue horrible, hijo. Perdí a mi novia y a mi mejor amigo de una tacada. Por entonces, yo ignoraba que estas cosas son más frecuentes de lo que parece; suceden tan a menudo que se han convertido en un cliché. Pero eran dos personas desleales y se merecían el uno al otro. Podría haberle roto la cara a Rusty pero pensé en lo que siempre decía mi madre: que su acción les acarrearía un mal karma, y que un día u otro lo pagarían; que alguien les pagaría con la misma moneda. No quise saber nada más de ellos, ni ensuciarme las manos golpeando a Rusty hasta hacerlo sangrar. De modo que entiendo perfectamente cómo te sientes, Tyrone, y todo lo que puedo decirte es que lo superarás. Ahora resulta tan terrible para ti como lo fue para mí. Pero algún día no te parecerá tan grave.

-Pues... nadie lo diría. Porque todavía lo recuerdas con pelos y señales.

-No he dicho que vayas a olvidarlo, porque estas cosas nunca se olvidan del todo. Lo que quiero decir es que, con el paso del tiempo, dejará de dolerte. A la postre, no te habrá quedado más que una pequeña cicatriz que sólo te dolerá si hurgas mucho en ella. Ya sé que, en estos momentos, esto que te digo no puede servirte de mucho, pero es la verdad.

Permanecieron en silencio unos segundos. John aguardaba a ver si debía dar por terminada la conversación, o si su hijo quería seguir hablando.

-¿Qué fue de ellos? -preguntó entonces Tyrone-; de Rusty y de Lizbeth. ¿Acabaron pagándolo? ¿Los atropelló un autobús?

John se echó a reír.

-No exactamente -contestó-. Se casaron nada más terminar el bachillerato e ingresaron en la universidad. En la actualidad, él es médico y ella profesora de inglés. Tienen tres hijos y, según la familia que nos queda allí, son un matrimonio muy feliz.

-¡Pues vaya! No parece que su acción les acarrease un mal karma.

-Es que el mal karma puede cebarse en uno al cabo de un par de reencarnaciones -explicó John.

-¡Bah! -exclamó Tyrone entre risueño y desdeñoso.

-En el fondo, hijo, lo mejor es aceptar que lo pasado, pasado está. Uno no puede anular lo que ha visto y oído, y aunque los hicieses picadillo a los dos, a Bella y a su nuevo amigo, eso no aliviaría tu sufrimiento. La venganza casi nunca reporta paz. Además, si Lizbeth y yo no hubiésemos roto, no me habría casado con tu madre, ni siquiera la habría conocido. Y creo que he salido ganando con diferencia.

John le sonrió y Tyrone le devolvió la sonrisa.
-¿Vas a cenar?
-Me parece que no. No tengo apetito.
-De acuerdo. Te excusaré ante mamá.
-Gracias, papá. Ah, y..., papá, gracias por habérmelo contado.
-De nada, hijo.

Veintiséis

Miércoles, 12 de enero, 19.00 horas
Washington, D. C.

El garaje estaba vacío.

Michaels se detuvo frente a la puerta y miró la más grande de sus dos cajas de herramientas. El último coche que había restaurado, un Plymouth Prowler, ya no estaba allí. Lo vendió dos días después de conseguir que volviese a funcionar como era debido. Lo lavó bien y fue a dar una vuelta con la capota subida, porque hacía demasiado frío para bajarla. Nada más volver a casa lo llamó por teléfono un comprador potencial. Era lo que solía sucederles a otros aficionados a restaurar coches antiguos. Uno se lo decía a un amigo que llamaba a otro que se interesaba por el coche, y no era cuestión de perder la oportunidad.

Michaels sonrió y fue hasta la parte trasera de la casa, a ver qué tenía para cenar.

Al llegar a la cocina abrió el frigorífico y sacó unas hamburguesas y unos sándwiches de pollo. Se encogió de hombros. La hamburguesa terminaría por parecer una suela de zapato si la dejaba allí más tiempo. Pero le daba igual, porque prefería el pollo. De modo que retiró la envoltura de celofán de los sándwiches y los metió en el microondas para descongelarlos.

Había vendido el coche por el procedimiento habitual. Una tarde sonó el teléfono y un hombre, que al parecer nadaba en la abundancia y que se había enterado a través de un conocido, se interesó por el Prowler.

Michaels sumó lo que le costó el coche y las piezas que le había añadido, hizo un cálculo del tiempo empleado y valoró el trabajo de rectificar el motor, reparar la transmisión, el cambio de marchas y la carrocería. Luego incrementó el total en un treinta por ciento.

Al decirle cuál era el precio al comprador, éste aceptó tan de inmediato que Alex comprendió que podría haberle pedido bastante más. Aunque no le importaba, porque no restauraba coches para hacer negocio con ellos. Pero le producía una íntima satisfacción saber que, si un día decidía dejar Net Force, probablemente podría ganarse la vida restaurando coches. Todo lo que se necesitaba era tener un garaje y herramientas. Y él disponía de las dos cosas.

El microondas le dirigió sus sincopados silbiditos y al ir a abrirlo sonó el teléfono.
-¿Diga?
-Quisiera hablar con Alex Michaels, el restaurador de coches.
-Yo mismo.
-Me llamo Greg Scates. Todd Jackson me ha dado su teléfono.

Todd Jackson era el hombre que le había comprado el Prowler.

-Mucho gusto, señor Scates. ¿Qué desea?
-Tengo un coche antiguo y Todd me ha dicho que a lo mejor podría interesarle a usted.
-¿De qué coche se trata?
-Es un Mazda MX-5 de 1995.

Michaels arqueó las cejas.

El MX-5 era más conocido en Norteamérica como Miata. Era un descapotable biplaza, mucho más pequeño que el Prowler.

Alex no era muy aficionado a los coches japoneses. Prefería el producto nacional, los clásicos coches norteamericanos de las viejas factorías de Detroit. ¿Un Miata? Siempre le había parecido que era una especie de MG Midget. Era un vehículo original. El modelo de 1995 aún tenía los faros asomando completamente de la carrocería.

-Deme detalles -le dijo Michaels.

-Verá, he de ser sincero con usted. Sé muy poco de coches y menos aún de éste en concreto. Era de mi padre, que murió en noviembre. Lo compró nuevo cuando yo me marché de casa para ir a estudiar a la universidad. Lo condujo durante unos meses, pero no tenía bastantes reflejos para un coche como ése y mi madre temía que un día se matase con él. De modo que, al poco tiempo, mi padre lo desechó y lo dejó en el garaje.

Interesante.

-¿Y en qué estado está?

-Pues no tengo ni idea, porque mi padre le quitó las ruedas y lo dejó encima de unos soportes en el garaje (mis padres viven en Fredericksburg); vació bien el depósito de gasolina y el radiador, le aplicó a todas las piezas grasa, las protegió con un revestimiento especial y le puso una cubierta. Las ruedas están en bolsas de plástico. Y, que yo sepa, el coche lleva así desde hace dieciséis años.

¡Vaya!, exclamó Alex para sí, vivamente interesado. No era la primera vez que oía hablar de un coche casi nuevo cuyo propietario lo había desechado para venderlo en el futuro. Nunca se había encontrado personalmente con un caso así, pero entre los aficionados a restaurar coches era un sueño encontrar un modelo raro, casi nuevo, herencia de alguien que no tenía ni idea de coches y que lo vendía por cuatro duros.

Michaels se acercó al ordenador que tenía encima de la repisa, conectó con un buscador especializado en vehículos y buscó «Coches clásicos». Aunque el coche no era propiamente un clásico y sólo tenía dieciséis años, lo encontraría allí, porque dada la vida media de los coches de los años ochenta del siglo xx, dieciséis años eran muchos años.

Mazda... Ajá. Ya lo tenía.

-¿Cuánto querría usted por el coche, señor Scates?

-Llámeme Greg, por favor. No lo sé. Pero me ha dicho Todd que si usted está interesado, me ofrecerá un precio justo.

Michaels miró la pantalla. Humm. Según la información de la página de «Coches clásicos», el pequeño descapotable biplaza de 1995 no era nada barato si estaba en buen estado. Y uno que tuviera todas las piezas bien protegidas podía costar aún más. Pero no podía pronunciarse hasta que lo viese.

-Me interesa, Greg. Y me gustaría verlo. Pero no me será posible ir a Fredericksburg hasta el sábado. ¿Puede esperar hasta entonces?

-Por supuesto. Lleva tantos años en el garaje que no creo que importe esperar un par de días más.

-De acuerdo, entonces.

El señor Scates le dio las señas, convinieron en la hora y se despidieron.

Bueno, bueno... Qué curioso, se dijo Michaels. Con un poco de suerte, pronto tendría otro coche para restaurar. Tenía suerte de poder tener una afición que le permitiera desconectar del trabajo.

Y ahora... atacaría los sándwiches de pollo.

Jueves, 13 de enero, 9.00 horas
Bissau, Guinea-Bissau

Hugues iba en una limusina Cadillac blindada. Habían salido del hotel y se dirigían al palacio presidencial. El trayecto no era precisamente interesante. Pese a que el anterior presidente, Joao Bernardo Vieira, y su Partido Africano para la Independencia de Guinea-Bissau y Cabo Verde habían conseguido que sus compatriotas se orientasen hacia la modernidad, seguía siendo un país tercermundista. Nativos semidesnudos vendían en tenderetes instalados en plena calle, entre bloques de edificios y compradores y viandantes con muy poca ropa. Incluso había alcantarillas abiertas a dos pasos de las calles principales, y muchos más caminos vecinales que carreteras; y encontrar una cabina telefónica que funcionase era un milagro.

Las principales actividades económicas del país eran la pesca y la agricultura, sectores en los que trabajaba el noventa por ciento del millón y medio de habitantes que tenía el país, bien directamente en granjas o en barcos, bien en las plantas procesadoras. Los principales productos que exportaban eran los anacardos, los palmitos y los cacahuetes, e importaban cuatro veces más de lo que exportaban. Apenas elaboraban productos no agrícolas, salvo refrescos y cerveza. La deuda nacional era muy elevada, las prospecciones mineras escasas y, en definitiva, Guinea-Bissau era uno de los países más pobres del planeta. La mayoría de la población se alimentaba a base de arroz, que no sobraba. Pero se consideraba afortunada de tener por lo menos eso. Y quienes llegaban a los cincuenta años se consideraban longevos. Apenas un cuarenta por ciento de los hombres sabían leer y escribir. Sólo una de cada cuatro mujeres sabía leer algo más que su nombre. Consideraban que no merecía la pena gastar dinero en su educación.

El país carecía de red de ferrocarriles y sólo tenían unos tres mil kilómetros de carreteras asfaltadas, aunque en pésimo estado; y un aeropuerto internacional. En cuanto a la moneda, salía más a cuenta utilizar los pesos como papel higiénico que comprar un rollo.

Ninguna persona civilizada que tuviese otra opción habría elegido vivir allí.

Por suerte, en aquellos momentos estaban en la estación seca, porque durante la estación de los monzones no se podía caminar por las calles; había que vadear.

Hugues se recostó en el respaldo del asiento y miró hacia la multicolor multitud de desharrapados, que caminaba o charlaba en corrillos, mirando hacia la limusina.

Iba a entrevistarse con el presidente Fernández Domingos, un hombre de escasas luces. Aunque, por suerte, Domingos tenía las suficientes para valorar un buen trato cuando se le ofrecía. Domingos había vivido en Johannesburgo, en Londres y en París y se había aficionado a cosas que, prácticamente, eran inasequibles en su país sin mucho más dinero del que podía robar habitualmente. Entre sus caros gustos figuraban los buenos vinos, las mujeres bonitas y el juego en los casinos de Mónaco.

Si todo salía de acuerdo con lo planeado, Hugues podría hacer a Domingos más rico de lo que hubiese soñado jamás, y podría cultivar sus gustos en lugares bastante más agradables que las sucias calles de Guinea-Bissau De paso, Domingos le permitiría a Hugues hacerse prácticamente dueño de todo el país.

Incluso un país tan mísero como era entonces Guinea-Bissau tenía un valor incalculable o, por lo menos, lo tendría una vez que estuviese en sus manos. Sólo el asilo político podía proporcionarle una fortuna, sin contar con lo que se ocultaba en el subsuelo. Porque Guinea-Bissau tenía un gran potencial si estaba en las manos adecuadas.

En sus manos.

-El palacio presidencial está un poco más adelante, señor -le dijo el chófer, un blanco alto y fornido que llevaba un subfusil ametrallador en el asiento del acompañante.

Hugues sabía que, bajo la chaqueta, el chófer llevaba una pistola de gran calibre, y también que era experto en el manejo de las armas. Era un ex agente del servicio secreto militar británico, contratado para asegurarse de que quienes iban a entrevistarse con el presidente llegasen enteros.

No existía un gran riesgo de ser asesinado por los nativos, pero los países vecinos, como Senegal y Guinea, estaban siempre guerreando con Guinea-Bissau o entre ellos, y enviaban pequeños contingentes que cruzaban las mal definidas fronteras y se dedicaban al pillaje y a la violación, aparte de que existía cierto peligro de atentados terroristas.

Como oficialmente Hugues no debía estar allí, no era conveniente exhibirse demasiado. Por el contrario, le convenía mantener un bajo perfil, casi como si fuese un espía. Por fortuna, el embajador norteamericano le debía a Hugues bastantes favores, y aunque no se podía decir que Hugues lo tuviese en el bolsillo, era un hombre sumamente discreto. Uno no llegaba a ser embajador sin aprender a detectar por dónde soplaba el viento, y a orientar el velamen adecuadamente.

Hugues fijó su atención en el recinto del palacio presidencial. El edificio principal era grande y ostentoso, de tres pisos. Lo habían construido con un tipo de piedra de tonos rosados que abundaba en el país, salvo el tejado, hecho de lajas azuladas. El estilo arquitectónico era

una desafortunada mezcla de estilo mediterráneo y colonial español. El recinto tenía unas cinco hectáreas y una docena de edificios, y estaba rodeado por un muro de cinco metros de altura protegido por una cresta de cristales rotos.

Hugues meneó la cabeza. Tanta ostentación se repetía en numerosas partes del mundo. Cuanto más pobre era un país, de mayor lujo se rodeaban sus dirigentes. Los ricos eran cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres.

¡Menuda novedad!

La limusina se detuvo frente a una verja que se abría y se cerraba eléctricamente. Dos centinelas armados con rifles de asalto se acercaron a la limusina y miraron hacia el interior. El chófer asintió con la cabeza y, aunque era obvio que los centinelas lo conocían, él les mostró su identificación. Los vigilantes la comprobaron y luego le hicieron señas a un tercer centinela, que estaba al otro lado de la verja, frente a una garita.

Al cabo de unos segundos se abrió la verja y entró la limusina.

El acceso era sinuoso y discurría pegado a varios estanques y rodales que aspiraban a parterres pero que no tenían más que tierra. Platt le había comentado que un terrorista que quisiera atentar contra el palacio con un coche cargado de explosivos no podría acelerar lo bastante para estrellar eficazmente el coche debido a lo sinuoso del acceso.

El presidente no era muy querido por su pueblo. Finalmente, la limusina se detuvo frente a la entrada del edificio principal.

Domingos aguardaba frente a una puerta de madera labrada, acompañado de una mujer rubia, con mucho pecho pero estilizada, que llevaba una blusa blanca, una falda negra bastante corta y zapatos con tacón de aguja. Era una mujer muy atractiva, probablemente la amante de Domingos. Justo detrás de ambos, dos guardaespaldas permanecían atentos a la llegada del visitante, mirando en derredor de vez en cuando.

El chófer le abrió la puerta de la limusina a Hugues, que bajó y le sonrió al presidente.

Domingos correspondió a la sonrisa dejando ver una perfecta y blanquísima dentadura.

-Ah, Thomas, cuánto me alegro de verlo de nuevo.

Domingos tenía acento sudafricano, porque se había educado en Sudáfrica, en una universidad en la que se licenció en sexo, juego y bebida.

Se estrecharon la mano.

El presidente era bajito y fornido. Tenía la característica tez de los grandes bebedores o, más exactamente, de los alcohólicos. A pesar de su piel achocolatada, unos rodales rojizos destacaban en sus mejillas. A sus cincuenta años tenía un aspecto disipado. Sus antepasados eran portugueses, aunque era obvio que, de vez en cuando, se habían adentrado en los montes de Venus de las nativas. No había más que verlo a él que, además de ser mucho más morenito que los europeos, tenía el pelo ensortijado. Sin embargo, las facciones de Domingos no eran etiópicas, lo que seguramente agradaba bastante a un racista como Platt.

-Me siento muy honrado, señor presidente -lo saludó Hugues.

-Ah, nada de eso. ¡Somos amigos! -exclamó Domingos, sonriente-. Por favor, entre en mi humilde morada. Le presento a la señorita Monique Louise, que acaba de regresar de París. Estoy seguro de que se entenderán muy bien.

Hugues miró a la rubia, que le dirigió una displicente sonrisa.

-Bonjour -lo saludó ella con un deje insinuante-. Encantada de conocerlo.

Ah...

0 estaba muy equivocado, o el bueno del presidente había decidido proporcionarle... compañía. Bueno, la verdad era que la rubia era muy atractiva. Domingos tenía mucha práctica en tales servicios y, sin duda, habría elegido a una experta putita. ¿Por qué no? Las negociaciones podían ser muy arduas algunas veces. Hugues podría relajarse cuando hubiesen terminado. Pero... sólo cuando hubiesen terminado.

Se abrieron las dos hojas de la enorme puerta labrada, que tenía bajorrelieves que representaban imágenes de nativos, rostros orgullosos de jóvenes, la mayoría desnudos, una especie de galería tribal africana.

A Platt debió de encantarle aquella puerta, ante la visión de las jóvenes desnudas.

Dos hombres negros completamente vestidos de blanco estaban situados a uno y otro lado

de la puerta. Llevaban zapatos, pantalones, camisa y chaqueta. Monique se arrimó a Hugues, se colgó de su brazo y ambos fueron tras el presidente hacia el interior del palacio, seguidos de los guardaespaldas.

Aquello iba a ser interesante, pensó Hugues.

Veintisiete

Viernes, 14 de enero, 6.00 horas

Nueva York

En Mac's, uno de los pocos gimnasios antiguos que quedaban en Manhattan, Platt resoplaba tras una serie de levantamientos de pesas. Allí no tenían exuberantes plantas de interior ni sonaba música new age, no tenían aparatos cromados y cintas para que los yuppies se diesen largas caminatas «virtuales». No había más que barras, espalderas, pesas, potros, cuerdas y un sencillo suelo de cemento con unas cuantas colchonetas de goma. Aparte de espejos y una buena iluminación, eso era todo. Allí nadie iba a presumir, sino a sudar y a sufrir con el esfuerzo.

Platt estaba sentado en la banqueta de seguridad para que las pesas no le cayesen encima y lo aplastasen. Los muslos le ardían como si estuviese hundido en lava hasta la cintura. Había colocado ciento ochenta kilos en la barra y, tras dos series, estaba exhausto. Casi no podía moverse. Necesitaba ayuda para levantarse. Si uno quería ser fuerte, debía levantar mucho peso. Le daban risa los flojuchos que hacían estiramientos y levantaban veinticinco kilos y pensaban que aquello era hacer gimnasia. Pero a aquel gimnasio no iban canijos. Mac los habría echado a patadas.

«Perdone, Mac, ¿dónde están las cintas andadoras con displays que indican el ritmo cardíaco?»

«Pues..., verá: a menos de tres kilómetros de aquí hay una sauna llena de maricones. ¡Andando!»

Ya de pie, Platt fue a alcanzar una toalla, se secó el sudor de la cara y del cuello y se dirigió hacia la fuente automática. A su alrededor se oían entrechocar las barras y las pesas. Había un par de mujeres que se tomaban la musculación muy en serio y parecían hombres. Pero esa clase de mujeres no lo atraían en absoluto. Le gustaba que estuviesen en forma, pero no los marimachos atiborrados de hormonas que lo único que conseguían era llegar a tener pene.

Bueno. Ya estaba bien. Se ducharía y volvería a su apartamento de Queens, donde tenía su ordenador conectado. Los agentes del FBI se iban a llevar otra buena sorpresa, por cortesía de la banda Frihedsakse. Una gran sorpresa esta vez.

Platt se echó a reír. Se lo pasaba en grande. Aquello sí que era vida.

Viernes, 14 de enero, 8.00 horas

Ambarcik, Siberia

Jay Gridley se tambaleaba, zarandeado por el furioso viento que soplaba del mar del este de Siberia, un viento tan fuerte y frío que en cuestión de segundos podía acabar con la vida de un hombre que no fuese suficientemente abrigado. Tal era la fuerza del viento que los arrecifes de la costa estaban libres de nieve, a pesar de que en los dos últimos meses se había acumulado una capa de más de tres metros en el interior. Pero allí, en los rompientes, el viento había levantado la nieve como si de polvos de talco se tratase. A los siberianos les gustaba bromear sobre el frío que hacía allí. Aseguraban que en Alaska y en Canadá, si en pleno invierno lanzabas agua hirviendo al aire, se congelaba antes de caer al suelo, pero que en Siberia el agua se helaba cuando la olla aún estaba en el fuego.

No era muy probable encontrar pistas sobre la organización terrorista danesa en aquel lugar, incluso puede que fuese el lugar más improbable. Pero, más adelante, había un boquete en la capa de hielo por donde asomaban las focas, que salían a respirar. Una de aquellas «focas» era un paquete de información que Jay tenía que encontrar.

Jay iba bien equipado para el frío (ropa interior eléctrica, como las mantas, igual que los calcetines, el gorro y los guantes) con tres capas de tejido: fibra artificial, seda y lana, y una cuarta capa de piel. Además, llevaba pasamontañas y recias botas. Aun así, no se libraba por completo del frío. Era el escenario de realidad virtual más parecido al entorno real que había programado. Era asombroso que los siberianos pudieran soportarlo. Todas las casas estaban dotadas de materiales aislantes, con puertas y ventanas triples, cámaras de aire entre dobles paredes y, aun así, si guardabas comida en una estancia sin calefacción, se conservaba perfectamente durante todo el invierno.

¡Madre mía, qué frío!

Oyó un claxon que sonaba insistentemente.

¿Qué puñeta era eso? ¿De dónde procedía?

Se dio la vuelta para quedar de espaldas al viento y vio una torre a lo lejos. Pero en seguida «cambió el chip» y reparó en que el supuesto sonido de un claxon era la señal acústica de alarma, en tiempo real, de la consola de su ordenador. Algo grave sucedía, porque la alarma sólo se activaba si algo realmente grave ocurría, como un incendio en el edificio, un fallo general del ordenador, o que acabaran de recibir una pizza que nadie había pedido.

Y, como lo más prudente era comprobarlo, Jay salió del programa de realidad virtual.

Viernes, 14 de enero, 8.05 horas
Quantico, Virginia

Toni estaba enfrascada en la lectura de una larga serie de mensajes de la bandeja de entrada del correo electrónico y, de pronto, el ordenador la dejó colgada.

Estaba leyendo una memoria del Departamento de Material, en la que advertían que Net Force había excedido su cuota anual de baterías para los teléfonos móviles convencionales y los del tipo virgil, cuando la pantalla se quedó en blanco.

¡Maldita sea! Lo que le faltaba, que se le estropease el ordenador.

Pero, al instante, la pantalla volvió a iluminarse; sólo durante un par de segundos, pero suficientes para que Toni viese que la memoria de Material había desaparecido y había sido sustituida por la imagen de la mano de un hombre; una mano que, con el dedo corazón hacia arriba, hacía el gesto que utilizan muchos automovilistas para desearle al prójimo una acometida por la puerta trasera. La imagen giraba lentamente sobre su eje y no cabía duda de que se trataba del viejo gesto obsceno.

Toni oyó que su secretaria se echaba a reír.

-¿Qué pasa? -le gritó Toni.

-Que mi ordenador acaba de mandarme a tomar... ya sabes.

Toni tuvo el súbito presentimiento de que aquella imagen no debía de aparecer sólo en dos ordenadores.

Y no tardó en comprobar que no se equivocaba.

¡Dios santo! Alguien había irrumpido en los ordenadores de Net Force. Quien fuese no sólo había conseguido burlar el sistema de seguridad, sino que se estaba riendo de ellos.

Mal asunto.

Toni se encontró con Jay Gridley cuando ambos se dirigían a la sala de conferencias. Joanna Winthrop había llegado medio segundo antes que ellos. Alex ya estaba allí, y ni siquiera aguardó a que se sentasen para empezar.

-¿Se puede saber qué puñeta ha pasado?

-Frihedsakse -contestaron al unísono Jay y Joanna, que se fulminaron con la mirada y trataron de hablar a la vez.

-He detectado la...

-Han irrumpido a través de...

-Un momento..., un momento. De uno en uno, por favor -los atajó Toni antes de que pudiese hacerlo Alex-. ¿Jay?

-Han irrumpido a través de un subsistema del Departamento de Personal del FBI. Se trata de una línea directa especial que se utiliza para enviar currículum vitae y solicitudes de empleo. En teoría no puede vincularse con ordenadores seguros sin una contraseña de acceso cada vez que se envía o se recibe información. Pero en la práctica, muchas veces, cuando algún oficial del Departamento de Personal examina la red en busca de nuevos empleados y abre el vínculo, lo deja abierto para no tener que tardar cinco minutos cada vez que necesita activarlo para enviar un dossier. Y así es como han entrado en esa línea y, a través de ella, en los ordenadores del circuito central.

-Qué opina usted, teniente? -preguntó Toni al ver que Joanna estaba ansiosa por hablar.

-Nuestros programas antivirus detectaron el programa casi de inmediato. No se han producido daños en el disco duro ni en los programas. La imagen de la mano ya estaba archivada y todo indica que la irrupción tenía por objeto entrar en los ordenadores, abrir el programa de esa imagen y enviarlo a todo el sistema como si se tratase de una alarma. De momento, que yo sepa o, mejor dicho, que Jay y yo sepamos, nadie ha perdido datos y el virus no ha causado mayores trastornos.

-Hemos realizado un análisis completo -añadió Jay-, pero puedo garantizar que no detectaremos más efectos del virus. Este es muy simple, un sencillo miniprograma, como el que podría realizar un niño para demostrar que sabe hacerio. Se han limitado a mandarnos a tomar por ahí... Eso es todo. No tiene mayor importancia.

Alex meneó la cabeza.

Te equivocas, Jay. Tiene importancia, y mucha.

Jay frunció el ceño pero, al ver la expresión de Joanna, Toni notó que la teniente había comprendido.

-Net Force es, entre otras cosas, el centinela del sistema informático del país -dijo Toni-. Si ese grupo puede irrumpir en nuestros supuestamente seguros sistemas, ¿en qué lugar quedamos? ¿Qué confianza inspirará eso a nuestros «clientes» por lo que se refiere a la protección de sus ordenadores?

-Pero si no pueden causar ningún daño, da igual que entren -objetó Jay. Nuestros sistemas de protección han detectado el virus en cuestión de segundos. Y no ha hecho sino activar una imagen que ya estaba en nuestros archivos. Todo lo que ha hecho la imagen es mostrarse en pantalla. Era imposible que hiciese nada más. Y hemos vuelto a nuestros programas antes de que la mayoría del personal se diese cuenta. Ha sido un simple gesto obsceno, una broma de mal gusto.

-No se trata de informática, Jay, sino de política -repuso Alex. Da igual que los terroristas no hayan causado ningún daño en nuestros ordenadores. Lo que importa es que han podido entrar. Y, aunque tú y yo podamos tener la certeza de que ha sido una irrupción inocua, quienes no saben nada de informática se asustarán. Ya, ya..., dirán, los memos de Net Force dicen que era un virus muy sencillo e inocuo. Pues... por qué no han impedido entonces que entrase?

Jay meneó la cabeza, contrariado.

-Pero..., pero...

-Toni, mira a ver qué puedes hacer respecto al control de daños -dijo Alex, que luego miró a Jay y a Joanna-. Volved a activar los programas de análisis y tratad de captar alguna pista. Me huelo que esto puede ponerse muy feo para nosotros si no lo atajamos en seguida. Id.

Después de que Jay y Joanna se hubieron marchado, Toni y Alex se quedaron a hablar.

-¿Estás bien? -preguntó Toni.

-Sí, claro, estoy perfectamente. Es sólo que todo esto... -contestó, dirigiendo un elocuente gesto en derredor de la sala de conferencias.

Pero Toni notó que no era cierto que estuviese bien. Desde su regreso de vacaciones estaba más tenso que una cuerda de violín. Al principio, Toni pensó que se debía a su aventurilla en el desierto, y que no quería hablarle de ello. Pero no era el tipo de cosas que lo preocupasen, por lo menos no tanto como parecía estarlo ahora. Acababa de conseguir un gran éxito capturando a un terrorista. Es más, había quedado casi como un héroe. Había sido uno de esos actos que los hombres admiran en otros hombres.

Toni no le había preguntado acerca de su visita a su hija y a su ex esposa. Pero como él no le había comentado nada, Toni sospechaba que quizá la visita no hubiese ido demasiado bien. Pese a estar divorciado, su esposa parecía seguir gobernando la vida de Alex a distancia, y sólo por eso Toni la odiaba. Además, aquella mujer debía de ser imbécil. De lo contrario habría sabido evitar que Alex la dejase.

Pero claro, Toni no tenía ningún derecho a hacerle esa clase de preguntas, ni siquiera en honor a su estrecha relación profesional. Todo lo que podía hacer era estar abierta a escucharlo si él se decidía a hablar. Pero si Alex no quería, no podía forzar las cosas.

-De acuerdo -dijo ella-. Ya sabes donde estoy. Intentaré enterrar esto de manera que nadie lo encuentre -añadió levantándose y disponiéndose a salir.

-¿Toni?

-¿Sí?

Mañana iré a ver otro coche, si no se hunde el mundo. Es un coche que quizá compre si antes no se ha ido todo esto a hacer puñetas. Es un pequeño Miata que está en Fredericksburg, muy cerca de aquí, al pie de la autopista I-95.

-¿Y?

-Pues que como tú sabes tanto de coches, he pensado que, en fin..., que quizá podrías acompañarme y echarle un vistazo conmigo.

Toni se quedó estupefacta. ¿Había oído bien?

Estuvo varios segundos sin poder reaccionar, sin habla, casi sin respiración.

Vamos, nena, que no ha hecho más que pedirte que salgas con él. Así que, calma, no vayas a asustarlo, le dijo una voz interior.

-Si, me gustaría acompañarte -contestó al fin Toni-. ¿Un Miata? Humm. Uno de mis hermanos tuvo uno.

Sintió el impulso de sonreírle, pero se dominó y se limitó a mirarlo con educado interés. Alex parecía un adolescente que acabase de pedirle a una chica que saliese con él por primera vez. Lo notaba en su expresión y en el tono de su voz. Estaba nervioso, temeroso de que ella no aceptase.

¡ Como si hubiese la más remota posibilidad de que lo rechazase!

La actitud de Alex lo hacía aún más adorable.

-Me gustaría salir temprano. ¿Qué tal si te recojo a las siete?

-Si, a las siete está bien.

-Ah, por cierto, ¿dónde vives? Creo que nunca me lo has dicho, ni he estado nunca en tu casa.

Toni le dio la dirección exacta, sin salir de su asombro.

Ojo, nena, no saques conclusiones equivocadas. Sólo te ha pedido que lo acompañes a ver un coche, no a pasar un fin de semana en París, le aconsejó su sabia voz interior.

¡Cállate la boca!, replicó ella.

-Quizá sea mejor que lleves ropa vieja -le dijo Alex-. A lo mejor nos ponemos perdidos de grasa en ese viejo garaje. Yo llevaré herramientas, por si he de hacer algunas comprobaciones, aparte de que a lo mejor consigo hacerlo funcionar, si no te importa esperar mientras lo intento.

-Qué va. No me importa -repuso ella.

Toni se lo quedó mirando durante lo que le pareció una eternidad, tan exultante que tuvo que dominar el deseo de saltar y gritar, alborozada. Pero en seguida recobró la compostura interior.

-De acuerdo. Hasta mañana, entonces -dijo Toni-. Ahora voy a ver qué puedo hacer con ese hacker.

Cuando hubo salido de la sala de conferencias, Toni dio rienda suelta a su alegría. Se le iluminó la cara y sonrió.

Alex Michaels tenía trece años cuando montó en el Tyler Texas Tornado que, por entonces, era la montaña rusa más grande del mundo. Nunca olvidaría la sensación de ingravidez, ni el nudo que se le hizo en el estómago cuando su cabina descendió a toda velocidad por la primera rampa. De no ser por la barca de seguridad, habría salido despedido quién sabe

hasta dónde.

Y así era como se sentía en aquellos momentos, como si acabase de descender por la primera rampa del Tyler Texas Tornado. Le latía el corazón a toda velocidad, tenía la boca seca y la respiración agitada.

¡Dios santo! ¿Se puede saber lo que has hecho? ¿Pedirle a tu adjunta, Toni Fiorella, que salga contigo?

Un momento... ¡que eso no es pedirle que salga conmigo! Sólo le he pedido que me acompañe a ver un coche. Ella entiende de coches; ¿recuerdas cuando vino a casa y vio el Prowler? Sabe mucho de motores. Tiene una retahíla de hermanos muy aficionados a los coches.

Ya, ya. Seguro. A mi no me engañas. No olvides que yo también estaba allí y recuerdo perfectamente que no dejaste de mirarle el trasero mientras hablabas por teléfono con tu hija. Y tampoco paso por alto lo de las clases de silat. Cada vez que quedáis entrelazados con una de esas llaves te pones a cien, antes de que ella dé con tus huesos en el suelo.

Cierto. Era consciente de que su invitación no era muy conveniente. Toni trabajaba para él y, aunque había notado que a ella no le desagradaba en absoluto su persona, invitarla a que lo acompañara a Fredericksburg era pisar terreno peligroso. Toni era una mujer inteligente y atractiva, que hacía siempre gala de gran competencia y... la verdad, ojalá su contacto físico fuese aún más estrecho que durante las clases de silat. Pero desde que había roto con Megan apenas se atrevía a dar rienda suelta a su imaginación. Sin embargo, después de la visita a la que había sido su casa, de ver aquella escena con Megan y su novio, ya no había duda de que sus relaciones estaban muertas y enterradas. Su matrimonio se había terminado. Nunca volverían, no se reconciliarían jamás. Cuando hubo salido de la casa aquel día, se calmó y pudo reflexionar a fondo sobre la situación, se percató de que no querría volver nunca con una mujer capaz de hacer-le lo que le había hecho Megan. Megan tenía un lado muy esquinado que, aunque no aflorase a menudo, dejaba entrever una gran mezquindad de espíritu. Y no quería volver a compartir su vida con alguien que podía actuar sin la menor consideración hacia él en cualquier momento.

Alex llevaba vida de monje desde hacía mucho tiempo. Se había dedicado exclusivamente a su trabajo en Net Force y a su afición a restaurar coches antiguos. Había recorrido miles de kilómetros en bicicleta para desfogarse. De modo que no creía cometer ningún pecado por tratar de proporcionarse el placer de la compañía de una mujer atractiva.

La cosa no tenía por qué ir más allá. No había por qué arriesgarse a perder a Toni como amiga y compañera de trabajo forzando la situación para convertirla en una aventura. De modo que trataría de controlar sus manos y todo lo demás, y dejarlo en una relación platónica.

Ya. ¿Y por eso le has pedido que te acompañe a Fredericksburg? ¿Para dejarlo en una relación platónica?

¡Cállate la boca, aguafiestas! No ha ocurrido nada, ¿verdad? Ni ocurrirá. Somos amigos. Eso es todo.

Su voz interior se echó a reír y no paró hasta que hubo regresado a su despacho.

Veintiocho

Viernes, 14 de enero, 8.20 horas
Quantico, Virginia

Cuando Toni Fiorella pasó por su lado, Joanna Winthrop la miró y tuvo la íntima convicción de que su intuición no la engañaba.

Toni estaba colada por su jefe.

No había más que ver cómo se le iluminaba la cara siempre que Alex Michaels estaba cerca de ella. Renacía como una flor mustia al brillar el sol. No le extrañaba que él no lo notase. Los hombres eran muy torpes en estas cosas (aparte de en otras muchas). Con todo, Alex era un hombre atractivo y la verdad era que Joanna había tenido más de una fantasía

pensando en él. Es decir, las había tenido antes de encontrar buenas razones para ir a ver a Julio Fernández, como quien no quiere la cosa. Michaels era un hombre atractivo, sin duda, pero Julio... Julio era una joya.

Le rondaba por la cabeza tomarse un respiro en el trabajo al día siguiente y dedicarlo a hincarle el diente juntos a los problemas que Julio tenía con la informática. El sargento estaba muy interesado en aprender y ella se sentía cada vez más cómoda en su compañía. Julio parecía una persona carente de ego, por lo menos en relación a las mujeres. Y no dejaba de sorprenderla con lo que decía, y por cómo lo decía.

Joanna sonrió para sus adentros. Sí: que Toni se ligase al jefe. Probablemente encajaban más. Porque, de un tiempo a esta parte, Joanna se estaba aficionando mucho al producto hispánico.

Viernes, 14 de enero, 5.45 horas
En el desierto del este de Oregón

Fuera de la tienda aún estaba oscuro y seguía haciendo frío, aunque no tanto como horas antes, porque volvía a nevar.

John Howard no tenía precisamente calor en su saco de dormir, pero sí estaba lo bastante abrigado. El pasamontañas había evitado que se le congelase la nariz mientras dormía. No tenía el menor deseo de salir del saco y levantarse, pero necesitaba hacer sus necesidades, y eso no podía esperar.

Aún tardaría bastante en clarear. Pero no tendría que molestarse en buscar un sitio concreto, porque allí no había «ni una alma», como solía decir su abuelo.

Había pensado dedicar una semana a un ejercicio de supervivencia en el estado de Washington, tan frío como el vecino Canadá, después de los programados ejercicios conjuntos de Net Force y el ejército en el Pacífico noroeste. Pero había surgido un problema en el silo de armas bioquímicas de Umatilla. Por lo visto, se había producido una fuga en uno de los cohetes portadores de carga de gas nervioso. No era una fuga muy importante (del orden de una aspersión microscópica), se había contenido y no había peligro. El ejército se había apresurado a tratar de ocultárselo a los medios informativos pero, como de costumbre, no lo había conseguido.

Como consecuencia de ello, la población civil que vivía cerca del silo estaba inquieta. Temía que una nube venenosa se abatiese sobre la zona y matase a todo bicho viviente, hasta tal punto de que una gran mayoría había optado por poner tierra de por medio y aprovechar para ir a visitar a algún pariente o tomarse unos días de vacaciones. Así pues, tanto Net Force como el ejército habían decidido suspender el ejercicio.

Los militares habían llegado a la conclusión de que no parecía muy oportuno que la población de la zona viese allí contingentes armados con toda la impedimenta en plena refriega, aunque ésta fuese simulada. La gente se asustaría, y nadie creería ni por un momento que aquello no era más que un mero simulacro que estaba programado desde hacía mucho tiempo.

Aun así, Howard no quiso renunciar a su ejercicio de supervivencia, y optó por ir a Oregón. Las diferencias orográficas y climáticas entre el este de Oregón y el este del estado de Washington, a ambos lados del Columbia, eran muy poco relevantes.

Howard salió del saco de dormir completamente vestido, con ropa interior, pantalones, calcetines y una gruesa camisa de lana. Sacó los calcetines de repuesto, que había remetido en las botas para evitar que se introdujeran escorpiones o arañas, porque aunque estuviesen en pleno invierno era una inveterada costumbre de aquellos bichos; después de asegurarse de que no se le había colado ningún autostopista en las botas, se las calzó.

¡Maldita sea! ¡Qué frías estaban!; se puso el anorak y el gorro y salió de la tienda.

El cielo estaba muy despejado y las estrellas brillaban con toda su intensidad. Se veía perfectamente la Vía Láctea e innumerables constelaciones que jamás eran visibles desde la ciudad. La noche era tan clara que se apreciaban los tonos rojizos, azulados y amarillos de

muchas estrellas. Era un espectáculo maravilloso ver sus colores naturales.

Se alejó unos pasos del camino que había seguido por la noche, antes de acampar, y escribió su nombre con un dedo en un montículo de nieve, junto a lo que parecía un arbusto impregnado de creosota congelada.

Al regresar a la tienda encendió su estufilla Hurricane y el fogón de propano. El techo de la tienda tenía la altura justa para poder sentarse incorporado. La tienda estaba hecha de una tela de Gortex doble que impedía que penetrase la nieve pero que dejaba que la humedad interior se filtrase hacia el exterior, lo que evitaba que uno se despertase empapado en su propio aliento condensado.

En otros tiempos habría recogido leña, habría encendido fuego frente a la tienda y habría hervido agua para el café y para rehidratar la comida. Pero la actual filosofía ecológica imponía un estrecho respeto a la naturaleza, y evitar todo impacto ambiental cuando se acampaba. Estaba prohibido talar árboles, cortar ramas de los arbustos, abrir caminos a golpe de machete entre los matorrales, cavar surcos para asentar mejor la tienda, encender fuego en el exterior e incluso utilizar más de lo imprescindible las inmediaciones como letrina. Además, era obligatorio cubrir bien los residuos sólidos con tierra antes de levantar el campamento.

Sonrió al poner a hervir un cazo con nieve fundente. Había estado en un par de acampadas en lugares en que las medidas ecológicas se llevaban a tal extremo que había que empaquetar los propios residuos sólidos y llevárselos al levantar el campamento, lo que había provocado la consiguiente hilaridad.

La temperatura era de -12 °C y el suelo estaba tan duro que cualquier intento de excavar no permitía llegar más allá del grosor de la capa de nieve. Pero llevaba papel higiénico biodegradable, que desaparecería en cuanto se mojase. Cuando llegase la primavera no quedaría ni rastro de desechos, porque era muy improbable que alguien se aventurase por allí hasta que el frío y las ventiscas del invierno quedasen atrás.

El siguiente lugar de acampada no estaba lejos, a menos de veinte kilómetros y, por tanto, no tendría que caminar mucho aquel día. Pero con las botas y la mochila que llevaba sería una caminata muy pesada. Su equipo incluía un GPS, por si se perdía, pero intentaría localizar su próximo lugar de acampada a la antigua, orientándose con la brújula y los accidentes del terreno. No era tan fácil como con el GPS, con el que todo lo que había que hacer era pulsar un par de botones para que te indicase dónde estabas exactamente y cómo llegar al lugar al que querías ir. Pero el inconveniente del GPS era que podía agotarse la batería, aparte de que la comunicación con los satélites podía fallar o interrumpirse. En cambio, la brújula era mucho más fiable. Y, si uno perdía la brújula, podía orientarse por las estrellas y por el sol. Si estaba nublado no había más remedio que encomendarse al propio sentido de la orientación, aunque fuese mucho más aventurado.

La verdad era que hacía mucho tiempo que no se perdía en sus excursiones para ejercitar la supervivencia. Tenía un buen sentido de la orientación.

A las seis de la mañana sacó su virgil y tecleó el código de revisión del equipo y de los parámetros meteorológicos, como había que hacer todos los días antes de ponerse en camino. El virgil también servía para orientarse y pedir ayuda en caso de necesidad. Y si ocurría algo y no podía llamar, Net Force o algún grupo de rescate podría encontrarlo a través de la función vía satélite que activaba un localizador con una batería independiente. No estaba a millones de kilómetros de la civilización como Lewis y Clark, pero hacía un frío que pelaba y estaba completamente solo en pleno desierto, rodeado de hielo y de nieve.

Si sufría algún percance, cualquier grupo de salvamento tardaría bastante en llegar hasta él.

Era realmente peligroso aventurarse por aquellas tierras tan inhóspitas y despobladas, con una climatología inmisericorde. Pero precisamente de eso se trataba, de sobrevivir en las condiciones más adversas. El hombre sólo comprendía cuáles eran los verdaderos límites de su naturaleza cuando se veía en la tesitura de afrontar auténticos peligros y situaciones límite. Como es lógico, en toda aventura de realidad virtual uno sabía que no iba a morir. Pero, en la vida real, las cosas podían torcerse y no tenías más remedio que sobrevivir, sin más recursos que el propio ingenio y la propia habilidad. Aquella excursión de tres días no era ninguna

gesta extraordinaria. En cierta ocasión estuvo dos semanas viviendo a base de lo que daba la tierra, en un entorno que alternaba el desierto con la selva.

Producía una gran sensación de triunfo y seguridad saber que, si uno sobrevivía a un accidente aéreo en el paraje más inhóspito, era muy probable que lograse seguir vivo lo bastante para dar tiempo a que llegase ayuda. Siempre y cuando hubiese alguien que quisiera encontrarte, claro está.

Aquel entorno le recordó lo que contaban de un fanfarrón del cuerpo de exploradores: «Pero... ¡bueno! ¡Cómo se te ocurrió escalar esa montaña!» «¡Bah! Me tropecé con ella.»

En cuanto el agua empezó a hervir, Howard sacó de la mochila un sobre de café liofilizado, cuyos granitos se habían convertido en minúsculos cristales.

Había oído comentar, o leído en alguna parte, que unos monjes zen, que vivían en la parte alta de la ladera de una montaña de la cordillera del Himalaya, disponían de un pequeño bar donde servían café a los escaladores que se detenían allí. Y tenían dos precios: taza de café a dos dólares y taza de café de doscientos dólares.

Cuando les preguntaban cuál era la diferencia, los monjes sonreían y decían: «Ciento noventa y ocho dólares.»

El café, el agua y las tazas eran idénticos, pero nunca faltaba alguien que optaba por el café más caro. Y juraba que era mucho mejor.

Lo entendía. Lo que él iba a tomar no era precisamente torrefacto recién molido, servido en un juego de porcelana por un atento camarero. Pero la primera taza de café al levantarse por la mañana en un campamento, y ya no digamos, como en su caso, en una tienda sin más compañía que su sombra, sabía mejor que el café que pudieran servirle en el mejor restaurante.

Viernes, 14 de enero, 23.00 horas
Bissau, Guinea-Bissau

Hugues se dio la vuelta en la enorme cama anatómica y siguió con la mirada a Monique, que cruzaba la mullida alfombra, hundiéndose casi hasta los tobillos, en dirección al cuarto de baño.

Monique tenía un culito digno de mirar. Hugues disfrutó de su contemplación hasta que ella desapareció tras la puerta. Sonrió al pensar que el color rubio de su melena era tan artificial como sus pechos, pero eso no disminuía en absoluto su atractivo, aparte de que era una fiera en la cama.

Después de tres sesiones con ella (la noche anterior, a mediodía en plan rápido y ahora, hacía un rato) estaba completamente agotado, aunque más relajado de lo que lo había estado en muchos años.

Aquélla era una de las ventajas de tener mucho dinero, porque el dinero conllevaba el privilegio de disfrutar de una mujer tan experta en la cama. Incluso le rondaba por la cabeza contratar a Monique a tiempo completo. Ahora podía costearlo, y no tardaría en poder permitirse el lujo de acostarse con tantas mujeres como quisiera.

Aunque... quizá no fuese conveniente volver a ver a Monique, ni buscar ningún tipo de relación frecuente con ninguna otra. Tal vez fuese más prudente evitar todo compromiso hasta haber conseguido su objetivo principal, aunque fuese un compromiso tan agradable como Monique.

Miró el reloj. Eran más de las once. ¿Qué hora sería en Washington? No estaba seguro de si la diferencia era de cuatro o de cinco horas.

Daba igual. Platt estaba allí, echando leña a varios fuegos, preparando el escenario para el momento culminante. No había llamado a su secuaz desde que estaba en Bissau, pero no era necesario en aquellos momentos.

Las negociaciones con Domingos habían resultado bien, mejor de lo que esperaba. La razón principal de que el presidente no hubiese cerrado el trato con Platt había sido una simple cuestión de dinero. Sencillamente, Domingos había hecho una contraoferta. Quería

más.

Hugues ya contaba, desde el primer momento, con que el presidente subiese el precio. Lo que le sorprendía era que no lo hubiera hecho antes. De modo que la contraoferta no lo pilló de improviso, sólo que se produjo más tarde de lo esperado. Aunque para salvar la cara Hugues había regateado, incluso le había dicho al presidente que se sentía insultado, y se había resistido a realizar cualquier cambio en las condiciones iniciales.

Cuando Hugues notó que Domingos ya estaba convencido de ser poco menos que la encarnación de generaciones de tratantes árabes de caballos, Hugues fingió rendirse y aceptó sus condiciones. Accedió a pagarle otros treinta mil dólares, lo que en total significaba que el codicioso presidente Domingos cobraría cien mil dólares o, si lo prefería, el equivalente en francos franceses, yenes o libras esterlinas. Le daba igual. Como si lo quería en dinares, rupias o pesos guineanos.

El presidente le dijo que lo prefería en dólares.

Pues..., muy bien. No había más que hablar.

Hugues volvió a sonreír al ver que la puerta del cuarto de baño se abría de nuevo y que Monique cruzaba la alfombra en dirección a él. La visión delantera era todavía mejor, se dijo, al contemplar el vello púbico de Monique, que se lo había recortado para darle forma de corazón. Además, el cirujano plástico que le había puesto los implantes artificiales de silicona debía de ser un manitas, porque los pechos pare-cían auténticos y eran turgentes al tacto como los naturales.

Pese a lo agotado que estaba, notó un ligero cosquilleo en la entrepierna.

-Ah, ya veo que estás despierto -le dijo Monique dirigiéndole una maliciosa sonrisa.

-No por todas partes.

-Bueno..., me parece que eso puedo remediarlo yo en seguida, ¿a que sí?

Hugues se echó a reír. No le cabía duda de que en aquellos momentos no había nadie mejor que Monique para levantarle el ánimo.

-¿Lo probamos? -propuso Hugues, risueño.

Veintinueve

Sábado, 15 de enero, 7.25 horas
Autopista Henry G. Shirley
(Interestatal 395, cerca de Indian Springs, Virginia)

-¿Quieres que paremos a tomar un café o un refresco? -preguntó Alex señalando hacia una área de servicio que se veía a lo lejos.

-No, por mí no -contestó Toni-. Ya me he tomado dos cafés bien cargados antes de salir de casa.

Hacía frío pero el cielo estaba despejado y el tráfico era fluido. Dentro de la furgoneta incluso hacía calor. Alex le sonrió con cierta timidez.

-Yo también me he tomado dos -dijo.

Toni tuvo la impresión de que, en cierto modo, se arrepentía de haberla invitado a que lo acompañase a ver el Miata. Iban en la furgoneta oficial, un vehículo alimentado por energía eléctrica e hidrógeno. Y, como sabían perfectamente quienes hubiesen conducido alguna vez un vehículo como aquél, era una auténtica pejiguera, lentísimo y con menos reprise que una tortuga coja. No pasaba de los 100 km/h, siempre y cuando fuese cuesta abajo, con viento de cola y si los dioses se apiadaban de uno. Aun así, tardaba mucho en alcanzar esa velocidad por más que acelerases. Su autonomía era de 320 km si se utilizaba la propulsión eléctrica y la de hidrógeno a la vez.

Alex tenía derecho a usar aquel vehículo hasta un determinado número de kilómetros al mes, pero nunca agotaba el cupo. Y no era de extrañar. Aunque Alex no fuese aficionado a correr mucho, lo exasperaba tener que ir tan despacio.

En Net Force bromeaban diciendo que si uno tenía un patín de ruedas, podía sentarse en él,

impulsarse con las manos y llegar a donde quisiera antes que con aquellas furgonetas; además, te dolería menos el trasero.

Alex llevaba una gran caja de herramientas en el maletero, además de una batería, varias latas de aceite y otras de lubricante para los frenos y la transmisión.

-¿Has hablado con Jay esta mañana? -le preguntó Toni.

-He escuchado el mensaje que me ha dejado en el buzón de voz para ponerme al corriente.

Toni también lo había recibido, pero fingió que no lo había hecho para seguir con la conversación.

-¿Alguna novedad?

-No, nada de nada; ni bueno ni malo -contestó Alex-. No hemos conseguido localizar a los terroristas, a pesar de tener infinidad de pequeñas pistas. Tampoco se ha producido ninguna nueva irrupción indeseable en la red ni en nuestros ordenadores, por lo menos que hayamos detectado. Aunque supongo que se producirá. Esos tipos nos la quieren jugar a base de bien; lo veo venir. -Hizo una pausa, la miró y luego añadió -Me siento un poco culpable por no ir hoy a la oficina.

-No creo que pudieras hacer nada hoy allí -dijo ella.

-Ya lo sé, pero aun así...

Un enorme camión los rebasó como una exhalación por el carril rápido. Debía de ir como mínimo a 140 km/h. Produjo tal ráfaga de viento que hizo que la furgoneta diese un bandazo.

-Está visto que los de tráfico sólo están para poner multas si se te acaba de fundir un intermitente -se lamentó Toni.

Alex sonrió.

-He camuflado lo mejor que he podido la irrupción del hacker que nos ha mandado a tomar por ahí, pero probablemente tendremos que dar explicaciones acerca de lo sucedido si trasciende.

Alex ladeó un instante la cabeza para mirarla y luego se volvió a concentrar en la autopista.

-Trascenderá. Apuesto mi sueldo de un mes contra un donut caducado a que el senador White lo sabrá el lunes, si es que no lo sabe ya.

-¿Y has pensado qué vas a decirle si te llama? -preguntó Toni.

-Por supuesto, le diré la verdad. Es más fácil de recordar -repuso él, sonriente-. Le expondré los mismos argumentos que nos expuso Jay, aunque dará igual. Lo que a él le gustaría es deshacerse de nosotros, y a ser posible que no hubiésemos existido jamás. Utilizará cualquier pretexto para tratar de hundirnos.

-Quizá podamos recurrir a un chivo expiatorio -aventuró Toni entre bromas y veras-. Alguien que ocupe un cargo lo bastante importante para que les apetezca ver rodar su cabeza.

-¿Has pensado en alguien? -preguntó Alex mirándola con cierta dureza.

En fin..., si las cosas iban a ponerse tan feas, no sería disparatado, pensó Toni, que respiró hondo antes de contestar.

-Pues sí. ¿Te he dicho un chivo expiatorio? Pues también podría ser una chiva. Yo, por ejemplo.

-¡Ni hablar! -la atajó él-. ¡Ni se te ocurra! No quiero autoinmolaciones, y menos aún la tuya.

La vehemencia de la reacción de Alex sorprendió a Toni, que estaba desconcertada.

-Siempre habrá imbéciles como White -dijo Alex-. Siempre habrá lobos que nos acechen tratando de devorarnos. Les haremos frente, pero sin necesidad de echarles carnaza y sacrificar a ninguno de los nuestros.

-Bueno, pues me parece bien.

Alex esbozó una sonrisa para quitarle hierro al asunto. -Además, si te ocurriese algo a ti, me temo que yo dejaría Net Force.

¡Vaya! ¡Eso sí que es un cumplido! Toma buena nota, nena.

Toni oyó una sirena, miró por el retrovisor exterior y vio que un coche patrulla se acercaba a considerable velocidad. El agente que conducía sin duda pisaba a fondo.

Alex abandonó el carril de vehículos lentos, se situó en el ancho arcén y redujo la velocidad.

Las luces destellantes iluminaron la cara de Alex cuando el coche patrulla del estado de Virginia pasó por su lado a toda velocidad.

-Seguro que va tras aquel camión -dijo Alex-. ¿No crees? Y le estará bien empleado a ese transportista.

Toni asintió con la cabeza. Iba en una furgoneta con Alex, y no estaban de servicio. No podía quejarse, ¿verdad?

Quizá los poderes mágicos del kris de Guru empezaran a hacer efecto. Sonrió de oreja a oreja al pensarlo.

-¿Por qué sonríes de esa forma? -le preguntó Alex.

-Por nada. He recordado algo que me ha hecho gracia.

Sábado, 15 de enero, 7.45 horas
Quantico, Virginia

Joanna no estaba de servicio aquella mañana pero decidió ir igualmente a su despacho del cuartel general. Aún no había localizado al estúpido que había utilizado su ordenador para introducir en la red datos que pudiesen interesar a los terroristas, aunque suponía que lo había hecho a distancia, desde otro ordenador, y no directamente, sentándose como si tal cosa frente a su consola. Eso habría sido realmente tan insólito como temerario. Pero la reciente incursión del de

dito que los mandaba a tomar por ahí la había cabreado aún más, aunque no estuviese dirigida concretamente contra ella.

Era una bofetada, un directo desafío a Net Force que ella se había tomado como algo personal. Estaba decidida a dedicar unas cuantas horas a navegar por la red para encontrar a aquellos canallas. 0 por lo menos lo intentaría.

Cuando estaba ya cerca del edificio vio a Julio Fernández, que saltaba obstáculos en la pista. Hacía dos días que no se habían visto. Sólo se habían intercambiado mensajes, pero allí lo tenía ahora, en carne y hueso. Podía detenerse a saludarlo, ¿no? A lo mejor así mataba dos pájaros de un tiro.

Julio vio que le sonreía y la llamó.

-¡Teniente!

-¿Está de servicio hoy, sargento?

-No, teniente. Con esta vuelta termino mis ejercicios de recuperación por hoy. Voy a ducharme y luego a casa.

-Es que tengo que hacer un trabajo en la red -dijo ella señalando al edificio de las oficinas-. ¿Quiere acompañarme y verlo? Puedo mostrarle algunos de los aspectos más interesantes de la realidad virtual.

-Me encantaría, pero primero tengo que ducharme. Apesto a sudor.

Joanna olisqueó el aire.

-Pues no huele tan mal. Creo que podré soportar que estemos en el mismo despacho. Vamos.

-De acuerdo, teniente.

Ambos sonrieron.

La verdad era que a Joanna no le importaba que un hombre oliese a hombre en lugar de a un empalagoso desodorante o a una dulzona loción para después del afeitado. No le molestaba un poco de olor a sudor fresco. Probablemente, las feromonas la atraían...

Sábado, 15 de enero, 9.00 horas
Washington, D. C.

Tyrone comprendió que estar todo el día tumbado en la cama mirando al techo terminaba por ser aburrido. Muy aburrido.

Le había dado una y mil vueltas a lo que le había dicho Bella, a lo que él le había replicado, a todos los detalles de lo ocurrido entre ellos. Y había llegado a la conclusión de que nada iba a cambiar. Tratar de que cambiasen las cosas sería como darse cabezazos contra la pared.

Suspiró, bajó de la cama y fue al cuarto de baño. Pulsó un botón del mando a distancia y salió el canal de noticias que su padre tenía programado por defecto, pensando que no le vendría mal saber qué ocurría en el mundo de vez en cuando.

Tyrone había pensado cambiar aquella programación por defecto, pero lo dejó correr para no contrariar a su padre si llegaba a casa y no salían de inmediato los informativos.

En aquellos momentos, el canal informaba sobre el tráfico. Primero el tráfico real, el de las calles de las poblaciones y el de las autopistas; y luego el tráfico de la red, indicando qué zonas estaban despejadas o colapsadas, qué servidores funcionaban correctamente y cuáles no.

Entró en el cuarto de baño escuchando a medias la información.

Su padre estaba de viaje para someterse a uno de sus ejercicios de supervivencia, y su madre había ido a desayunar con unas amigas (las «diosas», se autodenominaban) y no regresaría por lo menos hasta las once. De modo que tenía la casa para él solo. Y quedarse en la cama no le iba a solucionar ningún problema, de modo que lo mejor sería hacer algo.

Le tentaba conectarse a la red y reanudar su trabajo informático. Lo había tenido muy abandonado en los últimos meses, siempre con Bella, con Bella en persona o con el pensamiento. Sus amigos debían de haberlo elegido ya presidente de los memos, sin necesidad de recurrir a una segunda vuelta. Sobre todo debía presentarle sus más sinceras ex cusas a Jimmy-Joe. Recordaba haberle dicho que aquello del ordenador era «sólo un juego» y también la horrorizada mirada de su amigo cuando se lo dijo.

La verdad era que en aquellos momentos no le seducía demasiado la idea de sentarse frente al ordenador. Necesitaba hacer algo. Sonrió para sus adentros. Era una pena que para él todo se redujese a los ordenadores y a una novia infiel a la que, además, ya había perdido.

Podía ir al centro comercial. Pero no, ni hablar, porque Bella prácticamente vivía en el centro comercial. Podía ir a dar un paseo, pero el entorno de su barrio era muy aburrido. Quizá chatear un rato...

No, no. Necesitaba hacer algo distinto de sentarse frente al ordenador, con realidad virtual o sin ella, mirar vídeos o lo que fuese. Pero ¿qué podía uno hacer en un día tan frío. ¿aunque soleado?

«Los alumnos del instituto de enseñanza media Kennedy y los miembros de la banda musical del centro lavarán coches para recaudar fondos y comprar nuevos uniformes -oyó que decía la presentadora del informativo local-. Se situarán en la salida del parking del centro comercial Lincoln Vidplex, el sábado de doce a cuatro.»

Pues... vaya... una campañaa de lavado de coches. Qué divertido.

«La Biblioteca Infantil de Foggy Bottom -prosiguió la presentadora- da la bienvenida a la escritora Wendy Heroumin, que hará una lectura en la biblioteca de su libro El pingüino escarlata.»

¡Toma ya! ¡Un libro infantil! ¡Para Morirse!

«También este sábado, a las ocho de la mañana, ha comenzado el sexto concurso anual de bumeranes, que concluirá el domingo a las cinco de la tarde.»

Tyrone estaba secándose las manos cuando lo oyó.

Un concurso de bumeranes? ¿Qué era un torneo de bumeranes? ¿Aquellos palos de los aborígenes australianos?

Bueno, hombre, no seas cenizo, ¿por qué no vas te enteras?

Sonrió. De acuerdo, sí. Quizá eso no estuviese mal. El nuevo parque estaba sólo a unas diez manzanas de allí; ni siquiera tenía que coger el metro. Por lo menos estaba seguro de que allí no encontraría a Bella ni probablemente tampoco a ningún conocido.

¿Por qué no ir? Nunca había visto un bumerán de verdad, sólo en realidad virtual y, desde luego, nunca había visto nada parecido a un concurso de bumeranes.

Un chico bajito pero coriáceo estaba en el centro del campo de fútbol. Tomó carrerilla con

un bumerán de color anaranjado en la mano derecha y lo lanzó con tanta fuerza que su mano llegó a tocar el suelo.

El bumerán describió la característica pirueta de retroceso, como cuando se le da con el dedo a una pelota de pimpón impulsándola hacia adelante y vuelve hacia quien la impulsa. El bumerán enfiló hacia el lanzador a considerable velocidad en la trayectoria de regreso y el chico, atento como si fuesen a lanzarle una pelota de béisbol, alzó la mano derecha en el momento justo y atrapó limpiamente en el aire el bumerán.

El muchacho no había necesitado mover los pies ni un milímetro. Simplemente, el bumerán volvía hasta él. ¡Que gozada!

!Tengo que hacerme con uno!, -exclamo -Tyrone para si.

Llevaba siguiendo el concurso desde hacía mas o menos una hora. Era fantástico. Aquellos chicos hacían cosas increíbles con aquel artilugio.

Sin embargo, lo que más le llamó la atención y lo entusiasmó fue el bumerán de guerra, acerca del cual dieron detalles a través del sistema de megafonía.

A diferencia de los modelos deportivos, aquel bumerán no estaba concebido para que volviese a manos del lanzador. El joven que hizo la demostración era alto y delgado. Lo lanzó con todas sus fuerzas o, por lo menos, esa impresión le dio a Tyrone desde donde estaba, y el bumerán, que era casi recto y casi dos veces más grande que el modelo deportivo, salió disparado hacia adelante, a cosa de metro y medio por encima del suelo, y voló como un misil, lejísimos.

¡Madre mía!

Tyrone se quedó boquiabierto al ver lo lejos que había caído, a doscientos veinte metros como mínimo. Cualquiera hubiese asegurado que llevaba un motor de reacción.

Aprovechando un descanso en la competición y en los lanzamientos de exhibición, Tyrone fue hasta donde habían instalado unos tenderetes en los que vendían bumeranes. Había por lo menos veinte modelos, con distinta curvatura, tamaño y color. No acertaba a comprender cuáles eran las diferencias en la práctica.

-No sabes nada de esto, ¿verdad? -le dijo el hombre que estaba tras uno de los tenderetes, con un deje tan marcado que no cabía duda de que era australiano.

-No, ni idea. Pero quiero aprender.

-Muy bien, muchacho. ¿Cuánto te quieres gastar?

Tyrone sacó su tarjeta de crédito interactiva y puso la yema del dedo índice de la mano derecha en un recuadro para ver cuánto tenía. Había gastado mucho con Bella pero aún le quedaban cincuenta dólares.

Le dijo lo que tenía al vendedor. ¿En qué más podía gastarlo?

-Ah, pues por cincuenta dólares puedes elegir cualquiera de los que tengo. Aunque quizá te convenga empezar con un modelo sencillo para practicar.

El australiano eligió uno ligero de color marrón, con uno de los extremos pintado de blanco, y se lo tendió a Tyrone.

-Lo coges con la mano derecha, si eres diestro... eso es, así, cerrando el puño con el pulgar hacia afuera... así, eso es... Exacto. Al lanzarlo debes girar un poco la muñeca. Hay que calcular la dirección del viento y otras cosas, pero el folleto incluye instrucciones que te explican con detalle todo lo que debes saber para empezar.

Tyrone examinó el bumerán. Era de contrachapado. La parte por donde se cogía era recta, sin más que una suave concavidad en la parte pintada. El otro extremo era redondeado.

Tyrone calculó que el bumerán medía medio metro de largo, que debía de tener un grosor de un centímetro en la parte central y unos cuarenta y cinco grados de ángulo. Le dio la vuelta. En el centro de la parte más lisa se veía una pequeña imagen, grabada con láser, de un hombre de raza negra que empuñaba un bumerán con una mano, en actitud de ir a lanzarlo, y la inscripción «Bumeranes Gundawarra, Kangaroo. Fabricado en Wedderburn, Victoria, Australia».

-Hasta que aprendas a lanzarlo bien golpeará muchas veces en el suelo con bastante fuerza. Pero los modelos de contrachapado duran más que los de madera sólida, y son más baratos. Este sólo cuesta veinte dólares.

Tyrone sopesó el bumerán. Reparó entonces en que sólo había pensado en Bella una vez desde que había llegado al recinto, y sólo durante un momento.

-La compra te da derecho a ser automáticamente miembro de la Asociación Internacional de Bumerán. Tenemos una página web estupenda.

-Me lo quedo -dijo Tyrone, sonriente.

Treinta

Sábado, 15 de enero, 11.55 horas
Oregón

Howard encontró un paraje soleado para almorzar. Era un claro bastante liso, cubierto de nieve y protegido del inclemente tiempo por una fronda de abetos y arbustos en el lado este. Algunos de los gruesos abetos estaban tan carga-dos de nieve que las ramas casi tocaban el suelo.

La temperatura había subido y el cielo estaba despejado, aunque no hacía precisamente calor, apenas 1 o 2 °C. La nieve que se iba fundiendo en las copas de los árboles caía con un ruido sordo sobre el manto blanco del claro. Howard instaló su improvisada cocina de manera que quedase a salvo de los inmaculados racimos de copos. Luego alisó y apelmazó la nieve con las botas junto a una roca. Envió una señal con su móvil para comunicar que aún seguía vivo, se quitó la mochila y colocó el fogón en una parte lisa de la roca. Echó unos puñados de nieve en el pote y los dejó fundir para descongelar un cuarto de pollo y unas verduras.

Estiró las piernas por el claro mientras aguardaba a que hirviese el agua. Dio un par de vueltas para inspeccionar el terreno, por si había rastro de alimañas o de personas que hubiesen pasado por allí recientemente. Pero no vio nada. De modo que estaba completamente solo, lejos de casa. Le gustaba la sensación de sentirse dueño de todo lo que lo rodeaba.

Hizo girar los hombros para relajarse, estiró el cuello e hizo unas cuantas flexiones, tocándose la punta de los pies con las yemas de los dedos. Hacía dos horas que había hecho el último alto, y dos horas de caminata por la nieve fatigaban mucho, tuviese uno la edad que tuviese.

El agua empezó a hervir. Se acercó al fogón y alzó la vista justo a tiempo de ver que un carámbano iba a desprenderse y a caerle encima.

¡Ah, ni hablar!», dijo echándose a reír, a la vez que se apartaba a un lado.

Logró esquivar el carámbano y se apoyó en el árbol para no perder el equilibrio. Grave error, porque su peso bastó para mover las ramas lo suficiente como para que se le viniese encima una blanca cascada.

Se echó a reír de nuevo, rodeó el árbol y consiguió esquivar buena parte del pequeño alud.

Pero no le duró la risa mucho tiempo.

Al perder gran parte de la nieve que lo vencía, el árbol se enderezó, como impulsado por un resorte, golpeó con fuerza el árbol contiguo y lo partió como quien parte un lápiz por la mitad.

La capa de nieve no era muy gruesa pero lo bastante para dificultar correr, hasta tal punto que Howard tuvo el tiempo justo de levantar los brazos por encima de la cabeza antes de que le cayese el árbol encima.

Sábado, 15 de enero, 15.05 horas
Fredericksburg, Virginia

-Bien, inténtalo de nuevo -dijo Alex bajo el capó del Miata.

-De acuerdo -asintió Toni, que estaba frente al volante. Volvió a encender el contacto y el motor petardeó con más brío que antes.

-Acelera un poco.

Toni lo hizo y al cabo de un segundo el motor se puso en marcha.

-¡Conseguido! -exclamaron Alex y Toni al unísono.

Estaban solos en el garaje. Greg Scates, el ex dueño del coche, se quedó allí lo justo para ultimar la venta y se marchó en seguida.

Alex le había echado un vistazo al Miata y, en cuanto vio lo que marcaba el cuentakilómetros, se quedó de piedra.

-¡Madre mía! Pero... ¡si sólo tiene quince mil kilómetros!

Y de inmediato le hizo una oferta a Scates, que se sorprendió de que Michaels estuviera dispuesto a pagar tanto, mucho más de lo que esperaba.

Transfirió la suma acordada desde su tarjeta de crédito a la cuenta de Greg y se despidieron.

Alex bajó el capó, se limpió las manos con un trapo rojo y le sonrió a Toni.

Habían tardado varias horas en conseguir poner el coche en marcha. Tal como Greg les había dicho, los neumáticos, protegidos por fundas de plástico, estaban en perfectas condiciones. Los inflaron con el compresor de la furgoneta. Luego pusieron gasolina, repusieron el aceite, el agua y el lubricante para los frenos y la transmisión, y cambiaron la batería. Además, Alex revisó el circuito eléctrico y reparó un cruce.

En cuanto el motor se puso en marcha, Alex le dijo a Toni que quería volver a casa con el Miata, aunque la matrícula estuviese desfasada y ya no fuese reglamentaria.

-No me importa pagar una multa. Merece la pena -dijo Alex, que se limpió la grasa de las manos, rodeó hasta la puerta del lado del volante del Miata y miró a Toni-. Sólo tendré que cambiarle la capota, los cinturones de seguridad y algunos complementos. La pintura también está bien, aunque no me gusta este rojo tan chillón. Quizá haga que lo pinten de un bonito gris metalizado.

Toni le sonrió. También se había manchado bastante las manos al ayudarlo a colocar las ruedas y al pasarle herramientas. Lo miraba risueña porque estaba como un niño con zapatos nuevos.

-Bueno, vamos a dar una vueltecita con esta preciosidad -dijo Alex con deliberada ambigüedad.

Toni se dispuso a subir por el lado del acompañante pero Alex la atajó.

-No, no, conduce tú. Sabes utilizar un cambio manual, ¿no?

-Claro.

Alex terminó de limpiarse las manos, rodeó hasta la puerta del lado del acompañante y subió al coche.

La puerta del garaje ya estaba abierta. La tarde era luminosa. Toni metió la marcha atrás, salió a la calle y puso primera.

-Un momento -dijo Alex, que se arrodilló en el asiento y bajó la capota-. ¿Lo ves? Ya tenemos un descapotable. No tendrás frío, ¿verdad?

-¡Qué va! -exclamó ella.

-Pues entonces, adelante, a ver qué tal se porta este bólido.

Toni fue soltando el embrague a la vez que aceleraba con suavidad. Pese a ello, el Miata dio un pequeño brinco pero, en cuanto Toni cambió a segunda y luego a tercera, el viejo vehículo se deslizó perfectamente y, al llegar a la autopista, puso directa y alcanzó los 100 km/h en seguida. Tomaba las curvas que era una delicia.

-Es más silencioso de lo que suponía -dijo Toni-. Y el viento no se nota mucho.

-Ponlo a ciento veinte y verás.

Como había poco tráfico, Toni aceleró.

-¡Anda! ¡Pero... si a ciento veinte hace menos ruido y se nota menos el viento! -exclamó ella, sorprendida.

-Pues sí. Se debe al diseño aerodinámico. Hace menos ruido a ciento veinte que a noventa -le explicó Alex, sonriente-. Extraordinario, ¿verdad?

Al cabo de unos pocos kilómetros, Toni abandonó la autopista y enfiló por el acceso del aparcamiento de un hipermercado.

-Ocurre algo? -preguntó Alex.

-No. Es que ahora te toca conducir a ti. Me he fijado en lo impaciente que estás por ponerte al volante. De paso, voy un momento al aseo.

Toni no tardó más de cinco minutos y, al verla regresar, Alex volvió a sonreírle. Ah, ¡cómo le gustaba que le sonriera! Alex bajó entonces del coche y rodeó hasta el otro lado, a la vez que ella subía por el lado del acompañante.

Ya al volante, Alex ajustó el retrovisor exterior y luego el interior. Después miró por el retrovisor exterior del otro lado.

-Ajústalo un poco, Toni.

Como ella no acabó de ajustarlo bien para el ángulo de visión de Alex, él se inclinó hacia ella y alargó el brazo para regularlo mejor. Sus caras quedaron tan juntas que casi se rozaban.

Alex olía a loción para después del afeitado y a sudor. Su brazo le rozó un pecho y su boca quedó lo bastante cerca para besarla.

Y, sin pensarlo dos veces, Toni lo besó.

¿Te has vuelto loca, Toni?

Sintió pánico al reparar en lo que acababa de hacer y se apartó. Pero Alex le pasó la mano por detrás de la cabeza y la retuvo. La miró a los ojos, acercó los labios a los de ella, ambos abrieron la boca y, luego, sus lenguas se encontraron.

Está claro que Dios existe, se dijo Toni, exultante.

Sábado, 15 de enero, 12.15 horas
Oregón

No había vuelta de hoja, pensó Howard. Estaba atrapado. Había tenido suerte de que el abeto, grueso como su cintura, fuese tan frondoso, porque, al tocar el suelo, las ramas evitaron que el tronco cayese a plomo sobre él y lo aplastase. Pero el tronco le había aprisionado la pantorrilla izquierda y estaba de bruces, inmovilizado. Logró apartar unas ramas que le habían quedado encima de la rabadilla y de los muslos y había podido incorporarse, aunque sólo para quedar de rodillas, con la pierna izquierda aprisionada.

No era una postura muy cómoda. La pierna no le dolía, pero no estaba seguro de que eso fuese un buen síntoma. Aunque en seguida se dijo que, puesto que podía mover el pie y los dedos, no debía de ser muy grave. Además, estaba seguro de no habérsela roto, porque las fracturas de tibia o de peroné eran muy dolorosas.

Lo preocupante era que su móvil estaba en un compartimento de su mochila, junto al fogón, a sólo tres metros de distancia, pero dadas las circunstancias, era como si estuviese a mil kilómetros. No iba a poder moverse de allí.

Había intentado levantar el tronco, ayudándose con la pierna libre, pero no había podido. El tronco medía más de quince metros y lo más probable era que, aunque no hubiese estado atrapado, no pudiera haberlo movido sólo con la fuerza de sus músculos.

La parte del tronco que oprimía su pierna era bastante más gruesa que un poste de teléfonos.

Mal asunto.

Estaba en un paraje de lo más remoto, sujeto al suelo nevado como una mariposa de un coleccionista y sin posibilidad de utilizar el móvil. La indumentaria que llevaba era la adecuada para aquel lugar pero, en cuanto se pusiera el sol, haría mucho frío y, dormir de bruces en la nieve con la temperatura bajo cero, no era una perspectiva muy esperanzadora.

Por supuesto, si estaba más de veinticuatro horas sin dar señales de vida a través del móvil, sin llamar él ni contestar cuando lo llamasen, saldrían en su búsqueda, localizarían el móvil y a él al lado. Pero cuando llegasen en su auxilio quizá ya se hubiera convertido en una estatua de hielo. Porque, en el mejor de los casos, no llegarían a rescatarlo hasta última hora de la mañana del día siguiente.

De modo que el blanco manto que lo cubría todo en derredor era un cruel sarcasmo, porque el panorama no podía ser más negro.

Respiró hondo, resopló y vio su aliento flotar en el aire.

Mucho calor no hacía, no. Es más, tenía la sensación de que la temperatura había descendido tres o cuatro grados durante los pocos minutos que llevaba allí.

Bueno, John, analicemos la situaci6n. ¿Qué recurso te queda?, se dijo.

Llevaba un encendedor en el anorak. Había mucha pinaza junto al tronco y muchas ramas, aunque muy frías y húmedas. Pero estaba seguro de que podría encender fuego. De modo que, silo hacía bien, no se congelaría. Incluso tal vez lograra hacer que ardiese el tronco y reducir su peso lo bastante para soltarse la pierna.

Claro que también podía provocar un incendio y achicharrarse.

0 sea que... era mejor poner lo del fuego al final de su lista de hipotéticos recursos.

¿Qué otra cosa podía hacer?

También llevaba el machete. Echó la mano hacia atrás y lo desenfundó.

El machete era un tanto japonés de acero, llamado así por su forma curva y la punta similar a la de las espadas japonesas; tenía 30 cm de hoja muy afilada. Era una arma temible si se sabía manejar, pero no estaba concebida para cortar un tronco grueso como su muslo. Sin embargo, era todo lo que tenía. Estaba seguro de que, si conseguía ladear el cuerpo lo bastante para maniobrar, lograría cortar el tronco, aunque tardase horas. No tenía prisa, ¿verdad?

Se sintió mejor al pensar que, por lo menos, tenía un par de opciones.

0, mejor dicho, tres. Siempre estaría a tiempo de amputarse la pierna de rodilla para abajo, bromeó para sí tratando de infundirse ánimos con la negra humorada.

¿Se te ocurren otras posibilidades, John? ¿ Cortar el anorak a tiras y hacer un lazo corredizo para intentar alcanzar la mochila? Sólo está a tres metros y quizá lo consigas. Y entonces ya podrías utilizar el virgil.

Sí sería fantástico. Aunque... ¡menuda imagen para la posteridad! «¿Sabéis qué? Al viejo Howard le ha caído un árbol encima y ha tenido que llamar pidiendo ayuda. Pero, al llegar el helicóptero a rescatarlo, ya había muerto congelado. Porque el muy estúpido se había quitado el anorak y lo había hecho trizas.»

Quizá no. Tal vez pudiera considerar seriamente esa posibilidad antes de pegarle fuego al abeto.

Se miró la pierna atrapada. Un momento... Había otra posibilidad: atacar por la retaguardia.

Si uno no podía solucionar un problema por el derecho, ¿por qué no del revés? Si el enemigo era demasiado fuerte para afrontarlo directamente, ¿por qué no atacar por los flancos? A veces funcionaba.

Howard sonrió y se miró la pierna, que había aplastado bastante la nieve a causa, sobre todo, del peso del tronco pero también de la propia pierna. Calculaba que no debían de separarla muchos centímetros de la tierra que, aunque estuviese helada, no era tan dura como la madera, entre otras cosas porque el calor de la pierna la estaría descongelando un poco.

Todo lo que tenía que hacer era cavar un hoyo a la altura de su mentón, ir prolongándolo hacia la rodilla, hasta que la pierna cayese un poco. Y, cuando la pantorrilla quedase por debajo del nivel del suelo, el árbol se apoyaría en los bordes del hoyo. Entonces no tendría más que sacar la pierna.

Podía funcionar. Parecía mucho más sensato que emular a Paul Bunyan con el machete, o provocar un incendio y abrasarse vivo.

Se echó a reír.

Vamos, hombre, cava. Si lo haces bien, nadie se enterará nunca de lo que te ha ocurrido.

Ladeó un poco el cuerpo y fue retirando nieve hasta tocar la tierra junto a su pierna atrapada. No vio sangre. Eso era una buena señal.

La primera capa era casi todo arena y la roca arcillosa que había debajo estaba helada, pero tardó menos de una hora en excavar y liberarse. Temió que el pote que había puesto al fuego para prepararse el almuerzo se hubiese quemado al evaporarse el agua. Pero llegó a tiempo de ponerlo en la nieve para que se enfriase.

Ni siquiera se había torcido el tobillo, porque la nieve había amortiguado el golpe, y tampoco tenía rasgones en la pernera. Le dolía el pie, pero no tanto como para impedirle caminar.

Se sintió enormemente satisfecho de sí mismo mientras daba cuenta del almuerzo.

Ciertamente ya no era tan joven, pero aprendería a utilizar más la maña que la fuerza. Envejecer tenía muchos inconvenientes, sin duda, pero aún le quedaban recursos.

Ah, John, estás hecho todo un filósofo.

Exacto.

No había nada como un buen logro para reafirmar la seguridad en uno mismo. Quizá fuera un espejismo, pero el caso era que, de momento, le levantaba el ánimo.

Ya lo creo que sí.

Treinta y uno

Sábado, 15 de enero, 15.20 horas
Fredericksburg, Virginia

Un automovilista tocó el claxon y se echó a reír al rebasarlos, pero a Alex no le importó. La pasión que creyó extinta al romper con Megan no lo estaba en absoluto. Conservaba todo su ardor.

Los labios de Toni eran cálidos y suaves. Lo atrajo hacia sí hasta que sus pechos rozaron su tórax.

Justo en aquel momento sonó el móvil de Alex. La musiquilla que sonó fue la que había programado para las llamadas prioritarias, los Preludios de Chopin.

No era una llamada prioritaria más, sino «la de máxima prioridad».

¡Maldita sea!

Interrumpió el beso, alcanzó el móvil y lo abrió.

-¡Oh! -exclamó Toni, jadeante y roja como un tomate.

-No digas lo que estás pensando, Toni, por favor. -Diga.

-Soy Jay Gridley, comandante. Perdona que te moleste, jefe, pero es que... nos acaban de joder bien jodidos.

-¿Cómo dices?

-La Frihedsakse ha irrumpido en el circuito de la banca electrónica. Espero que lleves dinero en efectivo encima, porque hoy no podrás cobrar tu cheque.

-¡No me jodas!

-Si, es decir, no. Aunque es la expresión más utilizada por aquí en estos momentos. En los bancos están que echan humo, y el efecto dominó está afectando a la red como una estampida de potros. La Frihedsakse ha burlado todos los sistemas de seguridad y todas las alarmas.

-¿Ya tenéis idea de la magnitud de los daños?

-Son incalculables. Y la cosa no va a terminar ahí. Me temo que habrá que apagar todos los ordenadores de las principales entidades e instituciones.

-Moviliza a todo el mundo. Yo llegaré en seguida -dijo Michaels, que miró a Toni con expresión compungida-. Lo siento...

Ella meneó la cabeza.

-Espero que lo digas por la llamada.

-Sí, claro -asintió él-. Pero esto... -Movió la mano entre ambos y añadió-: Quizá no sea muy conveniente.

-Ya lo sé.

-Soy tu jefe. Y este tipo de cosas acarrea muchos problemas.

-Como... ¿por ejemplo?

Alex la miró a los ojos.

-¡Por Dios, Toni! Ya sabes a lo que me refiero. Ligar en el trabajo... Los jefes que se acuestan con sus subordinados...

Toni le dirigió la sonrisa más radiante que había visto nunca.

-¡Hombre...!

-¿Qué?

-¿Quieres acostarte conmigo?

-Claro que sí. Pero dadas las circunstancias...

-Dejaré el trabajo -dijo ella.

-¿Cómo dices?

-Que si te acuestas conmigo, dimitiré.

-Toni...

-Lo digo en serio. Si ha de ser un problema que seas mi jefe, tengo el remedio para eso. Adoro trabajar contigo, Alex, pero puedo encontrar otro empleo. En estos momentos, mi relación personal contigo me importa mucho más que la relación profesional.

Alex parpadeó, estupefacto.

-¿Dejarías tu empleo para poder acostarte conmigo?

-Sin pensarlo dos veces.

-¿Por qué? No soy tan maravilloso.

-Te subestimas. Lo digo muy en serio.

Alex meneó la cabeza.

-¡Santo Dios! Mira: tenemos que volver a la oficina y afrontar este desastre, ¿entendido? De lo nuestro podemos hablar después.

-Cuando quieras. ¿Quieres que volvamos a por la furgoneta?

-No. Enviaré a alguien a recogerla.

Alex puso en marcha el Miata y, nada más arrancar, empezó a diluviar.

¡Maldita sea!

Sábado, 15 de enero, 15.25 horas
Hana, Maui, Hawai

La teniente Winthrop navegaba por la realidad virtual, mostrándole a Julio algunos de los intríngulis del sistema. Le había dejado elegir un programa y él había escogido una playa de Maui, cerca de Hana.

Llevaban unos escuetos trajes de baño y caminaban descalzos por una playa de arena negra. Oían el murmullo de las olas y el chillido de las gaviotas. El agua del mar que llegaba a los rompientes de lava era cálida, y el sol y la brisa acariciaban su piel desnuda.

-¿Qué le parece? -preguntó Julio.

-No está mal para un principiante. ¿Por qué ha elegido este programa?

-Porque una vez estuve ahí. Y tengo un buen recuerdo del lugar. Además, quería ver qué tal está usted en traje de baño.

-Eso se lo dirá a todas.

-Claro. Pero mi intención ha sido buena. Podía haber elegido una playa nudista.

Joanna se echó a reír.

Al rodear una enorme roca y seguir por la arqueada cala, Winthrop notó algo raro. El agua parecía... retirarse, como si de pronto tuviesen marea baja y el agua se hiciese menos profunda al mirarla. El agua se alejó tan de prisa que se veían los peces saltando en el fondo. Una anguila se retorcía frenéticamente, tratando de llegar al agua que se alejaba.

-Buenos efectos especiales -lo elogió Joanna-. ¿Para qué lo ha programado?

Julio meneó la cabeza.

-No tengo ni idea. Yo no lo he programado.

El agua siguió retirándose y Joanna miró a lo lejos.

-¡Oh! -exclamó.

-¿Qué?

-¡Ya sé lo que pasa! ¡Mire!

Julio puso la mano sobre los ojos a modo de pantalla para que no lo deslumbrase el sol.

-¿Lo dice por aquella ola tan grande?

-Sí, es una ola grande, pero se hará aún más grande, y se acerca. Es un tsunami.

-¿Una ola de marea?

-Ese es un nombre impropio. Los tsunami no tienen nada que ver con las mareas. Los suelen causar los terremotos o las erupciones volcánicas y, a veces, un meteorito que cae al mar o una prueba nuclear.

-¿Y por qué aparece de pronto un tsunami en mi escenario?

-Ni idea, pero podría indicar que hay graves problemas en el paraíso. Algo muy grave debe de estar ocurriendo en la red. Siento mucho tener que interrumpir la lección, pero tenemos que salir de este programa y ver qué ocurre.

-Por supuesto. Usted manda.

-Pero no se marche, por favor.

Sábado, 15 de enero, 15.30 horas
Quantico, Virginia

Fernández volvió a la realidad en la sala de ordenadores, sentado al lado de Joanna, que movía los dedos con gran celeridad haciendo aparecer una sucesión de imágenes, palabras y números del holograma que tenía enfrente.

La teniente soltaba tacos como un camionero.

-¡Maldita sea! ¡Qué leche pasa aquí! -volvió a clamar.

Julio mantuvo la calma, consciente de que no era el momento de hacer preguntas tontas. Porque estaba claro que, fuese lo que fuese, era algo grave.

-¡No, no , no! ¡Cabrón! No te metas ahí, ¡que lo vas a joder todo! -clamó la teniente.

Jay Gridley llegó corriendo en aquel momento a la sala, muy nervioso.

-Sabe ya lo que ocurre, ¿verdad, teniente?

-¡Sí! ¡Ya lo tengo! ¡Madre mía!

Gridley se sentó frente a otra consola.

-¡Dios mío! Acaban de burlar las alarmas del banco de datos Fed-Uno.

-Tenemos que intentar bloquear a ese maldito hacker.

-Ya lo he intentado. El jefe viene de camino, y todos los miembros del equipo de informáticos, incluso los que no están de servicio. Faltarán sillas.

-¿Ha llamado a Fiorella?

Jay la miró de reojo para no apartar del todo su atención del holograma.

-No lo he necesitado. He localizado su virgil, y estaba a sólo unos metros del móvil del jefe. Está con O. -Arqueó las cejas y añadió-: Interesante, ¿no?

-¡Menuda noticia! -exclamó Joanna con un deje de ironía-. Ha de estar más atento a lo que ocurre en el mundo real, Gridley.

-¡Que la zurzan, teniente!

-Oh, no, por favor, que me harían polvo.

-Más bien al contrario, ¿no cree, teniente?

-En cualquier caso no sería usted quien lo haría...

Julio se sentía como una rueda de repuesto. No sabía qué pasaba ni quería preguntarlo, pero pintaba muy mal.

-Acaban de irrumpir también en el banco de datos Fed-Dos -anunció Joanna.

-A ver... -dijo Gridley-. Quizá podamos desviarlos. ¡Mierda! ¡El Fed-Tres también! El virus nos está devorando.

-¿Un virus? -exclamó Fernández.

-Más que un virus: una epidemia -repuso Gridley-. Alguien ha burlado los mejores antivirus que tenemos y nos ha mandado un «gusano». Los virus se están reproduciendo e infectando todos los ordenadores que controlan los movimientos financieros federales. La única manera de detenerlo es desconectar todos los infectados y desinfectarlos luego uno a uno.

-¡Mierda! -volvió a tronar Joanna, que se recostó mirando la pantalla por la que desfilaban imágenes carentes de significado para el sargento Julio Fernández.

-Permítame que le diga una cosa, teniente -dijo Fernández.

-Espere, espere -se limitó a decir Joanna-. Tengo algo.

-¿No puede detenerlo? -preguntó Julio.

-No, no puedo. Pero creo poder detectar de dónde procede. ¡No puedo creer que ese maldito hacker sea tan estúpido! Jay?

-¡Ya lo veo! ¡Ya lo veo! Lo ha detectado. ¿Cómo lo ha hecho, teniente?

-He encontrado un rastro en mi consola, de cuando irrumpió en mi ordenador. No parecía tener señal de retorno pero, por si acaso, le puse un seguimiento.

-¿Qué significa eso? -preguntó Fernández, a pesar de su intención inicial de no hacer preguntas tontas.

-Significa que podemos activar un programa de seguimiento de quien haya enviado una determinada señal, siempre y cuando lo hagamos inmediatamente después de la recepción.

-¡Buen trabajo, Winthrop! -la felicitó Gridley-. ¿Lista para acabar con él?

-Me gustaría patearlo personalmente, pero me temo que estas cosas se le dan mejor a usted. ¡Todo suyo! Gridley sonrió.

-La verdad es que no es usted tan mala persona. Allá voy.

Cuando Alex y Toni llegaron había un gran alboroto en el centro de informática. Jay, Joanna y casi todos los miembros del equipo tecleaban frenéticamente frente a los ordenadores.

Julio Fernández estaba junto a la entrada, observando.

-¿Qué tal va, Julio? -le preguntó Toni.

-No soy el más indicado para responder a eso. Sólo entiendo una palabra de cada veinte. Pero parece ser que se trata de algo grave; un «gusano», lo ha llamado Gridley.

-¡Mierda! -exclamaron Alex y Toni al unísono.

-Pero parece ser que la teniente Winthrop y Gridley tienen el rastro de quien ha mandado el virus. Gridley está intentando desinfectarlo, si he entendido bien lo que han dicho.

-Gracias, sargento -dijo Toni.

-De nada, comandante.

Alex se acercó a la consola de Joanna, y cuando Toni se dirigía a su despacho para leer los informes de los daños, la sonrisa de Fernández la detuvo.

-¿Pasa algo divertido de lo que yo no me haya enterado? -le preguntó Toni con acritud-. Me gustaría tener algún motivo para desternillarme de risa.

-No, señora, no es nada divertido.

-¿A qué viene entonces esa sonrisita?

-Pues.., es que pensaba en ustedes...

-¿En quiénes?

-En usted y el comandante.

Toni se sonrojó.

-¿En mí y en el comandante?

-Sí, señora.

¡Oh, Dios mío! ¡Tanto se me nota! ¡Si ni siquiera hemos hecho nada todavía!

-¿Y qué pasa con nosotros, sargento?

-Nada, señora, sólo que me alegro de que hayan llegado tan pronto.

-Miente usted fatal, Julio.

-Sí, señora. Quizá necesito un poco más de práctica.

-Bueno..., he de dejarlo -dijo Toni.

Lo sabe, se dijo al avivar el paso hacia su despacho. Pero ¿cómo se había enterado? ¿Cómo podía saberlo?

Bueno..., ya pensaría en eso después. Por lo pronto tenía que afrontar una crisis.

Cada cosa a su tiempo, nena, cada cosa a su tiempo.

Treinta y dos

Sábado, 15 de enero, 15.40 horas

Marietta, Georgia

Platt estaba muy satisfecho de su más reciente irrupción en la red. Era asombroso lo que se podía hacer con un puñado de códigos y contraseñas secretas, por cortesía de un allegado a un senador. Podía hacer diabluras, como, por ejemplo, volar buena parte de la banca electrónica norteamericana con sólo pulsar un botón.

Así de sencillo.

Los pobres federales corrían a ciegas de un lado para otro como gallinas con la cabeza cortada; como locos, tratando de impedir que los ordenadores que administraban su dinerito se quedasen sin nada que administrar.

No podrían evitarlo, a menos que desconectasen muchos ordenadores. Y ahí estaba la trampa. Porque parte de lo que iban a desconectar eran los sistemas de seguridad y las alarmas, que impedían que los atracadores de la red desvalijasen los bancos. A partir de ese momento, las cosas se pondrían muy interesantes.

Estaba en el cuarto de baño cuando oyó la alarma. Lo primero que pensó fue que sería el detector de humos, pero en seguida notó que era la alarma de su ordenador, que estaba sobre la mesa de la cocina.

¡Pero qué...!

Salió de estampida del cuarto de baño y se dirigió corriendo a la cocina.

No cabía duda. El sonido procedía del pequeño altavoz de su portátil, que chillaba como un cerdo degollado.

Platt permaneció unos segundos inmóvil, mirando el ordenador. Teóricamente no podía suceder pero, a menos que fuese una avería, alguien había conseguido acceder a su señal de input primaria. La única manera de que pudieran haberlo conseguido era captarla en el satélite antes de que volviese, y eso sólo era posible si estaban esperando la señal y sabían qué buscar cuando llegase.

Imposible. No había dejado rastro.

Entonces reaccionó. Tecleó la contraseña. Quizá sólo se tratase de un error de software que hubiese disparado la alarma del audio.

¡Maldita sea!

¡No era un error!

Habían localizado su señal. Y, si averiguaban dónde estaba, tardarían muy poco en saber quién era, y se presentarían de un momento a otro para tener una pequeña conversación con él.

Platt apagó el ordenador. Tenía que marcharse de allí de inmediato.

¿Cómo podía haber ocurrido? ¿Qué sabían aquellos desgraciados de Net Force que él no supiese? ¿Disponían de una nueva tecnología? ¡Joder!

Ya pensarás en eso luego, tío. Por lo pronto, pon tierra de por medio si no quieres tener que darle vueltas dentro de una celda.

Sábado, 15 de enero, 21.15 horas
Bissau, Guinea-Bissau

Hugues le sonrió a Domingos, que estaba sentado frente a él y alzó su copa de vino a modo de brindis. Estaban a solas en el ostentoso comedor, atacando el tercer plato de un banquete de siete platos. El comedor tenía capacidad para más de cien personas, por lo que daba una sensación de gran vacío estar allí solos, en el extremo de una larga mesa, una de las seis que había en la estancia.

El siguiente plato era de pescado y, por tanto, cambiaron a vino blanco, un Pinot Gris australiano, cosecha de 2003, tan bueno como el mejor que Hugues hubiese tomado.

Domingos estaba orgulloso de su bodega y de su cocinero, y con razón.

Hugues asintió aprobatoriamente.

-Es usted muy amable -dijo el presidente, visiblemente satisfecho.

Bebieron un sorbo mientras los camareros les retiraban los platos y preparaban los cubiertos para los siguientes.

-De modo que todo va bien, ¿verdad? -dijo el presidente.

Hugues miró el reloj.

-Mientras estamos hablando aquí, excelencia, mis agentes están ultimando los detalles. Dentro de pocos días podremos hacer la transferencia. Pero le adelanto que no habrá el menor problema.

-¡Excelente! -exclamó Domingos alzando su copa-. ¡Por el futuro!

-¡Brindo por él gustoso!

Hugues sonrió mientras bebía. Justo en aquellos momentos, Platt se iba a llevar una gran sorpresa. Platt le era útil, pero no era su único agente. Y aunque estaba seguro de que la jugarreta que le había preparado al sureño no conduciría a que la policía lo detuviese (Platt era demasiado listo para dejarse atrapar fácilmente), no le cabía duda de que el susto que se iba a llevar le iba a dar mucho que pensar. To-maría buena nota.

No le interesaba en absoluto que detuviesen a Platt y correr el riesgo de que cantase. Pero quería poner un poco nervioso a aquel patán y que se sintiera obligado a pedirle protección.

Si una persona cree que le tiendes la mano para ayudarla a salir del pozo, quizá no repare en que en la otra mano llevas un puñal.

Platt era prescindible. Es más: tendría que prescindir necesariamente de él. Su utilidad estaba casi agotada, pero aún faltaba el casi.

El camarero trajo una bandeja con un pescado que parecía un róbalo, que debía de pesar casi diez kilos, y que desprendía un aroma delicioso.

-Es la mantequilla francesa de avellana la que desprende este aroma -explicó Domingos-. Entenderá que lleve a Bertil conmigo cuando vaya a París, ¿verdad?

Hugues sonrió. Llevarse a su chef a París ya era demasiado, pero si le apetecía, no cabía duda de que Domingos podría permitírselo.

Sábado, 15 de enero, 16.30 horas
Washington, D. C.

Después de comprar el bumerán, Tyrone pasó un par de horas en el parque jugando con él. Era un poco más complicado de lo que parecía, pero tardó sólo unos minutos en conseguir manejarlo lo bastante bien para no tener que echar a correr para ir a recuperarlo. 0, por lo menos, no tener que ir muy lejos. Un par de veces había conseguido que el artilugio volviese hacia él lo bastante cerca como para poder atraparlo con sólo dar un par de pasos.

La habilidad física nunca había sido su fuerte, pero estaba seguro de que llegaría a dominar aquello.

Cuando ya tenía bastante cansado el brazo y se disponía a marcharse a casa, había aprendido bastante sobre cómo había que colocar el cuerpo en función del viento, y cómo precisar de dónde soplaba éste. Había visto que otros lanzadores arrancaban hojas de hierba o recogían un poco de tierra del suelo, soltaban las hojas o la tierra y observaban hacia dónde las impulsaba el viento.

Era divertido.

Sonó su móvil. Tyrone lo sacó del cinturón y lo abrió. -Diga.

-Hola, hijo. ¿Qué tal estás?

-¿Papá? Creía que estabas poco menos que en la Antártida.

-Pues no te equivocas mucho. Estoy rodeado de nieve y hielo por todas partes. No hay ni una alma en cien kilómetros a la redonda.

-Pero ¿estás bien? Casi nunca me llamas cuando sales a hacer esos ejercicios.

-Sí, estoy bien...

John se interrumpió y guardó silencio. Tyrone dedujo que su padre quería decirle algo más, y aguardó.

-Bueno..., la verdad es que he tenido un día movidito. Te lo contaré, pero has de

prometerme no decirle nada a tu madre.

Ya me parecía a mí...

-Descuida, papá. ¿Qué te ha pasado?

-Pues que me ha caído un árbol encima.

-¿Un árbol? ¿Estás herido?

-No, no, estoy bien. Se ha partido a causa del peso de la nieve. He tenido suerte. Pero me ha hecho pensar que debía llamarte. ¿Cómo estás tú?

-¡Por Dios, papá! Te cae un árbol encima y... ¿te preocupas por mí?

-Típico de los padres, Tyrone.

-Pues estoy estupendamente. Acabo de comprarme un bumerán.

-¿En serio? ¿Un bumerán deportivo o de guerra?

-¿Sabes algo de bumeranes? -preguntó Tyrone, un tanto sorprendido.

-Un poco. Los hay para cazar y para combatir. No me gustaría que me atizasen con uno de esos artilugios en la cabeza, ni siquiera con uno deportivo. Son tremendos. Un experto puede acertarle a un pájaro en vuelo, incluso a cincuenta metros de distancia. De pequeño, cuando iba a campamentos, había jugado muchas veces con bumeranes. Toda-vía conservo uno. Creo que está en la buhardilla del abuelo.

Asombroso. Estaba visto que su padre sabía de todo un poco. Y, además, ¡tenía un bumerán! Asombroso.

-Pues ahora yo también tengo uno. He asistido a un concurso que se celebra cerca de casa, me ha gustado y me he comprado un bumerán deportivo.

-Estupendo. Podrás ayudarme a refrescar la memoria sobre cómo se utiliza cuando vuelva a casa.

-Oh, eso será estupendo.

-Me alegro de haber hablado contigo. Ahora llamaré a tu madre. Ah, y no olvides que lo del árbol queda entre tú y yo, ¿de acuerdo?

-De acuerdo. Cuídate. Y gracias por llamarme, papá.

Cuando hubieron colgado, Tyrone sonrió. Su padre lo había llamado antes a él que a su madre. Le había hecho una confidencia y le había pedido que le guardase el secreto. Y, además, su padre había jugado con bumeranes cuando era pequeño.

Vaya... Estaba visto que iba de sorpresa en sorpresa.

Sábado, 15 de enero, 18.30 horas
Quantico, Virginia

Michaels estaba en su despacho, abrumado por una docena de problemas. Y, justo en aquel momento, entró uno de aquellos problemas.

-¿Alex?

-Hola, Toni, ¿qué ocurre?

-El FBI y la policía estatal de Georgia han localizado la dirección, en las afueras de Marietta. Se trata de una casa vieja que pertenece a una familia apellidada Platt. El padre hace treinta años que no va por allí y la madre murió y le dejó la casa en herencia a su hijo.

Toni dejó sobre la mesa un montón de hojas recién salidas de la impresora de su ordenador y una foto.

-Este es el pájaro, el hijo.

Michaels examinó la fotografía. El joven de la foto llevaba una camiseta blanca y pantalones vaqueros de color azul. Era alto y atlético pero... no debía de tener más de dieciséis años.

-Un poco joven, ¿no?

-Es la única fotografía que tenemos. Debía de tener quince o dieciséis años y, en la actualidad, poco más de treinta. Podemos hacer una simulación de envejecimiento de la cara por ordenador. Los vecinos dicen que vive en la casa pero que pasa mucho tiempo fuera.

-Todo esto es un tanto extravagante -dijo Michaels-. Una organización terrorista danesa

vinculada a un hacker georgiano. En fin...

-¿Puedo sentarme?

-¡Por Dios! Sobra la pregunta.

Toni se sentó y esbozó una sonrisa.

Michaels notó un cosquilleo en la entrepierna al recordar su apasionado beso en el coche.

-He estado reflexionando sobre lo ocurrido -dijo ella-. Es muy raro que nadie hubiese oído hablar de la Frihedsakse antes de todos estos sabotajes.

-¿Cómo que no? Jay ha encontrado todo tipo de referencias al grupo anteriores a la fecha del manifiesto que difundieron, referencias de muchos años atrás.

-Bueno..., no exactamente. Le pedí a Jay que volviese a comprobarlas. Y lo único que podemos confirmar sin lugar a dudas son pequeños datos dispersos, de no más de seis meses de antigüedad. Antes de esos seis meses, la etiología de la información es, en palabras del propio Jay, «algo ambigua».

Michaels se recostó en el sillón y reflexionó unos momentos sobre lo que Toni acababa de comunicarle.

-¿Qué significado puede tener eso?

-Esa es la pregunta del millón.

-¿Y la respuesta?

Toni meneó la cabeza.

-No estoy segura -dijo-. Pero, sólo como hipótesis de trabajo, supongamos que los terroristas daneses no hayan existido hasta hace seis meses. ¿Por qué iban a falsificar información indicativa de que la organización es mucho más antigua? ¿Qué sentido tendría? ¿Qué podría importarle a nadie que sólo haga seis meses que existen? ¿Lo harían para desprenderse del dudoso prestigio de ser una organización terrorista muy antigua?

-Buena observación -asintió Michaels-. ¿Por qué lo habrán hecho entonces?

-Puede que no lo hayan hecho ellos -aventuró Toni-. Quizá lo hicieran otras personas.

Al comandante de Net Force se le encendió una lucecita que no sólo iluminó su mente, sino también su semblante.

-¡Claro! Ya lo entiendo. Quizá no exista ningún grupo terrorista llamado Frihedsakse. Puede tratarse de alguien que quiera que indaguemos sobre un grupo terrorista inexistente. Dejan suficientes pistas para que encontremos algo, para que sigamos interesados, cuando lo que hacemos en realidad es dar palos de ciego. A lo mejor no se trata en absoluto de terroristas.

-Bueno... es sólo una hipótesis, Alex -dijo Toni con cierta timidez.

Michaels meneó la cabeza, furioso consigo mismo. Tenía que haber reparado antes en ello.

-¿Cómo no habremos caído antes en la cuenta? -exclamó, mirándola-. No hemos apuntado hacia otro lado, no nos hemos fijado otro objetivo porque nos han puesto un rollizo pavo delante de las narices y no hemos pensado más que en hincarle el diente. Demasiado fácil. Y hay que sospechar siempre de lo que resulta demasiado fácil.

-Sin embargo, el caso es que, si no se trata de una organización terrorista, ¿de quién puede tratarse? ¿Qué pretenden quienes nos han hecho creer lo contrario? Se me hace muy difícil creer que un tipo que no destacó precisamente en sus estudios en un instituto de un pueblo de Georgia, que terminó por abandonar, haya sido capaz de tramar todo esto.

-Vamos a olvidarnos momentáneamente de la Frihedsakse, y no como hipótesis de trabajo. Hay que hacer una comprobación exhaustiva de todos los sistemas informáticos afectados, y analizar quién haya podido o pueda beneficiarse de todo lo ocurrido. -Hizo una pausa mirándola a los ojos, se levantó y luego añadió -Voy a hablar con Jay y con Joanna para que pongan manos a la obra de inmediato.

-Estupendo -dijo Toni, que dio media vuelta y enfiló hacia la puerta.

Pero Michaels no podía dejarla marchar sin decirle algo más.

-¿Toni?

-¿Sí?

-Sobre lo del Miata...

-¿Prefieres olvidar lo que ha ocurrido, Alex? Yo no puedo olvidarlo, pero puedo fingir, si

es eso lo que quieres.

-No, no quiero olvidarlo. Si salimos de ésta, creo que deberíamos acostarnos, ¡perdón!, sentarnos y hablar... ¡Vaya por Dios! Ahora iba a resultar que le había contagiado su ardor. Pues... tanto mejor.

-Cuando quieras.

No es una buena idea, Michaels. 0, más exactamente, es una mala idea. Recuerda lo que te advirtió tu padre: «Nunca te acuestes con una subalterna. Siempre trae malas consecuencias.» Pero mirando a Toni no parecía tan mala idea. Era una mujer inteligente, hermosa y estaba en tan buena forma que podía hacerlo picadillo si se lo proponía. Era una combinación que a Alex lo atraía especialmente. Además, ella lo había besado primero, ¿no?

Si, hombre, te sedujo... ¿Qué crees?, ¿que sino te acuestas con ella te dará una paliza? ¿A quién quieres engañar? No cuela, Alex, no cuela.

Michaels siguió con la mirada a Toni hasta que hubo salido del despacho. Se encogió de hombros y exhaló un largo suspiro. Ya pensaría en ello después. De momento tenía que ocuparse de algo más urgente.

Sonó su móvil.

-Diga.

-Su ex esposa por la tres -le anunció su secretaria. Michaels se echó a reír. Por supuesto que era su ex esposa.

-Dígale que estoy reunido. Que deje un mensaje si quiere.

Treinta y tres

Sábado, 15 de enero, 23.45 horas
Kansas City, Kansas

-Ahí las tenemos -anunció la teniente Joanna Winthrop.

-Ratas... -dijo Jay-. ¿Por qué ha tenido que elegir ratas?

-¿Hubiese preferido cachorrillos de labrador o gatitos siameses? No irá a decirme que les tiene miedo a las ratas, ¿eh, Gridley?

Jay meneó la cabeza y asentó la culata del rifle del calibre 12 en el hombro. Era un rifle Mossberg con cámara para diez balas. Llevaba luz y láser en la mira telescópica acoplados al cañón, y un cargador de repuesto con otras diez balas adosado a la culata.

Junto a él, en el oscuro callejón, la teniente Winthrop alzó su fusil, un Streetsweeper sudafricano, también del calibre 12, dotado igualmente de mira telescópica con luz y láser, y dos cargadores de repuesto, uno a cada lado de la culata.

Las ratas eran de color pardusco, del tamaño de un cocker spaniel, con largos incisivos amarillentos. Iban de un lado para otro del callejón, buscando frenéticamente una salida. Pero no tenían escapatoria, porque la única vía de escape la bloqueaban Winthrop y Gridley.

De modo que no era difícil adivinar por dónde intentarían escapar.

-Ahí vienen! -gritó Jay.

Un contingente de más de veinte ratas se precipitó hacia ellos como una parda marea.

Winthrop hizo dos disparos antes de que Jay apretase el gatillo.

Dos enormes ratas quedaron convertidas en coágulos rodeados de pelo que se retorcían en el suelo.

A medida que Joanna y Jay disparaban, algunos roedores caían fulminados mientras otros seguían cargando hacia la entrada del callejón.

-¡A su izquierda! -gritó la teniente a la vez que disparaba y alcanzaba a una de las ratas, tan de lleno que la mandó casi al fondo del callejón como si fuese una pelota de fútbol.

Jay apuntó a dos que trataban de escabullirse por su flanco izquierdo, disparó, alcanzó a una y falló el segundo disparo. Winthrop remedió el error, reventó al roedor y a otros dos con

tres certeros disparos.

Jay activó el láser y el puntito rojo apareció en la cabeza de la última rata que quedaba. Disparó y la abatió también.

Acabar a tiros con ratas portadoras de virus infecciosos era bastante más divertido que pelearse con códigos alfanuméricos. En la realidad, las «ratas» eran virus que llevaban incorporados códigos de huida y evasión que devoraban espacio de almacenamiento en disco, en los ordenadores de la división de la Reserva Federal de Kansas City. La «ciudad» había sido «evacuada» (es decir, los ordenadores habían sido desconectados) para que pudieran irrumpir las brigadas de desinfectación y desinsectación. La medida no había sentado muy bien, pero era inevitable.

Varios bancos habían resultado tan afectados que habían tenido que cerrar, con la consiguiente crispación de los clientes.

Winthrop volvió a cargar su arma. Jay tenía que reconocer, pese a lo mal que le había caído la teniente al principio, que estaba muy atractiva liándose a tiros con los roedores. Olía a pólvora. Tenía algo sexy ver a una mujer atractiva con una arma automática en las manos.

Seguramente, cualquier psiquiatra tardaría un mes en descifrar aquel simbolismo, se dijo Jay. Era una suerte que él no fuese dado a recurrir a los psiquiatras, porque se habría arruinado.

Winthrop se ajustó los auriculares.

-Hemos despejado el callejón de la parte trasera del banco -dijo-. Ahora vamos al del restaurante tailandés, que está a la derecha.

-Supongo que eso lo ha programado en mi honor -repuso Jay, sonriente.

-Es que me ha parecido que debe de saber usted mucho de restaurantes tailandeses.

-Desde luego que sí. ¿Le gusta la salsa de cacahuete? Puedo prepararle un día un satay de rata.

-Lo creo capaz. ¡Qué asco!

-Como prefiera, teniente -dijo Jay.

Al cruzar la calle en dirección al restaurante tailandés, Joanna lo miró.

-Ah, por cierto, lo ha hecho usted muy bien localizando al tal Platt.

-Bah, ha sido muy fácil. No podría haberlo localizado si usted no llega a detectar su señal. Parece increíble que cometiese ese desliz.

-Incluso los más listos cometen estupideces. No se puede bajar nunca la guardia.

-Por supuesto que no. Confío en que los federales le echen el guante a ese desgraciado.

-¡Ojo con las ratas!

-Pues... atenta y apunte bien, teniente. ¿Quiere el lado derecho o el izquierdo esta vez?

-El izquierdo. Ese condenado fusil suyo me lanza todos los casquillos vacíos a la cara.

-Todo tiene sus inconvenientes, ¿no cree? Es el síndrome de Frankenstein. Si usted lo crea, usted apechuga con él.

-De acuerdo. Programe usted el próximo escenario -dijo Joanna, sonriente.

-Lo haré. ¿Le gustan las serpientes?

-Las coleccionaba cuando era pequeña -repuso ella-. Las cazaba con un palo largo que terminaba en forma de horca, las guardaba en sacos y se las vendía a las tiendas de animales de compañía. Las serpientes son extraordinarias.

¡Joder!, exclamó para sí Jay. Pero en fin, algo tenía que haber que le diese asco o la asustase. Teniendo en cuenta la gravedad de la infección del sistema bancario, podían encontrarse con toda clase de bichos. Y alguno encontraría que la hiciese temblar.

Domingo, 16 de enero, 1.15 horas
Atlanta, Georgia

Platt sabía que a Hugues no le hacía ninguna gracia que lo despertasen temprano, y debían de ser las seis o las siete en el exótico rincón del mundo en el que se encontraba. Pero quería asegurarse de hablar con él cuando no estaba ocupado. Sabía que no debía llamarlo nunca,

salvo en caso de emergencia y, teniendo en cuenta que se había librado de la quema, quizá ya no se tratase de una emergencia, por lo menos en teoría. Pero no le importaba. Quería llamarlo y lo llamaría.

Le repateaba perder la casa que le dejó su madre, pero ya no había remedio. No volvería nunca por allí.

Utilizó un distorsionador de voz desechable y un teléfono público del motel Stonewall Jackson, en las inmediaciones de College Park, justo frente a la autopista I-285.

Hugues tenía su virgil con el distorsionador militar acoplado, de modo que nadie podría detectarlo. Platt tenía que hacer aquella llamada y largarse.

Aunque Atlanta fuese una ciudad grande, estaba demasiado cerca de Marietta. Quería poner tierra de por medio sin perder un solo momento. Había alquilado una avioneta que lo aguardaba en el aeropuerto. En cuanto despegase se sentiría mucho mejor.

-¿Qué pasa? -dijo Hugues de mal talante.

Estaba claro que lo había despertado.

-¿Qué tal, jefe? Aquí tenemos un problema que debes conocer.

-Un momento.

Hugues lo hizo esperar y Platt sonrió. A las seis de la mañana, Hugues debía de estar en la cama y, silo hacía esperar, quería decir que no estaba solo. Apostaba a que mandaría a su compañera de cama al baño.

-Bueno..., ¿se puede saber qué ocurre? -preguntó Hugues al cabo de un minuto.

-Siento llamarte en un mal momento... -se excusó Platt, aunque no lo sentía en absoluto.

-No te preocupes por eso. ¿Cuál es el problema? -Los federales no son tan tontos como parece. Me han seguido el rastro hasta la casa de mi madre.

-¿Qué? ¿Cómo es posible?

-Eso quisiera saber yo. Quizá dispongan de alguna novedad tecnológica que yo no conozco. Pero sea como sea, el caso es que he tenido que salir de estampida.

-¿Y has podido marcharte sin problemas?

-Sí y no. Si se han presentado allí, como es lo lógico, no me han visto porque me he marchado en cuanto ha sonado la alarma y era imposible que llegasen a tiempo. Pero la casa está a mi nombre; tendré que cambiar de identidad.

-¿Y eso supone un problema?

-En realidad, no. Tengo media docena de juegos de documentación falsa para emergencias como ésta.

-¿Y lo otro?

-Ah, lo otro... Eso ha ido sobre ruedas. Nuestro contacto del Banco de Minnesota podrá hacerlo todo de acuerdo a lo previsto. Espero tener noticias suyas hacia el mediodía de hoy mismo.

-Estupendo, ¿necesitas algo?

-Tendré que ocultarme en uno de los refugios -dijo Platt-. Y voy un poco escaso de dinero en efectivo.

-Bueno, lo que necesites. Si hubiese algún problema con tu documentación, dímelo en seguida. Me encargaré de que puedas salir del país.

Platt sonrió.

-Ah, pues muchas gracias, jefe. Te lo agradezco de verdad. Es un alivio saber que uno puede contar con alguien en este mundo traidor. Volveré a llamarte en cuanto el del banco haga lo que tiene que hacer.

-De acuerdo. Hasta luego, entonces.

Platt pulsó el botón de desconexión, retiró el distorsionador del micrófono y se lo guardó en el bolsillo. Luego lo tiraría. Humm. Hugues no parecía tan contrariado como suponía por la irrupción de los federales en su casa. Era un tipo frío, eso era verdad; quizá demasiado frío. Pero sólo podía fiarse de él mientras le fuese útil.

En cuanto el del banco cumpliese con su misión, Hugues nadaría en dinero, por lo menos durante una temporada, y quizá ya no necesitase un perro de presa tanto como antes. 0 puede que pensara deshacerse de él y comprarse otro perro.

Platt sabía por experiencia que, en momentos como aquéllos, había que estar alerta. La gente pensaba siempre, ante todo, en su propio interés. Y, dentro de muy poco, sus intereses y los de Hugues serían divergentes. A partir de ahí, las cosas podrían empezar a complicarse y a ponerse peligrosas. Y su madre no había engendrado imbéciles.

Platt fue a su habitación a recoger un par de cosas antes de dirigirse al aeropuerto.

Domingo, 16 de enero, 1.45 horas
Quantico, Virginia

El comandante Michaels convocó una reunión urgente en la sala de conferencias.

La teniente Joanna Winthrop miró en derredor. Además de ella estaban allí Michaels, Fiorella, Gridley y, en el pasillo, junto a la entrada, estaba Julio, que se había quedado fuera porque no podía intervenir cuando había cuestiones informáticas de por medio. De modo que haría algo útil. Montaría guardia, por así decirlo.

El sargento le había sonreído a Joanna cuando ella había entrado en la sala. Verlo allí le había levantado un poco el ánimo. Estaba cansada, como todos, porque había tenido que trabajar hasta el agotamiento en la reparación de los daños. Sin duda podrían contar con la ayuda de los programadores federales, pero se había tratado de una infección muy grave que por lo menos tardarían dos días en erradicar. El mayor problema era que, al estar los ordenadores inutilizados, les costaría mucho dinero en tiempo y transacciones perdidas. Aparte del problema de la Frihedsakse, naturalmente... A no ser que no fuese un problema.

Quizá, si se analizaba la cuestión a fondo, resultase que les habían tendido una trampa. Gridley estaba muy cabreado por ello, puesto que había sido él quien había «descubierto» a la Frihedsakse, pero podía haberle ocurrido perfectamente a Winthrop, porque lo cierto era que el asunto desprendía un tufillo que podía engañar a cualquiera. Y habrían seguido engañados durante mucho tiempo de no ser por la posibilidad que había apuntado Fiorella. Tal vez Toni no fuese la mejor programadora del mundo, pero tenía una perspicacia de la que solían carecer los técnicos.

-... el sistema bancario federal está en peligro. Pero todos los programas de seguridad están siendo actualizados y modificados. De modo que los hackers no podrán entrar en los ordenadores con las antiguas contraseñas -explicó Michaels.

-Si consiguieron hacerse con las antiguas, ¿por qué no van a conseguir hacerse con las nuevas? -objetó Gridley.

Winthrop se dijo que Jay parecía haberle leído el pensamiento.

-Los programadores de la banca están utilizando el nuevo sistema de localización. Si alguien vuelve a irrumpir en el sistema, lo localizarán, aparte de que también sabremos dónde se ha producido la filtración -aclaró Michaels.

-Sí eso podrá funcionar durante una temporada. Pero a la larga, algún hacker encontrará el modo de burlar el sistema -replicó Gridley.

-Mira, Jay..., a la larga, todos estaremos muertos -repuso Michaels.

El comentario del comandante provocó una desmayada sonrisa en los presentes.

-Bueno..., ¿qué puede decirnos del tal Platt, Joanna? La teniente miró la pantalla de su monitor y abrió un documento que contenía un informe.

-El programa Cray Colander ha procesado todo lo que hay sobre él -contestó Joanna-. Platt dejó el instituto de enseñanza media un año antes de terminar el bachillerato. Cometió varios delitos típicos de la delincuencia juvenil: robo de coches, agresiones, beber antes de la mayoría de edad, robo en tiendas... Pero siempre se trató de delitos menores y no estuvo en el reformatorio ni en la cárcel. Luego hay una laguna de cuatro años. Lo detuvieron en Phoenix, Arizona, cuando tenía veinte años. Intentó un timo que salió mal y le pegó una paliza a la víctima. Salió bajo fianza y se esfumó. Nos lo volvemos a encontrar cuatro años después, cuando volvieron a detenerlo por agresión en Nueva Orleans. Por lo visto agredió a un hombre en la calle sin que mediase provocación ni razón aparente. Nadie reparó en su

quebrantamiento de la libertad condicional en Phoenix. Consiguió salir de nuevo bajo fianza pero no se presentó al juicio. Y, hace cuatro años, lo detuvieron en Trenton, Nueva Jersey, por comportamiento desordenado en estado de ebriedad. Entró en un bar y provocó una pelea. Cuatro clientes acabaron en el hospital. Por uno de esos extraños misterios de las modernas comunicaciones, los dos quebrantamientos de la libertad condicional, el de Phoenix y el de Nueva Orleans, no aparecieron en su historial, y consiguió una tercera...

-Déjeme que aventure una hipótesis -la atajó Michaels-. Se largó de la ciudad.

-Correcto -asintió Joanna, sonriente-. Lo último que sabemos de él es que fue detenido en Miami Beach hace tres años por otra agresión. Atacó a dos hombres frente a un tenderete de salchichas, y también en esta ocasión sin razón aparente. Al llegar la policía lo detuvieron, pero durante el trayecto escapó del coche celular. Hirió a los dos agentes, que tuvieron que ser hospitalizados. -Hizo una pausa, miró la pantalla y añadió-: Y eso es todo; todo lo que tenemos sobre Platt. No tiene créditos, ninguna propiedad, salvo la casa de las afueras de Marietta, no tiene carnet de conducir ni historial laboral. Nunca ha cotizado a la Seguridad Social ni ha solicitado devoluciones de impuestos; tampoco tiene pasaporte, por lo menos a nombre de Platt. Es uno de esos casos que no dejan rastro documental electrónico ni de ninguna clase.

-En definitiva, un delincuente -sentenció Fiorella-. Desde luego, nadie diría que pueda ser el cerebro de toda la trama electrónica que han montado.

-¿Véis algún denominador común en sus delitos? -preguntó Michaels.

-Sí -contestó la teniente Winthrop-. Podemos deducirlo a partir del perfil de las víctimas. Hay dos cosas que llaman la atención. Las diez personas a las que agredió, de las que hay constancia, incluyendo a los dos agentes de Miami que lo conducían en el furgón celular, eran afroamericanas. Y todas pesaban más de cien kilos. El tipo al que agredió en Nueva Orleans, por ejemplo, era un defensa del equipo de rugby de los Saints y pesaba casi ciento cincuenta kilos.

-¡Madre mía! -exclamó Gridley-. ¡Ese tipo es un racista! Se dedica a pegar a los negros.

-A negros como castillos -puntualizó Fiorella-. ¿Figura en su historial si es experto en artes marciales?

-No -repuso Winthrop.

-Asombroso -dijo Gridley-. Tenemos a un quebrantahuesos convertido en experto informático, en todo un hacker capaz de hacerse con todo tipo de contraseñas y de irrumpir en los sistemas más sofisticados del país. Y, además, es lo bastante listo para ponernos un sabroso cebo y hacer que nos volvamos locos tratando de localizar a una banda de terroristas llamada Frihedsakse. Estoy con Toni: no encaja.

Michaels asintió con la cabeza y se frotó los ojos.

-Yo también estoy de acuerdo. Platt ha de tener alguna ayuda. Si lo localizamos, tendremos que obligarlo a cantar y a decirnos quiénes son sus cómplices. Pero ¿qué medidas vamos a tomar para localizarlo?

-Hemos puesto en marcha un rastreo electrónico de todas las agencias de alquiler de coches, aeropuertos, terminales de autocares y estaciones de autobuses y de ferrocarril en ciento cincuenta kilómetros a la redonda a partir de su casa, buscando a todos aquellos tipos que respondan a su descripción y que hayan comprado billete o aparezcan en las cámaras de vigilancia en las últimas veinticuatro horas. Por su parte, el FBI tiene la fotografía y la descripción de Platt y está indagando en hoteles, moteles y pensiones de la zona.

-Lo que incluye todo Atlanta -dijo Fiorella-. Van a necesitar mucha suerte.

-No será tan estúpido de seguir utilizando el apellido Platt, pero cabe la posibilidad de que alguien lo reconozca por la fotografía -aventuró Gridley.

-Ya. Pero a estas horas podría estar ya en Canadá, o quién sabe dónde -dijo Winthrop.

-Bueno..., tomaos un respiro -dijo Michaels-. Id a casa, dormid y estad aquí mañana lo más temprano que podáis. Ah, Jay, cuando digo respiro no me refiero a que te eches aquí en el sofá un par de horas. Si no descansas bien, serás parte del problema, no de la solución.

-Entendido, jefe.

-Gracias a todos. Habéis hecho un buen trabajo -les dijo Michaels, que se levantó y dio por terminada la reunión.

En el pasillo, Julio se recostó en la pared para descansar la pierna, que aún le dolía.

-¿Qué? ¿De vuelta a las trincheras? -le preguntó a Joanna en cuanto asomó.

-Qué va. El jefe nos ha ordenado ir a descansar a casa.

-Pues me parece una buena idea.

-Sí, desde luego, pero estoy demasiado nerviosa para desconectar y conseguir relajarme. Me temo que no pegaré ojo hasta la madrugada. -Lo miró esbozando una sonrisa y añadió-: ¿Se le ocurre algo con lo que pueda relajarme, Julio?

El sargento le devolvió la sonrisa.

-Sí, teniente, creo que puedo enseñarle algunos ejercicios. A mí no me fallan nunca. Logro dormir de un tirón.

-Pues entonces, vamos. Puede enseñármelos en mi apartamento.

El sargento se irguió, se puso firme y le dirigió el saludo militar.

-Sí, mi teniente. Todos sus deseos son órdenes.

-¿Todos? ¿No exagera?

-Tengo talentos ocultos.

-Eso ya lo veremos...

Y enfilaron los dos pasillo adelante.

Treinta y cuatro

Domingo, 16 de enero, 6.00 horas
St. Louis, Missouri

Platt oyó sonar su teléfono de seguridad. Le había programado la musiquilla de la sirena que utilizan los coches patrulla europeos para que sonase sólo cuando llamase el bancario.

-¿Sí?

-Ya está hecho.

El bancario en cuestión se llamaba Peterson, Jamal Peterson. Y no era de Iowa ni de Minnesota, sino de Dakota del Sur. Platt lo sabía, pero prefería simular que era más tonto de lo que era en realidad ante Hugues. Nunca se sabía. Hacerse el tonto podía serle muy útil.

El viejo Jamal había distraído doscientos mil dólares en la entidad de Dakota para la que trabajaba, y ésa era la razón de que ahora trabajase para Platt y para Hugues. Los federales habían conseguido recuperar aquel dinero, pero eso no disminuía en nada su habilidad para robar el dinero. Cuando se trataba de contratar a un estafador, Peterson era la persona adecuada.

-¿Algún problema?

-No. Después de tu llamada he dispuesto de dos horas. Aprovechando el desconcierto, he puesto minas y pistas falsas, y he levantado puentes levadizos. Lo he sustraído de más de quinientas grandes cuentas del gobierno y de empresas, y, por tanto, de ninguna de esas cuentas he sustraído lo bastante como para llamar la atención de los titulares.

Cuando se den cuenta, cunda el pánico y se movilicen, las transferencias habrán logrado pasar los filtros. Aunque pudieran seguir el rastro hasta la cuenta de Gran Caimán y hasta las dos cuentas en dos bancos suizos (y te garantizo que no podrán), no conseguirán dar el siguiente paso hasta Bali, y lograr que el Denpasar Trust quebrante el secreto bancario, a menos que alguien se presente y ofrezca un soborno muy sustancioso. Pero todo esto es pura teoría, sin contar con el factor tiempo. Antes de que puedan dar todos estos pasos, las transferencias electrónicas ya se habrán materializado y estarán a buen recaudo, si nuestro jefe las retira de acuerdo con lo previsto y las vuelve a transferir a donde considere oportuno.

-¿Cuánto has conseguido?

-Ciento ochenta millones, tal como convinimos.

Platt meneó la cabeza y sonrió. Estaba seguro de que aquel hijo de puta mentía. El trato había sido que Hugues necesitaba ciento cuarenta, Peterson se quedaría con veinte y los otros veinte para Platt. Pero hubiese apostado sus veinte contra nada a que el avispado bancario se había quedado con una buena propina. Le parecía una estupidez. ¿No le bastaba con veinte

millones de dólares? ¿Para qué quería tanto dinero?

La explicación sólo podía estar en que Peterson no era un auténtico delincuente. No tenía la mentalidad adecuada. Ignoraba cuáles eran los verdaderos problemas que acarreaba robar grandes sumas de dinero. Porque cuando uno daba un gran golpe no era a la policía a quien había que temer, sino a la competencia.

-De acuerdo -dijo Platt-. Ve a donde te dije que fueses. Me pondré en contacto contigo mañana.

Platt cortó la comunicación. Pobre hombre. Estaba perdido, sin remedio. Al llamarlo para asegurarse de que, por lo menos en parte, el bancario había sido legal con él, pensó en el desgraciado futuro que le aguardaba.

En cierta ocasión, cuando trabajaba con Jimmy Tee, el viejo le contó una historia acerca de un robo en su ciudad natal. Por lo visto, un vigilante de seguridad que había trabajado durante veinte años en un banco, donde todo el mundo lo apreciaba y confiaba en él, se abalanzó una mañana sobre el director, lo ató y se largó con cuatro millones y pico en billetes usados de veinte y cincuenta dólares. Y se salió con la suya. 0, por lo menos, en apariencia.

Lo malo fue que el viejo no supo mantener un bajo perfil, no llamar la atención, y la policía lo localizó tres meses después, pero muerto. Alguien irrumpió en la casa que se había comprado en Cancún y lo degolló.

Del dinero robado no encontraron ni rastro.

Según Jimmy, un verdadero profesional se habría forjado una falsa identidad meses o incluso años antes de dar el golpe. Se habría inventado un pasado; habría comprado o alquilado una vivienda como segunda residencia para relacionarse con nuevos vecinos, y preparado una buena excusa para ir a vivir allí permanentemente, como, por ejemplo, que había aceptado una jubilación anticipada de una empresa acerca de la que ninguno de sus nuevos vecinos mostraría la menor curiosidad. Así se aseguraba de que nadie se presentase un domingo en el bar de la esquina haciendo preguntas embarazosas del tipo: «Eh, ¿recuerda al viejo alcalde Brooks? ¿Cuando lo pillaron con aquella putita? Sabe a quién me refiero, ¿verdad? ¿Cómo se llamaba?»

Había que evitar que tirasen del hilo y, por tanto, era necesario adoptar precauciones con mucha antelación.

Además, debía tener previsto un medio para blanquear tanto dinero. Uno no podía pagar una casa de varios centenares de miles de dólares con fajos de cincuenta. Incluso comprar un coche con billetes pequeños era arriesgado. Y, por supuesto, no podía uno ingresar el dinero en un banco o, por lo menos, no de una vez, porque todo ingreso superior a diez mil dólares era comunicado a Hacienda. A la banca no le importaba la procedencia del dinero, siempre y cuando pagase uno los impuestos, pues, de lo contrario, sería la entidad que no cumpliese con la ley la que tendría que vérselas con Hacienda.

Había muchos medios para blanquear el dinero, pero casi todos implicaban actividades que, a la mayoría de las personas honestas, no se les pasaban por la cabeza.

También había que pensar en la propia seguridad. Si la policía te atrapaba, se limitaría a meterte en la cárcel. Pero si pisabas la calle con cuatro millones en los bolsillos, la competencia iría a por ti, y el botín del que se apoderasen era todo lo que tenías, aparte de tu vida. Si te atrapaban, te encañonarían y cantarías de plano. Si no les apetecía matarte y se limitaban a largarse con tu dinero, nada podrías hacer para recuperarlo. ¿A quién ibas a denunciarlos? ¿A la policía? «Perdone, agente, pero unos delincuentes me han robado el dinero que le robé al banco.»

No había nada que hacer.

No. Cuando se daba un gran golpe, lo más aconsejable era montar un pequeño negocio, o vivir dignamente pero sin lujos, como un pensionista de clase media, en una vivienda corriente, y llevar un coche de tres o cuatro años. Ah, y no había que enviarle felicitaciones de Navidad a la ex esposa ni asistir al entierro de la suegra, ni llamar a un sobrino para felicitarlo por haber ingresado en la universidad. Había que cortar todos los lazos con el pasado y no volver nunca la vista atrás. Si uno quería ir de juerga o retozar en una cama de agua con una damita de la noche, había que hacerlo con discreción. No había que ir a Las Vegas ni a

Atlantic City y jugarse cientos de dólares a los dados o a la ruleta. Tampoco había que alojarse en una suite del hotel Trump ni del Hard Rock, ni hacerse acompañar por jóvenes llamativas, ni comprar Moét & Chandon a cajas, porque ni los agentes de la policía ni los mafiosos de la competencia son tontos. Si te exhibías demasiado, tarde o temprano alguien repararía en ello e iría a por ti.

El viejo Jamal no era lo bastante inteligente para saber todo esto y tenerlo en cuenta.

Ciertamente, Jamal sabía cómo introducirse en una banca electrónica y salir con doscientos millones de dólares en el bolsillo, y hacerlo tan sigilosamente como una serpiente que se deslizase sobre grasa. Pero el viejo Jamal carecía de sabiduría callejera.

De modo que, aunque Platt no lo delatase a la policía -algo que estaba decidido a hacer-, alguien lo atraparía pronto. Y el muy desgraciado no tenía a nadie que se interesase por sacarlo de la cárcel cuando la policía lo encerrase. El hombre a quien Jamal conocía como Platt ya tenía otra identidad. Ni siquiera sabía para quién trabajaban Platt y él. Sólo sabía que era un pez gordo.

El banco recuperaría unos cuantos millones tan pronto como detuviesen a Peterson. Hugues culminaría los proyectos que tuviese en Africa con sus ciento cuarenta millones. ¿Y Platt?

Muy sencillo. Platt compraría un gimnasio en Kona, en la isla de Hawai, un lugar al que le había echado el ojo hacía un par de años. El gimnasio tenía 1000 m2 y estaba equipado con todo tipo de aparatos (pesas, cintas andadoras, espalderas; de todo). Acudían a aquel gimnasio grandes aficionados a la musculación de todo el mundo, incluso modelos, y muchísimos turistas. Era una máquina de hacer dinero. Y, como el gimnasio estaba bien dirigido, Platt no tendría que hacer nada.

Alquilaría una casita o un apartamento, iría al gimnasio cuando le apeteciese y se tomaría las cosas con calma.

Hawai tenía un clima perfecto y no era necesario instalar aire acondicionado ni calefacción. Allí podría alternar con el tipo de gente que le gustaba: hombres fuertes y saludables. El gimnasio podía ser suyo por 1200000 dólares, lo que significaba que aún le quedaría muchísimo dinero para hacer lo que se le antojase. Además, aunque el negocio no fuese muy bien, tendría lo bastante para sacar unos cientos de miles de dólares del rinconcito y compensar las pérdidas. Se tarda bastante en gastar dieciocho millones y pico de dólares.

En cambio, Hugues no pensaba en llevar una vida tan discreta. Tenía grandes planes; quería ser dueño del mundo. Pero ¿qué sentido tenía eso? Sólo podía dormir en una cama a la vez, y conducir un solo coche a la vez. Jugar a hacerse con el poder no atraía a Platt en absoluto. Podía armar follón de vez en cuando, darle una paliza a alguien, pero eso era una simple afición a pelear y, además, cara a cara. ¿Decidir el futuro del prójimo desde el otro lado del mundo? Ni hablar.

Dentro de pocas semanas habría salido del país y estaría tumbado al sol, sonriéndoles a las bronceadas turistas y convertido en un pequeño y respetable empresario. No creía poder pedir más.

En fin..., el caso era que el viejo Jamal no le había mentido; la transferencia estaba hecha, y era el momento de poner al bancario en su sitio. Ya había grabado el mensaje para delatarlo. Todo lo que tenía que hacer era marcar un número, grabarlo en la memoria del aparato y colgar. Luego, con el mando a distancia, activaría la llamada, sonaría el teléfono de una oficina del FBI, y los federales tendrían a un ladrón de altos vuelos servido en bandeja.

Adiós, Jamal.

Y ahora, otra llamada:

-Diga.

-Ya hemos cerrado el trato, tío.

Casi podía oír a Hugues sonreír a miles de kilómetros de distancia.

-Estupendo. Y todo lo demás, ¿bien también? -Ningún problema. Pero sigue al pie del cañón. Nos veremos muy pronto.

Después de cortar la comunicación, Platt encendió su ordenador portátil y envió una breve señal que surcaría el ciberespacio. Había aprendido bien la lección que le había dado Jimmy

Tee y estaba preparado para el éxito. Pero también estaba preparado para el fracaso. No confiaba en Net Force, ni en el presidente camorrista de aquel país atrasado, y menos aún en el honorable señor Hugues. De modo que había dispuesto un par de mecanismos de seguridad, porque siempre estaba bien curarse en salud.

Domingo, 16 de enero, 7.00 horas
Quantico, Virginia

Fernández se dio la vuelta en la cama, desnudo, y maravillado por su buena suerte.

Porque, tan desnuda como él, tenía a su lado a Joanna, que parpadeaba adormilada.

-¿Qué hora es? -le preguntó ella.

-Deben de ser las siete -contestó Julio-. Pero no me importa la hora -añadió a la vez que levantaba la sábana y miraba a Joanna.

-¿Qué haces? -dijo ella.

-Mirarte. Ya sé que te incomoda que te lo digan, pero eres preciosa.

-No siempre me incomoda. Depende de quien me lo diga y cuándo -dijo ella, sonriente-. Asusta un poco que te digan que eres preciosa, pero no me quejo.

Julio se arrimó a ella y le tocó la cara.

-Jamás he estado tan bien con nadie como esta noche contigo.

-Seguro que eso se lo dices a todas.

-No, sólo a ti, Joanna.

Joanna se incorporó en la cama y, al resbalar la sábana, sus pechos quedaron al descubierto. Se arrimó a él y lo rodeó con sus brazos.

-Gracias. Puedes decírmelo tantas veces como quieras. Yo tampoco he estado nunca tan bien con nadie.

-Ya te dije que tenía talentos ocultos.

-¿Quieres ducharte?

-Ni hablar. Lo que quiero es seguir aquí contigo en la cama hasta que vengan a llevarnos a la UCI. Pero... como supongo que no me vendrá mal, iré a ducharme.

-Ve tú primero, y me das una voz cuando quieras que vaya.

-Prefiero cederte la vez.

-No, que así gradúas bien tú el agua caliente. ¿Para qué vale tener un amante si no te pone el agua de la ducha a punto?

-No se me había ocurrido pensarlo -dijo él, que saltó de la cama y fue al cuarto de baño.

-Julio?

-¿Sí?

-¿Te importaría darte una vuelta entera?

Julio sonrió y giró sobre sí mismo con las manos levantadas.

-¿Así?

-Sí, creo que podrás. Prepara la ducha, por favor.

-Voy volando.

Treinta y cinco

Domingo, 16 de enero, 7.40 horas
Quantico, Virginia

Jay Gridley seguía cansado porque apenas había dormido, pero se sentía bien. Desoyendo el consejo de su jefe, se había acurrucado en el sofá de su despacho. Pero no había conseguido dormir más de una hora y, nada más abrir los ojos, se levantó y se conectó a la red.

Platt era la clave de toda la cuestión y, aunque se había esfumado sin dejar ninguna pista real a su nombre, quizá no fuese tan listo como creía ser. Pocas personas eran tan listas como creían, y Platt había cometido un grave error: provocar a Net Force.

Hay errores que uno no puede permitirse el lujo de cometer. No hay que orinar de cara al viento; no hay que comer en casa de la suegra, ni tropezarse en el ciberespacio con Jay Gridley, el Jinete Solitario.

Es un mal asunto.

Marietta, Georgia

El interior de la oficina de telégrafos olía a humedad y a tabaco de pipa. Una panzuda estufa de carbón, de hierro colado, y una chimenea de acero en el centro del local resplandecían y contrarrestaban en parte el aire gélido que se filtraba desde el exterior. Pese a todo, seguía haciendo frío. Detrás de un mostrador había un hombre menudo sentado que hacía humear una pipa. Llevaba una larga chaqueta de punto y gafas con montura dorada.

-Buenos días, señor. ¿Qué desea?

Jay sonrió y se tocó el ala del sombrero a modo de saludo.

-Buenos días.

Gridley llevaba el uniforme de capitán del ejército confederado, de lana y de un color gris claro, a diferencia del color ceniciento de los uniformes de la tropa. Muchos oficiales llevaban uniformes hechos a medida por sus propios sastres, de modo que la uniformidad de la indumentaria de los oficiales de la Confederación era un tanto relativa.

En 1862, a principios de la guerra, el Sur no sólo estaba todavía con todas sus expectativas intactas, sino que había vencido en la mayor parte de las batallas libradas contra el Norte. Primero en Manassas (la batalla de Bull Run), el Sur había dado un buen varapalo a los yanquis; el ejército sureño hizo una verdadera escabechina. La cuesta abajo empezó para los rebeldes después de Perryville, pero en aquellos momentos la mayoría de la gente de la zona creía tener muchas probabilidades de ganar la guerra entre Estados, como se llamó al principio.

-Bien, señor, soy el capitán Jay Gridley, asistente del general Lee. Podría usted prestarle un gran servicio a su Estado y a la Confederación. Estamos buscando a un espía yanqui, un sureño llamado Platt. Estamos casi seguros de que ha estado enviando mensajes cifrados por vía telegráfica desde aquí a sus jefes del Norte.

-¡No me diga! -exclamó el telegrafista-. ¿Es posible?

-Sí, señor. Por supuesto, dudo que haya sido tan estúpido de realizar estos actos de traición con su propio nombre, pero no es descartable. ¿Podría comprobarlo en sus archivos, señor?

-Con muchísimo gusto.

Estaba visto que los sureños eran gente amable.

Tras un minuto de hojear un montón de papeles amarillos, el telegrafista meneó la cabeza.

-Me temo, capitán, que no tengo ningún comprobante de mensajes cuyo destinatario o remitente se apellide Platt.

-No es de extrañar, señor. Debe de haber utilizado otro nombre. Pero quizá si le describo al sujeto en cuestión (al traidor, debemos decir con mayor propiedad), y con la ayuda de un retrato que tenemos de él, quizá lo reconozca.

Jay le describió a Platt y luego le mostró un retrato a lápiz y tinta china que llevaba en el bolsillo exterior de la guerrera.

El telegrafista frunció el ceño al ver el dibujo.

-Siento decirle que no creo haber visto nunca a este hombre. Pero espere un momento...

El telegrafista se levantó y fue hasta la ventana trasera, protegida con barrotes a prueba de ladrones y con paneles de cristal.

-¡Buford! -llamó a voz en grito-. ¡Deja la escoba y ven aquí en seguida!

Al cabo de un minuto, un muchacho alto y desgarbado, que no debía de tener más de trece años, con pantalones grises de lana sujetados con tirantes de piel, una tosca camisa gris de lana y botas marrones, apareció ante ellos.

-¿Sí?

-Este oficial es el capitán Gridley, asistente del general Lee -dijo el telegrafista-. Tiene algo

que preguntarte. -Hizo una pausa mirando a Jay y añadió-: Buford se encarga a veces de vigilar la oficina mientras ceno. Tiene buena mano con la palanca para su edad. Pero no tardaré en quedarme sin él, porque lo movilizarán en cuanto cumpla los catorce.

Jay sintió el impulso de estrecharle la mano. ¡Madre mía! ¡Mandarlos a la guerra con catorce años!

Muchos de ellos no volvían. ¡Menuda estupidez!

Jay le repitió la descripción al muchacho y le mostró el dibujo.

-Pues... sí, señor, quiero decir, capitán. Lo recuerdo. Un tipo grandote, pero no dijo llamarse Platt, señor. Recuerdo que me dijo que se llamaba Rogers. Miró al telegrafista y a Jay y luego añadió: Lo recuerdo tan bien porque fue justo ayer.

Jay captó un destello huidizo en los ojos del muchacho, pero no acertó a intuir la razón.

-¿Y qué hizo el tal señor Rogers?, ¿enviar un telegrama o sólo vino a ver si había alguno a su nombre?

El muchacho titubeó.

-Pues... no estoy muy seguro. Hubo mucho trabajo anoche, señor.

Mientras tanto, el telegrafista hojeó el montón de comprobantes de telegramas enviados o recibidos el día anterior.

-No veo aquí nada a nombre de Rogers, muchacho. Harías copia, ¿no?

El muchacho se humedeció los labios como si de pronto se le hubiesen quedado secos.

-No... me acuerdo, señor. Supongo que si envió o recibió alguno debí de registrarlo.

-Pues aquí no hay nada.

Jay miró al muchacho fijamente.

-Amas a tu tierra, ?verdad, Buford?

-Oh, sí, señor. Claro, señor.

-Pues entonces es mejor que me lo digas. Sucedió algo extraño con ese telegrama, ¿verdad?

El muchacho iba a echarse a llorar de un momento a otro. Se le ensombreció el semblante y de pronto se le saltaron las lágrimas, que rodaron por sus mejillas.

-Verá, señor... El señor Rogers envió un telegrama y me dio unas monedas por la copia. Se la llevó. ¿Voy a ir a la cárcel?

-¡Pero cómo! ¡Cómo has podido hacer una cosa así, Buford! Está rigurosamente prohibido...

Jay atajó al telegrafista con un ademán.

No me importa lo de las monedas ni lo que has hecho, hijo. Puedes enmendarlo si me contestas a una pregunta. ¿Recuerdas a quién envió el señor Rogers el telegrama? ¿Recuerdas el nombre del destinatario o de la oficina de telégrafos a la que lo mandó?

-Sí, señor. La oficina la recuerdo.

Jay sonrió de oreja a oreja. ¡Ya te tengo, Platt!

Domingo, 16 de enero, 8.05 horas
Quantico, Virginia

Jay irrumpió exultante en el despacho de Michaels agitando unas hojas de papel recién salidas de su impresora. -Jefe! ¡Ya lo tengo! ¡Lo tengo!

-Tranquilo, Jay, tranquilo. ¿A quién tienes?

-A Platt. ¡Y a la persona para quien trabaja! ¡No te lo vas a creer! -dijo Jay, pasándole el papel a Michaels.

-Platt no ha utilizado su verdadero apellido, pero no ha sido lo bastante listo para cambiar de aspecto. He hecho un recorrido por todos los establecimientos de venta de teléfonos móviles de Georgia. Supuse que, en cuanto huyese bajo un nombre falso, Platt querría hacerse con servicios de telefonía con su nueva identidad. Ha sido laborioso, pero he dado con la filmación de una cámara de seguridad en la que se le ve comprando un nuevo móvil.

Michaels lo escuchó sin prestarle demasiada atención. Había varios nombres en la lista que

Jay le había pasado e, inscrito en un círculo rojo, un número junto a uno de los nombres: Thomas Hugues.

A Michaels le sonaba, pero no acababa de situarlo. Ese nombre le resultaba familiar. ¿Dónde lo habría oído?

-De modo prosiguió Jay que he programado un seguimiento al número del móvil para controlar las llamadas.

-Bueno, Jay, ahórrate los detalles y dime quién es el tal Hugues -lo atajó Michaels.

Jay le sonrió y se irguió, sacando pecho.

-Es el secretario de un senador.

Entonces Michaels cayó en la cuenta.

-¿El senador White? -aventuró-. ¿El senador Robert White?

-Sí, señor. ¿A que tiene miga que nuestro hacker se dedique a llamar a Hugues? ¿Qué crees que pueden tener los dos en común?

-Nada bueno, Jay, nada bueno -contestó el comandante Michaels.

Domingo, 16 de enero, 8.55 horas
Quantico, Virginia

Toni se reunió con Alex y con Jay en la sala de conferencias. Ya iba por el cuarto café pero aún no estaba del todo despierta. No había dormido muy bien y la preocupación que la había desvelado no tenía que ver con el trabajo. Había revivido mentalmente aquel beso apasionado en el Miata por lo menos cien veces. Alex la quería, de eso no le cabía duda. La cuestión radicaba ahora en si sería consecuente con sus sentimientos. ¿0 se iba a olvidar de todo y a mantener estoicamente las distancias?

-¿Qué novedades nos traes, Toni?

-Pues que tener una amistosa charla con Hugues en estos momentos va a ser un pelín difícil. Ha salido de viaje con el senador,

-¿A Africa? -preguntó Michaels-. ¿A Etiopía?

-¿Cómo lo sabes? -preguntó la subcomandante mirándolo, sorprendida.

-Me lo dijo su secretario cuando me llamó para darme fecha para mi comparecencia ante la comisión.

Toni meneó la cabeza.

-Pues sí -confirmó-. Lo hemos comprobado. Y mientras el senador va de un lado para otro pronunciando discursos, Hugues no está con él. Sabemos que anda por allí porque habló con la prensa durante el vuelo y poco después de aterrizar. Pero desde entonces nadie lo ha vuelto a ver.

-Bueno..., tenemos su número particular aquí, ¿no? -terció Jay-. Da igual en qué parte del continente esté. Si lleva un virgil, no puede quedarse sin cobertura.

-Pero es que a nosotros no nos conviene hablar con él a través de un virgil, Jay. Lo que necesitamos es hablar con él personalmente.

-¿Crees que pondrá tierra de por medio si sabe que vamos tras él?

-En estos momentos, dadas nuestras sospechas, el asunto podría significar el fin de su carrera política y quince años de cárcel, si es que se confirma que Platt trabaja para él. Puede que haya optado por aquello de que una retirada a tiempo... Y, si está en Africa, la extradición sería muy problemática.

-Y también hemos de considerar la posibilidad de que el senador White esté implicado.

-Eso es confundir los deseos con la realidad, por lo menos con la realidad más probable -objetó Toni.

-Quizá. Pero nunca se sabe. A lo mejor tenemos suerte -dijo Alex, sonriente.

-Lo que no entiendo es qué beneficio puede sacar de todo esto -dijo Toni-. Ciertamente le proporcionaría a su jefe una buena base para ensañarse con Net Force, pero me parece poco beneficio para semejante delito.

-Creo tener la respuesta -anunció Joanna desde la entrada.

Los tres se giraron a mirarla y ella señaló la pantalla de su ordenador.

-Vengo de hablar con los federales, con el Departamento de Control Financiero. Y mientras nosotros nos dedicábamos a ir por ahí apagando fuegos sobre la incursión bancaria de ayer, alguien se ha colado en el sistema bancario y ha sustraído doscientos millones de dólares.

-Una coincidencia -sugirió Jay.

-¡Maldita sea! -tronó Alex-. ¡Por supuesto! ¡Ha sido una maniobra de distracción! Creíamos que alguien quería cargarse los circuitos informáticos del sistema bancario, pero no se trataba de terrorismo, sino de dinero. Eso dejaría fuera a White. Probablemente tiene más de doscientos millones en sus cuentas corrientes.

-Los federales han localizado parte de los fondos a través de un banco caribeño y dos bancos suizos, en cuentas numeradas. Pero han tropezado con el muro de una banca indonesia, la Trust Company.

-¿Parte de los fondos? -preguntó Alex.

-Ciento sesenta millones -dijo Joanna-. Cuarenta han sido desviados a otro destino.

-Esa sería una buena razón para irrumpir en los ordenadores y ponerlo todo patas arriba.

-Pero tengo una buena noticia -añadió Joanna, volviendo a mirar la pantalla de su ordenador-. Parece que una comunicación anónima al FBI ha acabado en la detención de un tal Jamal S. Peterson, un ex empleado de banca que está en busca y captura por un delito similar cometido en Dakota del Sur el mes pasado. Recuperaron el dinero, doscientos mil dólares, pero Peterson no fue detenido entonces. Según el anónimo confidente de la policía, Peterson es también responsable de este robo.

-¿Lo han detenido?

-Hace quince minutos. Acabo de hablar por teléfono con el agente que se ha puesto al frente del caso. Peterson llevaba pasaporte falso, un billete de ida para Río de Janeiro, y había abierto una nueva cuenta en un banco suizo con cuarenta millones de dólares que transfirió anoche.

-0 sea, que ya está localizado todo el dinero -dijo Jay.

-No exactamente. Los ciento sesenta millones han ido a parar a un banco de Bali, pero hay muchas probabilidades de que el dinero ya haya salido del edificio del banco. Se trata de una entidad que ya ha procedido de este modo en otras ocasiones.

-0 sea que, si Hugues es el responsable, en estos momentos debe de tener más dinero que el que podamos ganar usted, yo y todo el departamento durante el resto de nuestras vidas -repuso el comandante.

-Me terno que sí -asintió Joanna.

-¡Maldita sea! -exclamó Alex, suspirando.

-Lamento tener que echar otro jarro de agua fría dijo Toni-, pero con semejante fortuna, probablemente haya una docena de estados africanos pobres que estén encantados de conceder asilo político a Hugues. Puede que los etíopes no se lo concediesen, pero algunos presidentes de los países africanos más pobres no perderían la oportunidad, y por una décima parte de ese dinero.

-Quizá sea ése precisamente su plan -secundó Alex-. No me sorprendería que estuviese tranquilamente sentado en un gran chalet de Sierra Leona, bebiendo cócteles de frutas y ron y riéndose de nosotros a mandíbula batiente.

-Y hay algo bastante peor, jefe. Hemos seguido el rastro de las distintas irrupciones en el sistema informático, y creemos haber detectado un problema -añadió Jay.

Michaels le dirigió una mirada inquisitiva.

-¿De qué se trata? -preguntó con cara de pocos amigos.

-Tenemos la impresión de que Platt ha tomado precauciones muy sólidas. Debe de entrar en la red y conectar con distintos ordenadores en días y horas concretos. Si no lo hace y no envía los mensajes adecuados, creo que nos reserva unas cuantas sorpresas más.

-0 sea, el típico recurso: «Si algo me ocurriese... os vais a enterar.» Un contraataque póstumo -dijo Alex.

-Eso es lo que parece -asintió Jay-. Estamos realizando un seguimiento lo más continuo y

exhaustivo posible.

Si disponemos de tiempo suficiente, los localizaremos a todos, pero si algo le sucediese a Platt antes de que lo consigamos, me temo que lo pasaremos muy mal.

Alex miró a Joanna y luego de nuevo a Gridley.

-Seguid en ello -les ordenó-. Y, en cuanto los hayáis localizado a todos, comunicádmelo en seguida.

-Entendido, jefe.

-Lo primero que debemos hacer los demás es localizar el paradero de Hugues -dijo Alex-. Luego nos ocuparemos de ver hasta dónde llega la inmunidad que cree tener. -Hizo una pausa con expresión reflexiva y luego añadió-: Hazme un favor, Toni. Llama a ver si encuentras al coronel Howard en casa.

-No está en casa -terció Joanna-. Ha ido a Oregón a hacer ejercicios de supervivencia.

La miraron todos un tanto perplejos y Joanna les sonrió.

-En fin... eso es lo que he oído.

Jay le sonrió a Joanna y Toni los miró a ambos como preguntándose a qué venía la sonrisa.

-¡Ah, ya! -exclamó Gridley-. Ya sé cómo se ha enterado. ¿A que se lo ha dicho un suboficial a quien todos conocemos y queremos?

Joanna se ruborizó.

-Claro que... me imagino que hay alguien que lo conoce y lo quiere más que otros -añadió Gridley con un deje de ironía, refocilándose por el azoramiento de la teniente Winthrop.

-Bueno, id a trabajar y encontradme a ese ladrón de bancos -dijo Michaels para no violentar más a Joanna-. Ah, y quiero felicitaros por el trabajo que habéis hecho hasta ahora, que ha sido muy bueno. Vosotros cuatro sois los mejores. No dejéis que nadie os haga creer lo contrario.

-Sí, pero... ¿quién va a ir a Hawai? -preguntó Gridley.

-Vamos, Jay..., que no estamos para bromas. Aún no has terminado de rematar la operación. Sigue indagando y mántenme al corriente de todo lo que descubras sobre Hugues. Aver si nos enteramos de una vez de qué va todo esto.

Treinta y seis

Domingo, 16 de enero, 6.15 horas
Oregón

Cuando John Howard oyó sonar su virgil aquella mañana, ya había recorrido casi dos kilómetros.

Le extrañó. No debía llamarlo nadie a menos que se tratase de una emergencia. Se desprendió el móvil del cinturón (había escarmentado y no pensaba volver a llevarlo en la mochila) y miró la pantallita de cristal líquido para ver quién lo llamaba.

Era la subcomandante de Net Force, Toni Fiorella. Pulsó el botón del micrófono.

-Diga.

-Buenos días, coronel. Me temo que tendrá que interrumpir su excursión. Tenemos problemas aquí. Alex..., quiero decir, el comandante Michaels, quiere que regrese usted al centro de mando general en seguida y que ponga a sus hombres en estado de alerta.

-Entendido.

-Sitúese en un llano, señor. Enviaremos lo antes posible un helicóptero para que lo recoja.

-De acuerdo, subcomandante Fiorella. ¿Puede decirme de qué va el asunto?

-Quizá tengamos que hacer un rescate especial, coronel, aunque todavía es prematuro asegurarlo. Si podemos localizar a la persona en cuestión, es probable que tenga usted que prescindir de la indumentaria y la impedimenta de invierno. De lo contrario se asaría.

Lo de «rescate especial» era el eufemismo que utilizaban muchas fuerzas especiales para referirse a lo que, aunque fuese justificadamente, era un secuestro.

-Entendido. Voy a buscar un buen lugar para el aterrizaje del aparato.

-Acuda al cuartel general en cuanto llegue, coronel, y lo pondremos al corriente de todo. Corto.

Howard cerró el móvil y meneó la cabeza.

Miró en derredor y en seguida se dispuso a buscar una franja lisa y libre de obstáculos para que el piloto tuviese la máxima visibilidad y pudiese tomar tierra sin problemas. Localizarían con total precisión las coordenadas a través de la comunicación que acababan de establecer con su virgil y, si el helicóptero al que hubiesen asignado la misión des-pegaba desde la base militar más cercana, llegarían a recogerlo antes de una hora.

Interrumpir su ejercicio de supervivencia para cumplir con una misión real no lo contrariaba en absoluto. Los juegos y las acampadas de guerra eran sólo mapas orientativos, no el territorio.

Domingo, 16 de enero, 14.15 horas
Bissau, Guinea-Bissau

La red abarcaba todo el mundo. Llegaba hasta lugares tan remotos y aislados como aquél.

Con un ordenador portátil, apenas se tardaba unos minutos en conectar con un satélite de comunicaciones a través de un módem de seguridad. Y en cuestión de segundos, mediante una contraseña codificada, ciento sesenta millones de dólares electrónicos pasarían de Bali a Bissau, a las arcas estatales del Banco Primero de Bissau, donde estarían tan fuera del alcance de las autoridades estadounidenses como la superficie de Saturno.

En su habitación, sentado en la cama con las piernas cruzadas, Hugues respiró hondo y dejó escapar lentamente el aire, sonriente.

La verdad era que no había sido tan difícil como podría parecer robar más dinero del que la mayoría de las personas podrían ver junto en toda su vida. Para casi todos los mortales, ciento sesenta millones de dólares eran una fantasía; su única posibilidad de hacerse con semejante fortuna era que les tocase la lotería. Sin embargo, para Hugues el dinero no era más que un paso intermedio. Una herramienta nada más. Estaba fuera del país, se había apoderado de una enorme fortuna, y ellos no tenían ni idea de quién la había robado. Podía volver a Estados Unidos con White, atar cabos sueltos y hacer unas cuantas llamadas. A partir de ese momento tendría vía libre. Y en el caso improbable de que algo se torciese y algún imprevisto diese al traste con sus planes, seguiría teniendo cuarenta millones de dólares, después de haberle pagado al presidente Domingos. Un buen pellizco. En esos cuarenta millones incluía los veinte que, en principio, le correspondían a Platt, porque para ir a donde iría Platt antes de lo que imaginaba no los iba a necesitar.

Facilísimo. Asombroso.

Y entonces sonó el teléfono de la habitación.

-Diga.

Era la secretaria del presidente.

-Buenas tardes, señor Hugues. El presidente Domingos le manda un saludo y lo invita a tomar una copa con él en el salón azul dentro de, pongamos, media hora. ¿Le parece a usted bien, señor Hugues?

-Encantado. Dentro de media hora estaré en el salón azul. Será un placer.

Hugues volvió a sonreír. Estaba visto que su excelencia no perdía el tiempo, pero podía ducharse y vestirse tranquilamente.

Domingo, 16 de enero, 10.00 hor
Quantico, Virginia

-En Guinea-Bissau? -exclamó Michaels-. Espero que no me tomes por un redomado ignorante. Pero ¿dónde demonios está eso?

-En Africa occidental -repuso Toni, entre Senegal y Guinea.

-Ah, bueno. Ahora ya me hago una idea.

Estaban en el despacho de Michaels, solos. Toni acababa de informarlo de todo lo que había averiguado sobre el paradero de Thomas Hugues.

-Está en la costa del Atlántico norte -precisó Toni-. Créeme -añadió, risueña, lo sé de buena tinta.

-Pero ¿cómo sabes que Hugues está allí?

-Tengo un contacto en la CIA que lo ha comprobado. Incluso tienen agentes en el país, y mi amiga me ha enviado un informe.

-¿Y por qué tiene la CIA agentes en Guinea-Bissau? Ni siquiera está en los mapas de la Agencia. ¿Tan importante es ese país que no lo tienen en sus mapas?

Toni se encogió de hombros.

-¿Y quién sabe por qué hacen los espías lo que hacen? El comandante Michaels miró el informe.

-No parece ser un lugar muy atractivo para ir de vacaciones. ¿Por qué iba a ir Hugues allí?

-Los agentes no se muestran muy comunicativos. Pero, según mi fuente, se está cociendo un trato entre el presidente del país y Hugues. Eso es todo lo que saben o, más exactamente, todo lo que han querido decir.

Michaels se recostó en el respaldo del sillón y jugueteó con un rotulador.

Justo en aquel momento llamaron a la puerta con los nudillos y entró Joanna.

-Espero que traiga buenas noticias le dijo Michaels.

-Buenas... en el sentido de haber descubierto las malas -respondió la teniente.

-Pues suéltelo ya -la apremió el comandante.

-Los federales han pagado el derecho de entrada; o sea, entre nosotros, un soborno a empleados del Banco de Bali, y han tenido acceso a la cuenta en la que estaba el dinero.

-Estaba... -dijo Michaels resoplando-. 0 sea que deduzco que ya no está.

-Exacto. Han vaciado la cuenta hace menos de una hora. El dinero ha sido transferido a una entidad llamada Banco Primero de Bissau, que está en...

-Guinea-Bissau -la atajó Michaels.

-¡Caray, comandante! Sabe usted mucho de geografía. Yo no tenía ni idea de dónde estaba.

-Ah, Joanna..., los comandantes lo ven y lo saben todo -repuso Michaels, risueño-. De modo que nuestro ladrón de guante blanco y los millones que ha robado están en un país con el que probablemente no tenemos tratado de extradición; y en el que a los mafiosos de aquí nunca se les ha ocurrido ir a refugiarse hasta ahora, ¿no? Y, en caso de que exista tratado de extradición, es de imaginar que, sea cual sea el trato que Hugues haya hecho con las autoridades del país, se interpondrán en cualquier procedimiento de extradición que logremos activar, ¿no es eso? No se priven de decírmelo, si creen que me equivoco.

Joanna y Toni negaron con la cabeza.

El comandante se levantó y dejó el rotulador en la mesa. Empezó a pasear de un lado a otro del despacho.

-Bien -dijo al cabo de unos segundos-. ¿Creen que serviría de algo que llamase al Ministerio de Asuntos Exteriores y les dijera que queremos a ese tipo de vuelta aquí?

Toni volvió a negar con la cabeza.

-Si Hugues teme ser detenido en cuanto desembarque del avión, probablemente no -repuso Toni-. Exteriores no conseguirá hacerlo regresar si se ha metido al presidente del país en el bolsillo. -Se interrumpió un momento con expresión reflexiva y luego añadió-: Claro que..., es el secretario de un senador estadounidense y puede que esté en condiciones de echarnos la caballería encima. Sin duda, más de un político le debe favores. De modo que, si Hugues regresa, no me extrañaría que el senador estuviera dispuesto a batirse para defenderlo.

-Es posible -admitió el comandante Michaels-. Pero los miembros de la clase política que llegan tan arriba no lo consiguen sin saber qué bichos deben aplastarse y cuáles evitar en su ascensión. Y aquí no se trata de una hacendosa hormiga, sino de un repugnante escarabajo. Hugues removerá cielo y tierra tratando de achacar esto al partido de la oposición, de acusarlo de difamación. Apostaría a que White utilizará a Hugues como una bomba de relojería.

-¿Y adónde nos lleva eso, comandante? -preguntó Joanna.

-Pues a que, si queremos detenerlo, vamos a tener que ir a por él -contestó Michaels.

-Un momento -dijo Toni-. Hugues ignora que sabemos que él es el ladrón. White ha de regresar del extranjero la semana próxima. ¿Y si Hugues regresara con el senador? Lo digo porque, y acaso me equivoque, tiene plaza en el avión del senador. ¿Por qué no iba a regresar con él? Hugues cree haberse salido de rositas de su golpe electrónico, y eso nos facilitaría mucho las cosas. No tenemos más que aguardar a que el avión aterrice en el aeropuerto John Foster Dulles e invitarlo a cantar en nuestro honor.

Alex la miró sonriente.

-Tienes razón. Claro, Hugues ignora que andamos tras él, y ahora que el robo se ha consumado, me aventuraría a pronosticar que no habrá más ataques en la red a cargo de su secuaz. Entonces, quizá sea más prudente no precipitarse. Podemos esperar unos días. Y eso me ahorraría tener que explicarle al director por qué he violado la integridad territorial de un país del Tercer Mundo y perpetrado un secuestro. Tu deducción ha sido brillante, Toni.

Toni sonrió, como siempre que Alex la elogiaba. Eso la hacía feliz.

-Claro que tampoco estaría de más que la CIA nos echase una mano vigilando al personaje en cuestión, no vaya a ser que decida ir a otra parte -dijo Michaels.

-Creo que estarán encantados en hacerlo -dijo Toni-. Han perdido a muchos agentes a causa de la difusión de la lista de espías que el tal Platt introdujo en la red. Y quieren cazarlo, tanto es así que, si no logramos atraparlo pronto, podría sufrir un fatal accidente.

-Eso sería un mal asunto -dijo Michaels-. Lo necesitamos vivo, por lo menos hasta que Jay y Joanna hayan localizado y desactivado sus pequeñas bombas de relojería.

-Ya lo sé -asintió la subcomandante-. Les he advertido que lo queremos vivo.

Domingo, 16 de enero, 10.00 horas
Chicago, Illinois

Platt había reservado plaza en un vuelo comercial desde el aeropuerto de O'Hara a Heathrow, donde enlazaría con un vuelo de otra compañía con destino al norte de Africa, desde donde se trasladaría a Guinea-Bissau en otro aparato. Empezaría su largo viaje en un M11, lo proseguiría en un DC-9 y lo concluiría con una avioneta DeHavilland. Como había sacado billete de clase turista, su asiento no sería muy cómodo, pero pronto dejaría de tener que preocuparse por las comodidades y podría volar en primera siempre que se le antojase.

Como el avión no salía hasta aquella tarde, tendría que hacer tiempo durante seis horas. Pensó en alojarse en un hotel y dormir unas cuantas horas, pero luego se dijo que no lo necesitaba porque dormía bien en los aviones, sólo con que las azafatas le proporcionaran un par de almohadas suplementarias. Además, no quería correr el más mínimo riesgo de quedarse dormido y perder el vuelo. De modo que optó por aguardar en el aeropuerto. Deambularía por el recinto, compraría varias revistas de musculación y almorzaría bien. Sólo llevaba una bolsa de viaje y podía dejarla en consigna.

Como faltaban tantas horas no tenía prisa por facturar el equipaje. Desayunó, fue al quiosco a comprar las revistas y luego al lavabo. Después buscó un sitio en la sala de espera contigua a la puerta por la que embarcaría para sentarse tranquilamente a leer.

Vio a los dos agentes del FBI en cuanto asomaron. Buscaban a alguien y no le dio importancia, aunque su instinto de estar siempre alerta lo hubiese prevenido. Pero en seguida reparó en que lo miraban, lo reconocían y de inmediato simulaban que no era a él a quien buscaban.

¡Mierda!, exclamó para sí Platt.

Los dos agentes se alejaron avivando el paso, ignorándolo. Pero ya era demasiado tarde. Estaba seguro. Iban a por él, concretamente a por él.

Los agentes habían llegado con mucha antelación para localizar los lugares idóneos donde apostarse. No esperaban encontrarlo tan pronto en la terminal.

¿Cómo habían podido seguirle la pista? Si se habían dirigido a salidas internacionales significaba que sabían que había reservado billete para el extranjero. Y, si sabían que iba a salir del país, también tenían que saber con qué nombre viajaba, qué nombre figuraba en su

pasaporte, y a qué nombre estaba toda la documentación que llevase encima.

Sólo podían haberlo averiguado de una manera, porque sólo se lo había dicho a una persona: Hugues. Lo había delatado. Claro. Igual que él había delatado a Peterson.

¡Maldita sea! Había subestimado a Hugues. ¡El muy cabrón! Tenía que haber estado más alerta.

Dejó las revistas en el asiento contiguo. Tenía que salir de allí sin perder tiempo. Sin duda, los dos agentes habían ido a llamar a sus compañeros. El aeropuerto se convertiría en una ratonera en cuestión de minutos, si es que no lo era ya.

Quizá los agentes no hubiesen reparado en que él los había visto. Y, si así era, dispondría de un par de minutos, pero no podía arriesgarse a intentar salir por la entrada principal. Porque quizá ya hubiese agentes de la policía local dirigiéndose hacia la terminal o estuviesen ya apostados fuera del edificio.

Fue hacia el túnel que conducía a las distintas puertas de embarque y a una que estaba al fondo y que, seguramente, conducía al exterior. Podía ser el camino más corto para salir cuanto antes de la terminal.

La puerta del fondo del túnel estaba cerrada con un candado de combinación, pero nadie miraba en aquellos momentos en su dirección. Podía embestirla con el hombro y abrirla. Pero al mirar se fijó en que la puerta se abría hacia dentro. 0 sea, que no podría abrirla.

¡Maldita sea!

Miró en derredor. Dos mujeres estaban frente a la consola de un ordenador, contigua a la entrada del túnel de las puertas de embarque. Fue hacia allí.

-Perdone, señora -le dijo a una de ellas-, acabo de ver a una niña entrar por aquella puerta -añadió señalando hacia la puerta del fondo del túnel.

Las empleadas de la compañía lo miraron. Una era alta y rubia teñida y la otra bajita y regordeta, pelirroja, aunque probablemente también teñida.

-¿Cómo dice, señor?

-Me refiero a esa puerta de allí en la que dice «prohibido el paso». Estaba entreabierta y he visto a una niña de unos ocho o nueve años entrar y cerrarla.

-Voy a ver, Marcie -le dijo la pelirroja a su compañera señalando hacia la puerta del candado.

-Sí es aquélla -confirmó Platt sonriente.

En cuanto la empleada hubo tecleado los dígitos de apertura y abrió la puerta, Platt consideró sus opciones. Podía entrar con ella, dejarla sin sentido y atarla con sus propias prendas. Pero quizá fuese mejor memorizar el número que había tecleado, aguardar hasta que hubiese desistido de buscar a la niña inexistente y colarse dentro.

De haber tenido más tiempo habría optado por lo segundo. Era más sencillo. Pero mientras ellos estaban allí, los agentes del FBI y de la policía local debían de estar rodeando el edificio de la terminal. Y cada segundo que perdiese podía ser vital.

De modo que entró con la empleada, le pasó el brazo por el cuello y le oprimió la carótida con fuerza. Ella forcejeó y trató de gritar, pero apenas logró proferir un sordo chillido. Treinta segundos después estaba inconsciente, privada del riego sanguíneo de su cerebro. Si apretaba un poco más, la mataría, pero todavía no estaba tan desesperado para hacerlo. Aquello no le beneficiaría en absoluto, porque los agentes ya sabían quién era. No era conveniente añadir el asesinato a la lista de cargos que ya tuviesen contra él. Se limitó a quitarle la blusa, la rompió a tiras y le ató las manos y los pies. Luego le embutió un trozo en la boca y utilizó su pañuelo a modo de mordaza. Después se la cargó al hombro. Bajó por la rampa y la dejó en la revuelta del acceso, donde nadie podía verla. Abrió la puerta de emergencia y bajó por la escalerilla. Al volver la cabeza vio que la empleada volvía en sí. 0 sea que no le había ocurrido nada; sólo el susto.

Se oía un ruido infernal. Dos puertas más allá estaban descargando el equipaje de un reactor.

Platt fue corriendo hacia allí. Un empleado que conducía uno de los vehículos eléctricos en los que portaban las maletas pasó por su lado. Platt le indicó que bajase.

-¿Qué ocurre? -dijo el empleado, gritando, porque llevaba auriculares.

Platt le sonrió. Alargó una mano, lo agarró de un brazo y tiró de él con tanta fuerza que lo hizo bajar del vehículo. Luego le propinó sendos puñetazos en la boca y en la cabeza que lo dejaron sin sentido. Después le quitó los auriculares, se los puso, subió al vehículo y arrancó.

Probablemente habría controles en todas las carreteras que conducían al aeropuerto.

Piensa, Platt, piensa.

Bueno..., tenía otro pasaporte de emergencia y unos veinte mil dólares del dinero de Hugues (mil en efectivo y el resto en una tarjeta de crédito), aparte de un rinconcito de cien mil en otra tarjeta de crédito que iba a un nombre que sólo él conocía.

Sólo necesitaba un medio de transporte adecuado, y lo necesitaba muy cerca.

Más adelante estaba la sección de aviones de alquiler del aeropuerto. Había varios aparcados; básicamente eran aviones para el transporte de carga y servicio de paquetería urgente.

Sonrió ante la idea que se le acababa de ocurrir.

-Buenos días, señor -lo saludó el jefe de la oficina de alquiler, un joven de unos veinticuatro o veinticinco años-. ¿Qué desea?

El empleado llevaba camisa blanca y una corbata azul.

-Verá, señor -le dijo Platt, sonriente-, se trata de un pequeño problema. Me llamo Herbert George Wells y tengo un importante pedido de maquinaria agrícola aguardando en un muelle de carga de Londres. Y no hay manera de que me lo envíen -le explicó con un acento exageradamente provinciano. Pero cuanto más patán pareciese, mejor.

-Para eso estamos nosotros aquí, señor -le dijo amablemente el joven empleado.

-Sí pero lo que ocurre es que la compañía con la que contraté el transporte me la ha jugado, ¿sabe usted? Han roto un motor de una de las máquinas. Y, para no quedarme sin la desgravación de Hacienda, tenía que haber gastado el dinero del alquiler del avión el 31 de diciembre del año pasado.

El empleado arqueó las cejas.

-Parece increíble pero, si puedo demostrar que pagué ese dinero hace dos semanas, me ahorraría nada menos que diez mil dólares. ¿Entiende adónde quiero ir a parar?

-Creo que sí, señor.

-Querría alquilar uno de sus aviones para ir a recoger la maquinaria y llevármela a mi finca. No es nada ilegal, señor. Tengo toda la documentación. Pero si no lo hago de acuerdo con la fecha establecida, perderé diez mil dólares. Además, necesito urgentemente la maquinaria y varias piezas de repuesto esenciales para mi finca. Me cuesta una fortuna cada día que la maquinaria sigue en Inglaterra en lugar de estar en Mobile. Porque soy de allí, ¿sabe usted? De Mobile, Alabama.

-Me hago cargo del problema -dijo el joven jefe con deliberada ambigüedad.

-Puede estar seguro de que es algo muy importante para mí, señor. Y como ya le he dicho que todo es legal, que tengo toda la documentación en regla, quizá podríamos..., quizá si usted hubiese registrado mi contrato de alquiler de uno de sus aviones hacia Navidad... Me pregunto si eso sería muy complicado.

El joven miró en derredor y luego a Platt. Y lo que le pareció ver fue a un fornido patán en apuros.

-Pues verá, señor -le contestó el joven-, si yo hubiese alquilado el avión y hubiese olvidado consignarlo en el ordenador, sería un error por mi parte. Pero podría enmendarlo al rellenar el formulario. Podría consignar una fecha anterior para que casase con la fecha en la que realmente alquilé el aparato.

Platt sonrió. A eso lo llamaba él ser un hombre de mundo.

-Pues verá, si hiciese usted eso por mí, le estaría muy agradecido, inmensamente agradecido -dijo Platt, que se llevó la mano al bolsillo de la pechera de la camisa, miró en derredor y sacó diez billetes de cien dólares doblados por la mitad. Puso los billetes encima de la mesa y se los acercó al joven.

El jefe del servicio de alquiler de aviones tapó los billetes con la mano, abrió el cajón de la mesa, dejó caer los billetes al interior y lo cerró.

-De acuerdo, señor Wells -le dijo a Platt, sonriente-. ¿En qué clase de aparato había pensado?

Platt sonrió de oreja a oreja. Ya tenía medio de transporte. Los federales se volverían locos buscándolo en la terminal. Tampoco podrían averiguar después su paradero, puesto que constaría que había salido dos semanas antes y con un nombre falso.

Una vez en Inglaterra, llegar hasta Africa sería fácil.

Y, en cuanto llegase, él y el señor Thomas Hugues tendrían unas palabritas.

Ya lo creo que sí.

Treinta y siete

Domingo, 16 de enero, 12.00 horas
Quantico, Virginia

Michaels almorzó comida china en su despacho, utilizando palitos desechables y directamente de la caja, sin molestarse en utilizar el plato de papel que le habían llevado del restaurante.

Había pedido pollo con fideos chinos y salsa picante, y cerdo agridulce, pero el cocinero no había estado muy inspirado. Alex comía por pura necesidad de reponer energías, pero sin ganas, aparte de que tenía otras cosas en la cabeza.

Alzó la vista al entrar Toni en el despacho. Le pareció notar que, aunque no triste, estaba más seria de lo habitual.

-¿Qué? ¿Me traes buenas noticias? -le preguntó Michaels.

-Quizá no podamos esperar a que el reactor que traerá de vuelta a White nos traiga también a Thomas Hugues. Michaels dejó la caja de la comida a un lado.

-0 sea que... llueve sobre mojado. ¿Me equivoco?

-Parece ser que, hace una hora, agentes del FBI que habían ido al aeropuerto O'Hara de Chicago para vigilar la puerta de embarque, por la que se suponía que Platt iba a tomar un vuelo con destino a Inglaterra, la han pifiado.

-¿Y cómo sabía el FBI dónde iba a estar Platt?

-Porque, en cuanto supimos a quién teníamos que buscar, localizamos un par de cuentas camufladas que Hugues había abierto. No eran cuentas muy importantes, de veinte y treinta mil dólares cada una. Hugues intentó camuflarlas pero sin tomar excesivas precauciones. Y Platt utilizó dinero de una de esas cuentas para pagar su billete con nombre falso.

-¿Y cómo saben que se trataba de Platt?

-¿Quién si no utilizaría una cuenta fantasma para pagar un billete de avión con destino al extranjero? Les hemos pasado la información a los agentes, que han llegado al aeropuerto con varias horas de antelación, pero Platt ya estaba allí. Y los ha visto.

-A ver si lo adivino. Se les ha escapado, ¿verdad? -ironizó Michaels.

-Los agentes todavía se resisten a reconocerlo. Pero, efectivamente, ha logrado escapar del edificio de la terminal. Ha reducido a una empleada y a un mozo del departamento de equipajes que conducía uno de esos carritos que llevan las maletas, ha montado en el vehículo y ha desaparecido. Los agentes del FBI siguen buscándolo, pero el aeropuerto es muy grande.

-Pues sí, a eso podríamos llamarlo pifiarla, y bien pifiada. ¿Qué tal pinta entonces el panorama, en el peor y en el mejor de los casos?

Toni se recostó en la pared.

-En el mejor de los casos, lo encontrarán oculto detrás de unos muebles de jardín dentro de cinco minutos y lo detendrán, cantará y les proporcionará a los agentes federales bastantes datos como para llenar un avión hasta los topes. Y cuando llegue Hugues lo detendremos también. Le caerán cincuenta años y morirá en la cárcel convertido en centenario.

-Eso me suena estupendamente -dijo Alex, sonriente.

-En el peor de los casos -prosiguió Toni-, Platt huye, llama o consigue llegar a Africa, informa a Hugues de que el juego se ha terminado y de que vamos tras él. Hugues se parapeta

tras su fortuna y vive feliz el resto de sus días en la suite de invitados del palacio presidencial, y muere a los cien años de una indigestión de caviar.

-Esta historia ya no me gusta tanto -dijo Michaels-. Aunque me temo que probablemente sea la más verosímil.

-Bueno..., quizá aún lo atrapen.

Michaels meneó la cabeza.

-No sé por qué, pero la fe que tenía en los agentes del FBI ya no es tan firme como antes -dijo Michaels, que hizo una pausa mirando a los fideos chinos y al cerdo agridulce, que se habían quedado helados-¿Y dónde está el coronel Howard?

-A bordo de un reactor de las Fuerzas Aéreas. Llegará dentro de un par de horas. ¿Qué vamos a hacer?

-En estos momentos, si Platt quiere llamar por teléfono a Hugues, ¿quién puede impedírselo?

-Según Jay, nosotros. Si el número del virgil al que Platt llamó antes es el único que utiliza Hugues, podemos bloquear la línea para que no pueda recibir llamadas. Pero hay otros teléfonos en Bissau y no me extrañaría que haya alguno que funcione. No podemos bloquearlos todos.

-¿Has puesto al corriente al coronel Howard?

-Todavía no.

-Pues llámalo en seguida e infórmalo con detalle. Dile que vaya pensando en distintas posibilidades para una incursión, que valore qué probabilidades tenemos de entrar en el país y detener a Hugues.

-¿Crees que estamos en condiciones de adoptar semejante medida, Alex?

-Ese individuo ha aterrorizado al país, ha causado muertes, ha estado a punto de poner una bomba nuclear en manos de una pandilla de chiflados y ha robado una fortuna. Quiero verlo entre rejas. Si lo hacemos bien, podemos entrar y salir del país antes de que alguien se dé cuenta de lo que ha pasado, y tendremos a Thomas Hugues en nuestro poder. Creo que sí estamos en condiciones, Toni.

-Llamaré al coronel.

Justo en aquel momento sonó el intercomunicador.

-Si?

-El abogado de su esposa está al teléfono, señor. Maravilloso.

-Que le dé su número; y luego llame a mi abogado -dijo Michaels mirando a Toni-. Es una larga historia. Ya te la contaré cuando hayamos terminado con esto.

Domingo, 16 de enero, 17.00 horas
Bissau, Guinea-Bissau

Hugues estaba en la terraza de su habitación, mirando hacia los rosados edificios del recinto y a las inmediaciones del palacio. Con un alojamiento como el suyo, aquello no estaba tan mal. Por veinte mil dólares podía hacerse construir una casa bastante decente, y por cien mil dólares una lujosa mansión. De modo que con cuarenta millones tenía para ir tirando.

Se apoyó en la barandilla de la terraza mirando a un descamisado jardinero nativo que arrancaba las malas hierbas que crecían en un arriate. Se podía contratar a un jardinero como aquél por veinte dólares al mes.

Ya lo creo que tenía para ir tirando en aquel país.

El trato con Domingos no podía haber ido mejor. Cien millones de dólares habían ido a parar a una cuenta numerada que el presidente tenía en un banco suizo, y los derechos de explotación de prácticamente casi todos los yacimientos mineros de Guinea-Bissau pertenecían ahora a Thomas Hugues. Todos los derechos durante los próximos noventa y nueve años. Sólo los yacimientos de petróleo, bauxita y fosfatos valían potencialmente miles de millones de dólares o, por lo menos, eso le habían asegurado a Hugues varios geólogos y

expertos en prospecciones petrolíferas. Eso sin contar con el oro, la plata y el cobre que pudiese haber en aquel subsuelo completamente inexplorado. El país nunca había dispuesto de fondos suficientes para abordar prospecciones de envergadura, ni tampoco gozaba de la confianza de las grandes empresas internacionales para arriesgarse a hacer prospecciones a fondo perdido. Nadie quería invertir centenares de millones de dólares para abordar un serio programa de prospecciones, siempre pendientes del peligro de que los nativos atacasen al personal.

Pero si era Hugues quien poseía los derechos, sería distinto. Era un americano culto, una persona con la que las compañías petrolíferas y las mineras no tendrían inconveniente en tratar.

Hugues tenía mucha experiencia en negociaciones de alto nivel, gracias a su trabajo para White. A sus socios potenciales les diría que había optado por dimitir de su puesto en la secretaría del senador para intentar hacer fortuna allí. Además, aunque llegasen a saber que había desvalijado los bancos, les daría igual. Si las empresas creían poder ganar miles de millones gracias a su asociación con él, correrían un tupido velo sobre su pasado. Eran muchos los que, buscados en Estados Unidos por graves delitos, se habían establecido en otros países y habían logrado hacer fortuna. ¿Cómo se llamaba aquel director de cine que huyó a un país europeo, en el que gozaba de tal prestigio y admiración, que las autoridades se negaron a extraditarlo?

El dinero era el dinero. Y cuando se barajaban miles de millones de dólares, la ética no contaba para nada.

Hugues había hecho copia electrónica de los acuerdos recientemente firmados y los había archivado donde nadie pudiera encontrarlos.

También contaba con media docena de grandes corporaciones, ansiosas por enviarle un río de dinero para que les otorgase concesiones de explotación.

Por supuesto, Domingos tendría un porcentaje de los beneficios, aparte del anticipo que acababa de recibir. Pero cuando se trataba de miles de millones, había bastante para muchos. Además, era muy probable que Domingos sufriese un ataque al corazón dentro de no mucho tiempo, debido a sus excesos. Y, si no moría de muerte natural, cabía la posibilidad de quitarlo de en medio expeditivamente.

Thomas Hugues podía presumir con toda razón de tener en aquellos momentos la sartén por el mango. Todo le había salido a pedir de boca.

Cuando Platt apareciese se llevaría una buena sorpresa. Domingos no tendría inconveniente en proporcionar un francotirador que le metiese una bala entre las cejas en cuanto asomase. Y aunque Domingos no se mostrase muy dispuesto a colaborar, en un país tan pobre como aquél sería muy fácil contratar un pequeño ejército de nativos dispuestos a degollar a quien fuese por menos de lo que cuesta una cena en un buen restaurante de Washington.

Platt se convertiría en pretérito a las pocas horas de su llegada. Pensaba llegar allí a cobrar los veinte millones de dólares y desaparecer de inmediato.

Pero sus expectativas sólo se cumplirían a medias.

Hugues se irguió y se dio la vuelta para regresar a su habitación. Monique no tardaría en llegar para retozar un rato por la tarde.

Ser rey era estupendo, pero ser un protegido del rey no estaba nada mal, y era bastante más seguro.

Domingo, 16 de enero, 15.00 horas
Sobrevolando el Atlántico norte

Platt disponía del 767 para él solo, aparte de la tripulación, claro está. No había azafatas que le ofreciesen bebidas, pero podía echarse en una tumbona que alguien había colocado en el vacío departamento de carga, y eso era todo un lujo. Volaba hacia la alegre y vieja Inglaterra y prácticamente a salvo. Aunque los federales interrogasen al joven del

departamento de alquiler de aviones de carga, éste tenía mil dólares que perdería si delataba a Platt, aparte de tener que explicar por qué había falsificado la fecha de un contrato de alquiler.

Platt había encontrado un cajero automático justo a la salida de la oficina, y había sacado suficiente dinero para pagar un billete con destino a Senegal, alquilar un coche y comprar unos juguetitos para él. No pensaba aterrizar en el aeropuerto de Bissau ni en broma, porque el presidente lo sabría en seguida e informaría a Hugues, algo nada conveniente para él.

Hugues contaba con que ya estuviese en manos de los federales, y Platt quería que su aparición fuese una auténtica sorpresa.

Desde luego no estaba exento de riesgo introducirse en un recinto vigilado como el del palacio presidencial, pero ni siquiera los nativos podían ver a oscuras. De pequeño, Platt había aprendido a moverse con soltura por los bosques y no creía que los bosques africanos fuesen más traicioneros que la sucesión de frondas de su tierra. En cuanto saltase el muro del recinto, el resto sería un paseo.

Era realmente tentador abalanzarse sobre Hugues y darle una paliza de la que sólo se repondría en el más allá, pero lo único que en realidad le interesaba era cobrar los veinte millones de dólares. Aunque quizá también cobrase algo más por las inesperadas molestias. Era justo, ¿no? Si Hugues se negaba a pagarle, no tendría más remedio que convencerlo, pero ése sería el último recurso. Si se le ponía chulito, podía matar a aquel cabrón y desaparecer. Pero, en tal caso, lo haría con los bolsillos vacíos y con la policía buscándolo. Se mirase como se mirase, retozar en las playas de Hawai y ser dueño de un gimnasio que incrementaría su fortuna era bastante mejor que convertirse en fugitivo.

Esos eran sus planes. Comprar algunas cosillas que necesitaba, cruzar la frontera, tener una pequeña conversación con Hugues y hacer el par del campo en aquel jodido hoyo. Por supuesto, tendría que localizar una caja de betún negro para maquillarse y confundirse con los nativos.

Sería divertido. Nada menos que él, camuflado como un negrito.

Sonrió. Cuanto más lo pensaba, mejores le parecían sus perspectivas.

¿A que Hugues se quedaría sin aliento al ver que un espectral gigantón, que se parecía mucho a Platt, irrumpía por la ventana de su habitación?

Se echó a reír a carcajadas. ¡Ya lo creo que se quedaría sin aliento!

Domingo, 16 de enero, 15.35 horas
Sobrevolando Virginia

Todavía a bordo del transporte de las Fuerzas Aéreas, el coronel Howard encendió la radio de seguridad, con la que podía comunicar con Julio Fernández, que se hallaba en aquellos momentos en el centro de mando de Net Force.

-Está visto que no puedo dejarlo solo ni siquiera un par de días, ¿verdad, sargento?

-No, señor, quiero decir, coronel. Cuando el gato no está, los ratones campan a sus anchas.

-Cuénteme lo de ese follón africano. ¿Es verdad?

-Que yo sepa, sí, señor. Y nos viene bastante bien, señor. Porque esto está muy aburrido últimamente, coronel.

-Cuénteme.

El sargento le dio una prolija explicación acerca del país, la lengua, la población y la geografía. Cuando Julio llevaba ya un par de minutos de exposición, Howard lo interrumpió.

-Mire..., cuéntele todo esto a mi buzón de voz y ya lo escucharé luego. Y ahora vaya al grano. ¿Con qué nos encontraremos si aparecemos sin avisar en la república de Guinea-Bissau?

-Verá, señor, el país cuenta con lo que llaman Fuerzas Armadas Revolucionarias del Pueblo. Se trata de un ejército muy pequeño. Sólo disponen de nueve embarcaciones que merezcan llamarse barcos de la armada, unas fuerzas aéreas con sólo unos cuantos aparatos de hélice y varios helicópteros, aparte del reactor del presidente. También disponen de una milicia que, teóricamente, la forman doscientos mil hombres en condiciones de ser

movilizados. Pero el ejército regular no llega a los cuarenta mil hombres, mal armados y mal adiestrados. Probablemente, la mitad de ellos no saben ni atarse los cordones de las botas, si es que llevan botas.

-Entiendo. ¿Qué más?

-No existe ferrocarril en el país y sólo tienen tres mil kilómetros de carreteras. Disponen de treinta y cinco aeropuertos, dos de ellos lo bastante grandes para que aterrice una avioneta fumigadora. No tendremos más remedio que aterrizar con nuestro transporte en Senegal, al norte de Guinea-Bissau, y entrar en el país en helicóptero o quizá en paracaídas. Tienen apenas cuatro mil teléfonos, unos tres por cada mil habitantes, y la mitad no funcionan.

-¿No funcionan los teléfonos o es la gente quien no sabe utilizarlos?

-Ambas cosas, señor. Su renta per cápita es de doscientos dólares al año.

-Entiendo.

-Tienen tres emisoras de frecuencia modulada, y cuatro de onda media; les gusta el rock, el country y la telebasura. Tienen dos canales de televisión, pero uno de ellos no empieza a emitir hasta última hora de la tarde. Quizá sea ésa la razón de que haya tan pocos televisores como teléfonos. Y puede que sólo la mitad de ordenadores personales, de los que sólo un tercio tienen conexión a Internet.

-Parece que no sería un mal sitio para mi próximo ejercicio de supervivencia.

-Bastará con que sobrevolemos a treinta metros de altura para no correr riesgos. Los nativos no pueden llegar tan alto con sus lanzas. Nuestro grupo de paracaidistas y yo podríamos saltar por la noche y movernos por la zona durante toda la mañana sin despeinarnos.

-La falta de confianza en sí mismo no ha sido nunca una de sus carencias, Julio.

-No, señor.

-Lo noto muy alegre para estar en una aburrida base, recuperándose de un balazo en la pierna. Y me imagino la razón. ¿Cómo se llama la afortunada?

-No sé de qué me habla, coronel, se lo aseguro.

-Irá usted al infierno por mentir de una manera tan descarada, sargento.

-Sí, señor, y tendré totalmente controlado el lugar de aterrizaje cuando usted llegue.

El coronel Howard se echó a reír.

-Está bien. Dentro de un rato abriré mi buzón de voz, porque espero que haga lo que le he dicho y me dé más detalles. Luego analizaré distintos escenarios con mi simulador. Creo que aterrizaré... -Miró el reloj y añadió-: Dentro de media hora. Espéreme allí.

-Sí, señor.

-Lleve indumentaria de verano, sargento, y salude de mi parte a su novia.

-Lo haré, señor, de mi parte -dijo Julio, echándose a reír.

-Muy gracioso. Nos vemos dentro de treinta minutos, Julio.

-Sí, señor.

Treinta y ocho

Lunes, 17 de enero, 11.00 horas
Quantico, Virginia

-Bien, creo que eso es todo. ¿Alguna pregunta? -dijo Michaels.

El comandante miró en derredor del salón de conferencias. Allí estaban el coronel Howard, el sargento Julio Fernández, la teniente Joanna Winthrop y la subcomandante Toni Fiorella.

-¿Hemos hablado de todo esto con el director? -preguntó Toni.

-En estos momentos, el director no está para preguntas -contestó Michaels-. Si le entregamos a Hugues, le tendrá sin cuidado lo que hayamos tenido que hacer para atraparlo. Y algunos miembros del Senado que normalmente pondrían el grito en el cielo, se mostrarán bastante calmados respecto a esta detención concreta -añadió, sonriente-. Además, contamos con cierta ayuda extraoficial de la CIA. Es todo lo que necesitamos. ¿Más preguntas?

Nadie habló.

-Bien. Cada cual ya sabe lo que debe hacer. Id a prepararos.

Todos se levantaron y se marcharon, excepto Toni.

-No me parece bien, Alex.

-Ya has oído al coronel; cree que funcionará.

-Sabes perfectamente que no me refiero a la operación, me refiero a que vayas a intervenir tú sobre el terreno.

-El rango tiene sus privilegios, Toni. Fui un buen agente de campo y, de vez en cuando, necesito recordar viejos tiempos. El trabajo administrativo y de dirección, de puro despacho, acaba por aburrir.

-Se trata de una misión peligrosa, Alex.

-Cruzar la calle también es peligroso.

Michaels comprendió que Toni estaba realmente preocupada por él y no quería mostrarse desdeñoso.

-No sé..., me gustaría hacer algo para que te quedases más tranquila.

-Pues podrías hacer algo.

-¿Como qué?

-No ir.

-Y ¿aparte de no ir...?

-Que me dejases ir contigo -contestó ella, mirándolo a los ojos.

-Necesito que se quede alguien aquí al cargo de todo... -repuso él, meneando la cabeza.

-¿Para tres o cuatro días? Chávez o Preston pueden sustituirme.

-No estoy yo tan seguro...

-0 sea, ¿que tú puedes participar en una misión arriesgada pero yo no?

-Va contra el reglamento que ambos volemos en el mismo avión -dijo Michaels titubeante, consciente de que era un pretexto banal.

-¿A mí me vas a venir con el reglamento a estas alturas? Vas a pasar olímpicamente del reglamento llevando adelante una misión (e interviniendo personalmente) que sabes perfectamente que el director no hubiese aprobado si se lo hubieran consultado, ¿y me sales con eso de que va contra el reglamento que ambos volemos en el mismo avión?

Michaels no había visto nunca a Toni tan enfadada. Y la verdad era que no le faltaban motivos.

-De acuerdo -dijo él alzando las manos a modo de rendición-. Tienes razón. Puedes ir.

-¿Puedo ir?

Toni lo dijo en el mismo tono que pudo haberlo dicho una niña a la que acabasen de autorizar a ir a jugar a casa de una amiguita. Su preocupación y su enfado dejaron paso a la sorpresa. Lo miraba exultante.

Alex sintió deseos de abrazarla, de besarla y de hacer el amor con ella allí mismo en el sofá. Pero no habría sido muy prudente, allí, en el despacho...

Iba a tener que hacer algo para encauzar la situación entre ellos.

-Sí porque tienes razón en lo del reglamento. Ya se nos ocurrirá alguna justificación. Y, si las cosas se ponen feas, buscaremos los dos un nuevo empleo.

-Eso no me importa.

-Bien. Pues ahora ve a ocuparte de esos detalles que tenemos que cumplimentar, ¿de acuerdo?

-De acuerdo.

Toni le sonrió, se levantó y se quedó de pie durante lo que a Michaels se le antojó una eternidad.

-Te quiero, Alex -le susurró.

Y sin más, Toni dio media vuelta y enfiló hacia la puerta. Michaels se quedó boquiabierto, tan perplejo que no acertó a decirle nada.

Lunes, 17 de enero, 18.00 horas

Bissau, Guinea-Bissau

Hugues bebió un sorbo del excelente coñac que se había servido en una copa de cristal auténtico del mueble bar. Frunció el ceño mirando al chófer y guardaespaldas del presidente Domingos.

-¿Está usted seguro? -dijo.

-Sí, señor. No estaba en el avión. Lo hubiese reconocido. Lo traje hasta aquí en el coche la otra vez. Es inconfundible.

-Si. En fin..., gracias de todas formas.

El chófer arrancó y Hugues alcanzó el cigarro habano del cenicero. Hizo una mueca de contrariedad al notar que se le había apagado. Cogió una cajita de marfil labrado, la abrió, sacó un fósforo de madera y volvió a encender el habano.

-¿Le preocupa? -le preguntó Domingos, que exhaló una bocanada de aromático humo de su cigarro.

-En realidad, no -repuso Hugues-. Platt aparecerá tarde o temprano. Si no en el vuelo de hoy, vendrá mañana o pasado mañana. Tengo su dinero, y acordamos que vendría a recogerlo personalmente.

-Giles se ocupará de él en cuanto llegue -le aseguró Domingos-. No se preocupe.

Hugues movió la copa de coñac, se la llevó a los labios y bebió otro sorbo.

-No estoy preocupado en absoluto, señor presidente.

-Llámeme Freddie, por favor. Vamos a formar una larga y fructífera asociación, ¿verdad?

-Por supuesto, Freddie.

Lunes, 17 de enero, 19.00 horas
Tanaf Senegal

Platt se había dirigido con su Land Rover alquilado a Sédhiou, donde embarcó en un destartalado ferry para cruzar las enfangadas aguas del río Casamance, y dirigirse luego a Tanaf. Desde allí, si seguía por la carretera, llegaría a sólo ocho kilómetros de la frontera sur de Senegal con Guinea-Bissau, hasta la provincia de Olo, en la orilla sur del Canjambari, y entraría en Bissau por el nordeste.

Si seguía por aquella carretera... Pero con un Land Rover uno no necesitaba conducir por la carretera si no le apetecía. Aparte de que la mayor parte de las carreteras de la zona no estaban asfaltadas. El tipo que le había alquilado el todoterreno no le inspiraba excesiva confianza, pero era blanco, y le había asegurado que había innumerables caminos para cruzar la frontera sin ser visto. Y probablemente fuese verdad.

Desde donde se encontraba hasta Bissau no había más de ochenta kilómetros en línea recta. Pero, por aquellas pistas de tierra en pésimo estado, no sólo había bastante más, sino que tardaría más que un cuervo volando con una sola ala.

Probablemente podría llegar antes de que oscureciese, siempre y cuando no se topase con alguna patrulla de nativos sedientos de sangre. Pero, en cualquier caso, no lo pillarían desprevenido, porque llevaba un machete, una pistola semiautomática Browning de 9 mm, un subfusil ametrallador AK-47 y bastante munición para ambas armas como para acabar con varios ejércitos. Además, llevaba un par de granadas que, aunque databan de la segunda guerra mundial, el vendedor le había asegurado que estaban en perfecto estado.

Si se topaba con soldados nativos que quisieran aguarle la fiesta, los haría saltar por los aires. Nadie le impediría llegar a donde quería. Cualquiera que lo intentase lo pagaría muy caro.

Cuando se hubo adentrado lo bastante en la espesura se aplicó un par de capas de la crema bronceadora más oscura que había encontrado. No quedó del todo negro, sino de un aceptable color achocolatado. Con una gorra de béisbol en la cabeza para ocultar su pelo, cualquiera tendría que acercársele por lo menos hasta un par de metros para darse cuenta de que era blanco.

Encontró un sendero, que probablemente utilizaba el ganado, a cosa de tres kilómetros de

la frontera. El sendero cruzaba un prado y unos sembrados, y se adentraba en un bosque. Se orientó con la brújula hasta llegar a una valla que se extendía a uno y otro lado de una fronda.

Esto debe de ser la frontera, se dijo.

La valla que señalaba la frontera la formaban tres tramos de alambrada de espino oxidada, sujeta a postes de madera.

No le sorprendía que se produjesen continuas infiltraciones desde ambos lados.

Embistió uno de los postes con el Rover y cruzó la frontera.

¡Bien venido a Guinea-Bissau, Platt!

Pero, de pronto, tuvo la sensación de haberse desorientado y se detuvo a consultar el mapa. Estuvo de suerte, porque, justo en aquel momento, oyó el motor de otro vehículo. Bajó del Land Rover y se adentró a pie por el sendero.

Un poco más adelante vio una destartalada camioneta de color verde bosque. Dentro iban cuatro soldados, dos delante y dos atrás. Llevaban también subfusiles ametrallado-res AK-47, como el suyo, y patrullaban con lentitud con su vehículo.

Platt reparó en que, si no se hubiera detenido, se habría topado con ellos de improviso y, con cuatro subfusiles contra el suyo, el encuentro podría haber sido fatal, sobre todo si ellos lo hubieran visto primero.

No había contado con encontrar patrullas fronterizas. Quizá aquellos nativos de la selva fuesen más listos de lo que imaginaba. Era un error subestimar al adversario.

Cuando la camioneta se hubo alejado unos tres kilómetros, Platt volvió al Rover. En adelante se tomaría su avance hacia el palacio presidencial con más calma.

Calculó que tendría que acercarse bastante a la ciudad y luego buscar un lugar adecuado para ocultar el todoterreno, porque lo necesitaría para huir. Tendría que permanecer oculto hasta el día siguiente por la noche. No podía deambular por la ciudad a plena luz del día, aunque fuese disfrazado. El martes por la noche, una vez que hubiese oscurecido, haría su irrupción para despachar el asunto.

Al cruzar un claro cubierto de hierba alta vio un relámpago y, al cabo de varios segundos, oyó el trueno. La tormenta estaba bastante lejos, pero ya olía la lluvia que se acercaba.

Maravilloso, ironizó para sí. Lo que le faltaba para verse obligado a avanzar más lentamente aún.

No iba a darles facilidades para que le pegasen un tiro, ¿verdad que no?

Por otro lado, era muy probable que la tormenta indujese a los soldados a no salir de sus cuarteles; a seguir allí a cubierto bebiendo el brebaje nacional que llamaban cerveza.

Tanto mejor.

Se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano derecha. El bochorno era insoportable. Por si fuera poco, vio una nube de mosquitos zumbando en el aire por delante de él. Echó mano al spray insecticida que llevaba en la bolsa de la puerta del lado del acompañante. Otra de las ventajas de que lloviese era que ahogaría a los insectos. Sólo le faltaría contraer la enfermedad del sueño si le picaba una mosca tse-tse; o quizá la malaria o la elefantiasis por culpa de los malditos bichos.

Le iba a cobrar a Hugues bastante más que los veinte millones de dólares acordados. Aunque, seguramente, Hugues ya se lo veía venir.

Lunes, 17 de enero, 21.00 horas
Sobrevolando el Atlántico

-¿Has dicho Banjul? -preguntó Joanna.

-Sí -repuso el sargento Julio Fernández, que iba sentado a su lado en el 747 de Net Force-. Es una lengua de tierra que se adentra bastante en el curso del Gambia, que discurre por el Bajo Senegal, un poco más allá de a donde hemos de ir nosotros, paralelo a la costa. Pero allí está el único aeropuerto al sur de Dakar, en el que podemos aterrizar con este aparato sin llamar la atención. La CIA tiene un hangar y dependencias auxiliares en Banjul. Haremos transbordo a dos helicópteros Huey para el resto del viaje. De modo que, el martes por la

noche, volaremos casi rozando las copas de los árboles, aterrizaremos, cumpliremos con la misión y nos largaremos. En Chechenia nos funcionó estupendamente, y no veo razón para que no funcione aquí, en un país con tan malas infraestructuras como Guinea-Bissau. Dudo que su radar sea muy moderno. Además, aunque nos viesen, no tienen mucho con qué perseguirnos.

-Atención, que viene el coronel -musitó Joanna, risueña.

-Señor -dijo Fernández al llegar John Howard junto a ellos.

-Sargento..., teniente...

Howard los miró, sonriente.

-¿Ocurre algo divertido, señor? -dijo Fernández.

-No realmente. ¿Recuerda el chiste que me contó cuando lo llamé de regreso desde el estado de Washington? ¿Aquel que le hizo tanta gracia?

-Lo recuerdo.

-Pues creo que ya lo he entendido, sargento.

Cuando el coronel se hubo marchado, Joanna miró a Julio.

-¿De qué iba todo eso? -le preguntó.

Fernández le dirigió una sonrisa radiante.

-Me temo que el coronel sabe que tú y yo nos hemos..., en fin, que nos hemos acostado.

-¿Y cómo lo sabe? No habrás estado presumiendo, ¿verdad?

-No; aunque me enorgullece, no he dicho ni una palabra. Pero llevo mucho tiempo a sus órdenes. Aparte de que no tiene un pelo de tonto, me conoce demasiado bien. Y cuando alguien se siente tan feliz como yo ahora, se le nota. Supongo que aún se me nota más cuando estás cerca, y debe de comprender que tú eres la razón. ¿Te molesta?

-A mí, no. Es más, voy a tener que ir en seguida al aseo. ¿Me acompañas? -preguntó Joanna, arqueando las cejas a lo Groucho Marx.

-Es usted una mujer terrible, teniente Winthrop. ¡Burlarse así de un hombre!

-No lo sabe bien, sargento. Pero es que me he encariñado con usted. De modo que ¿quién ha dicho que me burlo? Lo he dicho en serio. ¡Vamos!

-Veo que te has traído tu exótica daga -dijo Alex.

Toni alzó la vista y asintió. Tenía el kris sobre el regazo.

-Guru está convencida de que esta daga es mágica. Y he pensado que no estorbaría.

-No, claro -dijo Michaels-. Voy a tener que hablar con el coronel. Parece que todo va de acuerdo con lo programado. Llegaremos al aeropuerto dentro de unas pocas horas. Haremos transbordo a dos helicópteros y proseguiremos viaje.

-¿Qué has de hablar con él? No has podido convencerlo para que te deje ir a la ciudad e intervenir directamente en la misión, ¿verdad?

-No -admitió Michaels, sonriente-. Y la verdad es que no me importa que nos quedemos con los pilotos en los helicópteros hasta que el grupo regrese. Mi último éxito en campaña se debió más a un golpe de suerte que a mi habilidad. El coronel Howard y sus hombres son verdaderos especialistas en este tipo de misiones, y no quiero estorbar.

-Podríamos quedarnos en Banjul.

-Para hacer eso podíamos habernos quedado en Washington.

-Es lo primero que propuse, ¿no?

-Sí, pero ya que lo hemos decidido, debemos seguir con ellos.

-Si estamos los dos de acuerdo, ¿no crees?

Michaels no le había comentado nada hasta el momento acerca de aquel «te quiero» con que ella se despidió la última vez que estuvieron en su despacho. Toni creyó que era un momento adecuado para decírselo, pero, después de habérselo dicho, le entró tal vértigo que casi sintió náuseas.

Habían estado besándose en el asiento delantero de un pequeño coche, eso era todo. Quizá fuese demasiado pronto para propinarle un golpe tan fuerte. ¿Y si lo único que sentía él hacia

ella era pura lujuria? Sabía que la lujuria formaba parte de su atracción, eso era innegable. Y aunque ella también lo deseaba y no le importaba que, de momento, su relación se redujese al sexo, aspiraba a mucho más.

Por otro lado, Alex no le había hecho ningún comentario, y eso significaba que no la había rechazado, a no ser que no la oyese, porque se lo susurró muy quedamente.

Se atendría al dicho: «Si no hay noticias, son buenas noticias.» 0, por lo menos, no son malas.

No pensaba forzar la situación. Podía aguardar a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. La magia del kris había propiciado que las cosas llegasen bastante lejos. Quizá la ayudase también durante el resto del camino.

Treinta y nueve

Martes, 18 de enero, 18.00 horas
Bissau, Guinea-Bissau

El presidente Domingos tenía urgentes asuntos de Estado que atender (probablemente, cortar la cinta conmemorativa de la inauguración de una nueva bodega o algo parecido), de modo que Hugues se deleitó con el cigarro y el coñac a solas.

Un mensajero le había informado de que el avión de las cinco de la tarde acababa de llegar, y de que tampoco había desembarcado Platt.

Empezaba a ser preocupante.

No le cabía duda de que Platt querría cobrar su dinero. La única razón que Hugues acertaba a imaginar para que no hubiese acudido de inmediato a cobrarlo era que estuviese gravemente herido, muerto o detenido. No lo había llamado, y eso era preocupante, muy preocupante.

Hugues tenía el cigarro en la boca pero no lo hacía humear. Ya había contado con la posibilidad de que detuviesen a Platt, pero debía reconocer que no la había considerado muy probable. Sin embargo, aunque lo hubiesen detenido, Hugues no creía que Platt dijese nada acerca de su aventura, porque él sería el primer perjudicado.

Claro que ¿y si se había visto obligado a hablar? Si los federales tenían a Platt y lo habían presionado, Hugues se vería obligado a modificar sustancialmente sus planes.

Regresar a Estados Unidos estaba descartado. En cuanto desembarcase, los federales se abalanzarían sobre él como un halcón sobre una gallina, y se vería en un grave aprieto.

¿Qué hacer?

La alternativa más segura era no hacer nada, aguardar hasta que Platt apareciese o llamase. Y si durante la siguiente semana no se presentaba ni llamaba, Hugues tendría que arriesgarse a hacer indagaciones a distancia, tratar de descubrir qué había pasado con su secuaz. Si Platt estaba hospitalizado a causa de un accidente de automóvil, pongamos por caso, o si estaba muerto... tanto mejor. Pero si lo habían detenido y había cantado, podía esperar lo peor.

Se le había vuelto a apagar el cigarro. Abrió la cajita de marfil, sacó un fósforo y encendió de nuevo el habano.

En fin... No estaba previsto que regresara a Estados Unidos desde Etiopía hasta el jueves, de modo que disponía de un par de días. Si Platt no había aparecido para entonces, llamaría al senador, y le pondría alguna excusa para quedarse unos días más en Africa. No habría problemas. Y si Platt había sido detenido y lo había delatado, se quedaría en Bissau y listo. Quedarse allí definitivamente antes de lo previsto, porque lo hubiesen descubierto, sería un contratiempo irritante, pero, en el fondo, sería un mal menor.

Martes, 18 de enero, 21.00 horas
Banjul, junto al río Gambia

La lluvia repiqueteaba en la techumbre de hierro ondulado. Era un tamborileo constante y

casi hipnótico que producía una sensación de relajación a pesar del bochorno que hacía en el interior del cobertizo.

Michaels tenía modorra, como si lo acunasen. Teóricamente estaban en la estación seca y los monzones debían de haber cesado en su actividad. De modo que no quería imaginar cómo debía de ser allí la estación lluviosa.

Howard había proyectado un mapa en una pared relativamente blanca.

-Esta es la ciudad de Bissau -dijo el coronel-. Se encuentra en la orilla norte del río Geba, por donde desemboca en la bahía. -Trazó un círculo rojo con el láser alrededor del palacio presidencial y añadió-: Este es el recinto.

El coronel amplió la imagen con el mando a distancia.

-Este es el edificio principal, o sea, donde debe de estar nuestro objetivo.

De nuevo por medio del mando a distancia sustituyó el mapa por una fotografía obtenida por un satélite espía y realzada por ordenador. El palacio se veía como si la foto hubiese sido obtenida desde poco más de cien metros de altura.

-La CIA ha modificado la órbita de uno de sus satélites espía para fotografiar la ciudad. Deberemos darles las gracias por ello, así como por permitirnos utilizar su hangar y sus helicópteros.

Al coronel Howard le habría gustado contar aún con más ayuda por parte de la CIA como, por ejemplo, disponer de un satélite espía en órbita geosincrónica, con capacidad para filmar toda la zona desde aquel momento hasta el del asalto al palacio. Pero, teniendo en cuenta que se trataba de una misión extraoficial, habían hecho todo lo posible sin correr el riesgo de llamar la atención sobre lo que Net Force hacía allí, y Howard les estaba sinceramente agradecido.

Había treinta y cuatro personas en la estancia. Howard se había llevado consigo cuatro pelotones de cinco soldados, al sargento Fernández y a la teniente Joanna Winthrop. Además, estaban allí su enlace con la CIA, un hombre de pelo gris, muy fornido, que llevaba shorts y camiseta color caqui; los cuatro pilotos de los dos helicópteros; cuatro técnicos de asistencia en tierra; además de Toni, de Michaels y de él mismo. Los soldados ya llevaban sus trajes antibalas.

Howard volvió a proyectar el mapa.

-Aterrizaremos aquí, a tres kilómetros del objetivo, donde utilizaremos otro medio de transporte, también por cortesía de la CIA. El grupo Alfa avanzará hasta aquí como maniobra de distracción, mientras el grupo Beta se dirige al recinto y prepara la incursión. Ustedes, los del grupo Beta, estudien bien el plano del palacio, no vaya a ser que se pierdan y terminen buscando el pájaro en los lavabos en lugar de buscarlo en la cama.

El comentario del coronel provocó unas ahogadas risas nerviosas.

-Trataremos de evitar bajas -dijo Howard-. Utilizaremos granadas deslumbrantes y gases irritantes para neutralizar cualquier amenaza. Nadie debe disparar a menos que esté siendo atacado, y sólo en el caso de que les disparen balas que puedan perforar sus trajes, lo que es muy improbable. Nuestras informaciones de los servicios de inteligencia indican que la mayoría de los soldados de Guinea-Bissau van armados con fusiles Kalashnikov y que utilizan munición procedente del ex bloque soviético. Y tengan en cuenta una cosa: no estamos en guerra con este país y no queremos marcharnos dejándolo sembrado de cadáveres. ¿Entendido?

Se oyeron murmullos de aprobación.

-Nuestra misión se reduce a apoderarse del objetivo a la 1.30 horas. ¿Alguna pregunta?

Nadie hizo ninguna.

-Una vez que el grupo Beta tenga en su poder el objetivo, nos reuniremos con el grupo Alfa en el punto de encuentro y desde allí nos dirigiremos al lugar de aterrizaje. Sea cual sea nuestra situación en tierra, el helicóptero despegará a las 2.30 horas con destino a Banjul, de acuerdo con lo previsto. Si no embarcan a tiempo, les espera una larga caminata de vuelta a casa. ¿Preguntas?

Tampoco hubo ninguna.

-De acuerdo entonces. Revisen bien toda la impedimenta. Saldremos dentro de una hora.

Pueden retirarse.

Los pilotos y los soldados salieron de la estancia. Seguía lloviendo pero con menos intensidad que antes. Michaels, Toni, Winthrop y Fernández se quedaron con el coronel.

-¿Tienen preparado su equipo? -les preguntó Howard a Michaels y a Toni.

Se refería a los cascos de kevlar y a los trajes antibalas que les habían dado. No iban a intervenir en el combate, pero el coronel había insistido en que, si iban a embarcar en los helicópteros, debían llevar aquel equipo. Y también les había entregado una pistola con silenciador, que les encareció que llevasen encima. Siempre cabía la posibilidad de que estallase uno de los depósitos de un helicóptero o de que éste fuese alcanzado por fuego de armas ligeras y se viese obligado a aterrizar. Y, en tal caso, era mejor ir armado si había que moverse por territorio hostil. Con una pistola con silenciador se evitaba el peligro de que una detonación delatase la posición de quien disparase.

-Sí, ya lo tenemos todo preparado -repuso Toni en su nombre y en el de Michaels.

-Supongo que saben perfectamente que no deberían acompañarnos, sino permanecer aquí -les dijo Howard, para ver si a última hora los convencía de que era mejor que se quedasen.

-Usted nos ha asegurado que el peligro es mínimo, ¿no?

-Que sea mínimo no quiere decir que no exista -replicó el coronel.

-Le agradezco que se preocupe por nosotros -dijo Michaels.

Punto.

-De acuerdo -asintió Howard con expresión resignada-. La teniente Winthrop irá conmigo en el grupo Beta, y el sargento Fernández al mando del grupo Alfa. De acuerdo con nuestros cálculos, basados en simulaciones, nuestras probabilidades de éxito van del ochenta y ocho por ciento al noventa y tres por ciento. El cálculo puede ser bastante preciso si hemos elegido las variables adecuadas. De modo que, en teoría, la operación debería ser pan comido. Entrar y salir con rapidez y sin violencia. Mañana a esta hora deberíamos ir ya de vuelta a casa.

Michaels asintió con la cabeza.

-Nos veremos en los transportes dentro de cincuenta y cinco minutos.

Martes, 18 de enero, 23.00 horas
Bissau, Guinea-Bissau

Platt detestaba aquel condenado país. Estar en una choza de barro cociéndose al sol durante todo el día no contribuía a que su humor mejorase. Ni siquiera cuando llovía a cántaros, con tal violencia que se ahogaban hasta las ranas, refrescaba. Lo único que hacía la lluvia era que aumentase el bochorno. El sudor no se evaporaba, sino que rezumaba por las piernas y te empapaba los calcetines. Era como estar en una sauna, sólo que vestido.

Miró el reloj por enésima vez desde que había oscurecido. Estaba a poco menos de dos kilómetros del palacio presidencial, con el Land Rover aparcado bajo un cobertizo de lata, contiguo a la choza de barro. El dueño de la casa, un anciano de pelo blanco, estaba atado y echado encima de un camastro en un rincón. No parecía haberse asustado ni preocupado demasiado porque un hombre irrumpiese en su choza a punta de pistola. Había estado a punto de romperle la cabeza a Platt con su bastón (pese a su edad, conservaba buenos reflejos). Si lo hubiese golpeado dos centímetros más arriba, habría dejado a Platt en el sitio, pero sólo le hizo un rasguño en la oreja.

Aquellos morenitos no eran tan imbéciles como había imaginado, y eso lo preocupaba. Si los guardias de palacio reaccionaban como el viejo, podía tener problemas.

Después de esquivar el bastonazo, Platt no tuvo dificultades para reducir al viejo, que ahora parecía dormido. Debía de pensar que, puesto que no podía escapar, lo mejor que podía hacer era echar una cabezada. De haber estado en su lugar, se dijo Platt, no habría reaccionado con tanta sangre fría.

Le parecía inconcebible que un nativo pudiese con él, pero debería tener cuidado.

Había planeado aguardar hasta medianoche antes de dirigirse al palacio, pero ya estaba harto de seguir allí. De modo que se pondría en camino. Además, en aquel país empezaban a

quitar las calles sobre las ocho; las pocas calles que había, claro está.

Se quitó la ropa y se puso una camiseta y unos pantalones negros, zapatillas y calcetines de tenis, negros también. La poca piel que quedaba visible la llevaba untada de betún negro. De modo que con la oscuridad resultaría bastante difícil de ver. Se remetió al cinto la Browning 9 mm y se ciñó dos cargadores de repuesto a la cadera izquierda, junto al machete. Luego introdujo una pequeña linterna en el bolsillo de atrás de los pantalones.

Llevaba un silenciador para la pistola, pero no lo pondría hasta que llegase al palacio. Y, al hombro, llevaba una cuerda de escalador con nudos cada sesenta centímetros y un gancho en un extremo. Pensó llevar el subfusil, pero decidió dejarlo en el Land Rover. En lugar de ello, llevó consigo las dos viejas granadas. Porque, si las cosas se ponían feas, tendría un buen recurso para abrirse paso.

Cuando estuvo preparado, desentumeció los músculos haciendo girar los hombros y flexionando el cuello a uno y otro lado. Luego saludó con la mano al durmiente anciano y salió.

Como tenía que avanzar con sigilo y suma precaución, podía tardar entre dos y tres horas en llegar.

Si Hugues tenía compañía en la cama, se llevarían una buena sorpresa entre la una y media y las dos de la madrugada. Estaba impaciente por ver la cara que ponían.

0.40 horas

Howard subió el último a la vieja y destartalada camioneta, una Chevy de una tonelada. El dueño había hecho colocar una estructura de madera a modo de caja, por encima de la plataforma, y la cubría con una lona. De modo que el armatoste tenía pinta de carromato motorizado.

-¡Adelante! -ordenó Howard.

Uno de los soldados del grupo Beta se puso al volante. Al arrancar, el vehículo dio un brinco y, al meter segunda, el cambio rechinó de tal manera que uno de los soldados se echó a reír.

-Muéleme media libra de torrefacto -dijo en tono burlón.

Howard miró a la teniente Winthrop, que estaba muy pálida, y luego consultó el reloj.

El grupo Alfa ya estaba también en la carretera, en un vehículo igualmente desvencijado.

Le habían asegurado al coronel que, pese a su aspecto, las dos camionetas tenían el motor en perfectas condiciones y que los llevarían a la ida y a la vuelta sin problemas.

En eso confiaba.

Los nativos debían de haber oído acercarse a los helicópteros, de eso no cabía duda. Pero la reacción de la policía local al ruido de unos rotores en plena noche no era probable que fuese muy rápida (en el caso de que se molestasen en salir para ver qué pasaba). Y, en cuanto el grupo Beta se hubiese adentrado medio kilómetro carretera adelante, se detendría, bajarían dos soldados y colocarían granadas deslumbrantes dotadas de temporizador en los arcenes.

Las granadas estaban conectadas electrónicamente a un cable casi invisible y sensible a la presión, colocado a lo ancho de la única carretera que conducía desde la ciudad hasta donde se encontraban los helicópteros.

Si acudían agentes de la policía local o soldados a ver qué ocurría, se encontrarían con un espectáculo de luz y sonido que los haría detenerse, y les daría mucho que pensar. Y otro tanto le ocurriría a cualquiera que circulase en coche a aquellas horas, algo bastante improbable.

Aquella carretera era, en realidad, una estrecha pista de tierra que terminaba en el límite del bosque, y los nativos que vivían a ambos lados no tenían coche. El cable dejaría pasar una bicicleta o una motocicleta sin dispararse, pero no un vehículo de cuatro ruedas.

El calor del día apenas había remitido y Howard notaba que, bajo su traje antibalas, estaba empapado. El traje estaba ideado para climas tropicales y era relativamente ligero, pero con tanto calor y humedad resultaba asfixiante.

-¿Se encuentra bien, teniente?

-Perfectamente, señor -repuso ella-. Aunque un poco nerviosa.

-¿Sólo un poco? -le dijo el coronel, sonriente-. Pues a mí no me llega la camisa al cuerpo. Mi temblor interno es del orden de ocho grados en la escala de Richter.

El comentario del coronel la hizo sonreír tímidamente.

Joanna era una oficial del ejército, pero no una combatiente como los soldados del comando. Toda su experiencia se reducía a los ejercicios y maniobras en los que había participado. Era una experta en informática y no tenía por qué participar en misiones de campaña.

Net Force no era como el ejército regular, donde quienes quisieran ascender debían tener cierta experiencia de combate. Pero Joanna deseaba intervenir y Julio la había avalado, de modo que allí estaba.

-¿De verdad tiene miedo? -exclamó Joanna-. No sé si creerlo.

-Quien no tiene miedo no puede ser valiente. Ser valiente es tener un nudo en el estómago, estar aterrado y, sin embargo, seguir adelante y hacer lo que haya que hacer. No quiero soldados temerarios. Son los primeros en caer cuando la situación se pone fea. La temeridad y la estupidez van de la mano.

-Gracias, señor.

-Lo hará usted muy bien, Winthrop -le dijo el coronel-. Lleva un traje antibalas ultramoderno. Lo más probable es que, si la alcanzan con un disparo, la bala rebote.

-No es eso lo que dice el sargento Fernández, señor.

Howard se echó a reír.

-Bueno, claro, Julio es la excepción que confirma la regla. El sargento Fernández es un tipo estupendo; el mejor que he tenido.

1.00 horas

Hugues se levantó y fue al cuarto de baño. No debía beber nada después de las diez de la noche, porque ya había aprendido la lección: siempre que bebía se despertaba y tenía que levantarse para ir al lavabo.

Además, estaba un poco malhumorado. Monique no se había presentado aquella noche, no contestaba al móvil y nadie parecía saber adónde había ido.

Domingos le comentó que no era la primera vez que desaparecía y no regresaba hasta al cabo de uno o dos días. Sospechaba que o bien tenía un amante indígena o iba a colocarse con alguna droga. Algunos nativos cultivaban ganja, y era fácil conseguirla.

Bueno. No tenía especial necesidad de que Monique estuviese allí con él, porque había echado más polvos en aquellos últimos días que en los últimos meses. Pero no le gustaban las sorpresas. Ese era el problema con las prostitutas. Por mejor que se les pagase, nunca se podía confiar en ellas. Había que considerarlas como kleenex, de usar y tirar; y, cada vez que uno notase que iba a estornudar, limitarse a alcanzar otro de la caja.

Sonrió ante su metáfora y cruzó la mullida alfombra de vuelta a la cama. El zumbido del aparato del aire acondicionado lo acunó y no tardó en volver a quedarse dormido.

1.15 horas

Entrar en el recinto fue más difícil de lo que Platt esperaba. Habían podado los árboles contiguos al muro, protegido por fragmentos de cristales. Pero había conseguido saltarlo sin rebanarse las costillas, utilizando la cuerda de escalada.

Estaba contrariado. Siempre que intentaba algo resultaba ser más problemático de lo esperado. Ya había estado allí antes, en el interior del palacio, pero no había imaginado que la próxima vez que fuese a visitarlo tuviese que entrar saltando el muro.

Supuso que, cuando hubiese entrado en el recinto, todo se reduciría a evitar toparse con

alguno de los adormilados centinelas y colarse en el edificio principal. Pero quizá los centinelas no estuviesen durmiendo. De modo que si no tenía cuidado podía verse en un serio aprieto.

Se detuvo y enroscó el silenciador al cañón de la Browning. No debía olvidar que, aunque utilizase el silenciador, la pistola hacía un ruido sordo, aparte de que el silenciador no evitaba que se oyese el ruido de los casquillos al caer al suelo. De todas formas, su munición subsónica reduciría al mínimo el ruido, que podía pasar inadvertido si uno no es-taba muy cerca.

Entrar en el edificio sería arriesgado, porque los miembros de la guardia presidencial estarían sin duda despiertos y tendrían órdenes de disparar a cualquier intruso sin hacerle preguntas. Pero había un medio de entrar sin ser descubierto, como advirtió la primera vez que estuvo allí.

De la cocina partía una abertura por la que echaban los desperdicios que iban a parar a un contenedor metálico situado en el exterior. Era lo bastante ancha para vaciar la basura de un cubo grande de una vez, y también para que pasase un hombre, si no le importaba hacerlo entre pieles de plátano, posos de café y fruta podrida.

Platt se dirigió hacia el contenedor, dispuesto a escalar hasta la cocina.

1.25 horas

Howard y el grupo Beta entraron saltando por el muro del ala este, separado del edificio más cercano por un naranjal que les sirvió para ocultarse.

Por suerte, según la CIA, al presidente Domingos no le gustaba oír ladrar a los perros y, por tanto, no tenía ninguno merodeando por el recinto.

Los soldados del grupo permanecieron ocultos en el naranjal lo justo para asegurarse de que no había nadie en las inmediaciones. Luego fueron hasta la posición previamente determinada, se abrieron en un pequeño abanico y echaron cuerpo a tierra. El edificio principal estaba justo delante de ellos.

Howard miró el reloj y alzó una mano mostrando tres dedos.

-Dentro de tres minutos, muchachos -musitó.

1.30 horas

Julio Fernández contó los segundos en voz alta.

-Cinco, cuatro, tres, dos, ¡uno!

El sargento pulsó el botón del detonador en el control de infrarrojos.

A doscientos metros de distancia, un almacén de techo bajo, que estaba lleno de anacardos y de palmitos para la exportación, reventó, produciendo una cegadora llamarada blanca y un estruendo que hizo cabecear la camioneta en la que estaban sentados Fernández y los demás componentes del grupo Alfa.

Las llamas se elevaron hasta varios metros de altura, y cayó una lluvia de escombros y de anacardos, que golpearon el techo y el capó del vehículo.

-¡Este sí que es un buen sistema para asar anacardos! -exclamó Fernández-. Les dará que pensar. ¡Nos largamos! ¡Vamos, fuera!

El conductor arrancó y sacó el vehículo a la carretera. Al cabo de dos kilómetros se cruzaron con un coche de bomberos que se dirigía a toda velocidad haciendo aullar la sirena. Fernández saludó con la mano a los miembros de la benemérita dotación.

-Buena suerte, muchachos. La vais a necesitar para apagar eso.

1.30 horas

Las llamas del incendio resplandecían con gran intensidad. Y, al cabo de unos segundos, se oyó una explosión ensordecedora y se apagaron las luces del edificio principal.

Varios miembros de la guardia salieron corriendo, empuñando sus armas y gritando.

-¡Entren! -ordenó Howard a sus hombres.

Los dos soldados que iban por delante, Hamer y Tsongas, avanzaron hacia la media docena de guardias, que esgrimían sus rifles de asalto mirándolos perplejos. Los dos soldados llevaban en sus mochilas botellas de alta presión, similares a las de los submarinistas, que contenían gas irritante. Llegaron a unos siete metros de los guardias antes de que éstos reparasen en su presencia, y entonces ya era demasiado tarde. Al ir a apuntarlos con sus rifles, Hamer y Tsongas dispararon sus aspersores.

El gas irritante salió convertido en una nube blanca que envolvió a los desdichados guardias. A diferencia de los sprays comerciales, que contenían una solución líquida de gas irritante al cinco por ciento, y cuyos efectos, aunque muy molestos, eran relativamente tolerables para una persona, la solución para uso militar, con una concentración muy superior, era insoportable. Se introducía en las vías respiratorias y en los ojos, que se inflamaban al instante. Quienes quedaban ex-puestos a una descarga de gas irritante se tiraban al suelo instintivamente, tratando de encontrar aire respirable bajo la nube. Y, durante quince o veinte minutos, no podían hacer más que maldecir su suerte.

Howard se había sometido al gas irritante voluntariamente y sabía cómo se sentían los guardias en aquellos momentos.

Aquel gas estaba concebido para propagarse y disiparse rápidamente, pero lo más sensato era aguardar unos segundos antes de cruzar la franja que hubiese abarcado, aparte de no olvidar hacerlo con las gafas de visión nocturna.

-¡Adelante, adelante!

Hamer y Tsongas se adelantaron a desarmar a los guardias mientras otros dos compañeros los cubrían.

Howard y Winthrop enfilaron hacia la puerta con los otros seis miembros del grupo. El coronel contuvo la respiración. Dos soldados del grupo Beta se separaron para cubrir sus flancos mientras otros dos irrumpían en el edificio por la puerta delantera, que los guardias habían dejado abierta al salir, seguidos del coronel y la teniente.

Howard vio que no había nadie en el vestíbulo y que el camino hasta la escalera principal, que estaba al fondo, parecía despejado.

-¡Vamos! ¡Está en la tercera planta! -dijo el coronel que, seguido de Joanna, enfiló escaleras arriba.

1.31 horas

Cuando empezó el alboroto, Platt estaba en la cocina examinando un bote de mayonesa que, a juzgar por su aspecto y por su olor, estaba pasada.

Vio un brillante haz luminoso a través de la ventana contigua a la puerta trasera, y oyó una explosión a lo lejos que hizo entrechocar con estrépito sartenes y cacerolas colgadas de la pared.

¿Qué demonios había sido eso?

Pero no tenía tiempo de pensar en la respuesta. Un guardia entró en la cocina, vio a Platt y alzó su rifle de asalto dispuesto a liquidarlo.

Pero Platt ya empuñaba la Browning y le disparó dos veces al torso. Las sordas detonaciones apenas debieron de oírse con toda la confusión.

El guardia se detuvo, se miró el pecho con expresión de perplejidad y trató de encañonar a Platt con el fusil. ¡Vaya, hombre, qué tipo más pesado!

Platt no tuvo más remedio que dispararle otras dos veces, pero ahora en pleno rostro. El guardia se desplomó como un pollo deshuesado.

Listo.

¡Maldita Browning!

En el extranjero no había forma de conseguir un calibre 45 o un 357. Los civiles sólo podían comprar armas de pequeño calibre, aunque tuviesen licencia.

Cruzó la cocina y abrió la puerta del montacargas eléctrico. No le costó mucho trabajo entrar pero, una vez dentro, tuvo que hacerse un ovillo para caber. Pulsó el botón de la tercera planta. El montacargas chirrió porque no estaba concebido para soportar tanto peso. Oyó que alguien entraba en la cocina y empezaba a gritar en la lengua nativa mientras el montacargas ascendía y lo llevaba fuera del alcance del miembro de la guardia.

1.33 horas

Los residentes tuvieron la sensatez de permanecer en sus habitaciones, y nadie intentó detener a los miembros del grupo Beta mientras corrían pasillo adelante por la tercera planta.

La H&K que empuñaba la teniente Winthrop no le infundía tanta confianza como había supuesto. A pesar de su entrenamiento, la notaba como un objeto extraño, quizá porque, con el silenciador, el cañón pesaba demasiado. Pero no sentía el menor deseo de dispararle a nadie, aunque era perfectamente capaz de hacerlo si era necesario.

-La tercera puerta a la izquierda -dijo el coronel.

Los dos soldados del grupo Beta se apostaron a ambos lados de la entrada. Se volvieron para mirar cada uno en dirección contraria y cubrir ambos tramos del pasillo.

Howard hizo girar el pomo, pero la puerta estaba cerrada con llave.

El coronel miró entonces a Joanna y señaló la puerta. -En cuanto la eche abajo, entre -le ordenó.

-De acuerdo -asintió ella con los labios resecos.

Howard levantó la pierna derecha y abrió la puerta de una patada. La teniente irrumpió al instante, echó cuerpo a tierra y rodó por el suelo tal como había hecho muchas veces en la realidad virtual. Luego apoyó una rodilla en el suelo, empuñó la pistola con ambas manos y apuntó hacia adelante.

Thomas Hugues estaba sentado en la cama con un pijama blanco de seda. Era obvio que estaba durmiendo cuando irrumpieron.

-¿Quién demonios es usted? ¿Qué es lo que quiere? El coronel rebasó a Joanna y se encaró con él.

-Señor Hugues... -le dijo, sonriente-. El comandante de Net Force, Alex Michaels, desea tener unas palabritas con usted.

-Me temo que no podrá ser.

Winthrop desvió la mirada hacia la puerta de cristal glaseado que comunicaba con la terraza. Un hombre fornido, alto y moreno estaba allí de pie con un objeto de extraño aspecto en una mano. Joanna lo apuntó para cubrir al coronel.

-Yo no lo haría, encanto -le dijo el aparecido.

La teniente Winthrop lo reconoció por la voz.

-¡Platt!

-Estás mucho más buena en persona que en la realidad virtual, nena. ¿Y si dejases la pistola en el suelo?

-¿Y si te vuelo la cabeza? -replicó ella sin arredrarse.

-No sería una buena idea. Pregúntale a tu amigo por qué.

Joanna miró al coronel.

-Es una granada lo que lleva en la mano -dijo Howard.

-Exactamente, es una preciosa reliquia de la segunda guerra mundial. Las llamaban pasapurés. Si me disparas, la dejaré caer y, aunque lleves traje antibalas, probablemente no te librarás de buena parte de la metralla. Si un fragmento te rompe una arteria, te desangrarás, aparte de que tu abuelito, aquí presente, que está bastante más cerca, quedará convertido en... papilla.

-Me parece que no -le replicó Howard-. Me temo que si le disparo, usted y la granada caerán hacia atrás, hacia la terraza.

-Quizá -admitió Platt-. Pero en tal caso yo moriría. Y usted no me quiere muerto, ¿verdad que no?

-¿Por qué no?

¡Maldita sea.; se lamentó Joanna. Sabía que era Platt quien estaba en lo cierto. Y también el coronel Howard. Había oído al comandante Michaels comentarle lo inútil que era un hombre muerto. Pero la teniente también sabía que el coronel no quería que Platt supiese que lo sabían... ni que, en aquellos precisos instantes, Jay Gridley trabajaba frenéticamente para desactivar la canallada informática que Platt les hubiese preparado.

¡Maldita sea, Gridley! -exclamó Joanna para sí-. ¡Dese prisa!

-Me extraña que no hayan encontrado aún las pequeñas sorpresas que les reservo -dijo Platt-. Pero quizá los agentes de Net Force no son tan buenos como cree el abuelito. Sólo diré que si no regreso de mi viaje en compañía de mi ordenador portátil conectado vía satélite..., si no salgo de aquí a una determinada hora, se precipitarán acontecimientos que harán que los recientes ataques a la red parezcan un juego de niños.

-¿Qué es lo que quiere? -le preguntó el coronel Howard.

-Hacer un trato -contestó Platt mirándolos sonriente.

Cuarenta

Miércoles, 19 de enero, 2.05 horas

Bissau, Guinea-Bissau

Los pilotos estaban de pie junto a los helicópteros, relajados, bromeando y riendo. Pero Michaels y Toni, también de pie a escasos metros de distancia, no estaban tan animados, sino muy crispados a causa de las nubes de mosquitos que zumbaban a su alrededor, y que ellos trataban de espantar a manotazos sin conseguirlo. La loción insecticida servía para evitar que los insectos aterrizasen en el cuerpo y te picasen, pero no impedía que zumbasen lo bastante cerca para ser un auténtico latazo.

Michaels empezaba a preocuparse porque los demás tenían que haber regresado ya.

Y, mientras lo pensaba, oyeron el motor de una camioneta.

Los dos pilotos se apartaron de los helicópteros y empuñaron sus rifles de asalto.

La camioneta asomó por una curva, a unos doscientos metros de donde ellos se encontraban, y en seguida hizo parpadear los faros.

-Son ellos -dijo Toni.

Michaels respiró con alivio.

La camioneta se detuvo a tres metros de Michaels y el sargento Fernández bajó.

-El grupo Beta no ha regresado -les dijo muy serio. -Creíamos que debían reunirse los dos grupos y regresar juntos -dijo Toni.

-Sí ése era el plan. Hemos esperado hasta la 1.50, de acuerdo con lo convenido. Y también quedamos en que, si por alguna razón se retrasaban, nos encontraríamos junto a los helicópteros a las 2.00. No me gusta esto. El coronel nunca se retrasa. Creo que tendríamos que llamarlo.

-No debemos utilizar radios ni teléfonos salvo en caso de emergencia.

-Señor, debemos despegar dentro de veinticinco minutos -dijo Fernández-. 0 sea, que es una emergencia.

-Sí, tiene usted razón -asintió el comandante.

2.06 horas

Howard notó la vibración de su radio junto a la cadera derecha. Debía de ser Julio. Pero no podía contestar en aquellos momentos. La radio incorporada a sus trajes antibalas había sido desconectada para asegurarse de que nadie que tratase de detectar un instrumento electrónico de comunicación pudiese captar ningún tipo de señal. Los transpondores del GPS estaban conectados, pero eso no iba a servirle de mucha ayuda. Sus compañeros sabían dónde estaba,

pero lo que no podían saber es si aún seguía estando allí.

Howard y Joanna tenían encañonado a Platt, que movía la granada hacia atrás y hacia adelante como si se preparase a lanzar una piedra a un estanque.

-Verá, coronel, no podemos pasarnos aquí toda la noche, en plan duelo del Oeste, a ver quién desenfunda primero -dijo Platt-. Si no nos marchamos en seguida, la guardia personal del presidente entrará en la habitación y no creo que nos convenga estar aquí cuando entren.

-¡Aparta eso! -le ordenó Hugues al ver que Platt seguía balanceando la granada-. ¿Estás loco?

-No, amigo mío, no. No estoy loco. Lo que estoy es muy cabreado. Me debes treinta millones de dólares, y los quiero cobrar.

-¿Treinta millones?

-Sí, creo que merezco una pequeña bonificación por todos los problemas que he tenido; problemas que tú me has causado.

-No sé de qué hablas.

-Por supuesto que no -dijo Platt.

El soldado Martin llamó a Howard desde el pasillo.

-¿Todo bien por ahí, coronel?

Martin no podía verlos, porque la puerta que el coronel había abierto de una patada se había vuelto a cerrar al entrar él.

-¡Afirmativo! -contestó Howard-. Pero escúcheme bien, quiero que usted y Hull vayan a la planta baja, se reúnan con el resto del grupo Beta y regresen con la camioneta al punto de encuentro de inmediato.

-¿Y ustedes y... los demás?

-Tenemos una delicada negociación en estos momentos, Martin. Haga lo que le he dicho y regresen. ¿Entendido?

-¡A la orden, señor!

-Bien hecho, coronel -dijo Platt-. Y nosotros también deberíamos marcharnos -añadió, agitando la granada-. Podemos salir por la puerta trasera de la cocina. Está muy solitario por allí a estas horas.

-No esté tan seguro -replicó Howard.

-Escuche, mi querido coronel -dijo Platt en tono burlón-, le explicaré de qué va todo esto. Yo necesito a Hugues porque, sin él, seguiría siendo un blanco pobretón. Y usted debe de tener sus razones para detenerlo. De modo que vayamos a donde yo pueda cobrar lo que es mío y luego usted puede hacer con él lo que quiera.

-¡Maldita sea, Platt! -clamó Hugues.

-¡Cállate la boca!

-Vas a entregarme, ¿y pretendes que te pague?

-Por supuesto, porque si no lo hace le arrancaré los ojos o le cortaré las joyas de la familia.

-No me convence el trato -dijo Howard.

-Es el único que puedo ofrecerle. Voy a largarme de este país, pero sólo me iré con el número de cuenta que necesito. Trae ese ordenador portátil que está encima de la mesita de noche, ¿quieres, encanto? Hemos de marcharnos. ¿Le importa, coronel?

Howard meneó la cabeza. Aquel tipo era peligroso y acaso lo bastante loco para quitarle la anilla a la granada y matarlos a todos.

-Si esa granada es de la segunda guerra mundial, ¿quién te asegura que no está podrida? -se burló Joanna, tratando de hacerlo dudar-. A lo mejor te pego un tiro, dejas caer la granada y ésta se limita a imitar a los sifones.

-Quizá -dijo Platt-. Pero me parece que no sabes mucho de fruta. Estos regalitos están hechos para durar. ¿Vas a arriesgarte a perder el pellejo especulando con que no estallará?

-Vamos -dijo Howard-. En una cosa tiene razón él: si no nos marchamos de aquí, podemos darnos por muertos.

-La voz de la experiencia supera a la de la belleza -sentenció Platt.

Al girarse Howard para salir de la habitación se llevó la mano hacia la cadera izquierda, sin que Platt lo viese, y pulsó tres veces el botón de alarma de la radio.

2.10 horas

-¡Mierda! -exclamó Fernández.

-¿Qué ocurre? -preguntaron Michaels y Toni al unísono.

-Acabo de oír los tres tonos de alarma en mi radio. Es el coronel, y eso significa que está herido o que lo han apresado. No puede hablar.

-¿Podemos localizarlo a partir de la señal?

-Si, es un tono de GPS.

-Pues vamos.

-Hemos de despegar dentro de veinte minutos, señor -dijo uno de los pilotos-. Tarde o temprano los soldados de la guardia saldrán a por nosotros.

-No nos marcharemos hasta que podamos sacar a todos los hombres de aquí -replicó el comandante Michaels.

-Pero señor, las órdenes del coronel...

-Ni hablar -lo atajó el sargento Fernández-. Si el coronel ha sido detenido, soy yo quien está al mando, y digo que no nos marcharemos sin el coronel Howard. ¿Entendido?

El piloto bajó la vista.

-Si se presentasen aquí soldados nativos, pueden despegar. De lo contrario, esperarán hasta que volvamos.

-Yo voy con usted -dijo Michaels.

-Y yo también -indicó Toni.

-No me parece una buena idea -protestó el sargento.

-Empiezo a cansarme de ese latiguillo: «No me parece una buena idea» -replicó Michaels en tono burlón-. Vamos, sargento, que el tiempo apremia.

2.15 horas

El resto del grupo Beta había salido por la puerta delantera, que estaba abierta y sin vigilancia. Los centinelas neutralizados por la nube de gas irritante seguían tendidos en el suelo, atados de pies y manos con cinta adhesiva que el comando llevaba para utilizarla a modo de esposas.

Howard, Platt, Hugues y Winthrop salieron del edificio. Seguía habiendo una gran conmoción a causa del incendio que el comando había provocado como maniobra de distracción. Las llamas estaban a cosa de dos kilómetros, y nadie parecía merodear por el recinto presidencial.

-Ese tipo está loco -le susurró Hugues al coronel-. Odia a los negros, por lo menos a los hombres. Nos matará a todos si tiene oportunidad.

Platt se acercó a Hugues y le dio unos golpecitos en la cabeza con la granada.

-¡Ay! -se quejó Hugues.

-¿No te he dicho que calles la boca? Me tienes harto.

-¿Por qué las llaman pasapurés? -preguntó Winthrop tratando de distraer a Platt.

-Por la forma de embudo de boca ancha -contestó Platt-; y... sobre todo, por cómo dejan al prójimo -añadió, moviendo la granada arriba y abajo, como si la utilizase para chafar patatas cocidas.

¡Madre mía!, exclamó Joanna para sí. Aquel tipo estaba loco de verdad. No había más que ver su sonrisa y el emplasto de betún que llevaba en la cara y en las manos. Si pretendía hacerse pasar por un nativo, iba listo.

2.20 horas

-¿Qué hacen, Randall? -le preguntó Fernández a uno de los soldados.

-Siguen en movimiento, sargento. Pero, a juzgar por lo lentos que van, deben de ir a pie.

Iban en la camioneta con los faros apagados. Pasaban por todos los baches y saltaban como pelotas de pimpón. Toni se apoyaba con una mano en uno de los listones de la parte trasera de la estructura de madera. Con la otra mano empuñaba el kris. Había decidido llevarlo, aunque no estaba muy segura de que diese suerte.

Claro que podría haber sido peor. Podría estar muerta.

-¿Siguen en la misma dirección? -preguntó Fernández.

-Sí, sargento.

-Vaya derecho a ellos, Butler. Dentro de un par de kilómetros pare y apague el motor.

-¿Tiene un plan, sargento? -preguntó Toni.

-No muy concreto. El GPS del coronel señala que van a pie. Si el instrumento sigue adosado a su cuerpo, y él está libre, seguro que le apetece dar un paseíto con nosotros. Si lo han apresado y lo llevan a cualquier parte para pegarle un tiro, no le desagradará vernos. En ambos casos necesitaríamos saber... Un momento. Alguien llama... Diga...

-Soy Martin, sargento Fernández. El grupo Beta está en el punto de encuentro, salvo el coronel Howard y la teniente Winthrop.

-¿Qué les ha ocurrido?

-No lo sé, sargento. Han entrado en la habitación donde se encuentra el objetivo y luego se ha hecho un absoluto silencio. Los hemos oído hablar a través de la puerta, pero no hemos entendido nada de lo que decían. Y al cabo de un rato el coronel nos ha ordenado que nos marchásemos.

-¿Les ha dado alguna razón?

-No, señor. Sólo ha dicho que estaba en una «negociación delicada».

-Entendido, Martin. Mantenga la posición hasta que pueda. Nosotros vamos a recoger al coronel y a la teniente. Procure ahuyentar a cualquiera que asome hasta que regresemos.

-A la orden, sargento.

Fernández estaba perplejo.

-Esto no tiene ninguna lógica -dijo.

-Seguro que cuando encontremos al coronel nos lo explicará -repuso Michaels.

2.25 horas

-¿Adónde vamos? -preguntó Howard.

La vegetación que flanqueaba el sendero era densa y aún irradiaba el calor húmedo del día. La visibilidad era tan mala que apenas se veía a más de dos pasos. No se distinguía el sendero, ni siquiera con los faros encendidos.

-Ya no está lejos -dijo Platt-; a cosa de un kilómetro. Tengo oculto mi vehículo un poco más arriba. En cuanto lleguemos, Hugues me dará el código de la cuenta del banco, la comprobaré con mi ordenador portátil y seguiremos cada uno por su lado.

Platt reparó en que Howard y Winthrop se miraban.

-Reconozco que yo en su lugar tampoco confiaría mucho en mí -les dijo-. Pero no tengo nada que ganar matando a nadie. Y, además, siguen ustedes armados, ¿no? De modo que ustedes se quedan con el ladrón que buscaban y recuperan la mayor parte del dinero. Yo cobro lo que me deben y me largo. Y no volverán a verme. Incluso cancelaré las sorpresitas que les he dicho que les reservaba en la red. ¿No creen que es un buen trato? Se lo pregunto a ustedes dos, porque lo que piense este tipo nos da igual, ¿verdad?

Howard guardó silencio, pero pensó: ¡Maldita sea, Gridley! ¡Que el tiempo apremia! ¡Dese prisa!

2.30 horas

-Esto no tiene ninguna lógica -le susurró Michaels a Toni-. Ese es Hugues, en pijama, y

apostaría a que el tipo que está detrás es Platt, aunque disfrazado.

-Sí, y Howard y Joanna empuñan sus pistolas, pero no parece que sean ellos quienes dominan la situación.

-Claro, porque el tipo grandote lleva una granada en la mano -terció Fernández-. De modo que es él quien domina, y por eso no lo neutralizan. Si cayese al suelo, la granada explotaría. ¡Qué oscuro está por aquí! Es una lástima no poder utilizar las gafas de visión nocturna.

-¿Y por qué no podemos utilizarlas? -preguntó Michaels.

-Si miramos hacia un faro o un flash, se produce un cortocircuito que intensifica el haz en nuestra dirección. Sería como mirar al sol.

-Escenario de rehenes -dijo Toni-. Aplican planes predeterminados en estos casos, ¿verdad? -preguntó.

-Sí, pero no tenemos ninguno que haya previsto estar en la selva con soldados enemigos pisándonos los talones, y con el transporte que ha de devolvernos a casa a punto de despegar. Las negociaciones habituales en el caso de toma de rehenes se basan en factores psicológicos, y pueden durar horas e incluso días. No disponemos de ese tiempo.

Michaels, Toni y el sargento Fernández estaban entre los arbustos, a unos cincuenta metros del cuarteto que avanzaba hacia ellos. El resto del grupo Alfa iba por detrás de los cuatro del sendero.

-¿Qué hacemos? -musitó Toni.

-Estar atentos por si se nos presenta una oportunidad -contestó Fernández-. En última instancia podemos liquidar al tipo de la granada y rezar para que no haya bajas.

-¿Qué riesgo corren Howard y Winthrop teniendo en cuenta que llevan trajes antibalas?

-Bastante -repuso el sargento-. Resultarían heridos, sin la menor duda. La metralla les produciría cortes en las partes del cuerpo no protegidas. Pero el tejido antibalas detendría la mayor parte de la metralla. El tipo del pijama y el de la granada palmarían, seguro.

-Bueno..., no sería una gran pérdida -dijo Toni-. Aunque quizá Hugues nos haya colocado algunas bombas electrónicas por su cuenta. No podemos dejar que muera hasta asegurarnos de que no va a provocar una catástrofe en la red. En caso de que haya preparado algo así, seguramente habrá sido Platt quien lo haya materializado. De modo que no podemos dejar que muera ninguno de los dos. Por lo menos necesitamos a uno de ellos vivo, ¿no creen?

-Sí -asintió Michaels-. Pero vamos a contrarreloj. Si no actuamos, palmaremos todos.

Justo en aquel momento sonó el virgil del comandante. Era Gridley.

-Los tengo, jefe. A todos.

-Buen trabajo, Jay -dijo Alex-. Y justo a tiempo -añadió a la vez que desconectaba y miraba en derredor-. Jay lo ha conseguido. Prepárense para sacar a nuestros hombres de aquí en seguida.

El comandante se levantó y salió de la espesura.

-¡No, Alex...! -le gritó Toni tratando de detenerlo. Pero ya era demasiado tarde.

-¡No des un paso más, imbécil! -gritó Michaels.

El sargento Fernández, que se había quedado junto a Toni, la miró.

-Yo lo cubriré por el flanco derecho. Usted cubra el izquierdo.

El grupo de cuatro que avanzaba por el sendero se detuvo.

-¿Quién puñeta es usted? -gritó Platt a su vez-. Salga a donde pueda verlo. ¡Ah, ya! Usted debe de ser el imbécil que manda en Net Force; ¿qué hace usted aquí en la selva, chupatintas? ¿Ha venido a ver cómo actúan sus hombres?

Howard confió en que Platt se hubiese distraído un momento y se abalanzó sobre él. Le sujetó la mano en la que llevaba la granada y se la apretó con ambas manos.

-¡Dispárele, Winthrop, dispárele! -ordenó el coronel.

Joanna se sobresaltó al oír la orden, pero apuntó y disparó sin vacilar. Platt se giró a tiempo sin soltar al coronel, al que hizo girar a su vez hasta que quedó de espaldas a Joanna, cuyo proyectil rebotó en el tejido antibalas.

Un instante después les pasó rozando otra bala disparada por alguien que no vieron.

¡Madre mía! Con tanto movimiento, Fernández y Toni no tendrían oportunidad de disparar con un buen ángulo de tiro, se dijo Michaels. Y, si empezaban a rebotar balas en los trajes,

nunca se sabía adónde podrían ir a parar ni a quién podrían alcanzar.

-¡Alto el fuego! -gritó Fernández, que debió de advertir el mismo peligro que Michaels.

Todo transcurría como a cámara lenta.

Platt desenfundó el machete sin dejar de moverse en círculo, con su otra mano sujeta por las de Howard.

Michaels corría hacia los dos hombres que forcejeaban, moviéndose como si sus pies pisasen en un fangal...

Platt le dio un tajo al brazo de Howard y lo hizo sangrar.

Michaels llegó hasta ellos, vio sonreír a Platt, que trató de herirlo con el machete, pero Michaels saltó a tiempo hacia atrás.

Platt acercaba el machete al cuello de Howard, junto a una abertura del traje. Lentamente, muy lentamente...

-Adiós, muchacho -dijo Platt sin alzar la voz lo más mínimo.

Michaels no había desenfundado la pistola. Era el único que estaba lo bastante cerca de Platt para dispararle y alcanzarlo. Desenfundó la pistola y disparó sin apuntar (no podía fallar desde tan cerca), pero Platt, que lo había visto, hizo girar a Howard y de nuevo la bala dio en la flexible armadura del coronel.

Maldita sea...

-John!

Michaels se dio la vuelta y vio a Toni, que le había lanzado el kris a Howard.

En un puro acto reflejo, Platt dio un manotazo hacia lo que vio que se le venía encima. Pero falló y, además, en su intento, apartó el machete del cuello de Howard, que soltó la mano con la que Platt sujetaba la granada, cazó al vuelo la daga de hoja ondulada, se giró y los dos empezaron a acuchillarse.

Platt gruñía furioso cada vez que trataba de hundir la hoja del machete en el cuerpo de Howard y la hoja resbalaba.

La punta del kris se introdujo entre las costillas de Platt casi hasta la empuñadura. Platt gimió, exhaló un suspiro y trató de nuevo de hundir el machete en el pecho de Howard, pero la hoja resbaló de nuevo. Con un desesperado intento, Platt logró hundir un poco la hoja pero ésta se le partió por la mitad.

-¡Mierda! -exclamó Platt, que cayó de rodillas e hizo caer a Howard con él, a la vez que le arrebataba el kris.

-¡No, por Dios, no me dispare! -gritó Hugues-. ¡No me dispare, por Dios!

Platt se venció hacia el suelo y soltó la granada.

Michaels dejó caer el arma, echó cuerpo a tierra y rodó por el suelo. Agarró la granada y la lanzó hacia los árboles de su izquierda. Se encomendó a todos los dioses para que ninguno de los soldados anduviese por allí para cubrir aquel flanco, y para que la granada no rebotase en un árbol y volviese hacia ellos.

-¡Cuerpo a tierra! -gritó el comandante-. ¡Cuerpo a tierra! -añadió echándose al suelo.

Howard seguía de pie mirando a Platt,

Uno... dos... tres...

¡B000M!

La granada explotó. Una lluvia de metralla cruzó los árboles perforando hojas y ramas.

Michaels frunció el ceño al notar que le ardía un brazo. Le silbaban los oídos. Toni lo sujetó y él la rodeó con su brazo bueno; el otro le sangraba a causa de la herida que le había producido la metralla.

-¡No disparen! -gritó Hugues sollozando.-¡Cállese! -le ordenó Howard.

Hugues no se atrevió a volver a abrir la boca.

Howard se acercó a Michaels sujetándose un brazo, que también le sangraba.

-¿Está usted bien, comandante?

-Sí. ¿Y usted, coronel?

-Ahora estoy mejor. Menos mal que ha venido.

-Pasaba por aquí y me he dicho, bah, voy a hacerles una visita.

Miraron a Platt, que seguía jadeante.

-No me lo puedo creer -dijo Platt-, ¡que un negro me haya...!

Howard guardó silencio.

-Odio este maldito país -dijo Platt mirando a Howard-, jodido por un maldito negro -añadió exhalando un suspiro.

El último.

Detrás de ellos, Joanna Winthrop y Julio Fernández estaban fundidos en un intenso abrazo.

-Bueno -dijo Michaels-, siento interrumpir esta fiesta, pero habría que largarse de aquí a escape, por la cuenta que nos trae.

-Lo que usted diga, comandante.

Michaels se agachó trabajosamente y retiró el kris del pecho de Platt. Limpió la sangre con la camisa del cadáver y se lo devolvió a Toni.

-Me parece que tienes razón, Toni. Esta daga trae buena suerte.

-¡Vamos, que el helicóptero espera!

Epílogo

Sábado, 22 de enero, 8.00 horas
Washington, D. C.

El comandante Alex Michaels se fue despertando lentamente en su cama. Estaba de costado y, al abrir los ojos, se puso boca arriba.

Aún le dolía el brazo izquierdo, porque la herida, de quince centímetros de longitud, era muy dolorosa. Pero el médico se la había suturado tan bien que sólo le quedaría una cicatriz casi imperceptible, en forma de línea alargada.

Que sería un interesante tema de conversación en las fiestas, le dijo el médico; que no todo el mundo tenía el honor de que lo hiriese una granada de la segunda guerra mundial.

El viaje de vuelta desde Guinea-Bissau transcurrió prácticamente sin novedad. Los nativos no llegaron a localizar los helicópteros antes de que despegasen. El vuelo desde Banjul no podría haber sido mejor. Ciertamente, el director del FBI no dio saltos de alegría al ser informado de la operación, pero nadie en Guinea-Bissau iba a presentar una queja, puesto que el presidente había recibido cien millones de dólares en dinero robado. Incluso podían dejar que se lo quedase, les dijo el director, porque quizá conviniese que se mostrase agradecido al gobierno de Estados Unidos, dada la inestabilidad política de la zona. Era mejor que creyese deberles un favor, por si acaso lo necesitaban algún día. Pero ésa era una decisión que correspondía al Ministerio de Asuntos Exteriores.

En el fondo, el director no estaba demasiado contrariado. Y tanto en el FBI como en Net Force todos se felicitaban al comprobar que el senador White se había quedado más callado que un muerto, después de que su secretario fuese procesado por tantos delitos.

White tenía demasiado dinero para haberse involucrado en los planes de Hugues, pero el caso lo había salpicado mucho, tanto que cabía la posibilidad de que no lo reeligiesen en las próximas elecciones.

El brazo del coronel Howard necesitó algunos remiendos, pero se le curaría pronto y le quedaría como nuevo o, por lo menos, eso le habían dicho. Además, al hacerle el reconocimiento médico, le detectaron una infección antigua que había pasado inadvertida en el chequeo anterior y que, por lo visto, era la causa de que se sintiese tan cansado últimamente. Le aseguraron que, con un tratamiento a base de antibióticos, dentro de un par de semanas volvería a ser el de antes y que tendría más vigor. No es que el comandante Michaels considerase que el coronel estuviese falto de vigor, porque había hecho toda una exhibición en el cuerpo a cuerpo con Platt que, además de ser un racista y un psicópata, era un tipo como un castillo y con una musculatura impresionante.

De modo que, salvo algunos percances, las cosas habían salido bastante bien.

-¿Alex?

Michaels alzó la vista. Toni estaba a los pies de la cama, sonriéndole, desnuda y

extraordinariamente hermosa.
-¿Sí?
-¿Quieres café?
Alex le sonrió.
-Quizá después -contestó Alex-. En estos momentos tengo otra cosa en la cabeza.
-¿Ah, sí? ¿Y de qué se trata?
-Ven y te lo mostraré.
Y no hubo café hasta mediodía.

F I N